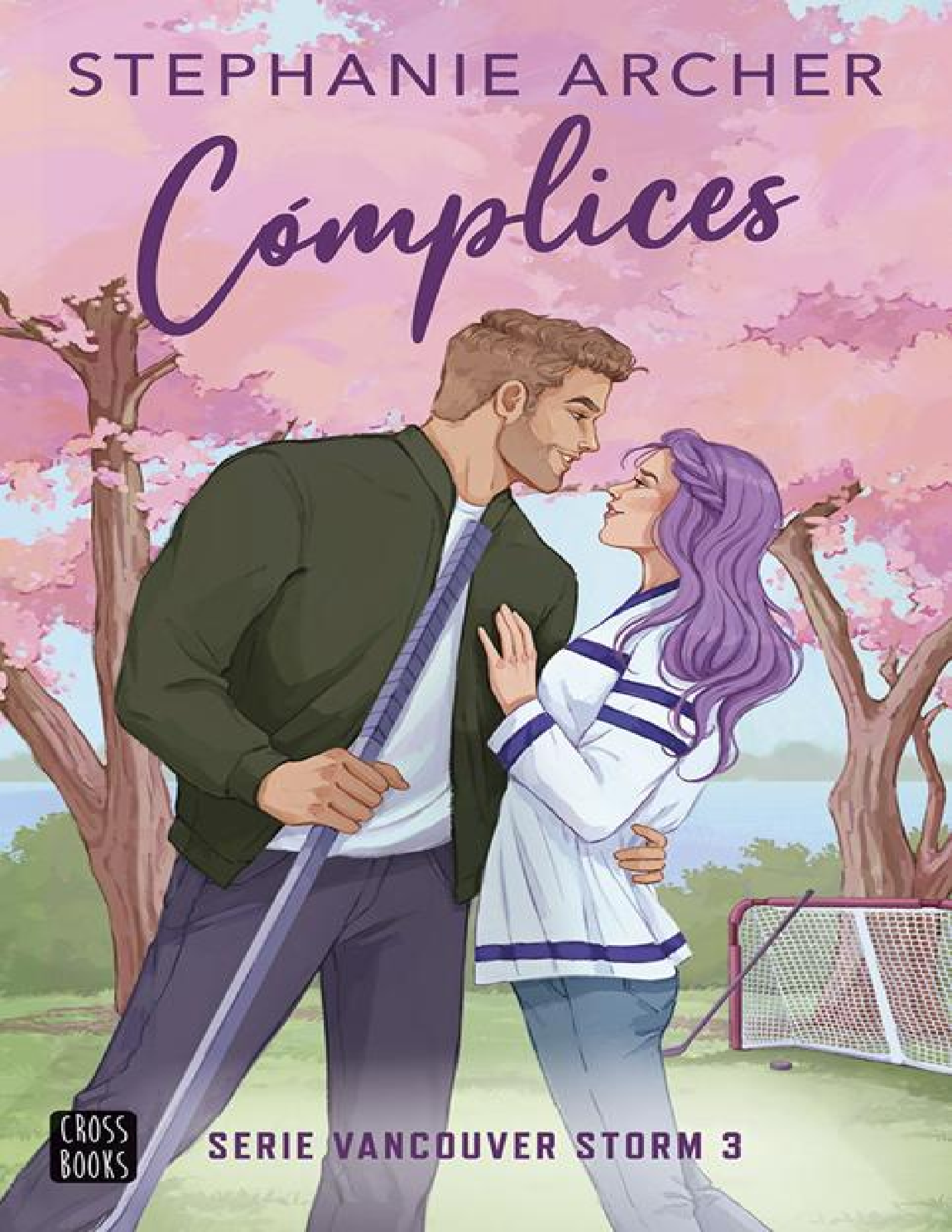
STEPHANIE ARCHER

Cómplices



CROSS BOOKS

SERIE VANCOUVER STORM 3

Índice

Portada

Portadilla

DEDICATORIA

Advertencia

Capítulo 1. Hayden

Capítulo 2. Darcy

Capítulo 3. Darcy

Capítulo 4. Hayden

Capítulo 5. Darcy

Capítulo 6. Darcy

Capítulo 7. Darcy

Capítulo 8. Hayden

Capítulo 9. Hayden

Capítulo 10. Darcy

Capítulo 11. Darcy

Capítulo 12. Darcy

Capítulo 13. Hayden

Capítulo 14. Darcy

Capítulo 15. Darcy

Capítulo 16. Darcy

Capítulo 17. Hayden

Capítulo 18. Darcy

Capítulo 19. Hayden

Capítulo 20. Darcy

Capítulo 21. Hayden

Capítulo 22. Darcy

Capítulo 23. Darcy

Capítulo 24. Darcy

Capítulo 25. Hayden

Capítulo 26. Darcy

Capítulo 27. Hayden

Capítulo 28. Hayden

Capítulo 29. Darcy

Capítulo 30. Darcy

Capítulo 31. Hayden

Capítulo 32. Darcy

Capítulo 33. Darcy

Capítulo 34. Hayden

Capítulo 35. Hayden

Capítulo 36. Hayden

Capítulo 37. Darcy

Capítulo 38. Hayden

Capítulo 39. Hayden

Capítulo 40. Darcy

Capítulo 41. Darcy

Capítulo 42. Hayden

Capítulo 43. Hayden

Capítulo 44. Darcy

Capítulo 45. Hayden

Capítulo 46. Darcy

Capítulo 47. Darcy

Capítulo 48. Darcy

Capítulo 49. Hayden

Capítulo 50. Darcy

Capítulo 51. Hayden

Capítulo 52. Darcy

Capítulo 53. Darcy

Capítulo 54. Darcy

Capítulo 55. Hayden

Capítulo 56. Darcy

Capítulo 57. Darcy

Capítulo 58. Darcy

Capítulo 59. Darcy

Capítulo 60. Darcy

Capítulo 61. Hayden

Capítulo 62. Darcy

Capítulo 63. Darcy

Capítulo 64. Darcy

Capítulo 65. Hayden

Capítulo 66. Darcy

Capítulo 67. Hayden

Capítulo 68. Darcy

Capítulo 69. Hayden

Capítulo 70. Darcy

Capítulo 71. Hayden

Capítulo 72. Darcy

Capítulo 73. Hayden

Capítulo 74. Darcy

Capítulo 75. Hayden

Capítulo 76. Hayden

Capítulo 77. Darcy

Capítulo 78. Hayden

Capítulo 79. Darcy

Epílogo. Darcy

Agradecimientos

Créditos

CÓMPLICES

STEPHANIE ARCHER



Para Aimee Cox, que no malgastó su segunda oportunidad

ADVERTENCIA: incluye contenido sensible.

Capítulo 1

Hayden

—Deja de mirar así a Darcy —dice Jordan cuando viene a cambiarme el vaso vacío por otra cerveza.

Aparto la mirada de tres mesas más allá, donde mi amiga y compañera de piso está en una cita con un tipo que no para de mirarle las tetas.

—No la estoy mirando.

Vuelvo a fijar los ojos en el pelo de Darcy, de un rubio pálido que brilla bajo la iluminación tenue del bar. Es su primera cita después de haber roto el compromiso con mi mejor amigo, Kit. Me está dando la espalda, así que no puedo verle la cara.

—¿Qué te parece el chico? —le pregunto a Jordan—. Creo que no la ha hecho reír ni una vez.

Es el chico quien lleva el peso de la conversación.

Jordan pone los ojos en blanco.

—Darcy está bien.

—Ya sé que está bien.

Como camarera casi en los treinta y propietaria del Filthy Flamingo, el antro al que solemos venir después de los partidos del Vancouver Storm, Jordan tiene bastante experiencia como observadora de citas desastrosas.

Pero en una cita, Darcy debería estar mejor que bien. El tipo este debería estar a sus pies, haciendo todo lo posible para conseguir su

atención. Darcy Andersen lo tiene todo. Es inteligente, divertida y preciosa, con un cabello rubio pálido muy bonito y los ojos verdes mar, y una nariz adorable que se levanta por la punta. Y es la fan número uno de la serie de libros de *romantasyLa espada del norte*, que fue gracias a lo que nos conocimos hace ocho años, cuando me senté a su lado en la clase de Lengua del primer año de universidad porque llevaba una camiseta de la saga.

Va a salir corriendo en cualquier momento.

Aunque no es que me importe. Me gusta tenerla toda para mí después de haberse pasado cuatro años en Calgary viviendo con Kit, eso es todo.

Jordan arquea una ceja.

—Entonces, ¿por qué estás aquí en plan padre superprotector?

Noto unos nudos en el pecho, pero pongo una sonrisa lánguida y segura.

—¿Qué pasa? ¿No puedo tomarme una cerveza solo?

—Nunca estás solo, animal de manada.

Resoplo una risa apretada. Sabía que deberíamos haber ido a otro sitio.

Dentro del equipo Vancouver Storm, soy el alma de la fiesta. El gracioso que consigue convencer a todos para ir al Filthy Flamingo después de los partidos. El antro de mierda con carteles de grupos de música, cerveza barata e hileras de luces por el techo es nuestro sitio favorito para quedar. Es raro que nos reconozcan aquí y, si alguno de los demás empleados lo hacen, nunca se han atrevido a decir nada delante de Jordan.

Pero Darcy quería venir aquí.

—Le dije a Kit que cuidaría de ella después de la ruptura. —Me paso la mano por la nuca. Kit y yo empezamos a jugar juntos al hockey de adolescentes, y es mi mejor amigo desde entonces,

aunque ahora cada uno juegue en un equipo diferente de la NHL, la liga nacional de hockey—. Y ella estaba nerviosa por esta cita, así que me ofrecí para sentarme unas cuantas mesas más lejos para darle apoyo moral.

—Apoyo moral.

—Sí. Por si pasa algo. —Parece que estoy a la defensiva, así que pongo otra sonrisa engreída—. Puedo ser muy intimidante.

Juego como defensa, por lo que soy un tipo robusto. Trabajo con algunos de los mejores entrenadores, nutricionistas e instructores del deporte profesional, y se nota.

—Ya. —Resopla con una mirada inexpresiva—. Das un miedo que flipas, sí.

Le dedico una sonrisa encantadora, pero desvía la mirada de nuevo hacia Darcy.

—Ve a ver de qué están hablando.

—Owens, déjala en paz.

Levanto las manos.

—Prometo no interferir a no ser que ella me haga la señal.

«Tira el posavasos al suelo —le dije a Darcy antes. Le saqué una carcajada—. Y te llamaré con alguna excusa falsa».

Jordan sacude la cabeza, pero tuerce la boca en una sonrisa burlona.

—Sois ridículos.

Vuelve a la barra y yo vuelvo a mirar a Darcy.

Se tira de la manga. Se mueve en el asiento. Mira por encima del hombro.

Detengo la cerveza de camino a la boca.

Él dice algo que a ella le tensa los hombros. Vuelvo a estar en alerta, deseando saber leer los labios, justo cuando su posavasos

cae de la mesa y golpea contra el suelo. Se me dibuja una sonrisa en la cara y me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Diga? —responde ella preocupada.

—Lo que sea, cualquier excusa.

Ella ahoga un grito y yo sonrío aún más mirándole la nuca.

—¡Dios mío! ¿Cómo? ¿Estás bien?

—Tengo un uno por ciento de batería y he preferido llamarte a ti antes que a emergencias. —Se me expande el pecho y unas chispas estallan dentro de mí. Estoy sonriendo como un idiota—. Podría trepar por el edificio, pero estoy en el ático y voy desnudo.

—¿Te ha atropellado un coche? —Me doy cuenta de que se está esforzando por no reírse.

—Sí. Desnudo. Estaba sacando bíceps y el conductor se distrajo. He provocado un choque múltiple.

—¿Y estás en el hospital?

—Sí, y no paran de mirarme los músculos. —Suspiro—. Me siento cosificado, como un trozo de carne. No sé cómo voy a superar esto sin ti.

Aunque estoy tres mesas detrás de ella, noto que pone los ojos en blanco. No soy precisamente un tímido capullo de alhelí. Disimula la risa con una tos.

—Pobrecito, qué miedo has debido pasar. Enseguida voy. Oye, Hayden.

—Dime, Darcy.

—No llores. Todo irá bien.

Cuelga y yo me río por lo bajo.

Eso es lo que deberíamos estar haciendo. No ella en una cita con un tipo que no para de babear por sus tetas.

—¿Desnudo en la terraza? —Darcy se deja caer en la mesa enfrente de mí treinta segundos después de salir con el tipo—. ¿En serio?

Mi sonrisa coqueta se vuelve cada vez más grande.

—Por eso siempre tengo una llave fuera.

Ella pone los ojos en blanco, pero sonríe.

—Supongo que no era tu Príncipe Azul si ha hecho falta una emergencia.

—Ni por asomo. —Se lleva las manos a la frente—. Ha sido un desastre.

No debería alegrarme al oír esto.

—Qué pena.

—Me ha dicho: «Mi familia es muy grande y tenemos bebés grandes muy cabezones». —Me ve encorvado hacia delante, riéndome, y me lanza una mirada agresiva, aunque se le está torciendo la boca—. Deja de reírte.

—¿Qué pasa? Te ha advertido con tiempo.

Ella gruñe.

—No ha parado de hablar de su futura boda y de que su madre lo tenía todo organizado. —Retuerce la cara en una mueca—. Y fuera ha querido besarme.

Mi sonrisa desaparece.

—¿Y lo has besado?

Es la ex de Kit. Está prohibida, además, es capaz de tomar sus propias decisiones, pero al imaginarme a un tío cualquiera poniéndole las manos encima me entran ganas de romper algo.

—Claro que no. —Pone una expresión espantada—. Le he mentido y le he dicho que tenía un herpes labial, que no debería besarme.

Aliviado, me río con el vaso en los labios.

—Voy a tener que apuntarme esa excusa.

—Sí, como si te hiciera falta con el desfile de modelos con las que sales.

Pongo una mueca.

—Tres. No un desfile.

Ella hace un ruido de contrariedad. Mira al suelo con las comisuras de los labios hacia abajo.

—¿Qué pasa?

Sacude la cabeza y parpadea.

—Nada.

—Darcyyyy. —Arrastro la palabra.

Me mira a los ojos y se muerde el labio carnoso.

—Pensaba que sería divertido tener una cita, pero ha sido horrible. Quería todas las cosas que yo no quiero.

Se me rompe el corazón. No soporto verla así.

—¿Qué prisa tienes? Solo ha pasado un mes.

—Pues tengo prisa porque he perdido... —Se interrumpe y su mirada se vuelve cautelosa.

—¿Has perdido qué? —¿Tiempo? ¿Ha perdido el tiempo? Estuvieron ocho años juntos.

—Nada. —Sacude la cabeza—. Estoy en Vancouver para empezar de cero. Ciudad nueva, equipo de trabajo nuevo, apartamento nuevo en cuanto lo encuentre.

—¿Apartamento nuevo? —Le pongo una mirada de: «¿Qué dices?»—. Si vives conmigo.

—No, vivo contigo de momento. No puedo quedarme.

—Claro que sí.

Me mira inexpresiva.

—Hayden. No puedo permitirme ese piso.

—Nadie ha dicho nada de alquiler. —Y no pienso aceptar ni un centavo de su parte. Tiene un buen empleo, pero con todo lo que yo

tengo y lo bien que me lo paso viviendo con ella, tengo la sensación de que es ella la que me hace el favor a mí.

Agacha la cabeza desesperada.

—No empieces.

—Solo digo que gano millones de dólares al año. —Pongo una sonrisa engreída—. No necesito tu triste sueldo de contable.

Darcy sacude la cabeza.

—Joder, menudo ego. Igual sí que necesitas tenerme cerca para bajártelo un poco.

—Me encantaría.

—En fin. —Me hace un gesto con la mano—. Como si todo eso fuera poco, también una nueva situación sentimental: soltera. —Titubea con la última palabra y se pasa una mano por la barriga, como si estuviera nerviosa.

La ruptura con Kit no es asunto mío, pero cuando me llamó para darme la noticia, estaba todavía muy triste y yo no...

Yo no podía hacer nada. Es Darcy. También es mi amiga. Animarla y distraerla es mi obligación.

—No tienes que volver a salir con chicos tan pronto. —Agarro mi vaso con más fuerza. Puede quedar conmigo, mejor—. Pásatelo bien, ya está.

—Sí. —Se le iluminan los ojos y me hace un gesto—. Pasarlo bien. Exacto. Llevo un mes llorando en el sofá por la ruptura y... —traga saliva—, hacía mucho tiempo que quería romper con él.

Me esfuerzo para no reaccionar.

—No lo sabía.

Ni siquiera sé toda la historia de por qué lo han dejado. No ha querido hablar del tema, así que no he insistido. Cuando esté lista, me lo contará.

Aunque tengo muchísima curiosidad. ¿Fue por algo que hizo él? Siempre han parecido muy felices juntos.

—El tío de esta noche ya quería presentarme a su extensa familia —continúa—. Quería que hubiera cisnes en la boda, Hayden. —Se me queda mirando y yo me sacudo con una carcajada—. Cisnes y caballos. Lo tenía todo planeado. Solo le faltaba encasquetárselo a alguien. —Pone una expresión de asco—. Solo quiero pasármelo bien y distraerme. ¿Dónde están esos tíos?

Le guiño un ojo.

—Aquí, cielo.

Ella resopla.

—Joder. Pareces su líder. Llévame con ellos.

Debería estar acostumbrado, pero la etiqueta escuece, sobre todo viniendo de ella.

Nunca quise tener esta reputación. Lo que pasa es que nunca he conocido a una mujer con la que me interese tener una relación seria. Si detecto el más mínimo interés en el compromiso, no le pido salir. No engaño a nadie, y tampoco me invento excusas, pero sí que me aseguro de que nos lo pasemos bien.

Soy un tío guapo, tengo unos buenos abdominales y se me da muy, pero que muy bien follar. Nunca finjo ser nada más.

—Un momento. —Entrecierra los ojos—. Tú sales con tías, pero nunca te pillas por nadie.

La miro perplejo por encima del borde del vaso.

—¿Y?

—Tú siempre te diviertes. Se te da genial todo eso de las citas, llevas años practicando. Seguramente hayas salido con cientos de chicas.

—¿A dónde quieres llegar? —Sea lo que sea, no me gusta.

Levanta los labios y le brillan los ojos con interés.

—Quiero ser como tú.
—¿Devastadoramente guapo?
Su sonrisa crece.
—No, un mujeriego. Hayden, quiero que me enseñes a ligar.

Capítulo 2

Darcy

La sonrisa de Hayden se disuelve como si eso fuera lo último que esperaba que dijera.

—Puedes ser mi maestro.

Cómo no me he dado cuenta antes. Hayden Owens: con una belleza de otro mundo, estrella del hockey rico, y el mayor mujeriego que conozco. Cada semana sale con una chica distinta.

Hayden tiene la vida que quiero: diversión pura y dura, sin compromiso. Y siempre bajo control. Nadie lo pisotea. Nadie toma decisiones por él.

Después de Kit, estoy muy cansada de ser un accesorio en la vida de algún tío.

Miro a Hayden con la sonrisa aún más grande y él pone cara de asustado.

—En todos los años que estuvimos juntos, Kit y yo nunca tuvimos una cita de verdad. Estuvimos en una fiesta y luego estuvimos juntos. La fiesta de hockey. —Fue el viernes de la primera semana de universidad, la semana que Hayden y yo nos conocimos en la clase de Lengua.

Él parpadea, frunce el ceño y aparta la mirada.

—Sí, ya me acuerdo.

—Claro. Tú estabas allí.

Después de pasarnos toda la semana charlando antes de clase, pensaba que Hayden iba a pedirme salir... Ahora no es el momento de pensar en eso, así que ignoro el recuerdo.

Está completamente fuera de mi alcance. Sale con supermodelos, actrices e *influencers,* y todas son altísimas, con el pelo oscuro y unas tetas enormes. Todo lo contrario a mí, que soy bajita, con el pelo y los ojos claros, y sin una sola curva.

No es que me importe. Somos amigos.

—Nunca he tonteado con un chico —continúo—. Nunca le he pedido salir a un chico. Nunca he salido el día de San Valentín ni me han regalado flores.

Estoy intentando superarlo, pasar página y no pensar en Kit, pero cuanto más tiempo pasa de la ruptura, más me enfado. Después de intentar romper con él en diciembre, Kit me pidió que esperásemos hasta después de las fiestas. Decía que tenía varios partidos importantes en los que concentrarse.

Pero el día de Nochevieja, delante de todos sus compañeros de Calgary y de los compañeros de Vancouver de Hayden, Kit me pidió matrimonio.

¿A quién se le ocurre?

Me quedé paralizada. No quise avergonzarlo, así que dije que sí, y a la mañana siguiente rompí con él de una vez.

Hayden me mira preocupado.

—¿Nunca tuvisteis una cita de verdad?

Me paso la lengua por el labio para no decir la verdad. Es su mejor amigo y no quiero que Hayden piense que tiene que elegir entre nosotros, así que voy a ahorrarle los detalles de la ruptura.

Me mira detenidamente desde el otro lado de la mesa.

—A ver... estábamos en la universidad, no teníamos ni un centavo y estábamos muy ocupados con los estudios y el hockey. Cuando

nos arreglábamos, era porque había algún evento de hockey.

Sus preciosos ojos azules planean sobre mí y aprieta la mandíbula.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque ya no importa. —Le hago un gesto despreocupado.

No quiero seguir en el pasado. Tengo veintiséis años, ya es hora de que recupere el tiempo y disfrute de todas las citas que me he perdido.

Se le tuerce la boca en una sonrisa lánguida y coqueta.

—¿Quieres flores, Darcy? Yo te compro flores.

Resoplo una risa. Siempre puedo contar con Hayden para ponerme de buen humor.

—Ya sabes a qué me refiero. Quiero arreglarme, ir a un restaurante bonito, que me digan que estoy guapa, y luego volver a casa y que me empotren contra la pared.

Él se atraganta con la cerveza y tose.

—Bueno, o en la ducha. —Me encojo de hombros con una expresión desconcertada—. Yo qué sé. Un polvo apasionado donde sea. Y luego no quiero volver a ver al tío.

Sigue tosiendo y se le están sonrojando las mejillas.

—¿Estás bien?

—Sí —grazna sin mirarme.

—Tú mismo lo has dicho. Tengo que divertirme.

—Tienes que divertirte conmigo. Ir a las fiestas después de los partidos y ver *La espada del norte*. —Nuestro libro favorito es ahora una serie de televisión. Su sonrisa se debilita un poco—. No con un tío cualquiera que no te escucha y que parece que está intentando averiguar tu talla de sujetador.

Una emoción me recorre todo el cuerpo por el tono de su voz. No es propio de él. Solo se muestra protector porque somos amigos.

—Me estaba mirando las caderas para ver si puedo parir un bebé enorme.

Hayden aprieta los dientes y le da otro sorbo largo a la cerveza.

—Siempre sabes qué hacer o qué decir. Te has acostado con cientos de mujeres.

Él gruñe.

—Cientos no.

—Con muchas. Si las juntáramos a todas, seguramente no cabrían en este bar...

—Vale. —Pone una cara inexpresiva—. Ya lo pillo.

—No te lo digo como algo malo. Quiero ser como tú. ¿Cómo se mejora en algo? Haciendo lo que hacen los profesionales. Aprendiendo de los mejores. Ni siquiera sé por dónde empezar. No sé cómo acercarme a un tío.

Se me queda mirando durante un buen rato y se pasa la mano por el pelo rubio despeinado. Parece que está a punto de decirme que no, pero justo pasa un chico junto a nuestra mesa y Hayden endurece la mirada antes de desviarla otra vez hacia mis ojos.

—Está bien.

—¿En serio?

—Con una condición. —Se inclina hacia mí con los ojos brillantes —. Que te mudes conmigo de forma permanente. No tiene ningún sentido que te alquiles algo para ti si yo tengo una habitación de sobra. Además, no me gusta vivir solo.

¿Otra vez? Hayden vive en un ático y el piso es increíble. Ventanales de dos plantas desde los que se ve toda la ciudad, una cocina y un salón enormes, una terraza gigante con un *jacuzzi* y un jardín. Hasta la habitación de invitados es más bonita que la habitación de hotel en la que me estuve quedando.

Cuando lo llamé la semana pasada desde Calgary para contarle lo que había pasado con Kit, insistió en que viniera a Vancouver. No lo dudó ni un segundo. Debió de notarme algo en la voz: frustración, decepción, tristeza; y me convenció de que lo que necesitaba era mudarme a una ciudad nueva.

Sin él, aún seguiría en Calgary, probablemente regodeándome en mi miseria, y no pasándomelo bien en un bar.

—Ya me has ayudado mucho. —Pongo una sonrisa a medias—. No quiero aprovecharme.

Después de haber estado cuatro años fuera, Hayden es el único amigo que me queda en Vancouver. La mayoría de mis amigos de Calgary eran, en realidad, amigos de Kit y he perdido el contacto con un montón de gente de la universidad.

Hayden es todo lo que tengo ahora mismo. No puedo estropearlo.

—El alquiler en Vancouver es una pesadilla —dice, y tengo la sensación de que se está esforzando por mantener un tono despreocupado—. Terminarás viviendo con algún flipado que se cuela en tu habitación para oler tus bragas.

Me sale una risa horrorizada de la garganta.

—Qué asco.

—Y si alguna vez me ves a mí en tu habitación —añade con una sonrisa traviesa—, solo será porque estoy comprobando si me quedan bien.

—Ugh —digo con una risa—. No te pruebes mis bragas. Las darás de sí.

—Sí, desde luego. —Eleva las cejas y se mira intencionadamente el paquete—. Por delante.

Se me está calentando la cara, pero al menos los restos de decepción por mi cita fracasada están desapareciendo.

—Tus cosas ya están en mi casa. —Encoge los hombros anchos y tonificados—. Y me caen genial tus padres, pero ya sé que no quieres vivir con ellos. —Viven en un barrio tranquilo a una hora de Vancouver—. Tendrías que ir y volver para cada partido en casa, y se haría tarde y terminarías pasando la noche en mi casa.

Me mira diciendo: «¿Qué se le va a hacer?», como si ya estuviera todo hablado.

Escondo una sonrisa.

—Estás muy seguro de que voy a ir a todos tus partidos.

—Porque lo harás.

Me da un vuelco el estómago por la forma tan engreída en que lo dice y por esa sonrisa cómplice.

Hayden siempre consigue lo que quiere en la vida. Es el maestro perfecto, el chico perfecto para enseñarme a tener citas.

—¿Y cuando traigas a alguna chica a casa? —Juego con el posavasos sobre la mesa—. Tener una compañera de piso igual coarta tus posibilidades.

La semana pasada no ha tenido ni una cita, ni ha traído a nadie a casa. Seguramente sea un récord para él.

Carraspea y aparta la mirada.

—Tú por eso no te preocupes. Te estoy ofreciendo un trato, Dar. O lo tomas, o lo dejas.

Tampoco tengo muchas otras opciones, ¿no? Además, esta última semana viviendo con Hayden ha sido muy fácil y divertida.

—Trato hecho.

Su mano gigantesca envuelve la mía en un apretón, y una chispa de electricidad me recorre toda la sangre por el contacto de su cálida palma contra la mía. Nos miramos a los ojos y se me entrecorta la respiración.

Me encantaría tener un poco del carisma de Hayden.

—Va a ser muy divertido —le digo—. Y aprendo muy rápido.
Él pone una sonrisa tensa que no se contagia a sus ojos.
—Lo estoy deseando.

Capítulo 3

Darcy

Hayden y un jugador del equipo contrario se estampan contra las vallas delante de nosotras, y el cristal tiembla. Levanta la mirada hacia la mía en la primera fila, y pone una sonrisa infantil y juguetona.

Yo le devuelvo la sonrisa mientras sacudo la cabeza y él se marcha detrás del disco, dejándome con una ligera emoción en el pecho.

No debería excitarme tanto ver a mi amigo jugar al hockey, y mucho menos desde que hace tan poco que estoy soltera.

Pero me excita. Hay algo en la forma en la que Hayden juega a este deporte de contacto brutal que me tiene cautivada.

En el estadio, los aficionados animan y gritan, y de vez en cuando chillan al árbitro por no pitar alguna falta. Hay un mar de camisetas del Storm de todas las décadas, y me siento un poco fuera de lugar con el abrigo.

—Qué bien que hayas venido —dice Pippa Hartley con una sonrisa tímida pero amable, asomándose al lado de su hermana, Hazel, para mirarme. Las dos llevan una camiseta del Storm. Hayden me las presentó el año pasado—. Es mucho más guay ver el partido desde aquí que en el palco.

Suena el silbato y se detiene el juego. Jamie Streicher, el malhumorado portero del Storm, se gira en la portería delante de nosotras para dar un sorbo de agua. Su mirada va directa a Pippa,

su prometida, y pese a la máscara, es más que evidente cómo se le suaviza la cara.

Cada vez que los veo juntos, él no es capaz de quitarle los ojos de encima; ni las manos, si está lo bastante cerca. Hayden me dijo que fueron al instituto juntos y que se volvieron a encontrar cuando la contrataron para ser su asistente la temporada pasada. Ahora ella es cantante y compositora, y el año pasado sacó su primer disco. Se supone que los famosos tienen un ego enorme y son bordes y exigentes, pero parece que la fama no ha cambiado ni un poco a Pippa.

—Sí. Y sabes que ese ya es tu sitio, ¿verdad? —Hazel sonríe con las cejas levantadas—. Ya te sentarás siempre con nosotras. Aquí es donde está toda la acción.

Me muerdo el labio con una sonrisa.

—Si insistís.

—Insistimos. Ahora eres nuestra. —Hazel vuelve a prestar atención al partido, con la mirada fija en su prometido, Rory Miller, el capitán, engreído y provocador. También fue al instituto con ella, Jamie y Pippa, aunque Hazel al principio lo odiaba hasta que empezaron a salir a principios de esta temporada.

Este invierno, Hayden me contó que sospechaban que simplemente fingían estar juntos para darle celos al imbécil de su ex, pero no hay nada falso en la forma en la que ella lo mira o en el diamante que le brilla en el dedo.

Además de ser la fisioterapeuta del equipo, Hazel es monitora de yoga y hace poco abrió su propio estudio *body positive* en Vancouver. Se ha reducido la jornada como fisioterapeuta del equipo a un día a la semana mientras despega el estudio.

—¿Estás bien? —Me escudriña sin esconderse. Tengo la sensación de que le podría contar cualquier cosa ahora mismo y no me

juzgaría—. Por lo de la ruptura y todo eso.

—Hazel —dice Pippa con paciencia—. A lo mejor no quiere hablar del tema.

Hazel se encoge de hombros.

—No pasa nada si no quieres. Pero sería una mala amiga si no te preguntara y no te ofreciera mi apoyo. Que le den por culo a ese tiparraco, por cierto.

Yo me río en silencio.

—No, Kit no es un mal tío.

—Me da igual. La mayoría de los jugadores de hockey son unos cabrones, menos Streicher y Rory. —Se le tuerce la boca en una sonrisa—. Bueno, Hayden no está mal tampoco. Se aseguró de que Rory llegara a casa una noche que se pilló un buen pedo y se hizo un tatuaje. Parece que siempre cuida muy bien a sus amigos. —Me mira de reojo.

—Sí. —Trago—. Hayden es el mejor.

—Entonces... —dice Hazel en voz baja—, repito, ¿estás bien?

—¿Creo que sí? —Se me escapa una risa ligera e insegura—. No tengo ni idea. Me parece que lo llevo bien, dadas las circunstancias.

—Yo también. —Levanta la boca en una sonrisa irónica—. Creo que lo llevas genial.

—Basta de hablar de mí. ¿Qué tal el estudio?

—Me da muchísimo trabajo, pero... —sonríe con los ojos brillantes — me encanta. No tengo la sensación de estar trabajando cuando estoy allí, ¿entiendes?

Me habla de organizar los horarios de las clases, contratar monitores y personal de recepción, y del interés que ya le está mostrando la gente.

—Casi me parece demasiado bonito para ser verdad poder hacerlo todos los días. Que ahora ese sea mi trabajo —dice—. Lo haría

gratis.

Sus palabras me provocan una tensión en el pecho, una sensación de que Hazel tiene algo que yo quiero. No son celos, quiero que tenga el trabajo de sus sueños. Es envidia, porque las mujeres como Hazel y Pippa luchan por sus sueños.

Me encantaría ser un poco más como ellas, pero ya me he dado muchos palos. Puede que mi trabajo de contable sea un aburrimiento, pero es seguro. Nadie resulta herido.

—Y cada vez que dudo de mí —añade mirando a Rory, que se está colocando para un saque—, Miller está a mi lado para decirme que puedo lograr lo que me proponga.

El anillo que tiene Hazel en la mano izquierda captura la luz y destella. Recuerdo el anillo que le devolví a Kit hace un mes, y un anhelo me palpita en el pecho. Pero, cuando levanto la mirada hacia Hazel, se está mirando la mano con una expresión embelesada.

—Es un anillo precioso. —Una piedra azul pálido con sombras grises, rodeada por unos diamantes diminutos y delicados en una alianza de oro rosa.

—Gracias. —Se le curva la boca en una sonrisa—. Me sorprende que me guste tanto. Nunca le presto demasiada atención a las joyas ni a los anillos de compromiso, pero... —se muerde el labio— tiene un significado. Rory podría darme un aro de cebolla y seguramente me encantaría.

Tengo una sensación extraña en el pecho, un susurro de algo que no he sentido nunca. El deseo total y absoluto por alguien.

—Pippa, ¿estás en un paréntesis de la gira? —pregunto.

Ella asiente y se coloca un mechón rubio detrás de la oreja.

—Hasta la boda en abril. Estoy componiendo otro disco de momento, entre la organización de la boda y los paseos por el

bosque con Daisy. —Me mira con una expresión dubitativa—. ¿Doy por hecho que Kit no va a venir a la boda?

—¿Os fastidian mucho los planes? Puedo buscarme a otra persona para no descuadrar los números ni nada de eso.

—No, he imaginado que irías con Hayden.

—¿Qué? —Se me abren mucho los ojos. «¿Cómo una cita?»—. ¿Por qué? ¿Te lo ha dicho él?

—No —dice despacio, mirando a Hazel—. Pero compartís piso, ¿no? O eso dijo él, al menos.

Se me vacían los pulmones de aire.

—Sí. Compartimos piso. Eso. Tiene sentido. Y somos amigos. Él seguramente ya tendrá una cita.

Alguna chica alta, con el pelo largo y oscuro, y unas tetas enormes, como las mujeres con las que sale siempre.

Pippa y Hazel se miran.

—Qué va —dice Pippa.

—Ah. Genial. —Se me abren aún más los ojos—. O sea, no genial. Solo digo que es un alivio. ¡No! —Sacudo la cabeza—. No es lo que quiero decir. Me gusta pasar el rato con Hayden, eso es todo.

Y la idea de tener que ver a su cita riéndose de sus bromas y toqueteándolo toda la noche me hace sentir rara.

Se miran las dos de reojo.

—¿Qué? —Mis ojos van de una a otra. Me estoy comportando de forma muy extraña. Probablemente se arrepientan de haberme dicho que salga con ellas.

Hazel coge aire.

—Sospechamos...

—Nada. —Pippa la interrumpe—. No sospechamos nada. Es genial. Parece que compartir piso es una buena idea.

—Sí. —Me muerdo el labio con los ojos entrecerrados.

Hazel arquea una ceja.

—Dilo.

—No me deja pagar mi parte del alquiler.

Pippa aprieta los labios hasta reducirlos a una línea, esforzándose por no sonreír, y Hazel lo hace abiertamente.

—¿No me digas? —Hazel lo pregunta como si fuera lo mejor que ha escuchado en su vida—. ¿No te deja pagar el alquiler? Qué interesante. ¿Porque es muy buen amigo?

Pippa le da un codazo.

—¡Para!

Suelto una respiración larga y pienso en cómo lo he acorralado en la cocina esta mañana.

—Me frustra mucho. Cada vez que saco el tema, habla de otra cosa, y cuando insisto, me dice que no me preocupe. Que no está sufriendo por el dinero, precisamente.

Las transferencias digitales no paran de caducar cuando convenientemente se olvida de aceptarlas o finge no haber visto la notificación.

Hazel se ríe.

—Los tíos estos se lo tienen muy creído.

—No quiero aprovecharme de él.

—No lo haces. —Pone los ojos en blanco—. Le encanta que vivas con él. Y seguro que podéis encontrar alguna forma de compensárselo que no tenga nada que ver con el dinero.

Levanto las cejas y noto un calor arrollándome por dentro.

—Eh...

—Ha sonado más sugerente de lo que pretendía. Solo quería decir que ellos pueden comprarse lo que quieran, así que tendrás que darle algo que el dinero no pueda comprar. —Se encoge de hombros —. Sé su amiga y ya está. Ven a ver sus partidos y anímalo. Llévalo

a las clases de yoga para que yo pueda darle una buena paliza. Ved juntos la serie rara esa de fantasía que tanto le gusta.

—¿*La espada del norte*? Eh, perdona, no es rara, simplemente es la mejor saga de fantasía romántica que he leído en mi vida.

Hazel arruga la nariz.

—Tú también no, por favor.

—Es buenísima. Te dejo mis libros si quieres, pero me los tienes que devolver.

Hazel pone los ojos en blanco, pero está sonriendo.

—Él me dijo lo mismo. Dios los cría y ellos se juntan.

Una sensación cálida me burbujea en el estómago al oír esas palabras, y no puedo evitar sonreír. Mi mirada se va hacia él en la pista: rápido, fuerte y osado. Y una emoción intensa me recorre todo el cuerpo.

Nunca pasará nada con Hayden, lo sé. Kit tenía la voz suave, era un poco pasivo, más a mi nivel. Pero ¿Hayden? Es un tío enorme, tanto física como personalmente. Podría tener a cualquiera.

¿Y esta noche? Voy a empezar a aprender de él.

Capítulo 4

Hayden

A treinta segundos del final del tercer tiempo, estamos empatados con Chicago.

La sangre me palpita en los oídos mientras Volkov y yo perseguimos al delantero del otro equipo por la pista. Somos defensas, por lo que nuestro trabajo es mantener el disco lo más lejos posible de nuestro portero.

Desvío un momento la mirada hacia Darcy, que está sentada con Hazel y Pippa detrás de la portería, y siento de pronto un subidón de arrojo.

Miller coge impulso para un tiro largo y, cuando el disco sale disparado hacia la portería, aguanto la respiración. Ahí está de nuevo esa sensación en el pecho, la que no he sido capaz de ignorar últimamente. Como si algo no estuviera bien del todo.

El disco se precipita detrás del portero y el público estalla.

—¡Ha sido una jugada preciosa, chavales! —grita Miller, envolviéndome en un abrazo corpulento y con una palmada en la espalda, mientras suena la bocina y las luces parpadean a nuestro alrededor.

Yo sonrío y luego me río cuando Miller me empuja, pero no me resulta natural y me acabo sintiendo como un gilipollas por ello. Mi equipo ha marcado, debería estar encantado. Hacemos un último

saque en los últimos tres segundos, se acaba el partido y salimos de la pista.

Darcy me mira, me sonríe y me saluda. El orgullo se expande por mi cuerpo y le guiño un ojo a través del cristal. Me gusta que venga a los partidos a verme jugar y a charlar con Hazel y Pippa.

Vuelvo a reproducir mentalmente la otra noche, cuando me pidió que fuera su maestro. He intentado no darle muchas vueltas, con la esperanza de que se olvide de su propuesta.

—Owens. —El entrenador Ward me llama al salir de la pista—. No vas a ir a la rueda de prensa. Quiero verte en mi despacho.

Noto un peso en el estómago. Que el entrenador quiera hablar contigo después de un partido no es buena señal.

—Te voy a colocar en la ofensiva —dice Ward reclinándose en su silla para mirarme de forma tranquila y relajada, como hace siempre.

Me quedo mirándolo, preguntándome si he oído bien.

Tate Ward tiene casi cuarenta años, bastante joven para un entrenador de la NHL y, probablemente, demasiado guapo también, si te pones a leer los comentarios de las redes sociales del Storm. Hace una década, era jugador del Vancouver y batía récords sin parar, pero después de que una lesión de rodilla acabara con su carrera, se hizo entrenador.

Tras una temporada y media con el Vancouver Storm, es conocido por hacer cambios importantes basándose en sus instintos. Pero, quedando solo dos meses y medio de temporada y con una oportunidad real en la ronda clasificatoria, cambiar de posición un jugador es lo más atrevido que ha hecho hasta ahora.

Me quedo mirándolo un buen rato.

—¿Hasta que vuelva Kerrington?

Uno de nuestros delanteros, Kerrington, se lesionó hace un par de semanas en un partido.

Sacude la cabeza ligeramente.

—De forma permanente. Kerrington estará de baja lo que queda de temporada. Avisaré al equipo en el entrenamiento de mañana.

Suelto una respiración larga. A nadie le gusta escuchar que un compañero no jugará más.

Pero eso no explica por qué estoy aquí. Incluso sin Kerrington, Ward tiene trece delanteros entre los que elegir, y yo soy uno de los mejores defensas de la liga. Frunzo el ceño.

Soy el chico de apoyo. El que juega bien con los demás y se lleva bien con Volkov, el más gilipollas de todo el equipo. Soy la fuerza de repuesto, no la estrella.

—Siempre he jugado como defensa —le digo a Ward.

Su sonrisa crece.

—Eso no es verdad, Owens.

Recuerdo lo que pasó hace un mes. El partido que jugamos contra Calgary en una pista exterior en Whistler. Miller me sugirió que me cambiara a delantero como último recurso.

—El Clásico de Invierno.

Él asiente una vez.

—Eso es.

—Pero no era un partido de verdad. —No contaba para la clasificación de la liga—. Fue solo por pasarlo bien.

Entrecierra los ojos mientras me escudriña en silencio, y la incomodidad se me retuerce en el pecho.

—No soy la estrella.

Ward adopta una expresión amable.

—¿Y si lo fueras?

Cruzo los brazos e intento poner mi sonrisa cordial de buen chico, pero no la encuentro.

—Tú eliges —añade, sin apartarme los ojos de encima—, pero creo que es la jugada perfecta y me gustaría que te lo pensaras.

La ronda clasificatoria es en tres meses, a finales de abril, y tenemos una oportunidad bastante buena. Ward siempre nos insiste en hacer nuestro papel, centrarnos en nuestra posición para servir al equipo. La defensa es la posición que conozco y en la que juego bien.

Pero ¿estoy jugando bien? ¿O simplemente estoy saliendo del paso? Vuelvo a reproducir mentalmente el partido y reaparece la sensación extraña en el pecho de cuando Miller marcó el gol. Algo ha cambiado, pero no sé qué es, aunque tengo la fea sospecha de que solo puede empeorar.

Enfrente de mí, Ward espera con su paciencia deliberada. Cuando empezó a entrenar al Vancouver Storm, el equipo cambió para bien. Al contrario del entrenador anterior, no es una persona egocéntrica y trabaja con los jugadores uno a uno, desde las estrellas en primera fila hasta los novatos del fondo. Conoce a todos los miembros de la organización del equipo por su nombre, incluso a la gente con la que no interactúa, como el personal de limpieza, contables y conductores. Joder, conoce a todo el mundo implicado en la concesión.

«Un equipo», dice siempre. Admiro mucho eso de él, que trate a todo el mundo con respeto y los haga sentirse integrados y valorados.

Me paso la mano por el pelo. Los fichajes terminan en marzo, y no tengo ninguna intención de marcharme. Volkov, Miller, Streicher, Hazel, Pippa... ellos son mi familia. Ahora Darcy también está en

Vancouver, y la idea de alejarme de ella otra vez logra que me decida.

No quiero darle a Ward ningún motivo para que me venda; es más, quiero que esté orgulloso de mí.

—De acuerdo. —Noto el pecho tenso al asentir—. Acepto.

—Esperaba que dijeras eso. —Una sonrisa de satisfacción le divide la cara en dos—. Mañana por la mañana empezarás a entrenarte con los demás delanteros.

Capítulo 5

Darcy

—¿De verdad que no estás cansada? —pregunta Hayden al sentarnos a una mesa en el Filthy Flamingo tras el partido. Aquel antro estrecho y lúgubre de Gastown tiene carteles enmarcados de grupos musicales en todas las paredes de madera y lucecitas colgadas por el techo—. Tampoco tenemos que quedarnos mucho tiempo.

Ya había estado aquí varias veces en mis visitas a Hayden, y es mi bar favorito de Vancouver. Se entra por un callejón oscuro y tranquilo, por eso es el lugar secreto al que vienen a tomarse algo los chicos del Vancouver Storm, sobre todo después de los partidos. Jordan, la camarera, tan guapa como arisca, con el pelo largo y oscuro, sirve las bebidas detrás de la barra y, a su espalda, hay un montón de fotos Polaroid de los clientes habituales, el equipo entre ellos.

Lo miro impactada.

—Qué va. Quiero salir.

Kit siempre quería irse a casa tras los partidos. Tenía que arrastrarlo para salir con su equipo, o con Hayden cuando estábamos aquí. Todavía me hierve la sangre.

Hayden sonríe.

—Así me gusta.

Arrugo la cara y él se ríe. Hazel, Rory, Jamie, Pippa y el otro defensa del equipo, Alexei, ya están aquí, además de otros jugadores y compañeros. Todos muestran muy buen humor después de la victoria, y el bar está animado con risas y conversaciones.

Jordan nos sirve nuestras bebidas, y Hayden y yo brindamos.

—¡Salud! —Me mira a los ojos.

Yo le devuelvo la mirada con los ojos muy abiertos.

—¡Salud!

—¿Qué hacéis? —pregunta Hazel. Mira de uno a otro con una sonrisa divertida.

—Hay que mirar a los ojos para brindar —explica Hayden como si fuera muy evidente.

Yo asiento.

—O tendrás siete años de polvos de mierda.

Hayden pone una expresión afligida.

—No podemos arriesgarnos.

Hazel se ríe.

La que menos puede arriesgarse soy yo, teniendo en cuenta lo insípida que ha sido mi vida sexual en los últimos años.

Hayden apoya el brazo en el respaldo del asiento que hay junto a mí, me roza sin querer el hombro y siento un cosquilleo por la espalda.

—Tenemos que hablar de algo muy importante, Dar.

—¿De qué? —Abro mucho los ojos.

Su expresión es muy seria.

—De tu cumpleaños.

Se me escapa una risa.

—Ah. Eso.

—Sí. Eso. —Le brillan los ojos con interés—. ¿Qué vamos a hacer?

Mi cumpleaños es en abril, todavía faltan meses.

—Nada. La clasificatoria empieza en esa fecha; no quiero hacer una gran celebración si tenéis que estar todos concentrados.

—A lo mejor no llegamos a la clasificatoria.

Pongo los ojos en blanco y pienso en la velocidad y la agilidad con la que se ha movido por la pista esta tarde.

—¿Con tu forma de jugar? Seguro que sí.

Su sonrisa se agranda un poco.

—No me cambies de tema. Tenemos que hacer una fiesta. Es el primer año desde la universidad que vamos a pasarlo juntos.

Hago un ruido evasivo. Cuando estudiábamos, mi cumpleaños siempre coincidía con el final de los exámenes y organizábamos unas fiestas loquísimas a las que venía toda la gente que conocíamos. Pero desde que nos licenciamos, mis cumpleaños se han convertido en algo mucho más tranquilo. Se me hace un nudo en el estómago por la idea de cumplir un año más.

Claro. Esta sensación. Por esto ya no hago fiestones. Odio cumplir un año más cuando tengo la sensación de que mi vida está estancada y desviada. Como si me hubiera equivocado de andén y fuese en dirección contraria.

Aunque las cosas están cambiando. Hayden va a enseñarme a ligar sin compromiso y me lo voy a pasar genial con todas las citas que hasta ahora me he perdido.

—¿De qué quería hablar contigo Ward después del partido? —le pregunto para cambiar de tema.

Él duda.

—Me va a poner de delantero.

Todos los chicos lo miran con interés.

—Vaya. —Rory mira a Hayden con curiosidad, torciendo la boca hacia arriba poco a poco—. Interesante.

Hayden se encoge de hombros y mira a Alexei.

—Sí. Va a avisar mañana al equipo.

Alexei hace un ruido grave de reconocimiento y cruza los brazos con el ceño fruncido. La prensa lleva años especulando sobre su inminente retiro. Aún es un jugador fuerte, pero este deporte es brutal con los cuerpos de los jugadores. Esta noche le han dado un golpe tremendo y, al caminar hacia la barra, cojeaba del lado derecho.

—Me parece una jugada inteligente. —Rory cambia la sonrisa traviesa y juguetona por una expresión atenta y considerada. Es el capitán, claro. Rory Miller finge ser engreído y ostentoso, pero valora mucho a su equipo y quiere lo mejor para sus jugadores.

—Ha mencionado lo que pasó en el Clásico de Invierno.

—Era justo en lo que estaba pensando. —Rory asiente y se inclina hacia delante—. Salió bien, Owens, y creo que Ward también se dio cuenta.

Hayden simplemente se encoge de hombros. Yo me tomo un instante para imaginármelo en su nueva posición.

Es fácil de tratar, amable y tranquilo. Quiere que todo el mundo se sienta incluido; siempre ha sido así, desde la universidad, cuando invitaba a las fiestas a todos los de nuestra planta, hasta al chico raro que nunca salía de su habitación. Eso es lo que me encanta de él, que tiene muy buen corazón y es muy cariñoso. Nunca intenta destacar como hacen otros. Quizá por eso siempre le ha ido tan bien como defensa.

Pero a veces me pregunto si es porque piensa que no se merece ser la estrella, y cómo sería si decidiera destacar. Los defensas protegen al portero, pero los delanteros marcan los goles y se llevan la gloria. Me imagino a Hayden en la pista, persiguiendo lo que quiere con una concentración depredadora. Mi cabeza cambia el escenario y lo veo persiguiendo a una mujer, con la mirada clavada

en ella, con esa sonrisa preciosa y segura, acorralándola con su cuerpo y provocando que su corazón se acelere cada vez más.

Dejándole claro que la desea.

Siento un escalofrío que termina aterrizando entre mis piernas. Carraspeo.

—¿Estás bien? —Hayden sonríe y arquea una ceja curiosa. Los demás han vuelto a su conversación y no reparan en nosotros.

—Claro. —Mi voz suena aguda y extraña, así que carraspeo otra vez—. La verdad es que te imagino de delantero.

Me mira extrañado.

—¿En serio?

—Mhm.

Hayden es un tío grande, como los otros defensas, pero hay algo en su forma de jugar; fluida y tranquila, como si rellenara los huecos de la pista, que me hace pensar que se contiene. Como si jugara para los demás, pero no para él.

Pienso en los modelos analíticos que tengo guardados en el ordenador. Hace un par de años, encontré una conferencia sobre análisis de hockey en YouTube. Vi un vídeo tras otro de gente hablando sobre cómo usaban los datos y análisis estadísticos para encontrar patrones y predecir resultados. Estos datos ayudaban a mejorar a los equipos, a recuperarse más rápido de las lesiones y a marcar más goles.

Yo creé mis propios modelos, solo por ver si era capaz. Al contrario que mi trabajo, ahí encontré lo que más me gustaba de las matemáticas en la universidad: cómo ayudan a que el mundo tenga sentido, cómo prácticamente se puede predecir el futuro si se entiende el pasado.

Hace eones que no los abro, pero quizá los podría usar para ayudar a Hayden.

Ignoro rápidamente esa idea.

El Vancouver Storm tiene todo un equipo de entrenadores e instructores que ayudan a los jugadores a dar lo mejor de sí. No necesitan que una tía a la que le gusta meter números en un programa para pasar el rato se meta en sus asuntos.

Equivocarse con estas cosas tiene consecuencias. Se me acumula la pena en el pecho. Mis errores pueden afectar a otra gente.

—¿Darcy? —Hayden me escudriña la cara con preocupación—. ¿En qué estás pensando?

—En nada. —Fuerzo una risa para apartar los recuerdos de mi primer trabajo después de la universidad, los recuerdos que pensaba que había enterrado. Saco mi teléfono—. He estado leyendo sobre cómo ser un picaflor.

Él pone una sonrisa irónica. Le titilan los ojos con las luces del bar.

—¿Has investigado?

—Por supuesto. —Lo miro como diciendo: «¿Qué te crees?»—. ¿Es que no me conoces?

Él sacude la cabeza sin dejar de sonreír.

—A ver, Andersen. ¿Qué has encontrado?

Abro una página web que tenía guardada.

—Cómo ser un mujeriego, nivel básico.

Capítulo 6

Darcy

—No. —Hayden se ríe y mira la pantalla de mi teléfono por encima de mi hombro—. ¡No puede ser!

—Uy que no. Espera y verás. —Su olor a recién salido de la ducha me arrolla, limpio y punzante, y se me hunde el estómago—. «Regla número uno: un mujeriego siempre está seguro y relajado». —Le lanzo una mirada mordaz a Hayden, que está sentado junto a mí, con su brazo musculoso extendido por el respaldo del asiento, e imito su lenguaje corporal. Él aparta el brazo para dejarme espacio. Soy más baja que él, así que tengo que estirarme para llegar al respaldo. No parezco ni segura, ni relajada, pero Hayden se ríe.

Levanto la barbilla, pongo una sonrisa sórdida y le guiño un ojo.

—Ey, nene, ¿qué tal?

Él resopla.

—Te sale solo.

—Gracias. —Me río por lo bajo y vuelvo a la lista—: «Regla número dos: necesitas una casa digna de un mujeriego. Los sofás de cuero y una buena tele harán que las mujeres se sientan como en casa». —Mi cara se vuelve dubitativa—. No sé si esto es así, pero la verdad es que tu piso está muy bien.

Pero, al imaginarme llevando allí a los tíos después de las citas, siento una punzada extraña en el estómago. Hayden es mi amigo, y estando él en mi vida salí con Kit durante años; no debería

importarme, pero ligar con un tío mientras Hayden está en su habitación, o algo peor, ¿delante?... eso me produce mucho rechazo.

—Nuestro piso —dice.

Lo miro con curiosidad.

—¿Hmm?

—Has dicho «tu piso», pero ahora tú también vives ahí. —Tuerce la boca hacia arriba—. Ese era el trato. Me lo has prometido.

Una sensación cálida me inunda el pecho.

—Pero es tuyo. Y no voy a pagar alquiler.

Él se encoge de hombros.

—Detalles sin importancia.

—Hayden.

Me mira a los ojos y las comisuras de su boca se elevan en una sonrisa infantil.

—Darcy. —Abro la boca para protestar, pero me interrumpe—: Me gusta que seas mi compañera de piso. A ti te gusta vivir ahí, ¿no?

—Claro. —Es mucho más ordenado que Kit, y se lava toda su ropa. Yo uso el baño principal y él tiene el suyo propio en su dormitorio, así que no discutimos por la ducha. Me gusta volver a casa después del trabajo y verlo cuando no está en algún partido—. Es como si volviéramos a la residencia de la universidad.

—Genial. —Se acerca a mí y baja la voz—: Pues deja de discutir.

No puedo evitar reírme y sentir que se me encoge el corazón por el cariño que le tengo a este tío. Da igual lo famoso que sea, el dinero que tenga o su estatus como uno de los mejores jugadores de la liga: es muy majo.

—Y si quieres cambiar algo en el piso —añade—, por mí sin problema.

—¿Lo que sea? —Entrecierro los ojos intentando no arruinar con una sonrisa la sorpresa que le tengo preparada en casa—. Si quisiera

colgar una bola de discoteca gigante en medio del salón y pintar el suelo de naranja fluorescente, ¿te parecería bien?

Él sonríe.

—Suena divertido.

—Siempre tienes que ser el tío más afable del mundo, ¿verdad? O a lo mejor es que tienes muchas ganas de que eche un polvo.

Hayden tose mientras traga un sorbo de su bebida. Cuando se recupera, señala mi teléfono con la cabeza.

—¿Cuál es la tercera?

—«Regla número tres» —leo—: «Tienes que parecer un mujeriego, no un carca. Demuestra a las chatis que tú lo que quieres es pasártelo bien, no elegir baldosas para el baño. Que nadie piense que tienes madera de casado. Para lograrlo, tu pelo, tu ropa y tu coche tienen que reflejar tu naturaleza de mujeriego. El pavoneo te dará impulso y lubricará tus conversaciones». —Hago una mueca—. Qué asco. —Mi cara cambia a medida que asimilo las palabras y me miro el jersey de lana que llevo puesto. Un jersey idéntico al que llevaba la otra noche, pero de un color distinto.

Este jersey es calentito y duradero. Queda bien con vaqueros, pero también lo puedo combinar con unos tacones bajos y ponérmelo para ir a trabajar. El precio fue razonable. Para ser una prenda de ropa, cumple su función, aunque tampoco es que me encante. No está mal. No me hace especial ilusión usarlo y no creo que me favorezca en exceso.

En la universidad me ponía constantemente la camiseta de *La espada del norte*. Por eso nos conocimos Hayden y yo: él la reconoció y empezamos a hablar después de clase.

¿Por qué ya no me pongo esas cosas?

«Es un poco, em, cantoso, ¿no? —me dijo Kit una vez cuando llevé a casa un vestido naranja intenso que me acababa de comprar.

No sé por qué, el color mandarina me ponía muy contenta—. ¿Quieres que te mire todo el mundo?».

Pongo una cara extraña mirando a Hayden.

—Yo tengo madera de casada.

—Venga ya —dice Hayden con expresión de incredulidad.

—Es verdad. —Me señalo el cuerpo—. Tengo el aspecto de una persona responsable, que paga sus impuestos a tiempo, cambia el aceite cuando tiene que hacerlo y toma el suplemento de vitamina D.

Él arquea una ceja con los ojos brillantes.

—Es que haces todas esas cosas.

—Exacto. —Lo señalo con la mano y él se ríe—. ¿No lo entiendes? Debo vestirme para tener el aspecto de alguien que no le presentarías a tu madre. Eso es lo que quiere decir la regla número tres: «Tú lo que quieres es pasártelo bien, no elegir baldosas para el baño».

—Oye. —Rory se inclina sobre la mesa con una sonrisa curiosa—. ¿Qué narices estás leyendo?

—Una lista sobre cómo ser un mujeriego. —Le enseño el teléfono —. La he encontrado en internet. —Todos los demás interrumpen sus conversaciones para escuchar, confundidos—. Hayden es mi nuevo maestro.

Hay un silencio largo en la mesa, hasta que Hazel abre la boca sorprendida, con los ojos iluminados de interés.

—¿No me digas?

Noto mis mejillas calientes, pero me obligo a sentarme más recta.

—Sí. Acabo de salir de una relación de ocho años y no pienso perder ni un segundo más.

Hazel y Pippa intercambian otra de esas miradas de reojo. Rory mira a Hayden, y hay algo en sus ojos que tampoco logro descifrar.

Jamie simplemente mira a Pippa como si fuera un bocadillo que está deseando comerse.

—¿Qué? —Miro de una cara a otra con una preocupación creciente en la garganta—. Pensáis que es una estupidez. Os parece una mala idea.

—¡No! —Pippa despierta de su ensimismamiento—. Acabas de salir de una relación muy larga y mereces pasártelo bien. Y Hayden es la persona perfecta para eso.

Hazel agita las cejas mirando a Hayden.

—Exacto. Os lleváis de maravilla.

Hayden aparta la mirada y luego señala la lista.

—No tienes que cambiar tu apariencia, Dar.

—Ya sé que no tengo que hacerlo, pero ¿y si me apetece? —Algo impetuoso fluye en mi interior—. Voy a empezar de cero. ¿Por qué voy a vestirme como la versión de mí que dejé en Calgary? —Bajo la mirada—. Debería comprar ropa nueva.

—¿Qué le pasa a tu ropa? —pregunta Pippa con expresión desconsolada—. A mí me flipa ese jersey.

—Me puse este jersey para una cita y al tío le faltó presentarme a su madre allí mismo —les digo a ella y a Hazel, haciéndolas sonreír —. Es formal. No quiero parecer formal. Quiero estar buena. Quiero parecer alguien con quien te lo pasas bien, no alguien con quien pasas el resto de tu vida. Y quiero ponerme ropa nueva que me guste, no ropa que me dé igual.

Hazel asiente.

—Creo que puedo apuntarme a eso, pero no me pidas consejos de moda. —Se señala las mallas de yoga—. Todo lo que llevo es de licra. Comodidad ante todo.

A Rory le brillan los ojos con interés.

—Yo no me quejo.

—No seas guarro —le dice ella, pero le sonríe. A mí me da un vuelco extraño el corazón.

—¿Sabes con quién podría ir de compras? —le dice Pippa a su hermana—. Con Georgia.

Hazel abre mucho los ojos, entusiasmado.

—¡Sí!

Al otro extremo de la mesa, Alexei hace un ruido de indignación.

—Si queréis que Darcy se ventile todos sus ahorros, desde luego que sí. La doctora es una mala influencia.

—Disculpa. —Hazel le lanza una mirada—. Solo porque tú no te lleves bien con ella no quiere decir que sea una mala influencia. ¿Qué tenemos, quince años?

—Es una de las doctoras del equipo y te va a caer genial —me dice Pippa en voz baja—. Lleva unos zapatos increíbles.

Siento una ráfaga de felicidad en mi interior, y contengo una sonrisa para no parecer demasiado ansiosa.

—Perfecto. Cuando digáis.

—Genial. —Pippa sonríe—. Yo me ocupo.

Hayden me está mirando con recelo, así que le doy un codazo amistoso.

—¿Qué es el pavoneo?

—Llevar algo atrevido y moverte a conciencia para que la gente comente.

Lo miro de arriba abajo: lleva una chaqueta impermeable negra que resalta el azul de sus ojos, una camiseta blanca y unos vaqueros. Nada llamativo ni atrevido.

—Tú eso no lo haces.

Pone su sonrisa coqueta.

—No me hace falta.

Yo resoplo.

—Bueno, es evidente que a mí sí.

Me coge un mechón de pelo y siento un cosquilleo muy agradable en la cabeza.

—¿Y si te rapas por los lados?

Me río.

—Me parece un corte chulísimo, pero no sé si a mí me favorecería.

Aparece en mi cabeza el recuerdo de una conversación que mantuve con Kit: «Siempre he querido teñirme el pelo de morado —le dije—. Desde que era pequeña. Un morado pastel, como lavanda».

Él puso una mueca. «Venga ya, ¿cómo vas a querer hacerle eso a tu pelo? —preguntó—. Quedaría muy infantil. Tu pelo está bien como está».

Joder, qué coñazo era. Tenía una imagen muy específica de la mujer ideal, y ahora que ya ha pasado un tiempo desde que lo dejé y he podido almacenar todos estos recuerdos, me doy cuenta de que yo nunca encajé en esa imagen.

Le dejé echar un vistazo a quién soy realmente y no le gustó. ¿En qué lugar me deja eso?

Aunque a lo mejor él tenía razón con lo del pelo. Sería demasiado. Dudo que el pelo morado pastel encaje muy bien en mi estirada oficina de seguros.

Hayden me da un codazo sin apartar los ojos de mi cara.

—¿Qué más dice la lista?

—«Regla número cuatro: ten siempre un plan». Y ahí es donde entras tú, claro. Lo demás lo tengo solucionado.

Hayden no dice nada, así que leo el último elemento de la lista.

—«Regla número cinco: nunca te pilles». —Levanto la boca en una sonrisa torcida, pero queda muy forzada—. Ni de coña, evidentemente.

Hayden se me queda mirando un buen rato.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Hay algo serio en su forma de mirarme, como si le preocupara que yo pudiera cometer un gran error.

Pero a mí no me parece un error. Creo que es mi única opción. No puedo volver a ser quien era antes y dejar que otra persona tome las riendas de mi vida. Ahora, aquí en el bar con todo el mundo, charlando y riéndome, sin preocuparme de que sea demasiado tarde para Kit, que tenía que irse a dormir temprano, empiezo a sentirme otra vez yo.

A Hayden le preocupa que me rompan el corazón, supongo. Si me pillara por otra persona, volvería a perderme a mí misma. Lo sé. No soy como Hazel o Pippa, que saben perfectamente quiénes son. Yo todavía lo estoy averiguando.

—Claro que sí —le digo—. Las probabilidades de que me vuelva a pillar por alguien son nulas. No busco nada serio. —Sonrío para que vea que estoy perfectamente—. ¿Cuándo empezamos? ¿Ya?

Él se pasa la mano por la nuca.

—Aquí con todo el mundo mirando, no. Mejor salimos mañana, los dos solos.

—¿Y me enseñarás cómo tirarles la caña a los tíos?

Se toca el labio de arriba con la lengua y se le tensa la cara.

—Sí.

Estoy muy emocionada ahora mismo.

—Pues mañana, entonces.

Capítulo 7

Darcy

—Podríamos hacerlo en el Filthy Flamingo. —Hayden me sujeta la puerta cuando llegamos a casa más tarde.

Entro en el piso y le rozo el pecho con el hombro; se aleja rápidamente de mí y frunzo el ceño.

Las primeras veces pensaba que me lo estaba imaginando. Hayden es muy tocón. Durante estos años, me ha pasado el brazo por encima infinidad de veces. Me lleva a caballito y me despeina y nunca duda a la hora de darme un abrazo de oso.

Pero desde que me mudé, no me toca. Se han acabado los abrazos y el pasarme los brazos por los hombros. Esta noche en el bar, movió el brazo para que no se lo tocara sin querer. Y ahora se aparta para dejarme espacio.

—¿Dar?

Se comporta como si mi piel estuviera llena de pinchos o algo.

—¿Hmmm? —Me quito los zapatos.

—Tu cumpleaños. No se me ha olvidado por mucho que hayas intentado cambiar de tema antes.

Suspiro, pero luego sonrío.

—¿A qué viene esa actitud? —Me coge la chaqueta y la cuelga—. Vamos a tener una semana libre entre los partidos de la temporada y los de la clasificatoria. Nunca había ocurrido, pero Ward se ha empeñado.

Se me separan los labios por la sorpresa.

—Hala. Qué bien. —Los jugadores normalmente están agotados para cuando termina la temporada, y se adentran en la clasificatoria cansados y lesionados, por lo que no juegan todo lo bien que podrían.

—Podríamos hacer la fiesta entonces. Unos días después de tu cumpleaños, cuando acabe la temporada normal. Y no sé tú —dice Hayden volviendo la cabeza por encima del hombro mientras entra en la cocina—, pero a mí me sirve cualquier excusa para celebrar una fiesta.

—Me consta. —Retuerzo la boca en una sonrisa.

—Me llaman juerguista. —Saca la botella de agua de la nevera y se bebe la mitad. Se le mueve la poderosa línea del cuello al tragar.

A lo mejor una gran fiesta de cumpleaños es justo lo que necesito. Sería como una fecha límite. Lo tendría todo solucionado para entonces.

Siento una chispa de emoción y de apremio.

—Mira, qué más da, claro que sí. —Lo miro con una sonrisa indulgente—. Hagámoslo.

Se me van los ojos a la puerta de la terraza y una risa amenaza con salir sin permiso. Antes escondí algo ahí y llevo todo el día esperando a que Hayden llegue a casa y se tropiece con ello.

—¿La puerta de la terraza está cerrada con llave? —pregunto con inocencia fingida—. Me ponen muy nerviosa ese tipo de cosas.

Él resopla.

—Estamos en el piso veinte. ¿De verdad crees que alguien va a escalar el edificio? —Hace un ruido compasivo—. No te preocupes, yo te protegeré de los intrusos, Dar.

Contengo una sonrisa y finjo una cara de preocupación.

—¿Puedes comprobarlo de todos modos? ¿Porfa?

Se le suaviza la cara.

—Claro.

Hayden cruza el salón hasta la puerta de la terraza, ve al gnomo de jardín mirando por la ventana y casi se le sale el corazón del pecho.

—¡Me cago en Dios! ¡No! —Se estremece.

Yo estoy encogida de la risa.

—¿De dónde ha salido eso?

—¡Es Daniel! —Pongo una sonrisa enorme y saludo al espeluznante gnomo de porcelana que compré esta mañana. Tengo lágrimas en los ojos, no puedo parar de reírme—. ¡Por fin ha encontrado tu casa! Dice que ha estado buscándote.

—Darcy. —Hayden se pasa una mano por la cara y mira el adorno de jardín con asco y desdén.

Daniel, el gnomo de jardín, ha estado siguiendo a Hayden desde que su abuela me lo regaló cuando fuimos a verla un día en el tercer año de universidad. El peor error que ha cometido Hayden en su vida fue decirme cuánto odia los gnomos de jardín y el mal rollo que le dan.

—Y tiene un gorro nuevo. —Me acerco al cristal y saludo al gnomo —. Me alegro de volver a verte, Daniel. ¿Cómo dices? —Me agacho y me llevo la mano al oído, como si escuchara lo que dice—. ¿Que quieres dormir con Hayden en su cama?

Hayden se estremece.

—El trasto ese se queda fuera, en su sitio. O, mejor, deshazte de él.

—Me has dicho que podía cambiar lo que quisiera.

—Ese cambio no. Lo que quieras menos eso.

Camina hacia atrás por el salón, coge la botella de agua y se va por el pasillo que da a las habitaciones.

—Con un poco de suerte se lo lleva un pájaro y lo tira al mar.

La risa me sacude el pecho.

—Buenas noches, Hayden.

En la entrada del pasillo, se para y me mira con una sonrisa.

—Buenas noches, Dar.

Puede que se niegue a tocarme por algún motivo, pero empiezo a ver lo divertido que será vivir con Hayden.

Capítulo 8

Hayden

—¡Owens, no estamos en el campo de práctica! —grita Miller la mañana siguiente durante el entrenamiento—. No retrocedas tanto.

Resoplo de risa y ajusto el tiro, disparando el disco a toda velocidad hacia Streicher en la portería.

—Buena. —Miller me observa mientras voy lanzando los demás discos.

En el banquillo, Ward toma notas. Es uno de los entrenamientos más suaves de la semana. Nos estamos centrando en detalles como tiros de muñeca y tiros a puerta, pero no sé si estoy cumpliendo con sus expectativas.

Al final, Ward toca el silbato.

—¡Se acabó por hoy! —nos grita mientras nos hace un gesto para que vayamos al banquillo. Los delanteros de tercera línea entran en la pista y nosotros salimos.

Se me van los ojos al otro extremo del hielo. Volkov está trabajando con el entrenador adjunto y los defensas de segunda línea, que han puesto en mi antigua posición en la primera línea. Me resulta un poco raro no jugar con ellos, como si llevara unos zapatos nuevos que me apretasen.

—Oye, ¿qué es la tontería esa de enseñar a Darcy a ser una picaflor? —me pregunta Miller con una sonrisa mientras vamos al vestuario.

Yo contengo un gruñido. Esperaba que se hubiese olvidado, pero conociendo a Rory Miller, es imposible que eso ocurra. Pongo una sonrisa insolente.

—¿Por? ¿Quieres que te enseñe a ti también?

Se ríe.

—Esos días son agua pasada para mí, chaval. Estoy pillado de por vida. —Aparece una sonrisa orgullosa en su cara y yo siento un tirón extraño en el pecho.

En el vestuario, me quito la camiseta de los entrenamientos y me siento para desatarme los patines mientras Miller bebe agua.

—Cree que se perdió muchas cosas mientras estaba con Kit y quiere volver a salir con chicos. ¿Quién mejor para enseñarle que el maestro? —Saco pecho y pongo una sonrisa engreída.

En este momento, no me parece algo de lo que estar orgulloso. He salido con muchas chicas, ¿y qué?

—¿Y por qué no practica contigo? —Me apunta con la barbilla y sonríe.

—Somos amigos.

Se me queda mirando un momento. En diciembre, fuimos a un bar y la noche terminó conmigo dejando a Miller muy borracho en su piso con Hazel y con un tatuaje recién hecho que se hizo para ella. Probablemente no recuerde la conversación que mantuvimos sobre Darcy y Kit, y sobre cuánto me incomodaba que Kit no parara de insinuar que se iban a prometer.

Espero que no se acuerde.

—Sois amigos —repite Miller—. ¿Por eso has insistido en que viva contigo?

—Claro.

—¿Y por eso vas a enseñarle cómo tirarse a otros tíos?

Unos celos abrasadores y afilados me suben por todo el cuerpo, hasta que aprieto los dientes. Me fijo en un punto de la pared de enfrente y abro un agujero con la mirada.

—No es eso exactamente.

—Claro que lo es —dice Miller—. Vas a enseñarle todo lo que sabes y luego se irá con otro tío a vivir felices y comer perdices.

Cojo aire por la nariz para intentar controlar la rabia que me está arrollando.

Odio esa imagen, joder.

Esa noche, en el bar, pasa un tío junto a nuestra mesa y repasa a Darcy de arriba abajo. Si yo no estuviera, se habría parado a hablar con ella. La invitaría a una copa, quizá a dos o tres. Darcy es muy lista, la persona más lista que conozco, pero se emborracha fácilmente. Puede que él se inventara una excusa tonta para llevársela a su casa. A lo mejor ella no quiere, pero no sabe decir que no. A lo mejor ha bebido demasiado como para irse a casa sola.

Esa pesadilla me provoca un escalofrío en la espalda y me enfría la sangre.

«Gracias por cuidar de ella», me escribió Kit cuando se enteró de que se estaba quedando en mi casa.

Comer tierra me resulta más tentador que ver cómo Darcy aprende a ligar, pero así al menos puedo cuidarla.

—Quiere que la ayude. —Me quito los patines—. Es mi compañera de piso y mi amiga, y acaba de salir de una relación. No voy a comportarme como un tarado y a ligar con ella cuando es evidente que no lo desea.

Eligió a Kit en vez de a mí, al fin y al cabo. Si hubiera querido estar conmigo, ¿no lo habría demostrado de alguna forma en estos últimos ocho años?

Yo no soy el tío con el que las mujeres sientan cabeza. Soy el tío con el que se desahogan. Jessica Haley lo dejó muy claro con dieciséis años, cuando perdimos la virginidad juntos y luego pasó de mí. Me esforcé tanto para que nuestra primera vez fuera bien, para que se sintiera cómoda y segura, para que disfrutara, que se lo contó a sus amigas. Se lo contó a todo el mundo. Cuando lo dejamos, su amiga Keeley vino a hablar conmigo en una fiesta, me metió en un armario y me informó de que quería comprobar de primera mano mis habilidades.

Lo mismo pasó con otra chica en otra fiesta el fin de semana siguiente. Y el siguiente. Yo no presumía de esos encuentros, pero las chicas hablaban y me gané la reputación de mujeriego.

En el instituto me eligieron «Míster Aquí y Ahora». Todavía recuerdo cómo se reía Kit hasta ponerse rojo siempre que abría el anuario.

Las mujeres no eligen a un tío como yo, no para una relación seria. Y no me molesta, lo acepté hace mucho tiempo.

—Le dije a Driedger que cuidaría de ella —admito mientras me paso la mano por la nuca—. Quiere aprender a tener rollos de una noche, así que le voy a enseñar. —Me pongo de pie con una expresión despreocupada que transmite lo poco que me importa esto, mi indiferencia al respecto—. Darcy y yo nos lo pasamos muy bien juntos, y a mí me da igual con quién salga.

Además, ya no siento eso por ella.

Lo miro con una sonrisa de seguridad.

—Además, se te olvida una cosa, Miller.

—¿Ah, sí? —Arquea una ceja con la boca torcida con ese engreimiento suyo que me saca de quicio—. ¿El qué?

—No es mi tipo —miento—. Me gustan altas, de pelo oscuro y con curvas.

Ese es el tipo de chicas con las que salgo, pero no es mi tipo.

Mi tipo es Darcy Andersen.

«Hayden es el mayor mujeriego que vas a conocer en tu vida», le dijo Kit en la fiesta con una sonrisa.

Lo dijo como si fuera algo bueno, cuando en realidad acabó con todas mis posibilidades de tener algo con la primera chica con la que de verdad había conectado en mi vida.

Ella me sonrió. «No me extraña. Es demasiado guapo para ser monógamo».

Y yo que pensaba que podría empezar de cero.

Muevo la mandíbula y detecto algo en los ojos de Miller que no me gusta. Compasión, creo.

—No me lo creo —dice.

Intento pensar en algo gracioso e irreverente que decir, pero estoy en blanco. Detesto que sea más listo de lo que parece y cómo se comporta; y detesto aún más que yo no sea lo bastante listo como para engañarlo.

Me da una palmada en el hombro al pasar por mi lado, y me pongo tenso.

—Pero no pasa nada —dice mientras se va a las duchas—. Estaré aquí cuando necesites algún consejo.

Capítulo 9

Hayden

—A ver, si quiero que un tío note que me interesa, ¿por dónde empiezo? —pregunta Darcy en el bar de Yaletown que he elegido para hacer esto sin que nos vean mis compañeros de equipo.

«¿Y por eso vas a enseñarle cómo tirarse a otros tíos?». Las palabras de Miller me provocan una nueva ola de tensión en los músculos.

—¿Hayden?

—Sí. —Carraspeo y me concentro en Darcy—. Vale. Coquetear. Es muy fácil. Busca a alguien que te interese y haz contacto visual.

Ella murmura y asimila la información. Está muy guapa esta noche. Se ha dejado el pelo suelto y un poco ondulado por encima de los hombros. Aunque siempre está guapa, con esa nariz pequeña y levantada, los pómulos altos y la boca con forma de corazón.

Se me van los ojos a sus piernas. Está retorciendo las manos y me siento muy protector.

—Oye. —Bajo la voz y le señalo las manos con la barbilla—. ¿Qué pasa?

Ella pone una cara insegura y se encoge de hombros.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. Nunca había hecho algo así.

Reprimo el instinto de pasarle el brazo por los hombros.

—Va a ser un paseo para ti, te lo prometo. En cuanto le prestes atención a cualquier tío, empezará a babear. Eres preciosa.

Levanta las cejas con una sonrisa provocadora.

—¿Soy preciosa?

No quería decir eso. Me encojo de hombros como si les dijera eso a las mujeres todos los días.

—Ya lo sabías.

—Bueno. —Hace una mueca—. No necesariamente. Nunca me lo habías dicho.

Porque siempre sujeto con correa corta esos pensamientos. Lanzo una sonrisa irónica.

—Que no se te suba a la cabeza. Eso es lo que hago siempre.

Ella se ríe por lo bajo.

—Perdona, no amenazaré tu ego. Entonces, a ver, me quedo mirando fijamente a los ojos de algún tío. Vale. —Abre los ojos todo lo que puede, sin parpadear, y me atraviesa con la mirada. Le brilla el iris con una risa contenida—. ¿Te estoy seduciendo, Hayden? —susurra con una voz que da repelús.

—No. —Le devuelvo la mirada con mi propia expresión turbia y contengo una risa—. Se te ha olvidado sonreír.

Pone una sonrisa vacía y sin alma, todavía sin parpadear, y empezamos a reírnos los dos.

Yo suspiro de forma exagerada.

—Esto va a requerir más trabajo del que pensaba.

—Prometo ser buena y no comportarme como una muñeca poseída de una película de terror hasta, al menos, la tercera cita. —Le da un sorbo a su bebida y pasa la lengua por la sal del borde. Yo tengo que apartar la mirada—. Vale, contacto visual con un chico durante un par de segundos, una sonrisa ligera. ¿Qué más?

—Luego, si el tío es listo, aparecerá como un perrito buscando un premio.

—Pero ¿y si no? ¿Y si es tímido o algo?

—Si un tío está interesado, te lo hará saber. —Las palabras suenan con más fuerza de la que pretendo—. No te conformes con menos que un tío besando el suelo por donde pisas.

«Como yo», dice la voz en mi cabeza, pero la ignoro.

Ella hace un ruido y asiente para sí mientras digiere la información.

—¿No decía eso en tu lista? ¿Que estés segura y relajada? Eres un partidazo, compórtate como tal.

Ella sonríe y le brillan los ojos con diferentes tonalidades de verde.

—Tú también eres un partidazo.

Nuestras miradas reposan la una sobre la otra, en uno de esos momentos perfectos en los que estamos los dos solos y pienso: «Quizá». Quizá si las cosas fueran de otra manera. Si me hubiera armado de valor aquella primera semana y le hubiera pedido salir antes de que se me adelantara Kit.

De todos modos, aunque sí hubiéramos terminado juntos, habría sido cuestión de tiempo que Darcy viera lo que ven todos los demás y se fuera todo al traste.

—Vale. —Respira hondo—. Vamos allá.

La sensación incómoda con la que llevo lidiando todo el día se hace más grande y grita más, pero estamos haciendo esto para que ella se sienta segura, para que tenga el control en las citas y para que recupere el tiempo perdido. Somos amigos y necesita mi ayuda.

—Primero busca a alguien que te guste.

Darcy mira a su alrededor en el bar. Se fija en una persona que hay detrás de mí y luego vuelve a mirarme de golpe.

—¿Has visto a alguien? —digo con voz tensa, y aprieto con más fuerza el vaso.

Un pequeño asentimiento.

—Me ha mirado.

—Bien.

Mal. Odio esto. Todos los instintos protectores y posesivos de mi cuerpo resuenan como un tambor. Me está costando la vida no darme la vuelta y mirar al tío.

—La próxima vez que te mire, sonríe. Pero con la sonrisa bonita, no la que da mal rollo.

Ella resopla, se mueve y cruza las piernas. Mira detrás de mí y, al cabo de un instante, tuerce la boca en la sonrisa más mona que he visto en mi vida.

Es como un cuchillo en el estómago.

—¿Así? —susurra mientras vuelve a mirarme.

Yo trago.

—Exactamente así.

—¿Y ahora esperamos? —Da otro sorbo a su bebida y busca mis ojos.

—Si estuvieras con alguna de tus amigas, te diría que sí, pero como estás conmigo —me señalo—, no va a acercarse. Porque yo soy muy grande y muy fuerte. —Saco bíceps y ella se ríe con el vaso en la boca. A mí se me dibuja una sonrisa de oreja a oreja y se me afloja un poco la tensión del pecho.

—Puedes intimidar mucho. ¿Qué me sugieres? —Deja de sonreír y se le llena la cara de preocupación—. No te vayas, por favor.

El corazón se me retuerce y da saltos con esas palabras.

—No voy a irme a ningún sitio.

Se me ocurre una idea y miro hacia atrás por encima del hombro al grupo de chicos. Seguramente funcione, uno de ellos lleva una

gorra del Storm.

—¿Cuál es? —le murmuro a Darcy.

—El de tartán verde —dice en voz baja.

El hombre con la camisa de tartán verde se inclina hacia delante mientras su amigo habla. Mueve los ojos hacia Darcy y luego otra vez a su amigo. Escudriño el grupo en busca de alguna *red flag*, pero parecen todos bastante normales.

El objetivo de Darcy la vuelve a mirar y sonríe, haciendo como que escucha a su amigo mientras marca aún más a Darcy.

Llamo la atención de la camarera, que se acerca. No me puedo creer que esté a punto de hacer esto.

—¿Le pones otra ronda a ese grupo del fondo, por favor? —Darcy observa con curiosidad y yo le sonrío—. Mira y verás.

—Owens. —El de la gorra de los Storm me asiente con interés—. ¿Con quién disfrutas más jugando?

Ni sesenta segundos después de que les enviáramos las bebidas, los muchachos se han pasado por nuestra mesa para darnos las gracias y decirnos que son fieles seguidores del equipo. En mi papel de gran maestro, les presento a Darcy como mi compañera de piso y los invito a que se tomen algo con nosotros en la barra.

—Con Volkov, sin duda. —Solo atiendo a medias porque estoy más concentrado en enterarme de la conversación entre Darcy y el de la camisa de cuadros verde.

Agito la rodilla, inquieto. Ver a Darcy hablar con otro hombre mientras él la mira con chiribitas en los ojos me resulta muy incómodo. Tengo en tensión todos los músculos del cuerpo y el pecho apretado en una necesidad de protección que me urge a cogerla de la mano y sacarla de aquí.

Pero a ella se la ve segura. Se está mordiendo mucho el labio como hace cuando está nerviosa, pero no percibo ninguna sensación extraña de peligro.

—No sé si tienes plan para el resto de la noche —le dice el de la camisa verde a Darcy, que pone una expresión esperanzadora—, pero íbamos a irnos a mi casa...

—No podemos —digo de repente mientras me incorporo—. Nos tenemos que ir.

Darcy me mira con una sonrisa rara y yo tartamudeo una excusa para que no parezca que soy un guardaespaldas controlador. Si fuera cualquier otra persona, Volkov o cualquier otro chico del equipo, no me supondría ningún problema acoplarme y seguir con la fiesta.

Pero no me gusta la idea de que Darcy vaya a casa de este tipo. Todo lo que nos acerque a su dormitorio, que es lo que está intentando hacer, porque cualquiera que tenga ojos en la cara querría encontrarse a Darcy en su cama, me cabrea y me da náuseas.

—Mañana tenemos eso. —La miro con las cejas levantadas y luego llamo la atención de la camarera para pedirle la cuenta—. Con Streicher y Pippa y Daisy. Deberíamos ir tirando.

No estoy diciendo más que tonterías. A veces, Pippa y Hazel organizan excursiones por el norte de Vancouver con la perra de Pippa y Streicher, solo para nosotros. Es nuestro secreto.

—La excursión.

—¿Streicher? —pregunta el de la camisa verde—. ¿Jamie Streicher?

Darcy sonríe y le asiente.

—El mismo.

Al tipo se le abren mucho los ojos.

—Me encanta ir de excursión.

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco como respuesta a su intento sinvergüenza de que lo invitemos.

—Qué bien.

La camarera nos pasa la cuenta y pago, apartando delicadamente la mano de Darcy cuando intenta darle su tarjeta. Siento una chispa de electricidad por el brazo y retiro la mano.

—Hay muchas rutas chulas en Vancouver —añado.

Me cuelo entre ellos dos para ayudar a Darcy a ponerse su abrigo mientras el chaval se retira para dejarnos sitio. Me estoy comportando como un gilipollas territorial y estoy siendo todo lo contrario a lo que he pactado con Darcy, pero parece que no puedo evitarlo.

Mantengo una expresión tensa pero amable cuando coloco la mano en la espalda de Darcy, olvidándome de mi regla de no tocarla.

—Espera. —Los ojos del de la camisa verde brillan de sorpresa al mirarla—. Me... —Se ríe un poco y saca su teléfono—. ¿Me das tu número?

Ella me mira con unos ojos llenos de incertidumbre.

—Ha perdido su teléfono —miento, y la saco de ahí sin mirar atrás —. Para la próxima, tal vez.

Al cabo de un instante estamos fuera, en el frío de la noche, y ya puedo volver a respirar.

Capítulo 10

Darcy

—Ha sido un auténtico desastre —le digo a Hayden mientras caminamos de vuelta al piso.

Él levanta las cejas alarmado.

—¿A qué te refieres? —Le destellan los ojos—. ¿Te ha hecho sentir incómoda? ¿Qué te ha dicho? —Mira hacia atrás, al bar, con la mandíbula apretada.

—No, joder, relájate. Estaba siendo muy majo. Yo soy la que estaba rara e incómoda. No teníamos nada de lo que hablar. Nada. Ha habido un momento que hasta le he preguntado: «¿Vienes mucho por aquí?», como un tío sórdido en el bar de un hotel. Me estremezco al acordarme.

Hayden pone una sonrisa.

—Es que eres sórdida, ¿qué quieres que te diga?

Me río.

—¿Cómo voy a ser una picaflor si soy tan sórdida?

—Te las apañarás. —Se le suaviza la cara—. Seguro que al de la camisa de cuadros le has parecido muy mona.

Lo miro de reojo. Esta noche no ha estado tan alegre y marchoso como suele estar.

—¿Estás bien?

—Sí. —Arquea una ceja—. ¿Por qué?

—Te has querido ir muy pronto. —Le coloco el dorso de la mano en la frente para fingir que le estoy tomando la temperatura—. Tienes que estar muy enfermo.

Resopla una risa y aparta la mirada.

—Estoy cansado, nada más.

—Oh. —Asiento—. Tiene sentido.

Pero en realidad no lo tiene. Hayden es muy nocturno. Le encanta quedarse despierto hasta tarde y es muy extrovertido. Estar con gente le da energía. Le encanta trasladar las fiestas a una segunda, tercera o cuarta ubicación.

Si pienso en lo ocurrido con perspectiva, puede que igual ver a la ex de su mejor amigo tirarles ficha a los tíos no es lo más divertido para él. Le he roto el corazón a su mejor amigo y estoy pasando página. Probablemente piense que no tengo alma. A lo mejor me guarda rencor por ello.

Se me aprieta el estómago al pensar en Hayden frustrado conmigo. Es un cielo; jamás diría nada que me pudiera molestar.

Pero para mí todavía sigue siendo algo raro.

—Gracias por esta noche. —Le sonrío agradecida—. Seguramente para ti haya sido como enseñar a un bebé a andar. Soy muy afortunada por tenerte como amigo. —Sin pensarlo, engancho el brazo a su cintura, como he hecho cientos de veces.

—Lo mismo digo, Darcy. —Me da un apretón rápido en el hombro y se aparta, y entonces siento una punzada enorme de vergüenza.

Es obvio que evita tocarme. Está enfadado porque dejé a Kit y le rompí el corazón a su mejor amigo.

Si enumerase todos los motivos por los que Kit y yo no podemos estar juntos, estropearía la relación que mantienen, así que no digo nada, lo cual no me hace sentir cómoda.

—Me encanta que tu piso esté tan cerca de bares y restaurantes —le digo a Hayden mientras abre la puerta.

Entrecierra los ojos, pero despiden un brillo gracioso.

—Nuestro piso.

—Eso. Nuestro piso. —Estoy a punto de quitarme los zapatos y ponerlos en el armario del recibidor, pero me detengo y frunzo el ceño—. ¿Dónde está tu equipación?

Ayer, el armario estaba lleno de cosas de hockey. Hoy está medio vacío.

Hayden se encoge de hombros.

—He pasado algunas cosas a mi armario y otras al trastero de abajo.

—¿Por qué? No molestaban.

—Sí que molestaban. Casi no había sitio para tu abrigo. —Pone una mueca—. Y huele a sudor. Sé que apesta, aunque tú no digas nada.

—No me había dado cuenta. Tú siempre hueles muy bien.

—Quiero que tengas espacio de sobra para tus cosas. Como he dicho, es nuestro piso.

Mi cara se calienta. A veces olvido lo considerado que puede ser Hayden, que siempre piensa en el bienestar de los demás.

—Gracias.

—No es nada —dice por encima del hombro mientras va hacia la cocina—. ¿Quieres agua?

Asiento y sirve dos vasos de agua, luego se va al salón y yo voy tras él.

—En fin, una noche malgastada. —Me dejo caer en el sofá a su lado—. Perdona.

Él sacude la cabeza con una sonrisa.

—Tú has estado bien. Perdona por... —me mira— sacarte de allí antes de que te diera su número.

—Yo estaba buscando una escapatoria después de decirle que olía raro.

A medio beber, Hayden empieza a reírse y a toser con el agua.

Le doy unos golpes firmes en la espalda. Su camiseta está muy cálida bajo mis dedos y tiene los músculos de la espalda increíblemente tonificados.

Él carraspea sin dejar de reírse.

—Por favor, necesito saber a qué olía.

—No sé, como a lápices... pero ¡peor! ¿A lápices podridos?

Los hombros de Hayden tiemblan y le clavo el dedo en las costillas, lo que hace que se ría aún más.

—Leí un estudio en el que los investigadores creían que, cuando pensamos que alguna persona del sexo opuesto apesta, eso forma parte de nuestro sistema evolutivo. Pensaban que significaba... —Gruño y entierro la cara en las manos—. No quiero repetirlo. Precisamente por este motivo necesito clases, para que esto me salga con tanta facilidad como a ti.

Él me coge las manos y me las aparta de la cara con una sonrisa.

—Venga ya.

Tengo la cara tan apretada que se me va a rasgar un músculo.

—Le dije que nuestro ADN no es compatible y que es posible que seamos familiares lejanos. Me pasé cinco minutos rajando sobre el estudio y luego le expliqué con términos muy claros que no creía que oliera bien.

Con la cabeza hacia atrás, Hayden suelta una risa resonante y gutural. El corazón me da un vuelco en el pecho, encantado por hacerle reír.

—No ha parecido importarle, aun así quería que le dieras tu número —dice cuando se recompone.

—Ya. —Los nervios y la duda giran en mi estómago.

Él me mira con el ceño fruncido.

—¿Y esa cara?

Respiro hondo e intento poner en palabras mis sentimientos, algo que nunca se me ha dado demasiado bien. Puedo pasarme el día haciendo ecuaciones y patrones, pero cribar entre el remolino interno de tensión y preocupación no me sale con tanta facilidad.

—Esta noche ha sido angustiosa y estresante —admito con una respiración temblorosa—. No me he sentido como una picaflor. —En lugar de estar controlando, me ha dado la sensación de que todo me pasaba por encima.

Hayden hace un ruido de compasión.

—Joder, Dar. Lo siento.

—No, no ha sido culpa tuya. Tú has estado genial. Necesitaba que estuvieras allí.

Levanta la boca al escuchar eso y yo le devuelvo la sonrisa.

—Tengo la sensación de que voy demasiado rápido, pero no quiero quedarme sentada a esperar. —Me noto muy impaciente—. La regla número cuatro es: «Ten siempre un plan», y he saltado de cabeza sin saber los siguientes pasos. —Una idea va tomando forma en mi cabeza—. Si el de la camisa verde no hubiera olido a lápices mohosos, si a lo mejor me hubiera gustado, ¿cómo le habría dicho que quería que fuéramos a su casa?

En mi lado, en el sofá, Hayden se queda un momento callado.

—Podrías practicar conmigo.

Junto mucho las cejas.

—Estoy practicando contigo.

Se pasa una mano por el pelo.

—No, practica «conmigo».

—Ah. —Parpadeo mirándole a los ojos. Hayden tiene unos aplastantes ojos azules, más claros en el centro con aros oscuros alrededor—. Utilizarte.

Se me acelera el pulso. ¿Por qué me ha sonado eso tan sucio? No lo ha dicho con esa intención.

—Sí. —Traga, se entrelaza los dedos y se coloca las manos sobre el abdomen—. Si así conseguimos que te sientas más cómoda.

Me pongo muy nerviosa, pero no temblorosa y pesada como cuando he tenido que hablar con ese chaval antes. Son unos nervios más ligeros, más arriba en el pecho, aleteando y vibrando y burbujeando por mi cuerpo. Nervios de emoción.

No era esto lo que tenía en mente cuando pretendía que Hayden me enseñara a ser una picaflor, pero mi cerebro se engancha a la idea y me pregunto cómo sería. Probablemente no vuelva a tener la oportunidad de tontear con Hayden Owens.

Además, él es experto. Ha hecho esto un montón de veces.

«Hazlo», me susurra un diabólico impulso.

—La verdad es que me gusta estar preparada. —El corazón me late más rápido y de pronto soy muy consciente de lo viril que es Hayden. Del espacio que ocupa y de lo grandes que son sus manos. De lo bien que huele.

—Y yo soy tu maestro. —Sus ojos se le deslizan a mi boca.

—Exacto.

No va a encariñarse, él no es así, y esto no es nada más que su forma de ayudar a una amiga.

Subo las piernas al sofá y lo miro.

—Estoy en un bar charlando con un tío y quiero, uhm, precipitar las cosas. ¿Qué hago?

Hayden aprieta la mandíbula un instante.

—Quieres enrollarte con él.

—Eso. —Ni siquiera soy capaz de imaginarme preparada para eso, pero se supone que estoy practicando—. ¿Cómo se lo dejo claro?

La larga línea de su garganta se mueve y vuelve a bajar los ojos hasta mi boca.

—Tócalo.

Pongo una expresión de alarma conforme las imágenes empiezan a desfilar por mi cabeza.

Él sonríe.

—No en plan cogerle el paquete, Dar. Tócale el brazo, invéntate una excusa para tocarle las manos. Di que quieres comparar su tamaño con el de las tuyas, por ejemplo.

Arqueo una ceja.

—¿Ese truco tan viejo? Dudo que funcione.

Él me sonríe con astucia, y siento una extraña puñalada al imaginármelo haciendo eso con otras chicas.

—Hala, qué manos más pequeñas tienes. —Saco la palma—. Seguro que las mías son el doble de grandes.

Resopla y me da una mano a regañadientes. Nuestras palmas se juntan.

Oh.

Qué interesante.

Me abruma la sensación de su mano recia contra la mía. Se activa cada nervio de mi mano con un cosquilleo, acaparando toda mi atención. Su mano es mucho más grande que la mía, tanto que no resulta ni gracioso, y la cabeza se me llena inmediatamente de pensamientos sucios.

Debe de ser proporcional. O sea, tiene que serlo. Es un tío grande; está claro que tiene manos grandes y... estoy segura de que

Hayden tiene una polla enorme. Se me seca la boca. He oído algún rumor.

Aparta la mano y la mía se queda helada.

—Lo añadiré a mi caja de herramientas, aunque me resulta un poco inmaduro. —Lo miro y le sonrío—. ¿Qué otros trucos tienes?

—Búscate otras formas de tocarlo. —Sacude las cejas—. No le importará, en serio.

—¿Así? —Apoyo la mano sobre su brazo. Me resulta un poco raro, pero tiene la piel caliente. No se está apartando como si le quemara, así que algo es algo.

Me sonríe, asiente y relaja la expresión.

—Mhm.

—¿O así? —Me estiro como si fuera a quitarle algo del pelo—. Creo que tienes una cosa en el pelo.

Él se ríe por lo bajo, pero cuando hundo los dedos en el pelo, suspira profundamente y se le entrecierran los ojos.

Una sensación agradable aletea por mi pecho. Le gusta que juegue con su pelo. Me pregunto qué otras cosas le gustarán.

—Tienes el pelo muy suave. —Le paso los dedos por el cuero cabelludo y los arrastro por los mechones sedosos, y él mueve la mandíbula—. Te voy a robar el acondicionador.

—Vale. —Tiene la voz ronca—. Perfecto.

Aparto la mano a mi pesar. La tensión se palpa en el ambiente mientras Hayden me observa, a la espera de mi próximo movimiento, y vuelvo a sentir esa necesidad impulsiva.

—O... —Le llevo la mano al muslo. Noto su piel caliente bajo la tela de los vaqueros negros, y al contacto con mi mano, se le tensa el músculo.

Hayden tiene los muslos de un atleta profesional: fuertes, densos, musculosos. Por las vacaciones en la playa y las fiestas en la piscina

a lo largo de los años, sé que están espolvoreados con vello rubio bajo el pantalón.

Ponerle la mano en el muslo no es exactamente lo mismo que observar, protegida por mis gafas de sol, cómo se tensa la tela del bañador sobre su cuerpo. La pulsión del deseo me sacude y se me pone la piel de gallina.

—¿Así? —Lo miro a los ojos.

—Sí. —Él asiente, con la nariz abierta y la respiración entrecortada —. Justo así. Lo estás haciendo genial.

Un impulso extraño hace que le pase el pulgar por el muslo y aprieto ligeramente el denso músculo.

Al mirarlo fijamente, me doy cuenta de que Hayden tiene una boca bonita. Para una cara tan robusta, la forma de sus labios es sorprendentemente delicada y me muero de ganas de tocarlos.

—Bien. —Me agarra la muñeca y la lleva a mis piernas como si estuviera ardiendo, luego se da la vuelta—. Ya le has cogido el truco. Se te da fenomenal.

Siento una vergüenza inmensa. Probablemente tenía la mandíbula desencajada mientras le acariciaba el muslo.

«Un mujeriego busca las señales que le indiquen que sus avances no son bien recibidos —decía la lista—. No des mal rollo».

—Genial. —Me pongo un mechón detrás de la oreja, como si no lo hubiera fastidiado todo—. Ha sido fácil.

—Me voy a la cama. —Se levanta sin mirarme y se va hacia el pasillo con la espalda y los hombros tensos—. Tengo que darme una ducha. Buenas noches.

—Ah. Vale. —Mi orgullo se resiente por la forma en la que intenta alejarse de mí—. Buenas noches. Gracias por tu ayuda —le respondo.

La puerta de su habitación se cierra y oigo el grifo de su ducha casi de inmediato. Yo me quedo ahí sentada, sintiéndome fatal. Le ha faltado tiempo para irse.

Voy a dejar que eso sea un recordatorio. Es mi maestro y nada más.

Capítulo 11

Darcy

—Ey —dice Hayden a mi espalda mientras lo espero en la entrada del estadio varios días después. Se acerca con una expresión desconcertada y mirando a su alrededor—. Me han dicho que había una chica muy guapa aquí esperando... —Sus ojos me encuentran y pone una expresión exagerada de decepción—. Oh.

Mi cuerpo se sacude de risa.

—Muy gracioso. Hola.

—Hola. ¿Estás esperando a Georgia?

Sonrío y asiento. Vamos a ir de compras.

—Bajará enseguida.

Nos quedamos mirándonos un momento y me vienen a la cabeza imágenes de hace algunas noches, cuando le puse la mano en el muslo. No paré de dar vueltas en la cama en toda la noche, preocupada por haber cometido un error y haberlo fastidiado todo, pero a la mañana siguiente Hayden se comportó como si no hubiera pasado nada.

Pero yo no puedo pensar en otra cosa.

—Disculpad —dice alguien mientras intenta meter un oso gigante de peluche en el recibidor con la ayuda de otra persona.

—Hola. —Hayden les sonríe con amabilidad y a mí se me van los ojos al pecho del enorme peluche.

Tiene escrito «¿Quieres ser mi Valentín?» dentro de un corazón. Noto cómo se me dobla hacia abajo la boca.

—Mañana vamos al hospital infantil —explica Hayden.

De mi garganta sale un ruido de asentimiento. Desde que hace unas semanas empezaran a poner las decoraciones en todas las tiendas, temo el día de San Valentín. Kit y yo nunca lo celebrábamos. Él siempre estaba de viaje, o poníamos como excusa lo llenos que estaban los restaurantes, aunque a mí eso me daba igual. Nunca le he dado demasiada importancia.

Pero la idea de ver a parejas felices por todas partes mañana me provoca un sudor frío.

Hayden cambia la cara y se pone muy serio.

—Oye, Dar. Te quería preguntar una cosa...

—¡Tú debes de ser Darcy! —grita una mujer de pelo castaño y una amplia sonrisa mientras cruza el recibidor con sus tacones—. Owens me ha dicho que te parecías a la hija de un duendecillo y una magdalena, y veo perfectamente por qué lo dice.

Me sonríe. Tiene unos ojos increíblemente bonitos. Toda ella es increíblemente bonita. Estoy sin palabras.

—Hola. Soy Georgia.

Le doy un apretón de manos. Estoy acostumbrada al carisma gracias a Hayden. He tenido ocho años para acostumbrarme, pero ¿con esta mujer? Me siento como si acabara de conocer a una celebridad.

Así que esta es una de las doctoras del equipo. Georgia no debe de tener más de treinta años, pero se mueve con una seguridad que yo no tendré nunca. Le cae el pelo sobre los hombros en largas ondas. Tiene el maquillaje impecable y unas pecas adorables. El abrigo marrón es profesional y estiloso, y combina sorprendentemente bien con los tacones verde esmeralda de

terciopelo. El dobladillo le llega justo por encima de un amplio lazo verde de terciopelo en cada una de las tiras de los tobillos. Estoy segura de que cortó estos pantalones específicamente para estos zapatos.

—Guau. —La miro y parpadeo, y ella y Hayden se ríen por lo bajo —. Hola. —Arqueo una ceja a Hayden—. ¿Un duendecillo y una magdalena?

Él simplemente se ríe y se encoge de hombros.

Georgia le lanza una mirada irónica.

—Deberías escuchar cómo habla de ti. Cuando salimos a comer no para con «Darcy esto, Darcy lo otro».

—Es una exagerada. —Hayden la interrumpe y se le ponen las orejas rojas.

Yo estoy encantada y contengo una sonrisa. Estoy a punto de tomarle el pelo, pero entonces suena el ascensor y se abren las puertas. Sale Alexei con su bolsa y la chaqueta puesta, probablemente vaya al aparcamiento. Nos miramos a los ojos y él asiente una vez.

—Darcy —dice como saludo, y luego mira a Georgia con una expresión vacía—. ¿Ya le has echado las garras, doctora Maldad?

Ella se pone rígida.

—¿Quién te ha dejado salir de la residencia, Abuelo?

Se le endurece la expresión y baja la mirada a los pies de Georgia.

—Esos zapatos no son apropiados para la oficina.

—Qué bien hablas para tener cuatro dientes.

Ella le sonríe con tranquilidad, totalmente impasible ante la presencia intimidante de Alexei. Él abre la nariz y Hayden y yo los miramos como si estuviéramos en un partido de tenis. Estoy alucinada; ella es mi nuevo icono.

—Tengo todos mis dientes —dice Alexei con una voz grave y letal.

—De momento. Te has roto todos los demás huesos, es una cuestión de tiempo que empieces a escupir chicles. Me sorprende que no tengas una plaza de aparcamiento en el hospital.

Miro a Hayden con expresión curiosa, y él sacude las cejas, con los ojos divertidos.

Alexei se acerca a ella para mirarla desde arriba con la mandíbula apretada.

—Ya no eres mi doctora. No pierdas energía valiosa conmigo cuando la podrías estar usando para encontrar un marido rico.

Georgia suspira como si estuviera harta de él.

—Demasiada energía masculina por hoy. —Hace un gesto con las manos a los chicos y luego me engancha de un brazo—. Nos vamos a gastar dinero.

—Lo que mejor se te da —murmura Alexei en voz baja mientras se marcha.

Hayden resopla.

—Nos vemos en casa, Dar. Pásalo bien. Adiós, Georgia.

—Espera. —Doy un paso hacia él y Alexei se detiene para esperar a Hayden—. Me ibas a preguntar una cosa.

Hayden frunce el ceño y mira donde están los otros dos.

—Luego te lo pregunto, en casa. No es nada importante.

Mientras se van, Alexei le lanza a Georgia una mirada hostil por encima del hombro. Ella le hace un gesto amable con la mano, pero en cuanto se da la vuelta, le saca el dedo corazón.

—Deduzco que Alexei y tú no os lleváis muy bien —digo.

Salimos y ella sonríe hacia el cielo.

—Qué bien, no está lloviendo. —Me mira—. Digamos que menos mal que ya no soy la doctora del ruso. Me podría equivocar con el bisturí y cortarle su parte favorita.

Me río por lo bajo.

—No operas a los jugadores.

—Ya. —Me mira con unos ojos inocentes pero ligeramente salvajes, y me río más.

—¿No te parece atractivo?

Ella pone cara de horror.

—¿Volkov? Estás de coña, ¿no?

Se me escapa una risa avergonzada mientras caminamos.

—Creo que está bueno, pero de una forma que da un poco de miedo. Tiene algo despiadado y misterioso.

Georgia parece sorprendida.

—Pero no es tu tipo, ¿no?

—Dios, no —me apresuro a decir—, me gusta reírme y no creo que Alexei sepa cómo hacerlo.

Nació en Rusia y su familia emigró a Canadá cuando era pequeño. No tiene acento, pero hay algo serio, vigilante y un poco depredador en él que podría resultarle atractivo a la persona adecuada.

—Y prefiero a alguien más amable —añado.

—Como Hayden. —Se le curva la boca.

—No, como Hayden no. —Me pongo roja—. Solo somos amigos. —¿Qué pasa? ¿Por qué la gente no para de sacar conclusiones tan rápido conmigo?— En fin, no hagas caso de lo que ha dicho Alexei de tus zapatos. —Me quedo mirando el lazo, tan femenino y voluminoso—. Son preciosos.

Ella saca un pie y lo admira con un suspiro de felicidad mientras esperamos a que se ponga el semáforo en verde.

—Los zapatos llamativos me dan la vida, sobre todo cuando llueve todos los días. Los inviernos aquí pueden ser bastante tristes.

Me miro mis mocasines tan formales. No son feos ni nada. Tienen una hebilla dorada y son muy cómodos. Quedan bien con el resto de

mi armario corporativo. Cuando se me gastan, me compro un par idéntico.

Pero no son precisamente inspiradores, y desde luego no me dan la vida. Miro los zapatos de Georgia.

Cuando vuelvo a levantar la mirada, ella arquea una ceja.

—¿Quieres que te deje sola con mis pies?

Lanzo una sonrisa rápida y un poco cohibida.

—No, quiero comprarme zapatos como los tuyos. No sabría cuándo ponérmelos y no quedan bien con el resto de la ropa que tengo, pero...

—Si esperas la ocasión perfecta para usar las cosas divertidas que tienes, vas a estar un buen rato esperando —dice ella con delicadeza —. Ponte lo que te guste, ya sea para una cita o para ir al supermercado. —Sonríe—. Deberías haber visto los modelitos que saqué de mis compañeros hombres de la universidad. De los profesores, también. Creo que un par como estos te quedarían bien —dice cuando el semáforo se pone en verde y cruzamos—. Esta tarde vamos a comprarte unos. Un par de zapatos nuevos es como omega-3 para el alma. —Su sonrisa se vuelve coqueta y juguetona —. Soy médica, así que sé de lo que hablo.

Contengo una sonrisa. Con su ropa entallada, el pelo brillante y unos zapatos muy poco prácticos, la apariencia de Georgia grita «dinero».

—No sé si puedo permitirme los sitios en los que compras tú.

Hace un gesto despreocupado con la mano.

—Normalmente compro de segunda mano. Odio gastar dinero. — Mira hacia atrás, todavía se ve el estadio a unas cuantas manzanas —. Pero no se lo digas al ruso. Se cree que soy una princesa rica malcriada.

Entrecierro los ojos y, bajo mi atenta mirada, ella parece algo incómoda.

—¿Y por qué piensa eso?

—Es más fácil, supongo. —Se para delante de un escaparate y me sonríe emocionada—. Ya estamos. Vamos a comprarte unos zapatos preciosos.

Capítulo 12

Darcy

—Qué interesante.

Media hora después, Georgia tiene un montón de ropa para que me la pruebe. Inclina la cabeza para examinar un minivestido de flores que parece sacado de los años setenta.

Levanto mucho las cejas.

—Se parece al sofá de mi abuela.

—Pues tu abuela tiene muy buen gusto. No sabes si te gusta algo hasta que te lo pruebas, Dar.

Sonrío al oír mi nombre en diminutivo.

—¿Te parece bien que te llame Dar? —pregunta—. Así te llama Hayden.

Se me calienta el corazón.

—Claro. —Cuando vuelvo a mirar el vestido, siento una inseguridad que me trepa por la garganta. Es muy llamativo, como el vestido color mandarina que doné cuando me mudé del piso que compartía con Kit—. No sé. Es muy llamativo. Uso mucho gris, negro y blanco. —Me encojo de hombros—. Colores simples.

«Cantoso», escucho a Kit en mi cabeza. Como si llamar la atención o destacar fuera algo malo.

Miro el vestido marrón que tengo en la mano. Lo he cogido porque me lo puedo poner para trabajar. Es aburrido y no me inspira nada.

Sin embargo, cuando miro el vestido que tiene Georgia, se me enciende algo en el pecho. Es el vestido que se pondría una mujer divertida y segura de sí misma, una mujer como Georgia.

—¿Por favor? —pregunta Georgia con voz de súplica y ojos inocentes.

Tuerzo la boca en una sonrisa juguetona.

—¿Me estás manipulando?

—Solo es manipulación si funciona. —Vuelve a colocar el vestido en la percha y se encoge de hombros—. Además, acabas de salir de una relación, ¿no?

Se me tensan los músculos.

—¿Te lo ha contado Hayden?

—No, pero antes decía mucho «mis amigos Darcy y Kit» y ahora solo dice «mi amiga Darcy». Y vivís juntos, así que... —Se encoge de hombros mientras observa detenidamente una chaqueta, luego me mira y la coge.

—Entonces, ¿me tengo que poner ese vestido de los años setenta porque acabo de dejarlo con mi novio? —pregunto con una sonrisa.

Georgia asiente con entusiasmo.

—Sí. Gracias. Ya lo has pillado. Estás empezando una nueva etapa de tu vida. Te has cambiado de ciudad y ahora estás soltera. ¿Por qué no ibas a comprarte un vestido nuevo? O hacerte un nuevo corte de pelo. Apúntate a un club de atletismo y ve solo a la primera sesión porque la gente va demasiado a tope. Hazte la manicura con purpurina dorada y déjatela tres semanas.

A Kit le encantaría el vestido marrón.

Pero ¿qué quiero yo? Siento un cosquilleo en el cerebro. ¿Qué colores me gusta usar?

—Es el momento perfecto para reinventarte, Darcy. Madonna se reinventa cada década, y si rajas de su era *Ray of light*, no podemos

ser amigas.

—No se me ocurriría. —Me río por lo bajo.

—Bien. Mira, cuando tengo un día de mierda y me entra el bajón, me miro los zapatos y pienso: «Toma ya. Soy la doctora Georgia Geene, joder». —Sonríe—. La seguridad viene de dentro, pero no pasa nada si la enciendes con algo de fuera.

Ay, Dios. Ya vuelvo a notar esa sensación trepándome por dentro, como si fuera a decir algo raro. Como cuando le dije al tío del bar esa gilipollez de que no olía bien.

—Cuando era pequeña, tenía una muñeca de una sirena con el pelo morado —digo de repente—. Y me parecía superguapa —añado, pero luego me quedo callada porque me siento rara, como si me hubiera tropezado en público o algo así.

En vez de reírse, se le iluminan los ojos.

—El pelo morado te quedaría increíble.

—Un lavanda claro —especifico.

Ella asiente con más fuerza, con la mirada clavada en mí pero desenfocada, como si se lo estuviera imaginando.

—Total. Te iría perfecto con los ojos verdes.

Me imagino mi pelo con tonos morados suaves, suelto sobre los hombros, como si acabara de salir de un cuento de hadas.

«Es muy poco profesional, ¿no?», me dijo Kit cuando le comenté la idea de teñirme el pelo de morado.

Teñirse el pelo es un paso muy grande y un compromiso, pero ¿un vestido? Deslizo la mirada hacia el vestido atrevido que Georgia había vuelto a colgar.

«Un mujeriego se viste con seguridad y estilo».

Cojo el vestido y Georgia salta de alegría mientras da palmitas.

Media hora más tarde, ya tengo una selección considerable en el montón de «síes».

—¡Todavía no he visto el vestido de flores! —grita Georgia.

Tras la cortina, estoy de pie en ropa interior, mirando el vestido en la percha.

He estado evitándolo. No sé por qué. Es un caos de rosa palo y naranja melón y lila pastel, con partes verde azuladas.

—Creo que no tengo zapatos que queden bien con esto —le respondo.

—Ponte. El. Maldito. Vestido.

Esto es una estupidez. No sé por qué estoy dudando tanto. Ignoro las sensaciones incómodas, desabrocho el vestido y me lo pongo.

Oh.

Oh.

No hay espejo en el probador, pero cuando cierro la cremallera, noto una sensación muy agradable. El forro es muy suave y la tela tiene un peso muy reconfortante. No queda ni muy apretado ni muy holgado, y el largo es perfecto. Soy bajita, así que los vestidos suelen quedarme largos, pero este encaja en la altura perfecta a mitad del muslo.

Abro la cortina y Georgia se queda boquiabierta. Luego lanza un grito victorioso. Cuando me pongo delante del espejo, yo también me quedo boquiabierta.

Georgia sonríe a nuestros reflejos, encantada.

—El universo nos ha enviado aquí esta tarde para que encontraras ese vestido.

No parece que me haya puesto el sofá de mi abuela. No parece un trabajo de guardería que ha salido mal. El vestido es coqueto y extravagante, y muy muy de los años setenta, pero en plan divertido.

—Pensaba que el estampado sería demasiado.

Ella lanza las manos al aire, más contenta que unas pascuas.

—¿Qué te he dicho?

—Tienes un don.

Hace una reverencia.

—Gracias, gracias. Ahora hónrame poniéndotelo, ni se te ocurra dejarlo plantado en tu armario.

—Trato hecho. —Sonrío sin dejar de admirar mi aspecto.

El entusiasmo me baila en el pecho y me crezco un par de centímetros. Esta es la magia especial de la que hablaba Georgia: un corte de pelo nuevo, unos zapatos divertidos que te alegren el día, un nuevo esmalte de uñas. Y, aunque nunca he usado ropa tan llamativa, no tengo la sensación de estar forzándome a cambiar.

Quizá he sido así siempre, y creo que me gusta.

Capítulo 13

Hayden

Se abre la puerta de casa cuando estoy haciendo la cena, y Darcy lleva un montón de bolsas de su tarde de compras con Georgia.

—¡Hola! —grita, sonriendo y dejando las bolsas en el armario.

—Ey. —Saco las verduras asadas del horno—. Justo a tiempo. ¿Has cenado?

—No, Georgia tenía que irse a una clínica donde hace voluntariado. —Se acerca a mi lado y, cuando su brazo roza el mío, doy un paso adelante hacia el fregadero para poner un poco de espacio entre nosotros.

—¿Habrá para los dos? —Se toca distraídamente el brazo por donde nos hemos rozado—. Tú comes mucho.

Me río y le sirvo un plato.

—He hecho más para ti. —Esperaba que llegara a casa a tiempo. Señalo los taburetes de la isla con la barbilla—. Ve a sentarte.

Ella me sonríe agradecida.

—Gracias.

—No es nada. —La sigo y coloco un vaso frente a ella antes de sentarme en el taburete de al lado—. Parece que las compras han ido muy bien.

—Georgia me ha forzado a comprarme un montón de cosas y hemos quedado en volver a salir en unas semanas. —Da un mordisco y cierra los ojos mientras mastica—. Joder —murmura, y

su suspiro de felicidad y satisfacción se va directo a mi entrepierna —. Está riquísimo. La remolacha y el queso de cabra son una combinación celestial.

Yo trago sin apartar los ojos de su boca. Una extraña sensación de orgullo masculino se expande en mi pecho mientras ella disfruta de la cena que le he preparado.

Levanto la cabeza hasta sus ojos y nos sostenemos la mirada. Me estoy acordando de la otra noche, cuando me pasó los dedos con delicadeza por el pelo y me tocó el muslo. Estuve tan a gusto que casi no pude soportarlo. En cuestión de segundos, me empalmé tanto que me dolía y casi me pongo a Darcy en el regazo para que pudiera sentir lo bien que había funcionado su coqueteo. Pero me fui a la ducha y amortigüé los gemidos con la mano mientras me imaginaba su boca tierna alrededor de mi polla, tragándosela entera.

—Georgia es un poco intensa, pero me cae bien. Creo que ya somos amigas. —Se mete otro bocado de comida en la boca y yo observo cómo desaparece cuando sus labios se deslizan por el tenedor.

—Georgia es muy maja. —Aparto la atención de las cosas que no debería estar pensando—. No aguanta mierdas de nadie. —Y menos de Volkov, y eso a él le pone de los nervios—. ¿Me vas a enseñar qué has comprado?

Ella se muerde el labio, dudando, pero le brillan los ojos con entusiasmo.

Arqueo una ceja y empiezo a sonreír.

—No me digas que te ha hecho comprarte un mono de cuero negro o algo así.

Darcy se ríe.

—No. Me ha obligado a comprarme un vestido bastante diferente a lo que estoy acostumbrada a ponerme, pero me encanta.

—Enséñamelo.

Arruga la nariz.

—No sé.

Olvidándome de mi regla de no tocarla, le doy un codazo.

—Venga.

Ella se me queda mirando fijamente.

—Vale, pero no me lo voy a probar. —Se baja del taburete y camina hacia la puerta, donde ha dejado las bolsas. Rebusca en una y saca un vestido naranja, rosa y morado.

Se me dibuja una sonrisa de oreja a oreja. Es superbonito y divertido. Muy del estilo de Darcy.

—Me flipa, Dar. Muy buena elección. —Además, es corto, y Darcy tiene unas piernas espectaculares. Suaves y tonificadas.

—¿Lo dices de verdad? —Levanta el vestido y lo observa con una sonrisa—. Supongo que necesito algo bonito si al final tengo una cita.

Se me aprietan los pulmones y me la imagino con este vestido, que la hace sentir guapa y especial, delante de algún tipo que le hace ojitos. Se me aferran unos celos ardientes en las entrañas y aprieto los dientes.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Relajo la expresión, pero su mirada curiosa no se aparta de mí.

—¿Qué querías preguntarme antes en el vestíbulo?

Se me disparan los nervios, pero agradezco el cambio de tema, y ahora sé exactamente cuándo va a estrenar ese vestido.

—Se me ha ocurrido que podríamos salir a cenar.

Ella se encoge de hombros.

—Por qué no.

Pedimos comida a domicilio constantemente y ha sonado muy casual.

—No, me refiero... tengamos una cita. —Me paso la mano por el pelo. Si los chicos del equipo me vieran tan nervioso, se pasarían la vida metiéndose conmigo.

Ella frunce el ceño, confundida.

—Una cita.

Cree que le estoy tirando ficha. Cree que le estoy pidiendo salir de verdad.

—Porque me dijiste que te ponía muy nerviosa tener citas ahora mismo y que quieres saber cuáles son todos los pasos. —Me apresuro a añadir—. Vamos a tener una cita de práctica. Como amigos. Y como tu maestro.

Carraspeo. «Me cago en Dios, Owens, mantén la compostura». Qué vergüenza Parece que soy yo el que necesita clases.

—Vale. —Parece aliviada—. Una cita de práctica, en plan amigos.

Me cuesta leer su expresión, pero veo que le está dando vueltas a la cabeza.

—A no ser que hayas cambiado de idea.

—No. —Abre mucho los ojos—. No he cambiado de idea. Me parece una idea genial. —Asiente para sí—. Deberíamos tener una cita, sí.

Es mi mejor amigo y jamás diría esto en voz alta, pero Kit es un puñetero idiota por todas las oportunidades que ha perdido con Darcy. ¿Nunca tuvieron una cita de verdad? Es increíble.

—Aquella cita con el tío ese que no paraba de hablar de bodas y bebés no cuenta —digo por algún motivo que desconozco.

Ella sonríe.

—Quieres ser el primero.

Una sensación posesiva se dispara en mi interior y a la parte más primitiva de mi cerebro le encanta la idea de ser el primero en cualquier cosa que concierna a Darcy.

—Me has pillado. —Pongo una sonrisa coqueta—. Venga, anda, Dar, alimenta mi ego.

Ella pone los ojos en blanco.

—Tu ego ya es suficientemente grande, pero sí, me apunto. ¿Cuándo habías pensado?

—Mañana.

Hay una pausa larga y arruga las cejas con una confusión adorable, y me pregunto si me he pasado de la raya.

—Mañana es San Valentín.

—Efectivamente. —El pulso se me acelera, resonando en mis orejas como un taladro que perfora hielo—. Y me has dicho que nunca habías salido en San Valentín.

—Así es.

—Vale, pues yo soy tu maestro y es mi trabajo enseñarte cómo debería ser.

Levanta las cejas, pero sonríe.

—Veo que te tomas tu papel muy en serio.

—Más en serio que cualquier otra cosa. —Yo también sonrío. Con ella, no puedo evitarlo—. Te mereces saber cuánto vales.

Mis palabras se quedan en el aire, acercándose peligrosamente a la verdad: que estoy decepcionado y enfadado porque Kit nunca la haya mimado como se merece, y que también estoy decepcionado y enfadado por no haberme dado cuenta.

Kit la tuvo durante ocho años, ¿y no la llevó a cenar ni una sola vez?

Que le den por culo por hacerla sentir así. Que le den por culo por no tratarla como se merecía.

Puede que esté sintiendo un orgullo territorial por ser el primer tío que lleva a Darcy a cenar el día de San Valentín. Es una mujer formidable. Es inteligente, divertida, preciosa y amable, y quiere salir el día de San Valentín.

Aunque ahora mismo no esté preparada para una relación y seamos solo amigos, quiero que Darcy tenga todo lo que quiera. Es así de simple.

Me cruzo de brazos y me apoyo en la encimera.

—¿Qué te parece?

Se le curva la comisura de los labios en una sonrisa y me encantaría pasarle el pulgar por el labio de abajo, solo para ver su reacción.

—Me encantaría salir contigo en San Valentín.

—Para practicar —añado, para que no piense que me estoy imaginando lo que no es—. Porque soy tu maestro.

—Claro. —Asiente intensamente—. Desde luego.

—Bien.

—Sí, bien.

Nos quedamos un buen rato mirándonos, sonriendo, y algo se expande en mi pecho.

No le digo que yo tampoco he salido nunca en San Valentín. Siempre he tenido mucho cuidado de no dar falsas esperanzas a nadie: nada de conocer a las familias, nada de dormir en casa del otro y, desde luego, nada de salir en San Valentín. Eso es algo que solo se hace en las relaciones serias.

Sin embargo, mañana voy a demostrarle a Darcy exactamente cómo deberían tratarla.

Más tarde, estoy tumbado bocarriba, con la cabeza sobre la almohada mirando al techo y escuchando los suaves sonidos de la habitación de Darcy mientras se prepara para dormir: su ir y venir del baño para lavarse los dientes, el desliz amortiguado de los cajones de su cómoda y, quizá me lo estoy imaginando, el ruido de las sábanas cuando se mete en la cama.

Mañana tiene que ser muy especial y memorable. Tiene que ser el mejor día de San Valentín para ella.

¿Está bien que haga esto? Kit piensa que estoy vigilándola, cuidándola y asegurándome de que está bien, no cambiándole la vida. Por sus mensajes diarios preguntándome cómo está, sospecho que él está llevando la ruptura peor que ella.

Pero, aun así, cojo el teléfono y abro el chat grupal con Miller, Streicher y Volkov.

Necesito vuestra ayuda.

Capítulo 14

Darcy

La noche siguiente, me doy los últimos retoques de maquillaje mientras espero a Hayden.

Estoy bastante guapa. Tengo el pelo suave, brillante y ha decidido cooperar. Me he puesto mi perfume favorito, que huele a naranja y a vainilla, y el vestido que me compré ayer.

Estoy muy entusiasmada. Es mi primer día de San Valentín.

Hayden aparece en la puerta de mi habitación y silba.

—Pero bueno. —Me mira de arriba abajo.

Ver a Hayden Owens con un traje azul oscuro hecho a medida hace que me olvide hasta de mi nombre. Podría besar al sastre por cómo los pantalones y la chaqueta provocan que, de algún modo, parezca más alto y más ancho; y por cómo el azul oscuro intenso hace que sus ojos brillen aún más. Es un tono perfecto que destaca el dorado de su pelo.

—Guau —digo, porque me he quedado sin palabras.

Se supone que los jugadores de hockey deberían de estar grasientos, sudorosos y mellados, pero Hayden Owens tiene esa belleza destellante del Hollywood clásico que te deja sin aliento. En cualquier época, su amplia sonrisa, su mandíbula fuerte y sus letales ojos azules deslumbrarían a cualquiera.

Debería ser fácil obviar lo guapo que es porque llevamos mucho tiempo siendo amigos, pero qué va. Nunca me acostumbraré a su

belleza.

Se me van los ojos a su pelo denso, recién peinado y arreglado con productos, y recuerdo lo suave que lo tenía cuando le pasé los dedos la otra noche. Cómo se le entrecerraron los ojos. El tono áspero que adquirió su voz, que me hizo apretar los muslos.

Se me calienta la piel y carraspeo.

—¿Te has cortado el pelo?

Me recorre el cuerpo de arriba abajo con los ojos: las piernas desnudas, el vestido, el escote, el pelo.

—Tenía que estar guapo para mi cita de esta noche —dice ausente.

Noto su mirada como si me estuviera tocando. Siento un escalofrío por la espalda.

Arquea una ceja, presumido.

—Sabes cómo hacer que un chico se sienta especial, Andersen.

Un calor me florece en el pecho y nos quedamos mirándonos un buen rato. Noto una sensación burbujeante en las costillas, que me sube por el esternón hasta casi impedirme respirar.

Oh. Oh, no.

Me estoy empezando a pillar por Hayden.

Recuerdo cómo se sobresaltó cuando le toqué el muslo, como si le faltara tiempo para apartarse. Cómo se apartó de mí en la cocina anoche. Cómo ya no me pasa el brazo por los hombros ni me despeina. Me ha dicho un millón de veces que corta con todas las mujeres en cuanto siente que ellas se están encariñando, porque es lo correcto al tener tan claro que él no quiere tener una relación.

Me dejó muy muy claro que lo de esta noche es para practicar, que es mi maestro y nada más. Repitió la palabra «amigos» unas doce veces para que quedara bien claro.

«Si un tío está interesado, te lo hará saber», me dijo la otra noche.

No puedo pillarme por Hayden. Es un mujeriego, es mi amigo y, lo más importante, es mi «maestro». Casi no soportó que le tocara el muslo. Él no quiere nada más, así que no voy a imaginarme cosas. Simplemente está siendo amable, porque él es así.

—Deberíamos ir saliendo. —Aparto la mirada y me pongo unos pendientes. Qué idiota eres, Darcy, encaprichándote por un amigo que está totalmente fuera de tu alcance.

Vamos hacia el salón, pero al final del pasillo me detengo de repente con la boca abierta.

La isla de la cocina está llena de ramos de rosas rojas. Muchos ramos. Nunca había visto tantas rosas juntas.

—¿Son para mí? —tartamudeo con el corazón hinchado.

Hayden está de pie detrás de mí, tan cerca que noto su calor corporal.

—Para mí no son. —La robusta línea de su garganta se mueve cuando traga mientras se toca la nuca—. Claro que son para ti. Eres mi cita.

Toco uno de los capullos y paso el dedo por el suave pétalo mientras siento una felicidad inmensa. Cuento los jarrones que hay en la encimera.

—Ocho. —Aparta la mirada y se cruza de brazos—. Uno por cada año que hemos sido amigos.

Se me aprieta el corazón.

—Hayden. —Lo digo con mucha suavidad. Estoy a punto de derretirme en un charco—. No era necesario.

—Darcy, esto es lo que hace la gente cuando invita a cenar a alguien en San Valentín.

—Lo dudo mucho. —Intento calcular el precio. Y le añado el veinte por ciento por ser el día de San Valentín. Multiplicado por ocho—. Esto no lo hace nadie.

Él se encoge de hombros.

—Esto es lo que te mereces y quería que fuera muy especial para ti.

El corazón me da volteretas en el pecho.

—Ya lo es.

—Para mí también es la primera vez —admite con una sonrisa infantil y arrepentida—. Nunca le había regalado flores a nadie.

Eso me gusta mucho.

—Qué honor.

Nos sonreímos y me llega el olor de su perfume. Joder, qué bien huele. Cálido y masculino, limpio y fresco de la ducha. Siento una punzada de excitación entre las piernas.

Me encuentro en la semana del ciclo en la que estoy supercachonda y son las hormonas las que me nublan el sentido, me digo. No voy a excitarme por cómo huele mi mejor amigo.

No voy a hacer ninguna estupidez que lo fastidie todo.

Lo miro y arqueo una ceja.

—Aunque empiezo a cuestionar tu juicio en cuanto a las citas.

Él se ríe un poco, pero entra en mi espacio personal. Yo me quedó paralizada cuando me toca los pendientes y los inspecciona. La forma en la que se concentra en ellos, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, hace que se me entrecorte la respiración. O a lo mejor es la sensación de sus dedos contra mi cuello mientras me desenreda el pelo de los pendientes.

Se retira con rapidez.

—Me gusta —dice con una sonrisa rápida y apretada, y no sé si se refiere a los pendientes o a mí.

A los pendientes. Probablemente se refiera a los pendientes.

—¿Nos vamos? —Sueno como si me hubiera quedado sin aliento.

Él asiente sin apartar los ojos de mí, y el corazón me da un vuelco, divertido y entusiasmado.

En mi cabeza suena una alarma y empiezo a pensar que quizá esta cita haya sido una mala idea.

Capítulo 15

Darcy

—Este restaurante parece un jardín de hadas —le digo a Hayden mientras contemplo el espacio.

Es uno de los restaurantes más populares de Vancouver, con flores tropicales y vegetación derramándose por el techo, con chimeneas y una iluminación cálida y romántica que esparce un brillo dorado por toda la sala. En la esquina, una banda toca música ambiental para un océano de mesas dobles.

Hayden me sonríe.

—Me alegro de que te guste.

Hay una fuerte energía conyugal en este sitio. Muchas manos agarradas, muchos ojitos, y muchas parejas sentadas en el mismo lado de la mesa.

De hecho, una pareja se está dando de comer el uno al otro.

Resoplo y miro a Hayden para ver su reacción, pero está concentrado en la carta de vinos. Por debajo de la mesa, mueve la rodilla con un ritmo rápido. Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

Él levanta la mirada.

—Sí. ¿Por?

Sin pensar, le pongo la mano en la rodilla. Rozo la fina tela del pantalón para calmarlo, pero se le tensa todo el cuerpo y vuelca el vaso de agua, empapando el mantel.

—Mierda. —Coge la servilleta para secarlo—. Perdona.

Me quedo mirándolo con divertida confusión. Nunca lo había visto así.

—¿Qué te pasa esta noche? Se supone que tú eres la persona segura y relajada. La rara soy yo.

Sonríe avergonzado y se le extiende un color rosado por los pómulos al tragar.

—Estoy, uhm, un poco nervioso.

Sacudo la cabeza con una sonrisa.

—Es cosa mía.

—Ya. —El pecho se le hincha y le baja con una respiración profunda, y asiente, aunque no parece convencido.

—Soy yo la que debería estar nerviosa. Seguramente traigas aquí a todas las supermodelos con las que sales. —Le sonrío, bromeando —. Las expectativas están muy altas.

Tensa los dedos sobre la carta de vinos, y sonríe de manera forzada. Algo dentro de mí se derrumba. Pensar en Hayden con otras chicas nunca me había molestado, ¿por qué ahora sí?

—Últimamente no has estado saliendo con nadie.

No ha salido ni ha traído a ninguna chica al piso desde que me mudé.

Se encoge de hombros.

—He estado muy ocupado.

No más de lo normal.

—Has sacado mucho tiempo para estar conmigo.

—¿Ya estás harta de mí? —Se le curva la boca hacia arriba.

Yo sonrío.

—No. Me encanta vivir contigo.

Eso ha sonado raro. Debería haber dicho: «Me gusta vivir contigo», no «me encanta». Joder, Darcy.

Se le mueve la garganta y se le suaviza la sonrisa.

—A mí también me encanta vivir contigo, Dar.

Algo vibra en mi corazón, pesado y agradable, y tengo que apartar la mirada de sus profundos ojos azules.

—No quiero que vayas de puntillas conmigo.

—No lo hago.

—Puedes traer a mujeres a casa. —Noto un gusto amargo en la boca y la idea me da náuseas, lo que es completamente injusto. Hayden puede hacer lo que quiera—. Yo puedo buscarme algo que hacer, o ponerme unos auriculares de cancelación de ruido, o irme a casa de Hazel y Rory...

—Darcy. —Le brillan los ojos intensamente—. No pasa nada.

—Somos compañeros de piso, quiero que me trates como a cualquier otro compañero. Quiero decir, llevabas a mujeres a tu casa cuando vivías con Josh, ¿no?

No sé por qué estoy insistiendo tanto.

Mueve la mandíbula.

—No quiero seguir hablando de esto.

Se me retuerce el estómago. Vale. A lo mejor no somos tan buenos amigos como yo pensaba.

—Vale. Perdona.

—No, tranquila. —Se frota el puente de la nariz—. Me quiero concentrar en la temporada. —Aparta la vista un momento y luego vuelve a mirarme a los ojos—. Y me gusta estar contigo.

Mi corazón da un salto mortal.

—A mí también me gusta estar contigo.

Él hace una pausa, y duda sin apartar sus ojos de mi cara.

—A veces me pregunto cómo sería. Tener una relación —explica, y aparta la mirada—. Veo a Streicher y a Miller poniéndoles ojitos a sus prometidas y... —Se encoge de hombros y le vuelve a aparecer

ese adorable color rosado por los pómulos—. No parece que esté tan mal.

Me río y arrugo la nariz.

—No te imagino con novia. —Desde que lo conozco, siempre ha tenido relaciones esporádicas—. Hayden, no te gustaría nada. —Sobre todo después de tantos años de libertad—. Rory y Hazel, y Pippa y Jamie, están en la fase de luna de miel. Kit y yo también la tuvimos.

Las cosas iban geniales, hasta que dejaron de ir. Hasta que se apagó el brillo de lo nuevo. Hasta que empecé a darme cuenta de la mala pareja que hacíamos.

—No digo que lo que nos pasó a Kit y a mí les vaya a pasar a ellos —continúo—, de hecho, creo que son unas parejas perfectas, pero hay muchos aspectos dentro de una relación con los que no tienes que lidiar cuando tienes líos de una noche o dos. —Suelto una respiración y me pongo a pensar—. No tienes que ir a cenas familiares con la otra persona, ni hacer regalos de cumpleaños ni Navidad, y no tienes que aguantarlos rajar del trabajo al final del día.

Desliza los ojos por mi cara y se le curva la boca en una sonrisa disconforme.

—Pues a mí eso no me suena tan mal.

Solo lo quiere porque nunca lo ha tenido. Le atrae la novedad, no necesariamente el compromiso.

—Por ejemplo, San Valentín. —Nos señalo con un gesto a ambos —. Este año está siendo divertido porque es nuestra primera vez.

Le brillan los ojos al escuchar esas palabras, pero yo me doy prisa en seguir hablando.

—Pero imagínate tener que hacer esto cada año. —Hago una mueca—. Flores, hacer la reserva para cenar, comprar regalos... Es

un coñazo.

Tiene alguna emoción en la mirada, pero no sé decir cuál.

—Te lo repito: a mí no me suena tan mal.

Me río.

—Uno suele pensar que «la hierba siempre está más verde en el jardín del vecino». No pasa nada si no estás hecho para la monogamia. No todo el mundo lo está. Con tu forma de hacer las cosas, nadie resulta herido y no hay decepciones.

Él carraspea y agita las cejas.

—Ya, seguramente tengas razón.

Pero algo en su expresión me deja pensativa. Una ligera vulnerabilidad.

—Sería una putada para las mujeres del mundo tenerme fuera de juego. —Vuelve su sonrisa engreída, pero sus palabras tienen un ligero regusto amargo.

No me gusta cómo lo ha dicho. Entrecierro los ojos. Quiero aprender a saltar de un tío a otro porque Hayden tiene la vida perfecta, pero ahora empiezo a pensar que a lo mejor me equivocaba.

Me pregunto si Hayden es tan feliz como parece.

—O podrías hacer muy feliz a una mujer —digo sin pensar, porque no me gusta que hable así de sí mismo.

Se ríe, pero hay un fondo grave en ese sonido, como si no me creyera.

—En fin. —Se inclina hacia delante y mira por el restaurante antes de mirarme a los ojos—. Nunca he traído a ninguna chica aquí. Llamé a la propietaria a primera hora y le rogué que me diera una mesa. Le dije que quería traer a una chica preciosa para que comiera la mejor comida de la ciudad. A veces hacemos las cenas del equipo aquí, así que no tuve dificultades.

Nos sostenemos la mirada y se me cierra la garganta. «Preciosa», ha dicho. La palabra revolotea por mi cabeza como una mariposa.

Desliza los ojos por la carta de vinos.

—Te gusta el merlot, ¿verdad? —Frunce el ceño mientras se concentra—. Deberíamos pedir una botella.

Yo asiento con una sonrisa bobalicona. Llega el camarero y Hayden pide con una familiaridad que me sorprende. El tío al que conozco de la universidad se bebe cualquier cerveza cutre que le sirvan.

—¿Quieres algo más de beber? —me pregunta, y sacudo la cabeza, sin saber qué decir.

El camarero se marcha y Hayden me mira con una sonrisa divertida mientras yo me quedo mirándolo.

—¿Quieres decir algo? —dice, ampliando la sonrisa.

—Has pedido el vino como si fueras un experto. Nunca te he visto beber vino.

—Claro que sí.

—No, qué va. —Estoy sonriendo como una idiota. Se le da mejor de lo que pensaba esto de las citas. No sé por qué estaba tan nervioso esta noche—. Te he visto jugar al *beer-pong* de dos plantas de vasos apoyado sobre una rodilla. Te tomaste quinientos chupitos de gelatina en una fiesta que organizaste. Y siempre pides cerveza cuando salimos.

—Darcy, no digas tonterías. —Pone una cara seria—. Ya pregunté: aquí no tienen chupitos de gelatina.

Suelto una carcajada y una sonrisa adorable le cruza las preciosas facciones, como si le encantara hacerme reír.

—Y a lo mejor no lo sabes todo de mí —añade.

Se me disloca el pulso. Desde que vivimos juntos, he perdido la cuenta de las cosas en las que nunca me fijé: lo ordenado que es,

que saca la basura de sus vecinos más mayores, lo contento que se pone al hacerse una foto o firmar un autógrafo a alguien que le para por la calle.

—Puede que no.

Sabe pedir vino en un buen restaurante porque tiene mucha práctica conquistando a mujeres y cenando con ellas. Me doy cuenta con un pinchazo detrás de las costillas. A lo mejor ahora mismo no está saliendo con nadie, pero pronto volverá a la normalidad. Y Traerá a chicas a casa. Se acostará con ellas al otro lado de mi pared.

Cosas que yo debería estar aprendiendo. Vuelvo al presente. No voy a pensar en el futuro; tengo que concentrarme en por qué estamos aquí: para que yo practique.

—A ver, si ahora mismo estuvieras en una cita —pregunto—, ¿de qué hablarías?

Él se encoge de hombros.

—De lo normal.

Ya de base es muy atractivo y coqueto; estoy segura de que, si de verdad quisiera llevarse a alguna chica a la cama, ella se derretiría. Aprieto las rodillas bajo la mesa. ¿Cómo será que una persona te atraiga tanto, te ponga tan cachonda que no lo puedas aguantar?

—¿Como qué? —«Prueba conmigo», ruego en secreto.

Se pasa una mano por la nuca.

—Pues hablaríamos de su trabajo, dónde se va de vacaciones, qué le gusta hacer para divertirse.

Eso fue de lo que hablé con el tío del bar días antes, pero la conversación no fluía.

—Vamos a practicar.

Él me mira con una chispa de diversión en los ojos. El corazón me da un brinco. Este es el Hayden que yo conozco: divertido, seguro y

tontorrón.

—Dime, Darcy. —Se inclina hacia delante y me sonríe con arrogancia—. ¿Por qué me has pedido salir?

Contengo una risa y me llevo una mano al pecho de forma exagerada con la mirada perdida.

—Te vi en una mesa en el bar, sacando músculo...

Agita las cejas y sonríe aún más; se lo está pasando bien.

—Y pensé: la virgen, qué tiarrón. Luego rugiste y te arrancaste la camisa, y me desmayé.

—Y yo te cogí. —Tiene una sonrisa increíble al reclinarse sobre el respaldo de su silla sin quitarme los ojos de encima—. Te despertaste en mis brazos, viste mis músculos marcados y te volviste a desmayar.

La risa me sale a borbotones y él sonríe por encima de la copa de vino. Detrás de él, la banda se desplaza por el restaurante para ofrecer serenatas a las parejas.

—Me toca. —¿Quiere jugar a esto? Pues vamos a jugar.

Hayden sonríe mostrando los dientes cuando se encoge de hombros mientras toca el borde de la copa.

—Adelante. Soy un libro abierto.

Coge la copa para dar un sorbo y me distraigo por lo bueno que está ahora mismo, bebiendo vino tinto vestido con un traje caro. Encaja en las líneas de su cuerpo como un guante, y la camisa blanca impoluta hace que le brille la piel.

El juego. Eso. Vamos a incomodarnos el uno al otro con preguntas.

—Dime, Hayden. —Bajo la voz—. ¿Qué tipo de porno te gusta ver?

Él se atraganta con el vino y la gente a nuestro alrededor nos mira cuando carraspea.

—¿Tan malo es? —Le hago una mueca para contener la risa—. Debe ser muy pervertido.

Carraspea otra vez mientras mira a la mesa, a su copa, al suelo. A cualquier parte menos a mí.

—Sí, exacto. Me gusta lo pervertido.

—¿Como qué, concretamente? —Me inclino hacia delante y bajo aún más la voz. Esto es muy divertido. Un millón de veces mejor que intentar que fluya una conversación incómoda con alguien nuevo—. ¿Azotes? ¿Cosas con pis? ¿Gente sentándose sobre tartas?

—Todas esas. —Tiene las orejas rojas y la voz apretada, y no es capaz de mirarme a los ojos.

Está mintiendo.

—No, en serio. —Entrecierro los ojos. Ahora tengo que saberlo—. ¿Qué porno te gusta?

Él se toca el cuello de la camisa y mira a su alrededor.

—¿Puedes dejar de decir «porno», por favor?

La alegría me burbujea en la garganta, pero me trago la risa.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta que hable de porno? —Levanto la voz en la última palabra, y a una persona de la mesa de al lado se le cae el tenedor. Cualquier atisbo de la vergüenza que debería sentir ahora queda borrado por lo divertido que resulta este momento—. No sabía que eras un mojigato, Hayden.

Baja la cara y se la tapa con las manos.

—No puedo sacarte de casa —murmura, pero me fijo en que se le tensa la cara mientras sonríe.

—Estás ocultando algo. —Juego con el borde de mi copa de vino, borracha de poder, y cuando levanta la cabeza, sus ojos se quedan fijos en los míos.

Tiene cara de culpabilidad.

—Tiene que ser muy bueno si ni siquiera me lo quieres contar a mí. —Me señalo a mí misma—: Tu mejor amiga del mundo.

No sé por qué he dicho eso. Es evidente que su mejor amigo es Kit. Yo solo soy su compañera de piso.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

Quiero seguir tocándole las narices. Es muy divertido cambiar los roles y que por una vez sea él quien sienta vergüenza, pero es que, además, necesito saberlo. No me concierne y sé que me estoy pasando de la raya, pero la idea de Hayden tumbado en su cama con la mano alrededor de la polla no se va de mi cabeza. Me imagino los abdominales marcados, la cara tensa de placer mientras mira un vídeo en su teléfono.

—Caballero, ¿le gustaría a su cita que le cantáramos una serenata? —Uno de los miembros de la banda nos interrumpe.

Todo mi cuerpo retrocede y me giro.

—No —digo con los ojos muy abiertos—. No, gracias.

La sonrisa de Hayden se vuelve traviesa.

—Sí. Le encantaría.

Capítulo 16

Darcy

—No le hagáis caso —le dice Hayden al músico con los ojos brillantes—. Está siendo humilde. Le encantaría que le cantarais una canción.

Aunque le estoy lanzando una mirada asesina que promete dolor y sufrimiento, no puedo parar de sonreír. La banda empieza a tocar, y la canción es tan empalagosa, ridícula y humillante que me llevo una mano a la boca para evitar reírme. A Hayden le destellan los ojos, está disfrutando del momento y una sensación feliz, cálida y líquida se me derrama en el pecho.

El cantante gorjea y Hayden sonríe y asiente.

Se me tensa el estómago por la risa contenida, pero no quiero ser maleducada y ofender a la banda. Hayden saca su teléfono y se pone a grabar mientras yo me quedó ahí sentada, prisionera. Se señala los labios y vocaliza «sonríe», y se me escapa una carcajada. La disimulo con una sonrisa que no parece convencer a los músicos.

—Lo siento mucho —le digo a la banda, que nos están mirando mal—. No nos reímos de vosotros.

Terminan la canción, pero creo que se han saltado algunos versos por culpa de nuestra reacción, y se marchan para torturar a otra pareja.

—Guau. —Sonrío a Hayden—. Muchas gracias. Con amigos como tú, quién quiere enemigos.

—Ha merecido la pena. Parecía que te ibas a romper una costilla.

Aunque tengo la cara roja y estoy muerta de vergüenza, no puedo parar de sonreír. Si celebrar San Valentín es así, me he estado perdiendo algo muy guay.

Estamos esperando a que traigan la cuenta cuando un camarero pasa por detrás de Hayden llevando una tarta gigante con unas bengalas.

Me inclino hacia delante y recuerdo mis bromas sobre el porno, luego inclino la barbilla hacia la tarta.

—¿Esto te pone? —susurro—. ¿Necesitas una servilleta para cubrirte el regazo?

Él gruñe y se frota la frente.

—Joder, qué rarita eres.

—Lo sé. —Le sonrío—. Pero me quieres tal y como soy.

«Te caigo bien», quería decir. «Le caigo bien» como soy.

Estoy a punto de cambiar de tema cuando aparece una camarera en nuestra mesa y desliza un plato entre los dos.

—Un poco de tiramisú. —Deja un par de cucharillas.

Frunzo el ceño.

—No hemos pedido...

—Invita la casa. —Le brillan los ojos de entusiasmo y se marcha.

Con las cucharillas en la mano, los dos atacamos el dulce.

Lo vemos al mismo tiempo.

Un anillo de compromiso.

Se me para el corazón. Tengo náuseas. Mi cuchara está inmóvil a mitad de camino. Los ojos muy abiertos de Hayden me miran, pero yo no puedo apartar la mirada del diamante que hay en el plato.

Está colocado con delicadeza en el tiramisú, inocente, brillando bajo la luz cálida del restaurante. Es parecido al que me dio Kit, con un diamante enorme en el centro y la alianza de oro blanco.

En plato pone «¿Te casas conmigo?» escrito con sirope de chocolate, y todas las sensaciones de felicidad y disfrute que he ido recolectando a lo largo de la noche se dispersan como canicas.

En mi cabeza, vuelvo a estar en el bar la noche de Nochevieja, con Kit arrodillado ante mí y todo el mundo mirándonos, esperando mi respuesta.

—Lo siento muchísimo. —La camarera vuelve a aparecer con actitud avergonzada mientras coge el plato—. Me he equivocado de mesa.

—¿Nos puedes traer la cuenta, por favor? —Hay un matiz autoritario en el tono de Hayden que nunca le había oído antes—. Lo antes posible.

—Claro. —La camarera mira mi cara devastada y pone una mueca. Seguramente piense que estoy decepcionada porque el anillo no era para mí.

—¿Estás bien? —Hayden coloca una mano encima de la mía cuando la camarera se va.

—Sí. —Intento aclararme la cabeza y volver al presente. A lo bien que nos lo estábamos pasando hace tan solo unos minutos—. Estoy bien. Pero ha sido un poco raro.

Su mano es muy cálida y, sin pensarlo, le doy la vuelta a la mía para que nuestras palmas se toquen porque quiero tener más contacto. La ligera rugosidad de su mano contra la mía me sujeta, y levanto la mirada para encontrar la suya.

La tensión en mis costillas se libera y suelto una respiración larga.

—Estoy bien. De verdad.

—Ya lo sé.

Tiene una mirada muy amable y cariñosa. Sé que solo me da la mano porque está preocupado, y que no significa nada, pero la intimidad me entrecorta la respiración. Cada nervio de la palma de mi mano se estremece contra la suya. Estoy segura de que, si me hacen un escáner del cerebro ahora mismo, aparecería iluminado como un petardo.

—Intenté romper con Kit en diciembre. —No sé por qué le estoy confesando esto ahora, si me he prometido no hablar del tema para que no afecte a su amistad.

Quiero explicarle mi extraña reacción ante el anillo de compromiso, y no quiero que Hayden piense que no tuve en cuenta los sentimientos de Kit.

Hayden afila la mirada y pone la mano alrededor de la mía.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas el evento benéfico de patinaje en el que te disfrazaste de elfo? —Me paso la mano por el vientre, por encima de todos los nudos que se tensan con ese recuerdo—. ¿Y que él sacó el tema de tener hijos y casarnos y tal?

Hayden tensa la mandíbula y asiente.

—Lo dejé con él aquella noche. —Se me hunde la cara—. O lo intenté, al menos.

—¿Lo intentaste? —repite con una voz mortalmente baja.

Suelto una respiración larga al recordar la expresión devastada de Kit.

—Él quería centrarse en el hockey el mes siguiente porque había muchos partidos importantes. Me dijo que lo deberíamos hablar en enero.

No consigo descifrar la expresión de Hayden.

—¿Y tú qué querías hacer?

—Yo quería dejarlo. —Las palabras salen de mi boca con más fuerza de la que quiero—. Quería dejarlo desde agosto, pero era su cumpleaños y no puedes dejar a alguien en la época de su cumpleaños, y luego empezó la temporada y pasaba mucho tiempo fuera...

—Así que esperaste hasta enero. —Aprieta la mandíbula otra vez con una expresión severa.

—Y te pidió matrimonio en Nochevieja, delante de todo el mundo.

Yo asiento y me muerdo el labio.

—Joder —murmura, y exhala una respiración mientras aprieta la mano alrededor de la mía—. Qué putada, Dar.

—No quiero que le eches la culpa. —Niego con la cabeza haciendo una mueca—. Creo que él pensaba que eso solucionaría las cosas...

—No lo justifiques. —Me clava los ojos, afilados con intensidad—. Lo que hizo fue horrible.

—No quiero entrometerme entre vosotros. Solo te quería explicar por qué me comporté así.

Sus ojos se suavizan como terciopelo, tan amables, comprensivos y cariñosos que me tiraría sobre su regazo, lo envolvería con los brazos y enterraría la cara en su cuello para inhalar su olor cálido y tranquilizarme.

Es verdad que lo que hizo Kit fue horrible, y el alivio de que Hayden también lo piense hace que se disuelva toda la tensión que sentía en el pecho.

Hayden frunce el ceño mirando nuestras manos, luego retira la suya y el momento se acaba.

—Perdona —murmura.

Intento no desinflarme. Es un tocón, menos conmigo.

La camarera vuelve con la cuenta y Hayden pone los ojos en blanco cuando hago el amago de sacar mi tarjeta.

—Darcy, no. —Lo dice con voz firme mientras paga—. Ni lo intentes.

La camarera se ríe y yo miro a Hayden con una sonrisa agradecida.

—Gracias. —Me quito la servilleta del regazo y la suelto en la mesa con una sonrisa segura—. Vámonos a casa, tengo algo para ti.

—¿En serio? —Sonríe. Ahí está mi Hayden otra vez.

O sea, no mi Hayden. El Hayden que conozco y que quiero. Que me cae bien. Lo que sea.

—Qué bien. —Se levanta y me ayuda a ponerme el abrigo—. Porque yo también tengo algo para ti.

Capítulo 17

Hayden

—¿Qué tal lo he hecho esta noche? —pregunta Darcy por encima del hombro mientras le ayudo a quitarse el abrigo.

Mueve los ojos por el piso, por las flores que le compré, y sonríe.

—Andersen, lo has clavado. Ha sido la mejor cita de mi vida. —La miro con una sonrisa coqueta para que piense que estoy de broma —. Un diez.

No dejo de pensar en lo que le hizo Kit al pedirle matrimonio delante de todo el mundo. La expresión en su cara cuando se puso de rodillas ahora tiene otro significado.

Me sentí culpable porque pensé que debería haberle hecho más ilusión. Ahora sé que yo tenía razón.

Se agacha para quitarse los tacones.

—¿La mejor cita de tu vida? Seguro que se lo dices a todas.

—La mitad de las cosas que hemos hablado no se las digo a todas.

No hablo del tipo de porno que me gusta ni les doy lecciones de cómo tocar a un tío. Y desde luego no tiro el vaso de agua en la mesa porque me pongo a sudar como un adolescente nervioso.

Ella contiene una sonrisa. Le brilla la cara y el corazón se me aprieta en el pecho. Me he pasado toda la noche intentando no mirarla demasiado, pero no puedo evitar que se me vayan los ojos constantemente.

Qué diablos, es que es preciosa.

Un orgullo engreído me fluye por el cuerpo y se expande en mi pecho. Darcy sale de la cama sin maquillaje y toda despeinada y sí, lo admito, me siento atraído hacia ella. Pero ¿esta noche, tan arreglada y maquillada?

Está despampanante, y se ha puesto así para mí.

Se me van los ojos al dobladillo del vestido corto y a la piel suave de sus piernas. Me pregunto qué braguitas llevará. A Darcy le gusta que las cosas encajen y estén coordinadas, le gusta que todo tenga sentido, así que imagino que harán juego con alguno de los colores de su vestido.

Recuerdo la retahíla de braguitas colgadas en la ducha hace un par de días. Yo tenía que coger algo de debajo del lavabo y ella no estaba en casa.

Las braguitas rosa pastel, seguro.

—La mejor cita de tu vida, pero solo de momento —dice Darcy arqueando una ceja—. Puede que no me abra de piernas.

Me pongo pálido y siento la abrumadora necesidad de colgármela al hombro y llevarla a mi habitación.

Abre mucho los ojos y se lleva las manos a la cara.

—Era broma. —Gime y se pone muy roja bajo sus dedos—. Lo siento. Era una broma. Quería ser graciosa y ha quedado raro.

—No pasa nada. —Una risa ronca me sale de la garganta. ¿Es que quiere matarme?—. Sé que era una broma. Voy a quitarme el traje.

En mi habitación, me cambio y me pongo unos pantalones de deporte y una camiseta. A través de la pared, la escucho moverse por su habitación: abriendo y cerrando cajones, los pasos ligeros, el clic de las perchas en el armario. El roce de la tela al quitarse el vestido seguramente me lo esté imaginando. Las paredes no son tan finas.

Aun así, me la imagino de pie, a pocos metros de mí, en ropa interior.

Se me aprieta la entrepierna. Dios santo. Las cosas que le haría a Darcy Andersen solo con la lengua. Le dedicaría horas y le exprimiría hasta la última gota de placer, llevando a su cuerpo a límites que ella no sabe que existen.

La lujuria tira con fuerza y respiro hondo, me froto la cara con una mano y vuelvo al salón. Cuando la veo, me flaquean los pasos. Está sentada con las piernas cruzadas en el sofá, con unas mallas y una sudadera negra.

Dentro de mí se despliega un afán de posesión.

—¿Esa sudadera es mía?

Ella me mira.

—Sí. ¿Te importa? Estaba en el sofá y todas las mías están para lavar.

Le queda muy grande, y es la imagen más tierna que he visto en mi vida.

Joder, cómo me gusta. Me flipa.

«No te imagino con novia», me ha dicho antes, incrédula. Al recordarlo, siento una punzada justo detrás de las costillas.

—Sí, tranquila —murmuro.

Aun así, me la imagino quitándose los pantalones, solo con la sudadera y unas bragas. Sin sujetador. Su piel suave y tersa. A lo mejor está sentada en mi regazo. A lo mejor me envuelve el cuello con los brazos.

A lo mejor nos estamos enrollando.

Me doy la vuelta y pienso en por qué no me habré dado una ducha fría antes de cambiarme.

—Todavía no me has contestado —dice mientras me siento en el sofá y me estiro.

—¿A qué?

—¿Qué tipo de porno ves?

Se me va toda la sangre a la polla, y me inclino hacia delante con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Intento pensar en las cosas menos excitantes que se me ocurren para controlar la erección. El olor a la equipación de hockey. El dolor de cuando me rompí la clavícula en el instituto. La apariencia de los pepinillos, verdes y arrugados.

Nop. Todavía me la estoy imaginando sentada en mis piernas con mi sudadera, gimiéndome al oído mientras le quito la ropa interior y muevo los dedos entre sus piernas. Otro subidón de lujuria se dispara por mi cuerpo.

Sería muy sencillo hablarle de la pareja de OnlyFans que llevo años siguiendo. Son un matrimonio joven y sus vídeos se alejan del porno típico. A veces son apresurados y desesperados e intensos, a veces son más lentos, como adormilados y perezosos, pero es todo siempre muy real. Nunca muestran las caras, pero ella es pequeña y tiene el pelo largo y rubio pálido. Él tiene el cuerpo y el pelo similares a los míos.

Se parecen a Darcy y a mí. Y me imagino que somos ellos. Es mi pequeño secreto. Uno que me llevaré a la tumba. Fantaseo con que los vídeos los hacemos nosotros, solo para disfrute personal, y que es ella la que se mueve sobre mi polla, cogiendo aire y temblando y gimiendo. Es mi cabeza entre sus piernas hasta llevarla al orgasmo. Es el anillo en el dedo de Darcy el que brilla. Pienso que estamos casados y que es mi mano la que aprieta la suya cuando llega al clímax.

—No me acuerdo —murmuro en mis manos.

Ella se ríe.

—Mentiroso.

En cuando lo vea, lo sabrá. Sobre todo si descubre que es el único porno que veo. He perdido el interés en todo lo demás.

—Bueno, ha llegado el momento de los regalos. —Me da una bolsita—. Lo vi en Etsy la semana pasada y me recordó a ti.

Yo sonrío.

—No hacía falta. —Dentro de la bolsa toco algo de algodón, y saco la camiseta para mirarla bien. La imagen delantera es una ilustración de todos los personajes de *La espada del norte*.

—Es de una artista local de Vancouver —añade Darcy con un poco de vergüenza.

Se me calienta el pecho cuando miro las líneas de la ilustración.

—Nadie me había comprado nunca ropa, solo mi madre.

Darcy gruñe.

—Genial. ¿Soy como tu madre?

Me río.

—No, no quería decir eso. Es bonita. Me gusta.

Tengo la sensación de que me está cuidando. Como si le perteneciera.

Me levanto, me quito la camiseta y ella abre mucho los ojos.

—¿Qué haces?

—Probármela.

—¿Ahora?

—Quiero ver si me queda bien. —Una gran satisfacción me inunda el pecho cuando veo los ojos de Darcy planeando por mi abdomen.

Trabajo duro. Mi cuerpo es mi trabajo, y sé qué aspecto tengo. Por la forma en la que me está mirando, Darcy también lo sabe.

—Disculpe, señora. —Chasqueo los dedos con una sonrisa, y me señalo la cara—. Los ojos aquí arriba.

Ella levanta la mirada con la cara de un adorable color rosa.

—Perdona.

Yo me río por lo bajo y saco músculo.

—No pasa nada. Adelante, puedes mirar todo lo que quieras.

—Madre mía. —Se da la vuelta mientras me cambio de posición para enseñar más músculo—. Para, egocéntrico. —Se le escapa una risa avergonzada y yo sonrío aún más.

—¿Te estoy incomodando? —Saco bíceps, primero uno y luego otro, y ella se ríe—. ¿Te estás calentando? ¿Hace calor aquí o soy yo?

—¿En serio esto te funciona?

—No lo sé. No me comporto así con las mujeres. Huirían gritando.

Yo nunca me río ni hago el tonto así con las mujeres con las que salgo. No me río así con nadie, solo con ella. Darcy casi ronronea de satisfacción y yo paro de hacer el tonto y me pongo la camiseta.

—¿Qué te parece? —Saco los brazos esperando su aprobación y ella sonríe, asintiendo y moviendo los ojos por mi cuerpo. Se fija en el pecho, hombros y cintura.

—Te queda bien. —Me mira a los ojos y levanta las cejas—. ¿Te gusta?

—Me encanta. —Me flipa de verdad. Me encanta que me compre ropa y me gusta que se haya puesto mi sudadera. Me gusta salir a cenar y sentarme en el sofá a su lado al llegar a la casa en la que vivimos juntos.

—Tengo otro. —Cuando me siento a su lado en el sofá, se le mueve la garganta y me da un paquete plano del tamaño de un libro.

—Pero bueno, Andersen, me estás malcriando.

Ella se mueve y levanta una rodilla, acomodándose en el sofá. Aunque no nos estamos tocando, puedo sentir el calor de su cuerpo. Le quito el papel de regalo y el corazón se me va a la garganta.

Es una foto enmarcada de la universidad. Tercer año, creo. Vestimos de verde, con unos gorros de plástico barato que conseguimos en alguno de los bares a los que fuimos en San Patricio. Tengo un brazo por encima de sus hombros y los dos estamos levantando las manos teñidas de verde y sonriendo de oreja a oreja.

—Es demasiado ñoño, ¿verdad? —Pone una mueca—. Perdona. Es que me encanta esta foto. Es mi favorita.

El deseo de mi pecho se expande, ocupando más espacio.

—Ey. —Le paso el brazo por los hombros como en la foto y tiro de ella hacia mí. Mi regla de «No tocar a Darcy» se desvanece—. No digas tonterías —murmuro.

—No tienes que colocarla a la vista ni nada —dice ella.

Le pongo una mano en la boca y le amortiguo la risa.

—Cierra el pico, ¿vale? —digo con delicadeza para que se ría otra vez. Siento un cosquilleo en la piel al notar su sonrisa bajo mi mano —. Me encanta. —Le doy un beso rápido y firme en la frente.

Ya no me siento tan incómodo por haberle comprado yo también un segundo regalo. Va a decir que me he gastado demasiado, pero esta foto enmarcada con Darcy para mí no tiene precio.

Además, va a odiar mi primer regalo, y estoy deseando dárselo.

—¿Por qué sonríes? —pregunta.

Amplío la sonrisa.

—Quiero darte tu regalo. —Voy a mi habitación, me meto la cajita en el bolsillo y cojo la caja grande, que llevo hasta el salón.

—No hacía falta que me compraras nada —dice con los ojos iluminados por la curiosidad mientras la dejo en la mesita de café. La caja pesa poco, pero es grande y ocupa casi la mitad de la superficie de la mesa—. Ya has comprado flores suficientes para toda una vida.

—Ya me lo agradecerás cuando lo abras. —Intento no sonreír demasiado mientras me dejo caer en el sofá.

Ella arranca el papel y la expresión curiosa se convierte en una cara de pocos amigos y ceño fruncido.

—Hayden.

Empiezo a sacudirme de la risa mientras ella se queda mirando la caja asqueada.

—Por favor, dime que es una broma y que no es de verdad lo que hay dentro.

—Ábrela y lo descubrirás. —Joder, qué divertido es esto.

Ella abre la tapa de la caja y gruñe.

—¿Estás de coña?

Capítulo 18

Darcy

—¿Me has regalado una almohada con la forma del pecho de un hombre por San Valentín?

A Hayden le brillan los ojos. Este es Hayden en su máximo esplendor, con una sonrisa de oreja a oreja, relajado, con las piernas despatarradas por el sofá.

—Para acurrucarte. ¿Te gusta?

Hago un ruido sordo, pero empiezo a reírme.

—¡No!

En la caja, una mujer exuberante tiene la almohada apoyada en su hombro.

—¿Intentas decirme algo? ¿Debería practicar antes con objetos inanimados?

Él finge preocupación.

—¿Preferías el que tiene pelo en el pecho?

Me quedo mirándolo, incapaz de contener mi curiosidad.

—¿Existe esa opción?

—Ya te digo. —Le destellan los ojos—. No sabía cuál te gustaría más. —Levanta el pecho acolchado y se lo cuelga de los hombros—. Te puedes sentar en el sofá y ver la tele con él.

Me estremezco.

—Parece muy pequeño a tu lado.

Él pone una sonrisa cómplice y coqueta, y yo pongo los ojos en blanco.

—Para.

Rezo por que no se quite la camiseta y empiece a sacar músculo otra vez. Todavía tengo la piel caliente de cuando lo ha hecho antes.

—En fin. —Tira el pecho acolchado a una silla y suspira como si estuviera decepcionado—. Siento que odies tu regalo, soy un maestro horrible. —Se mete la mano en el bolsillo y saca una cajita de terciopelo—. Este no me ha dado tiempo a envolverlo.

—No pasa nada. —Entrecierro los ojos con suspicacia—. Demasiado grande para ser un anillo de compromiso, menos mal.

Se le desinfla la sonrisa y yo aprieto la boca. Siempre meto la pata.

—Perdona. Estaba pensando en el restaurante, supongo. —Abro la caja y la sensación de incomodidad desaparece.

Hay una pulsera preciosa. Una delicada cadena de oro con hexágonos y piedras transparentes que brillan. Paso el pulgar por encima y memorizo las texturas.

—¿Son panales?

Me mira con delicadeza.

—Mhm.

Nos quedamos mirándonos a los ojos durante un buen rato, y me pregunto si se acordará. Hace unos años, tuve una época en la que me obsesioné con las abejas. Estuve semanas sin hablar de otra cosa. Las abejas saben contar. Construyen las colmenas de forma organizada, metódica y matemática. Aunque solo son insectos diminutos, las abejas trabajan juntas para construir colmenas fuertes y estables con estos hexágonos.

Eso es lo que me gusta de las matemáticas, lo sorprendentes, lo increíbles que son. Todo está en la naturaleza.

Me fijo en las piedras brillantes.

—Dime que no son diamantes, Hayden.

—Claro. —Una sonrisa de placer se expande por su cara—. No son diamantes.

—Hayden. —Mi intención era regañarlo, pero me ha salido demasiado suave.

—Son de laboratorio —añade sin quitarme el ojo de encima—. Te voy conociendo.

No sé qué decir. Los diamantes de laboratorio, o sintéticos, tienen la misma composición que los tradicionales: la misma dureza, estructura y a veces incluso más claridad; pero se crean usando temperaturas y presiones muy altas, en lugar de extraerlos de las minas. Son otro ejemplo de cómo las matemáticas y la ciencia ayudan a mejorar el mundo.

—Me encanta —susurro, y levanto la mirada para sonreír a Hayden con una sensación de placer que me envuelve las costillas y me aprieta—. Te has pasado.

Hayden simplemente sonríe y se encoge de hombros, pero a mí me da un vuelco el estómago. Nadie sabe verme como él, y no sé cómo tomarme eso.

—Gracias. —Me estiro para abrazarlo y él me acoge, tirando de mí contra su pecho robusto.

—Un placer, Dar. —Su voz suena grave en mi oído y me pone la piel de gallina. Contra mí, su pecho sube y baja con una respiración firme, y me acuerdo de hace un rato, cuando se quitó la camiseta.

Músculos. Piel suave y dorada. Un ligero vello rubio en el pecho sobre los pectorales definidos, que baja por los abdominales hasta la frontera de sus pantalones.

Querría contar cada uno de sus músculos con la lengua. Querría presionar los labios en su clavícula y luego bajarlos por cada

abdominal, sentir cómo se mueven debajo de mi boca y cómo se le entrecorta la respiración.

En mi cabeza se cuela una imagen de mis manos abiertas tocando la piel suave de su pecho mientras estoy encima de él, a horcajadas sobre sus caderas, montada en su brutal erección. Siento la excitación por todo el cuerpo.

Estoy más pillada que nunca, y tengo muchísimas pero muchísimas ganas de follarme a mi mejor amigo.

Siento la tela de la camiseta suave bajo los dedos, y él desprende mucho calor. Hayden huele a bosque fresco y limpio. Inhalo profundamente y siento un escalofrío en la cabeza. Su olor provoca algo en mi cerebro, me afila los pensamientos y hace que me concentre únicamente en él.

El abrazo tendría que haber terminado hace varios segundos, pero sigue sujetándome con fuerza.

Estoy a punto de hacer una estupidez.

—Esto sí lo echo de menos —murmuro contra él.

Habla en voz baja y su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—¿El qué?

—El afecto físico. —Estoy muy nerviosa. Debería dejar de hablar —. Acurrucarme. Echo de menos acurrucarme.

Echo de menos el sexo, y cada neurona de mi cerebro se pregunta cómo sería con él.

La electricidad se palpa en el ambiente, tensa y brillante como en el momento previo a una tormenta. Él se aparta unos centímetros con la cara muy seria, la respiración irregular, y se me erizan los pelos de la nuca. Tiene su muslo, robusto y tonificado, presionado contra el mío. Y sus ojos son de un azul tan intenso que me podría caer dentro de ellos.

Aprieta la mandíbula y traga.

—Entonces deberíamos acurrucarnos.

Capítulo 19

Hayden

Darcy abre mucho los ojos, las pupilas le cubren prácticamente todo el verde del iris y a mí me palpita la sangre en los oídos.

¿Por qué he dicho eso?

Porque la deseo. La deseo muchísimo. Estar tan cerca de ella es una agonía, inhalar su olor y sentir el calor de su piel, observar cómo se le curvan los labios carnosos en una sonrisa por el regalo que le he hecho.

En la cena, dijo que comprar regalos era algo negativo en una relación, pero comprarle a ella los regalos de San Valentín ha sido lo mejor de la semana. Gastar dinero en ella me ha hecho sentir un gran orgullo masculino. Comprarle cosas podría convertirse en una adicción si me descuido.

¿Y ahora le he propuesto que nos acurruquemos? ¿Qué cojones estoy haciendo?

Sigo con el brazo sobre su hombro, y no consigo moverlo. Cuánta calidez. Le huele muy bien el pelo. Estoy perdiendo el control.

Soy su maestro, y ella no quiere nada serio, pero la deseo demasiado como para pensar con claridad.

—Acurrucarnos. —Me sale la voz ronca, así que carraspeo. Joder. Me estoy comportando como un adolescente la noche de la graduación—. Deberíamos acurrucarnos, si tanto lo echas de menos.

Empiezo a sentir odio hacia mí. Soy lo peor. Kit piensa que estoy cuidando de ella y, en lugar de eso, no paro de buscar excusas para tocarla.

Aunque él la manipuló al pedirle matrimonio delante de todo el mundo cuando sabía perfectamente que ella quería dejarlo. Así pues: que le den por culo.

Unas campanas de alarma empiezan a sonar en el borde de mi consciencia, pero las ignoro. Me muero por besarla. Si fuera inteligente, me iría directo a mi habitación, yo solo, y liberaría toda esta frustración sexual acumulada en la ducha con la frente contra los azulejos y con una mano en la boca para amortiguar el gemido.

Pero no soy inteligente. No en lo que respecta a Darcy.

—Como amigos —añado, con el corazón martilleándome en el pecho. Ella es capaz de ver a través de mí, estoy seguro, pero voy cuesta abajo y sin frenos—. Seguro que hay algún estudio científico que explique sus beneficios.

—La oxitocina. —Se humedece los labios—. Se libera cuando la gente se toca. Animan a los padres a que lo hagan con sus bebés recién nacidos.

La tensión se palpa en el aire.

—Pues hagámoslo. —Trago—. Pero solo si yo soy el bebé.

Ella estalla en una carcajada y, aunque noto el pulso palpitándome en los oídos, sonrío. Se me sueltan varios nudos del pecho y me tiendo en el sofá con los brazos extendidos. Como si fuera la enésima vez que hacemos esto, ella se tumba contra mí, con la espalda contra mi pecho y, de pronto, estamos acurrucados.

Es la mejor sensación del mundo.

El instinto me agarra por la garganta al doblarme alrededor de ella para acercarla más a mí. Es muy suave y encaja perfectamente en

mi cuerpo. Estamos alineados uno contra el otro y me pregunto si notará mi corazón desbocado.

¿Qué estoy haciendo? ¿Acaso me importa?

—¿Así? —murmuro.

—Mhm. —Ella se gira y me mira por encima del hombro—. ¿Puedes respirar? Creo que te estoy asfixiando con el pelo.

—Estoy bien. —Podría morirme ahora mismo. Huele de maravilla. Me tengo que controlar muchísimo para no aplastar mi nariz en su nuca. Lo que sí hago es apoyar la barbilla en su cabeza.

¿Esto es lo que se siente al tener novia? ¿Esto es lo que me he estado perdiendo todos estos años?

Aunque creo que jamás haría esto con otra persona. No es el hecho de acurrucarse con una mujer, sino de acurrucarme con Darcy lo que me está acelerando.

¿Y sabes qué? A tomar por culo.

Impulsado por mi estúpido cerebro de troglodita, aprieto la nariz en su nuca e inhalo profundamente.

Toda la sangre de mi cuerpo se me va a la polla y, en tres segundos, la tengo dura como una barra de acero. Se me entreabren los labios por la intensa necesidad de embestirla.

Joder, madre mía.

Leí un artículo una vez en el que una estrella del porno decía que, cuando tenía problemas de rendimiento durante un rodaje, olfateaba la nuca de su compañera. Por algo de las feromonas. Les conté esto a todos en el bar y Miller lo intentó con Hazel. Dijo que no había funcionado.

«Pues ahora sí que está funcionando».

Me duelen los huevos de la excitación y la polla me estira la tela de los pantalones. Si Darcy se mueve, aunque solo sea un centímetro, lo va a notar.

Siento de pronto el pánico atravesando la lujuria. Tengo que darme una ducha fría. Tengo que hacerme una paja. Joder. Tengo que salir de aquí.

Darcy suspira y se mueve, y a mí se me queda la mente en blanco cuando vuelve a apretarse contra mí.

Se tensa.

Me tenso.

Ninguno de los dos respira.

Ella abre la boca para decir algo, pero yo casi salgo volando del sofá y me doy prisa por huir de ahí. He visto su reacción al anillo de compromiso esta noche. No puedo hacer esto. No es lo que ella quiere.

Voy a fastidiarlo todo.

—Tengo que irme a la cama —digo, a punto de salir de salón—. Gracias por, eh, bueno... Buenas noches.

Al cabo de unos instantes, estoy en la ducha con el agua empapándome el cuerpo. Estoy tan empalmado que me duele y ya estoy a punto de correrme. Tengo una mano contra los azulejos y la otra agarrada a la polla, mientras por mi cabeza no paran de aparecer imágenes de Darcy.

Ella de rodillas a mis pies, con sus preciosos labios acogiendo el ancho de mi polla, metiéndosela hasta la campanilla sin apartar los ojos de los míos.

Yo de rodillas delante de ella, con un brazo alrededor de su cadera para sujetarla bien, su pierna sobre mi hombro, mi lengua profundamente clavada dentro de ella. La siento estremecerse y convulsionar sobre mí. Tengo la cara empapada por su excitación. Escucho atentamente cada bocanada de aire y cada gemido suyo.

El placer se arremolina en la base de mi espalda, se me tensan los huevos y el orgasmo me golpea con un afilado éxtasis. Cierro con

fuerza los ojos al correrme, respirando con dificultad y amortiguando el gemido.

Como siempre, espero que este orgasmo sirva para deshacerme del deseo permanente que siento hacia ella y que parece aumentar cada día.

Pero no es suficiente. Nunca lo es.

Capítulo 20

Darcy

La mañana siguiente, estoy esperando en la cocina rodeada de ramos de rosas, respirando el aroma floral y ensayando lo que voy a decir, cuando Hayden aparece con su bolsa colgada al hombro y listo para marcharse una semana de casa.

Se me van los ojos a su pecho y sonrío automáticamente.

—Te has puesto la camiseta.

Él baja la mirada con la boca curvada en una sonrisa.

—Claro.

No parece que estemos incómodos después de lo de anoche, menos mal.

Por las mañanas, Hayden está guapísimo, con los ojos azules adormilados, el pelo todavía húmedo de la ducha y una barba incipiente rubia oscura cubriéndole la mandíbula. Mis dedos se mueren por tocarla, rasparla con las uñas.

«No». Después de lo anoche, se acabó el toqueteo. Él hizo bien en ponerle fin.

Se me calienta la cara cuando me acuerdo. Joder, qué vergüenza.

Él desliza los ojos a mi muñeca.

—Y tú te has puesto la pulsera.

Encuentro la delicada cadena y juego con ella como he estado haciendo toda la noche porque no podía dormir. Me cuesta dormir

sola; siempre he dormido con alguien. Además, me he pasado la noche preocupada por si había estropeado las cosas con Hayden.

—Claro. —Le sonrío—. Te llevo al aeropuerto.

Él parpadea y entreabre los labios con una expresión compungida.

—Viene Volkov a recogerme.

—Ah. —Pensaba dedicar el trayecto a disculparme por lo de anoche—. No se me había ocurrido.

—No pasa nada. Deberías dormir hasta tarde, no ser mi chófer. —Suelta la bolsa y se acerca al armario del recibidor para coger sus botas—. Vuelve a la cama.

Si no hablamos de lo que pasó anoche, va a ser raro, y Hayden es prácticamente la única persona que tengo ahora mismo. No quiero que piense que me estoy haciendo una idea que no es sobre nosotros.

No puedo fastidiar esto con él.

—No puedes irte todavía. —Intento no parecer nerviosa—. Eres un zombi si no te tomas un café.

Aprieto el botón de la cafetera y la máquina cobra vida. Un segundo después, empieza a caer un chorro de café en una taza diminuta.

Sus ojos van alternativamente de la cafetera a mí con una expresión precavida.

—Me iba a tomar uno en el aeropuerto.

—El café del aeropuerto está asqueroso. El nuestro es mucho mejor.

Se le calienta la mirada al escuchar el «nuestro».

—Bueno, tengo un poco de tiempo. —Se sienta en la barra de la cocina y acepta el café que le doy. La taza queda ridículamente pequeña en sus manos enormes.

—Esto, eh... —Me muevo para poder verlo entre las flores y me inclino en la encimera, concentrándome en no retorcer mucho las manos—. Anoche.

Él se pone recto y nuestras miradas se encuentran.

—Lo siento mucho. —Lo miro sin pestañear mientras el corazón me martillea en el pecho—. Nos acurrucamos y me excité.

Hayden tose al dar un trago de café y mira fijamente al suelo. A mí se me calienta aún más la cara. Al estar presionada contra su cuerpo, mis hormonas tomaron el control y me obligaron a apretarme aún más.

Él estaba empalmado. Trago al recordar lo intimidante que me resultó su erección.

Tal y como sospechaba, está bien proporcionado. Me estremezco al recordarlo.

Sé lo que pasó: él se excitó porque es un ser humano de sangre caliente que necesita sexo de forma regular, algo que no ha estado disfrutando últimamente porque se pasa todo el tiempo conmigo. Es un buen amigo, así que, cuando básicamente le rogué que nos acurrucáramos, dijo que sí.

Tengo que demostrarle que no estoy malinterpretando nada por la respuesta de su cuerpo y que no ha cambiado nada entre nosotros.

—No pasa nada. —Regla número uno: un mujeriego siempre está seguro y relajado—. Me pilló por sorpresa porque hacía mucho que no me sentía así. —Me estoy perdiendo—. Eres... —Le hago un gesto con la mano y él arquea una ceja.

—¿Soy qué?

—Grande. Alto. Ancho. Musculoso. Hueles bien. —Con cada palabra se le amplía la sonrisa. Tengo la piel demasiado caliente—. Deja de sonreír.

—¿Qué tiene de malo sonreír?

—Pareces un engreído.

—Me acabas de decir que te pongo cachonda.

—Me pusiste —recalco—. Me pusiste cachonda porque estaba pegada a ti y... joder.

No estaba pegada a él. Enterré el culo contra él como una gata en celo. Hayden se ríe y escupe el café en la taza.

—Para. —Pongo una voz severa y contengo una sonrisa cuando el alivio empieza a invadirme el cuerpo—. Estoy hablando en serio.

Él frunce el ceño y mira su taza, pensativo.

—Si huelo bien, ¿significa que lo más probable es que no seamos familiares lejanos?

Suelto una carcajada.

—Seguramente no lo seamos, no. Hueles de maravilla.

Él me sonríe y se reclina en el taburete, y yo siento un calor extendiéndose por mi estómago.

—Fue una reacción de mi cuerpo, no significó nada. Todo sigue igual entre nosotros.

Regla número cinco, la más importante de todas: nunca te pilles.

—Ya. —Relaja un poco la sonrisa y se le hunde la barbilla con un asentimiento profundo—. Lo sé.

—Acepté tu oferta para acurrucarnos y la volví inapropiada. Tú solo me estás ayudando.

Pero también está la ducha posterior. Cada vez que me toca, se va corriendo a la ducha. Intento no darle muchas vueltas a eso. Sé que no soy su tipo, pero ¿por qué siente esa necesidad de ducharse después de tocarme?

Auch.

—Genial. Entonces estamos de acuerdo en que no fue para tanto.

Hayden me dedica una sonrisa tensa.

—Yo ya lo he olvidado.

Yo pongo también una sonrisa forzada. Esto es lo que quiero, así que no sé por qué me decepciona tanto escucharlo.

Le suena el teléfono y se lo saca del bolsillo.

—Volkov está abajo. —Se levanta y mete la taza en el lavavajillas —. Gracias por el café.

—No hay de qué. —Las palabras me salen demasiado agudas y demasiado alegres—. Buen viaje. Veré los partidos.

Él me guiña un ojo.

—Chao, Darcy. No te metas en líos.

Hasta que no se cierra la puerta y oigo el sonido del ascensor, no me doy cuenta de que voy a echarle muchísimo de menos esta semana.

Capítulo 21

Hayden

—Bonita camiseta —comenta Miller mientras guardo mi bolsa en el compartimento de la cabina del avión.

—Gracias. —Esta camiseta es lo más preciado que tengo—. Me la ha regalado Darcy.

Él levanta las cejas con interés mientras yo me siento.

—Así que San Valentín fue bien, ¿no?

Exhalo con fuerza al pensar en cómo lo he liado todo.

Miller se ríe por lo bajo.

—¿Tan mal fue? A ver, cuéntale al experto qué pasa para que podamos arreglarlo.

Se me escapa una risa larga y escéptica.

—¿Experto? Estás de coña, ¿no? Hazel te odiaba hasta ayer mismo.

—¿A Darcy no le gustaron las flores?

—Sí le gustaron. —Me cruzo de brazos y miro por la ventanilla—. También le gustó la pulsera que le regalé.

Miller silba.

—¿Una pulsera también? —Se le dibuja una sonrisa de oreja a oreja—. Entonces, ¿cuál es el problema?

—Pues que... —lo miro— nos acurrucamos.

—¿Os acurrucasteis? —repite en voz alta, y todas las cabezas se vuelven hacia nosotros.

—¡Cállate, joder! —siseo—. Te van a oír.

—Perdona. No quiero que nadie se entere de que Darcy y tú os acurrucasteis antes del matrimonio.

—Nos acurrucamos como amigos. No significó nada.

Dicho en voz alta suena increíblemente estúpido.

Él se me queda mirando un buen rato y explota en una carcajada.

—¿Como amigos?

—No me lo estoy inventando.

Sí me lo estoy inventando. Necesitaba tocarla y me estalló en la cara cuando me dejó claro que solo fue eso. Que mi cuerpo la excitó, pero que jamás pasaría nada entre nosotros.

«No significó nada», dijo ella. Eso es lo que soy: una cara bonita y un buen polvo. Incluso Darcy, que me conoce mejor que nadie, se da cuenta de eso.

Y aun así, por algún motivo, he metido la foto que me regaló en la bolsa para traérmela de viaje. Me gusta torturarme, supongo.

O quizá es simplemente que la echaré de menos.

Miller mira por encima de los asientos.

—Ey, Streicher, ¿quieres que nos acurruquemos luego? Pero como amigos.

Unas cuantas filas más atrás, Streicher le devuelve una mirada feroz.

Miller vuelve a mirarme con un brillo en los ojos.

—Perdona, ¿qué decías?

Me bajo la visera de la gorra y me hundo en el asiento. Le estoy diciendo sin palabras: «Voy a echarme una siesta, déjame en paz», pero Miller me levanta la gorra.

—Owens —relaja un poco la sonrisa mientras me analiza la cara—, ¿qué estás haciendo?

En mi cabeza, veo la expresión petrificada de Darcy cuando apareció el anillo de compromiso en el tiramisú durante la cena.

—Nada. No está preparada para una relación.

—Pues ayúdala a estarlo. Demuéstrale cómo sería.

Se me forma un nudo en la garganta.

—El último tío con el que estuvo lo intentó, ¿o no te acuerdas? Y ella se acojonó.

Miller murmura algo, pensativo.

Si no quería una relación seria con Kit, el hombre de los sueños de cualquier mujer, ¿cómo se sentiría cuando se le pasara la emoción de la novedad conmigo?

Aparece Ward en el pasillo y nos entrega una carpeta.

—Caballeros.

—Entrenador.

Sigue avanzando por el pasillo y yo le echo un ojo al paquete de la gira: itinerarios de viajes, habitaciones de hotel, horarios de partidos y notas para cada uno de ellos. Entre las páginas encuentro una foto hecha con Polaroid.

Se me escapa una risa de sorpresa cuando veo la foto del estúpido gnomo metido en mi cama, con la cabeza en mi almohada y un antifaz.

Por detrás, con la letra de Darcy, pone:

¡Buena suerte! Veré todos tus partidos (y dormiré en tu cama).

Daniel

Lo ha tenido que hacer cuando yo estaba entrenando o algo. No puedo dejar de sonreír. Se me va la cabeza al vídeo que le grabé anoche a Darcy mientras le cantaban la serenata.

Saco el teléfono y le escribo a Darcy.

Más vale que Daniel no se pajee
en mi cama en mi ausencia.

Responde de inmediato.

¿Y dónde quieres que lo haga entonces? Tiene necesidades.

Me crece la sonrisa y todas las sensaciones extrañas de anoche y esta mañana se evaporan.

En la terraza, como una persona normal.

Me responde con un GIF de Jim Carrey teniendo arcadas y sonrío a la pantalla del teléfono, me pongo un auricular y abro el vídeo de anoche, con Darcy muerta de vergüenza mientras le cantaban la serenata.

El café de la mañana porque sabe que no resucito hasta que tomo cafeína, la camiseta de nuestra serie favorita de libros, nuestras bromas internas como la del gnomo: mi vida es mejor cuando vivimos juntos.

Siempre digo que Kit es mi mejor amigo, pero no. Es Darcy.

No soy tan tonto como para seguir negando mis sentimientos por ella, pero no voy a hacer nada al respecto y fastidiar lo mejor que me ha pasado en la vida.

Capítulo 22

Darcy

Hayden aparece en la puerta de mi habitación una semana después y cierro de golpe mi portátil.

—No te he oído llegar.

—Ya lo sé. —Me sonríe con curiosidad y señala el portátil con la barbilla—. ¿Estás trabajando?

Estoy intentando averiguar por qué el Vancouver Storm es tan malo en las jugadas de superioridad si las hace con los mejores jugadores.

Al ver los partidos de Hayden esta semana en la tele, me llamó la atención algo relacionado con mis antiguos modelos analíticos. Me resulta muy fácil perderme en los números cuando me concentro y me he quedado todas las noches trabajando hasta mucho más tarde de mi hora de acostarme.

Esta semana, una cosa me ha quedado muy clara: no van a llegar a la clasificatoria si no mejoran sus probabilidades de marcar en las jugadas de superioridad.

—Nada, papeleo —miento.

Lo hago solo por pasar el rato, y no tengo intención de enseñárselo nunca a nadie. Lo último que quiero es que Hayden me diga que no me meta.

Nos quedamos mirándonos un rato y yo intento no pensar en la noche que nos acurrucamos en el sofá. Hemos estado evitando

mencionar eso o el día de San Valentín en nuestros mensajes de esta semana.

También intento no pensar en la foto que le regalé y en que, al mirar por la puerta abierta de su habitación, no la he visto colocada en ningún sitio. Tampoco está en el salón.

Seguramente la metió en un cajón y se olvidó de ella. No sé qué me esperaba.

—Estaba pensando... —empiezo.

—¿Qué vas a...? —dice él al mismo tiempo.

Los dos nos reímos.

—Perdona. —Le hago un gesto—. Dime.

Él sacude la cabeza.

—No, di tú.

Me da un vuelco el corazón. No sé por qué estoy nerviosa.

—He estado pensando en San Valentín.

—¿Ah, sí? —Detecto un tono raro en su voz, y me está mirando la cara atentamente.

—Sí. —Frunzo el ceño y muevo los dedos de los pies contra el suelo—. Todo eso del anillo de compromiso tensó un poco la situación.

Él sacude la cabeza.

—Dar, no te preocupes.

—Sí que me preocupo. Imagínate que hubiera estado en una cita de verdad con un tío de verdad. O sea, no es que tú no seas un tío de verdad. —Hago una mueca—. Ya me entiendes.

Él lanza un sonido de asentimiento con la boca inclinada hacia abajo.

—Habría sido muy raro. —Siento un pinchazo de ira, porque aunque ya no esté con Kit, sigue volviendo para torturarme y estoy desesperada por quitármelo de encima—. Si esta noche no tienes

nada que hacer, me gustaría llevarte a otra cita de práctica. —Le sonrío tentadora—. Te prometo que no fliparé si aparece algún anillo de compromiso en mi plato.

—Eh. —Pone una cara dubitativa y se me hunde el estómago.

—No puedes. —Me apresuro a decir—. Estás ocupado. Claro. No pasa nada.

—No, es que me han invitado a una fiesta.

—Ah, guay. —Estoy asintiendo. Me siento estúpida. Es el tío más buenorro de la NHL, claro que lo han invitado a una fiesta—. Pásalo bien.

—No, Dar. —Se ríe, tenso—. Perdona, estoy metiendo la pata. Me han invitado a una fiesta con el elenco de *La espada del norte*. Miller publicó una foto mía con la camiseta que me regalaste y el estudio la vio.

—Yo también la vi. —¿Quién no vio esa foto? La comunidad virtual del libro flipó ante la idea de que a Hayden Owens le gustara *La espada del norte.*

—Ya, bueno. —Suelta una respiración larga—. ¿Qué te parece?

—Pues que deberías ir. —Fuerzo una sonrisa—. Seguro que va un montón de mujeres guapas.

Que le tiran ficha. Que se ríen con sus bromas. Que no le quitan las manos de encima mientras yo me quedo en el sofá e intento no pensar en ello.

Me mira con incredulidad y sacude la cabeza.

—Madre mía, Andersen. Te estoy pidiendo que vengas conmigo.

Parpadeo.

—Venga ya.

Él sonríe.

—¿Eso es un sí?

—¿En serio? —Mi voz suena muy muy aguda.

—Sí. —Se ríe—. ¿Con quién iba a ir si no? ¿Con Volkov?

—Hayden. —Corro hacia él y le doy una palmada en el hombro, y él vuelve a reírse—. ¡Venga ya!

—No quieres ir. Ya, normal.

Hago un ruido como si me estuviera atragantando y él sonríe todavía más, con los ojos brillantes.

—¡Claro que quiero ir!

—Hmmm. —Me inspecciona la cara—. No sé. No parece que te haga ilusión.

—Me hace ilusión. Quiero ir. Por favor. —Entrelazo los dedos y le sonrío—. Porfaaaaa, llévame a la fiesta.

—Sabía que iba a tener que arrastrarte. —Suspira y me sonríe. Luego se va a su habitación—. Voy a cambiarme. Cuando estés lista, te espero en la cocina. Podemos cenar antes.

Asiento ansiosa y corro a prepararme.

Capítulo 23

Darcy

«CERRADO POR UN EVENTO PRIVADO», dice un cartel en la puerta del restaurante de Gastown cuando llegamos para la fiesta con el elenco de *La espada del norte*.

—¿Nombre? —nos pregunta el chico de la puerta con una carpeta en la mano.

—Hayden Owens y Darcy Andersen —dice Hayden con seguridad, como si hiciera este tipo de cosas todos los días, y yo tomo nota mental. Hayden clava la regla número uno: muéstrate seguro y relajado.

El chico nos coge los abrigos y nos hace un gesto para que entremos. Yo sonrío a Hayden.

—¿Ya habías puesto mi nombre en la lista?

—No sé por qué confiaba en que dirías que sí, y yo no iba a venir sin ti.

Dentro, veo a tres de los actores inmediatamente, junto con otros actores que no trabajan en la serie. Y tres músicos.

—Hay un montón de famosos —le murmuro a Hayden, cada vez con más vergüenza.

Él me pone una mano en la espalda como si notara mi inquietud.

—Tranquila —me murmura al oído. Su aliento me hace cosquillas en el cuello—. Yo soy un tío normal.

Se me escapa una risa y se me pasa un poco la vergüenza. Inclina la cabeza para mirarme a los ojos.

—No voy a irme de tu lado, ¿vale?

Me siento muy agradecida.

—Vale.

—Venga. —Me da un empujoncito hacia la barra—. Vamos a tomar algo.

Un poco después, tras haber conocido a varios actores de la serie, Hayden y yo nos sentamos cerca de la barra de la planta de abajo y observamos a los invitados.

—Ahí está Aurora. —Señalo disimuladamente a la estrella de la serie, que se ríe con alguien. Es mi personaje favorito, la doncella práctica y trabajadora a la que todo el mundo subestima. Cuando desata sus poderes secretos, es imparable.

Cerca de ella, el actor que hace de Cadius, el Príncipe Dorado, está rodeado de mujeres y se ríe escandalosamente. Cadius es otro de mis personajes favoritos, pero más avanzada la historia. Es entonces cuando me recuerda a Hayden. Al principio, Cadius es el príncipe engreído y mimado al que se lo han servido todo en bandeja. No tiene ni idea de cómo funciona el mundo real, no tiene empatía y no es consciente de lo privilegiado que es. Recibe un toque de atención cuando él y Aurora van en busca de su prometida, a la que han secuestrado al principio del primer libro.

Y aprende la lección. Se esfuerza y escucha a Aurora, y empieza a cuidar de los plebeyos más que de su ego o de su imagen. Se sacrifica por los demás y busca la forma de ser un líder mejor. Es amable y compasivo, y haría cualquier cosa por la gente a la que quiere. Cuando Aurora está al borde del llanto, hace bromas para

animarla y le dice que es capaz de todo lo que se proponga. Cuando los poderes de ella emergieron y se desataron, él supo que Aurora había sido poderosa siempre.

Pero el actor que interpreta a Cadius no es tan guapo como Hayden, así que cuando leo los libros me imagino a Hayden en todas esas aventuras fantásticas.

En la otra barra, la actriz que interpreta a la reina Amatista nos mira y siento algo incómodo en el estómago.

—La reina Amatista te está poniendo ojitos. —Intento mantener un tono despreocupado y le doy un sorbo a mi bebida.

—No me digas. —Hayden me mira los labios alrededor de la pajita.

—Sí. —Cuando llegamos, le pidió hacerse una foto con él, pero él me arrastró a mí también—. Ha dicho como cuatro veces que no ha visto gran cosa de Vancouver.

Él se encoge de hombros.

—Tampoco va a tener tiempo para hacer turismo. Me han contado el horario de los rodajes. Tienen cero tiempo libre.

No sé si está siendo lento a propósito o qué.

—Hayden, el único turismo que quiere hacer es a tus pantalones.

Él pone una sonrisa traviesa.

—¿A mi polla?

—Mhm. —Asiento y lanzo una risa—. Quiere conocer al pequeño Hayden.

Su cara de complicidad se vuelve engreída.

—No es pequeño.

Joder, lo recuerdo. Siento mucho calor.

—No es asunto mío. —Pongo una cara de desinterés, aunque tengo mucho muchísimo interés en saber más—. Y no soy quién para juzgar.

—Ey. —Se inclina hacia mí y me mira fijamente a los ojos. Yo empiezo a temblar de la risa. Se me queda mirando con una expresión falsamente seria y con los ojos brillantes—. No es pequeño, ¿vale? Es enorme, como un bate de béisbol. Un monstruo. Las mujeres lo llaman Godzilla.

Finjo que me da asco.

—Nadie lo llama así.

—Lo harían si se lo pidiera —añade con una sonrisa—. Muchas mujeres pueden afirmar que no es pequeño.

—No lo pongo en duda. —Noto amargor en la boca. Me meto la pajita entre los labios y doy un sorbo largo para enjuagarme—. Seguro que la reina Amatista estará encantada de comprobarlo.

Él asiente con un ruido.

—Es tu tipo —digo por algún motivo, porque no puedo cerrar la puta boca.

—¿Qué dices?

—Sí. Superalta, el pelo largo y oscuro, tetona. —Hago la silueta de un reloj de arena con las manos—. Un culazo. Cintura diminuta.

La reina Amatista podría reventarme las costillas con los muslos mientras yo pido piedad a gritos.

Hayden me mira con el ceño fruncido.

—Todas las mujeres con las que sales encajan en esa descripción.

Él aparta la mirada y se le mueve la mandíbula, como si quisiera decir algo.

—¿Darcy?

Yo trago.

—Qué.

—Cállate —dice con delicadeza, sonriendo, y yo resoplo para mí.

—Es verdad. Estamos repitiendo una cita —digo—. No intentando que te enrolles con alguna tía.

—Mírate. —Se acerca y me pasa un brazo por los hombros—. Qué rápida eres.

Esta noche está siendo muy tocón y una ola de placer me recorre el cuerpo.

—Tengo el mejor maestro.

Baja un poco la sonrisa y aparta el brazo.

—¿Qué tal el trabajo esta semana?

—Bien. —Me encojo de hombros. Él hace un gesto con la mano para que siga hablando, y yo lo miro inexpresiva—. Mi trabajo no es tema de conversación para una cita.

Él se me queda mirando durante un instante y no soy capaz de leer su expresión.

—Antes no parabas de darme por saco con las cosas en las que estabas trabajando. —Entrecierra los ojos y aparta la mirada—. El trabajo de clase en cuarto de carrera. Lo de la beca.

—El modelo de predicción de las mujeres en la ciencia. —Usé datos gubernamentales para determinar cuántas mujeres que empezaban la universidad tenían menos probabilidades de terminar según las dificultades económicas—. De hecho, lo siguen utilizando actualmente para otorgar becas y financiación. Con actualización periódica de los datos, claro.

Se le curva la boca en una sonrisa orgullosa y me mira con ojos cálidos. Yo sonrío con la pajita en la boca.

—Mola mucho, Dar.

—Molaba. —Usar estadísticas para ayudar a la gente hizo que ese proyecto fuera muy divertido; ni siquiera me pareció un trabajo—. La organización tiene una sucursal en Vancouver y organiza varios eventos próximamente. Puede que vaya a alguno.

—Y deberías buscar un trabajo que te haga sonreír así.

Resoplo.

—Los trabajos no suelen hacer feliz a la gente. Yo no puedo quejarme. Mi trabajo está bien. Me paga las facturas, tengo vacaciones y muchos beneficios. Me pagan el teléfono, que está bastante bien. Y me pagaron la mudanza cuando me vine a la oficina de Vancouver. —Fuerzo una sonrisa luminosa y optimista—. No está tan mal.

Él inclina la cabeza con una ceja levantada como si no me creyera.

—Y sí, puede que una gran parte de mi trabajo sea ahorrarle dinero a la aseguradora pronosticando cuánto costarán los pacientes a la larga, y que usen esos datos para determinar primas que terminan enriqueciendo aún más al dueño, pero es que en eso consiste una gran parte del campo actuarial. Y así funcionan las cosas. —Me encojo de hombros—. Los trabajos son, al fin y al cabo, para ganar dinero.

Una vez tuve un trabajo que me encantaba, justo al terminar la universidad. Y luego lo jodí todo. Así es mejor, con un trabajo aburrido. Nadie termina herido ni despedido.

Hayden se pasa la mano por la barbilla.

—Sé que no soy tan listo como tú...

—Lo eres, Hayden. No digas eso. —Odio cuando hace ese tipo de comentarios, como si fuera un idiota ignorante—. Hay muchos tipos de inteligencia que no tienen nada que ver con los estudios o las matemáticas. Las habilidades sociales, la amabilidad y la compasión son igual de importantes. —Mi expresión se vuelve irónica—. Y tú siempre has sacado muy buenas notas.

Aquí hay muy poca luz, pero me da la sensación de que se está sonrojando.

—Quería decir que te mereces un trabajo que te emocione, no uno con el que simplemente sobrevivas. Algo que no parezca un trabajo.

Nos miramos a los ojos durante un momento, sonriéndonos. Incluso en la luz tenue del restaurante, le brillan los ojos. Mis ojos siguen la forma afilada de su barbilla, la barba incipiente y mis dedos se mueren por tocarla.

Su belleza es de otro planeta. En otra vida, estaría en esta fiesta como uno de los actores.

Aunque no me siento afortunada de estar aquí con él por eso. Hayden es una de las personas más amables que conozco y, pese a la atención constante que recibe por su aspecto o por su carrera, o simplemente porque es una celebridad en una ciudad que adora el hockey, no se le ha subido a la cabeza. Podría chasquear los dedos y tener a un montón de mujeres rendidas a sus pies, pero está sentado en una fiesta con su amiga friki de la universidad.

—Por esto no hablo de mi trabajo en las citas. —Sonrío de forma autocrítica—. Voy a inventar la regla número seis para ser un buen mujeriego: no hablar de cosas aburridas en las citas. Solo de temas divertidos y sexis.

Él sonríe.

—Temas divertidos y sexis —repite.

—Como... —Intento pensar en algo divertido.

—Como... —Hace un gesto para que continúe—. Quiero saber cómo termina esa frase.

—Como cuál es tu postura sexual favorita.

Capítulo 24

Darcy

Hayden parpadea como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Qué?

Está tan serio y sorprendido que empiezo a reírme.

—Hayden, no seas mojigato. Sé que tienes una.

Le destellan los ojos con deseo, desliza la mirada a mi boca y traga.

—No sé. Depende de la situación y de cómo me encuentre. —Un escalofrío de electricidad me recorre la espalda por la mirada oscura de sus ojos—. Probablemente cualquiera que haga que la chica se corra con más intensidad.

Se me encoge el estómago ante la imagen de Hayden en la cama, dándole a su compañera toda su atención mientras se esfuerza porque se corra. Empieza a palpitarme la entrepierna y me termino la bebida de un trago.

—¿Y la tuya? —pregunta como si nada.

Se me ha quedado la mente en blanco y no soy capaz de recordar ni una sola posición. Solo puedo pensar en Hayden en la cama y en cómo sería. Tiene un cuerpazo increíble y, si lo añadimos a su personalidad considerada y cariñosa, acostarse con Hayden Owens debe de ser una experiencia de las que te cambian la vida.

No me extraña que se vaya diciendo por ahí que es un dios del sexo.

De pronto, aparece una imagen en mi cabeza: él encima de mí, abarcándome en la cama con todo su tamaño y su peso. Yo estoy bocabajo y, cuando empuja hacia dentro, se me ponen los ojos en blanco por la intensidad con la que me llena, la sensación de sus labios en mi nuca y el grave retumbar de su gruñido.

Me arde la piel.

—¿Yo tumbada bocabajo? —Me sale la voz ligera y aguda—. ¿Y él encima de mí? —Carraspeo.

—Esa está muy bien. —Tiene la voz ronca y está agarrando la copa con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos—. Así es más fácil que tengas un orgasmo del punto G. —Parpadea—. Ella. Es más fácil que ella tenga un orgasmo del punto G.

Mi curiosidad aumenta.

—¿Es normal que los tíos sepan provocar un orgasmo del punto G? Es el punto que está en la pared frontal del...

—Sé qué es el punto G, Darcy. —Cierra brevemente los ojos.

Claro que lo sabe.

—Sé que lo sabes. —Se me pone la cara roja mientras intento no imaginarme a Hayden en mi cama, con los dedos enterrados profundamente en mi interior, llevándome al orgasmo. El deseo se me empieza a acumular en el vientre y cruzo las piernas, apretando con fuerza.

—Pero ¿y los otros tíos? —Lo miro—. ¿Es algo de lo que se habla a menudo en el vestuario?

—La verdad es que no.

Tiene una cara inusualmente inexpresiva, totalmente desprovista de humor o provocación, y de pronto siento una vergüenza demoledora. Mierda. Le acabo de hacer una pregunta mortificante.

—¿Sabes qué? —añado con voz aguda, y me río para aliviar un poco la tensión—. No pasa nada, haz como si no te lo hubiera

preguntado. Lo estoy pasando fatal. Creo que estoy borracha.

Así consigo que Hayden resople divertido, y la sonrisa que le divide en dos la cara alivia un poco mi humillación.

—No estás borracha.

—No estoy borracha —confirmo—. Es simplemente que a veces digo tonterías. Perdona. Estaba intentando mantener una conversación coqueta y divertida, y nos he llevado de cabeza a un lugar incómodo e inapropiado.

—No. —Él niega con la cabeza con una pequeña sonrisa—. Tranquila. Puedes preguntarme lo que quieras. —Desliza la mirada hacia mí con curiosidad—. ¿Por qué me haces estas preguntas?

Me vuelve a arder la cara. La respuesta me da pudor.

—Dar —insiste, ampliando la sonrisa.

—¿Porque creo que nunca he tenido uno? —Hago una mueca—. No quiero ponerte en una situación incómoda. No se lo vas a decir a nadie, ¿verdad? No quiero que la gente piense que Kit es malo en la cama ni nada de eso.

Era normal, sin más. Un poco pasivo y con movimientos imprecisos. Apresurado.

«Aburrido —susurra una voz en mi cabeza—. Egoísta».

Hayden sacude la cabeza y deja de sonreír.

—No diré nada.

—¿Kit comentaba alguna vez algo de eso contigo?

Los ojos casi se le salen de las cuencas.

—¿De sexo?

Yo asiento.

—No. A ver... —Se pasa una mano por el pelo y adopta una expresión incómoda—. En diciembre me dejó caer que vosotros ya no... —Me miró a los ojos—. Eso.

—No nos acostábamos.

—Sí.

Estoy segura de que Hayden tiene miles de preguntas, pero es demasiado educado para formularlas. En los últimos seis meses de nuestra relación, Kit y yo follamos dos veces. Sabía que las cosas no iban bien, y yo no paraba de darle vueltas a si dejarlo o no, así que el sexo me parecía hipócrita. Como si le estuviera mintiendo o dándole falsas esperanzas.

Él me mira de reojo.

—¿Quieres hablarlo?

—No. —Suspiro—. Sí. No lo sé. No pasaba nada malo. ¿El sexo era una experiencia increíble? No. Era sexo, sin más. Era cómodo y predecible y agradable.

—Bueno, bien —dice Hayden con un tono extraño y mirando hacia delante.

—Sí. Simple, no sé. Como suele ser el sexo en una relación. —Otro de los motivos por los que no me vuelve loca la idea de volver a meterme en una relación seria. Quiero tener unos años de diversión—. Perdimos la virginidad juntos. —Me trago el nudo que tengo en la garganta y remuevo el hielo en mi vaso—. No teníamos ni idea de lo que estábamos haciendo. Yo sigo sin tener ni idea, obviamente. Por eso tengo curiosidad por ver qué hay ahí fuera. —Aunque la idea de tontear con algún tío que no conozco de nada me pone un poco nerviosa, en el mal sentido—. Cuando esté lista.

—Cuando estés lista —repite.

Nos quedamos en silencio un buen rato y cada segundo que transcurre me arrepiento más de haber abierto la bocaza.

—¿Has probado con algún juguete? —pregunta Hayden por fin, mirándome.

—Una vez —admito. Menos mal que estamos a oscuras. Posiblemente tenga la cara como un tomate—. No me gustó. Fue...

—Busco las palabras—. ¿Agresivo? ¿Siniestro? Me pareció como si tuviera una lijadora eléctrica en mis partes íntimas.

—Por Dios —murmura Hayden.

No le digo que me lo compró Kit. Le decepcionó que no funcionara como él quería y nunca volvimos a hablar del tema.

—Hacía mucho ruido y me distraía, y no paraba de pensar en que los vecinos me estaban oyendo. —Se me escapa una risa y las comisuras de la boca de Hayden se curvan hacia arriba, pero sus ojos siguen cautelosos y preocupados—. No me gustó —repito.

Otro silencio, y la cara se me pone aún más roja.

—Hay más juguetes. —Se queda mirando su bebida. Observo cómo se le mueve la nuez cuando traga—. Más silenciosos.

—Me imagino, claro. Pero no tengo el valor de entrar en una tienda y hacer preguntas. —Me estremezco—. Y cada vez que busco en internet, me abruma la cantidad de opciones. Hay miles de juguetes en internet. ¿Cómo averiguo cuál es el mejor? ¿Pido diez y los pruebo todos? ¿Los tiro a la basura? ¿Y si los ve alguien?

A Hayden se le mueven los hombros de la risa y yo me llevo la mano a la boca.

—¿Ves? —Lo miro—. Este es mi problema. Le doy demasiadas vueltas a todo.

—Sí. —Me sonríe con cariño en los ojos—. Piensas demasiado.

Lanza un murmullo grave y pagaría lo que fuera por saber en qué está pensando.

—Estás pensando —digo—. Dime en qué piensas.

Él duda.

—Puedo ayudarte. —Su voz suena seria y un poco ronca, un arañazo delicado que me eriza el vello de la nuca, y de pronto sus ojos destellan deseo.

Siento fuego en el cuerpo y, de nuevo, se me va la cabeza a la zona de peligro, me imagino su boca en mi cuello y su mano recorriéndome el cuerpo entero, colándose debajo de la ropa, dentro de las bragas, acariciándome. Me imagino sus ojos vidriosos de deseo y su sonrisa coqueta y divertida mientras yo me retuerzo debajo de él.

«No deberíamos hacer esto», diría yo. «Ya lo sé», susurraría él con una sonrisa traviesa. El deseo arde entre mis muslos.

—Preguntaré por ahí a ver qué me recomiendan —continúa—. Qué juguetes en concreto. —Se le mueve la garganta—. Puedo preguntar a las mujeres que conozco.

La vergüenza reemplaza a los pensamientos calientes y quiero que me trague la tierra. Se refería a ayudarme así.

—No pasa nada. —Pongo una mueca—. No quiero que todo el mundo se entere de esto.

—No voy a decir que es para ti. —Frunce el ceño—. Esto queda entre nosotros. Nunca hablaría de tus cosas personales con nadie. —Mueve la mandíbula y se cruza de brazos—. Pero es muy importante que estés cómoda con lo que te gusta. —Traga otra vez y me mira a los ojos—. En la cama.

Aparecen de nuevo los pensamientos calientes, pero los ignoro.

—Tienes razón. ¿Cómo voy a pedirle a un tío que haga algo si no soy capaz de hacerlo yo?

Aprieta la mandíbula y parece que quiere decir algo más, pero aparece el camarero y se termina la conversación.

Capítulo 25

Hayden

Todavía estoy pensando en follarme a Darcy en su postura favorita cuando Patrick Grant, el protagonista masculino de *La espada del norte* que interpreta al príncipe Cadius, se acerca a nosotros en la barra y se me tensa todo el cuerpo.

Es el personaje favorito de Darcy.

—¿Y esta monada quién es? —pregunta sonriéndole como si quisiera devorarla.

Ella también sonríe.

—Soy Darcy.

—Por supuesto.

Sus dientes son excesivamente blancos y hay demasiados. Tiene una cara perfectamente esculpida, típica de las estrellas de Hollywood. Su acento británico no parece ni real.

No me cae bien, y no me gusta cómo está mirando a Darcy.

—Tú no trabajas en la serie, ¿verdad? —La escudriña con interés y una seguridad arrogante, como si supiera que la tiene en el bote—. Me acordaría de ti.

—No —se ríe—. No soy actriz.

Grant abre mucho los ojos, como si no pudiera creérselo, y yo me doy la vuelta negando con la cabeza. Qué gilipollas. Seguramente utilice la misma frase una vez a la semana.

—¿No eres actriz? —repite, como si fuera lo más sorprendente que ha oído en su vida—. Pues tu belleza no está aprovechada.

—Sí que lo está —intervengo con un tono desagradable.

Pero ella se ríe.

—Soy actuaria.

—Magnífico. —Exhibe absolutamente todos los dientes demasiado blancos—. Me encantan los pájaros.

Darcy contiene una risa y yo respiro hondo para calmarme y estudiar su reacción. Su ignorancia no le parecerá adorable, ¿verdad? Cuando yo le hago la broma de que trabaja con pájaros, sí tiene gracia. Este tío es irritante.

—¿Qué me sugieres que haga en mis noches libres por Vancouver, Darcy, bonita? —pregunta Grant, y yo aprieto el puño.

Un sentimiento de protección me inunda todo el cuerpo y aprieto los dientes porque veo exactamente adónde se dirige esto.

—Puedes ir a ver un partido de hockey. —Me sonríe de una forma que hace que me entren ganas de darle la mano.

—Fantástico. Me encanta el hockey sobre hielo.

—¿En serio? —Se le ilumina la cara—. ¿Eres aficionado al hockey?

—Ya te digo. El mayor aficionado del mundo. —Me mira con una sonrisa tensa, como si yo estuviera interponiéndome en su cita o algo así—. ¿Y quién es este fornido jovencito?

Aficionado al hockey, y una mierda. Le dedico una sonrisa desafiante, apretando los dientes todo el tiempo.

—Hayden Owens.

Nos damos un apretón de manos. Yo aprieto de más, y él hace una mueca.

—Hayden juega en el Vancouver Storm —le dice Darcy.

—Ah, sí. —Grant asiente y se pasa la mano por la barbilla como si fuera Gandalf—. Ya decía que me sonaba tu cara.

—Claro que sí. —Vuelvo a sonreír con dureza y le sostengo la mirada.

No me cae bien. Ni un poco. No me gusta cómo mira a Darcy, no me gusta cómo ella se ríe de sus bromas y no me gusta cómo mueve el brazo para apoyarlo en la barra detrás de ella. Su lenguaje corporal es muy claro: está interesado.

El corazón se me pone en la garganta en cuanto abre la boca.

Va a pedirle una cita.

Por puro instinto, agarro la mano de Darcy.

—¡Vamos a por otra copa! —grito por encima de mi hombro tirando de ella—. Un placer hablar contigo, Peter.

Él se queda mirándonos y parpadea sorprendido, pero paso mi brazo por el hombro de Darcy y la llevo hacia la escalera de la planta superior.

—Podríamos haber pedido en esta barra —dice Darcy mientras tiro de ella escalera arriba.

—La de aquí está más tranquila.

Llegamos a la barra y pido otra ronda sin soltar a Darcy en ningún momento. No debería estar tocándola así, pero mis instintos protectores se han vuelto locos.

—Es más guapo en la vida real —comenta mientras nos sacan las bebidas—. Creo que para la serie le aclaran el pelo. Por cierto, lo has llamado Peter, ¿te has dado cuenta?

—No es tan guapo —murmuro—. Aquí hay poca luz, todo el mundo parece más guapo.

Ella me mira con una sonrisa graciosa y yo me muevo incómodo.

—¿Qué?

Sonríe aún más.

—¿Por qué estás tan raro?

Le quito la mano de la espalda.

—No estoy raro.

—Sí.

Me doy la vuelta hacia la escalera para comprobar que Grant no venga pavoneándose detrás de ella.

—¡Qué fuerte! —Ella amplía todavía más la sonrisa—. ¿Estás celoso?

Resoplo.

—No.

Se le iluminan los ojos. Es demasiado inteligente.

—Eh, sí que lo estás. Estás celoso.

Respiro hondo y me paso una mano por el pelo.

—Necesito otra copa.

—Hayden.

—Vale. —La miro—. Sí, estoy celoso. Te ha mirado como...

Me callo. Como si quisiera follársela. Como si quisiera hacerle todas las cosas con las que yo llevo años soñando y fantaseando.

—¿Como qué?

—Te ha mirado como si te tuviera en el bote, Dar. —Ya está. Esa es la verdad y toda la verdad—. Y no me gusta la idea de que un tío te subestime. —O se la lleve a casa. O la toque. O la mire.

—Ey. —Me pone la mano en el brazo y me mira con una sonrisa paciente y divertida—. Tú sigues siendo mi número uno.

Se me relaja el cuerpo y suelto una respiración pesada.

—Ya lo sé.

Grant aparece por la escalera, pero ve mi expresión severa y se desvía hacia un grupo de compañeros actores.

—No me interesa. De todos modos, aunque me interesara, está muy feo ligar durante una cita con otra persona. —Me da un codazo y los nudos del pecho se me sueltan, permitiéndome volver a

respirar—. Tendríamos que volver a tener otra cita de práctica más. Nos pasaríamos la vida haciendo citas de práctica.

Tiene una sonrisa burlona, pero pasarme la eternidad teniendo citas de práctica con Darcy me parece una buena forma de pasar el resto de mi vida.

Aunque quedármela toda para mí no es exactamente mi cometido. Se supone que le estoy enseñando cómo funciona lo de ligar.

—¿Estás preparada para empezar a tener citas de verdad? —Analizo su cara en busca de cualquier señal que me diga que ya está harta de esto—. Quiero decir, con pretendientes reales.

Ella arruga la nariz y sacude la cabeza.

—Todavía no. ¿Te parece bien?

—Sí, claro —digo rápidamente—. Me tienes aquí para todo lo que necesites.

«Gilipollas», susurra una voz en mi cabeza.

—Ya lo sé. —Sonríe—. Entonces, si esto fuera una cita de verdad —dice mientras se lleva la bebida a los labios. Involuntariamente, se me van los ojos a su boca alrededor de la pajita—, ¿dirías que está yendo bien?

—Sí. —De vez en cuando, Grant mira a Darcy y se me dispara la tensión.

—¿Algún comentario?

—Nop.

Ahí está. La ha vuelto a mirar. Me cruzo de brazos y nos miramos a los ojos. Le sostengo la mirada con una ceja arqueada, como diciendo: «Atrévete».

Darcy me sonríe con indulgencia.

—No seas bueno conmigo. Quiero aprender. Seguro que tienes algún comentario que hacerme.

Reposo el brazo en el respaldo del sofá donde estamos sentados. No la estoy tocando, pero mi lenguaje corporal es muy claro.

Mía.

—Lo estás haciendo muy bien. —Cuando la miro a los ojos, todos los sentimientos territoriales y celosos se esfuman, y solo estamos nosotros. Como debería ser—. Me lo estoy pasando muy bien contigo.

Deberíamos habernos quedado en casa, joder. No sé por qué tuve que abrir la bocaza y contarle lo de la fiesta con el elenco esta noche.

Porque le encanta la serie, me repito. Porque se lo está pasando bien. Porque está averiguando lo que quiere, y salir y crear recuerdos nuevos es importante.

—Entonces, si esto fuera una cita de verdad y estuviera yendo muy bien, ¿qué harías después?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuál es tu próxima jugada? ¿Le pides una segunda cita? ¿Le lanzas indirectas para que se vaya contigo a casa? —Se le curva la boca hacia arriba y me muero de ganas por besarla—. Muéstrame tus ases en la manga.

—Encontraría una excusa para besarte.

Mierda. Lo he dicho en voz alta.

Se le entreabren los labios y levanta la mirada.

—¿Como cuál?

Se me acelera el pulso y casi olvido haberme jurado no hacer este tipo de cosas, pero el otro está ahí, sin quitarle el ojo de encima, y ella está a mi lado, monísima y arrebatadora, y la parte inteligente de mi cerebro ha perdido fuelle.

—Como... Patrick Grant no para de mirarte y no quiero que piense que tiene posibilidades.

Se le entrecorta la respiración y mira a la barra, donde Grant está, efectivamente, mirándola mientras otra persona le habla.

—No piensa eso.

—Sí.

Se señala el cuerpo.

—¿Conmigo? —Abre mucho los ojos y lo mira—. ¿Él? Sería muy raro.

Me cago en todo, no tiene ni idea de qué aspecto tiene, ni de lo divertida y entrañable que es. Ni puta idea.

—No es tan raro, Dar. —Muevo la mandíbula y me coloco para que estemos frente a frente en el sofá—. Estaría justificado.

—¿El qué, besarnos?

—Sí. —Trago y observo su expresión en busca de cualquier señal de incomodidad o duda—. Para no darle pie.

Besar a Darcy le cerraría todas las puertas a Patrick Grant y le enviaría un mensaje alto y claro.

Y sobre todo: me apetece muchísimo. Llevo años queriendo besarla. Muevo nervioso la rodilla y le examino la cara.

—Ya. —Suelta una respiración larga y asiente—. No quiero darle pie. —Se muerde el labio y se le arruga el entrecejo—. Y seguramente también me venga bien practicar.

Levanto una ceja inquisitiva.

—Kit no es el único tío al que he besado —explica—. Me enrollé con uno en el instituto, pero teníamos dieciséis años y fue apresurado y un poco... —Se frota las manos y yo resoplo una risa de sorpresa—, ¿pastoso? —dice, riéndose y poniendo una mueca.

—Puaj. —Sonrío—. ¿Das besos pastosos?

—No —dice, y se ríe aún más—. No lo creo. Kit nunca se quejó.

Otra puñalada de celos se me clava en las entrañas.

—Yo te ayudo encantado —digo mirándole la boca.

Las señales de alerta de mi cabeza desaparecen y solo puedo pensar en cuánto la deseo. Me palpita la sangre en los oídos al verla encajar el labio entre los dientes.

—Vale. —Asiente—. Pues besémonos.

Le pongo la mano debajo de la barbilla y le levanto la cara hacia la mía. Nuestros ojos se enganchan y el corazón se me acelera. Me pregunto si es un error justo antes de bajar mi boca hacia la suya.

Capítulo 26

Darcy

Los labios de Hayden tocan los míos y se me derrumban todos los pensamientos como un castillo de naipes.

—Hostia puta, Dar —murmura, inclinando la boca contra la mía, persuadiendo a mis labios para que se abran y deslizándose dentro.

Hostia puta, sí.

Su lengua indaga entre mis labios, acariciando despacio la mía, y me pierdo en su calidez, en su olor fresco y masculino envolviéndome, y en su sabor: a chicle de menta y a *bourbon* por el cóctel que está tomando. Mi consciencia se reduce a la zona en la que nos tocamos, sus labios contra los míos, su muslo acariciando el mío, y su lengua explorando mi boca con delicadeza. Nunca he tenido los labios tan sensibles, pero de pronto lo siento todo. Cada roce y cada presión de la boca de Hayden sobre la mía; la misma boca que ha sonreído y me ha lanzado muecas coquetas durante años.

La música suena cerca, pero apenas la oigo. Me acerco más a Hayden con la electricidad chisporroteando por todo el cuerpo, hasta que se me acumula en el vientre. Tiene la mano sobre mi pelo y con la otra me agarra la mandíbula, inclinándome la cara a su antojo.

Besar a mi mejor amigo me resulta perfectamente natural. No quiero parar nunca, como si fuera algo que me he estado perdiendo.

Pero en cuanto acabe voy a tener una sensación incómoda, como si me hubiera olvidado algo en casa.

Se aparta un centímetro con la respiración entrecortada mientras me analiza la cara. Tiene los ojos oscuros, con una mirada pesada y vidriosa que me hace latir con más intensidad el corazón.

—¿Bien? —Suena ronco.

Asiento con fuerza mientras recupero el aliento y lo que me queda de sensatez.

—Sí. ¿Ha estado bien para ti?

Él asiente y se le van los ojos a mi boca.

—Ajá.

—¿No ha sido pastoso?

Deja escapar una risa apretada.

—Para nada pastoso. —Me mira por encima del hombro—. Creo que él no lo ha visto.

—¿Quién? —Junto las cejas.

—Grant.

Ah, claro. Él. Nos miramos a los ojos y el corazón me da un vuelco por la intensidad de su mirada.

—Deberíamos volver a hacerlo —dice Hayden con una voz grave que extiende el deseo por mi espalda—. Por asegurar.

—Sí. Vale. —Estoy sin aliento—. Para asegurarnos de que lo ve. —Aprieto los labios hinchados—. ¿Alguna indicación para mí?

Mueve la mandíbula y me vuelve a mirar la boca.

—Puedes tocarme. Si quieres.

Dios, sí quiero.

—No sabía si era apropiado.

Curva la boca hacia arriba y se le mueve la línea larga de la garganta.

—Es apropiado. Muy apropiado. Estamos practicando.

—Claro. —Casi me río, porque practicar con Hayden es mucho más intenso de lo que suponía. Estoy mareada.

Lo agarro por la nuca y empujo su boca hacia la mía.

Retumba por su pecho un sonido grave de aliento y yo me arqueo contra el muro robusto de su pecho mientras él vuelve a apoderarse de mi boca, esta vez con más urgencia.

El beso de Hayden se vuelve exigente, desesperado y adictivo. Hundo los dedos en el suave pelo de su nuca y se le entrecorta la respiración. Succiono con delicadeza la punta de su lengua y él gruñe en mi boca. Un escalofrío le recorre todo el cuerpo cuando le raspo la cabeza con los dedos. La analista de datos necesitada y desatendida que llevo dentro adora este juego.

Coloco la mano libre sobre su clavícula y deslizo un dedo por debajo del cuello de su camisa para sentir su calor. Siempre he querido tocarle esta zona, pasarle los dedos por el vello del pecho.

Le muerdo con delicadeza el labio y me agarra el culo con un movimiento rápido y, antes de darme cuenta, estoy sobre su regazo.

—Joder, qué bien hueles —dice dándome besos por el cuello.

«De modo que así es un beso en condiciones», susurra una vocecita en mi cabeza. No es un solo beso, son cientos, en cientos de zonas diferentes de mi cuerpo. Me habían besado el cuello antes, pero no así.

Nunca así.

Es la experiencia sexual más intensa, erótica e íntima de toda mi vida, y eso que todavía estamos los dos vestidos.

—Y lo haces muy bien —dice entre besos, y mueve la mano sobre mi muslo como si quisiera tocarme todo lo posible.

Noto los pechos pesados y doloridos, desesperados porque sus manos los cubran. Retuerce la mano en mi nuca al comerme la boca, hundiéndose aún más, y me baja por el cuello un cosquilleo, luego

por la espalda, por toda la piel. No suele ser tan dominante. Es mi Hayden, tontorrón, cariñoso y divertido; pero me está tirando del pelo y moviéndome hacia donde él quiere, como si esto fuera solo para él.

La excitación se apodera de mi cuerpo, acusada y sorprendente. Es como si el momento del otro día en el sofá se multiplicara por once. Está acariciando y succionando cada terminación nerviosa de mis labios, y cuando me muevo, siento la contundente erección de Hayden entre mis piernas.

Las chispas se me acumulan en el clítoris por la presión, y se me abren mucho los ojos, aunque apenas veo nada. En mi cabeza resuena la broma que hizo antes de que no la tenía pequeña, y gimo. Él captura mi gemido con la boca, me succiona ligeramente la lengua y se me derrite el cerebro.

Si besar a Hayden es así, ¿cómo será en la cama?

Tengo palpitaciones por todo el cuerpo. Estamos en un lugar público, pero me parecería estupendo si Hayden me tumbara bocarriba, me quitara los pantalones y me tomara aquí mismo. Minutos después de admitir que nunca he tenido un orgasmo del punto G, creo que podría tener uno si nos siguiéramos besando así un rato.

Me besa con desesperación, como si llevara años esperando este momento, como si no quisiera interrumpirlo nunca. Como si quisiera dar un paso más. La presión dura de su erección contra mi abdomen me lanza ráfagas de palpitaciones por todo el cuerpo.

Me quedo sin aliento y él hace un sonido grave de aprobación dentro de mi boca. Me doy cuenta de que me acabo de acorralar contra él.

—Joder, Darcy —gruñe contra mis labios—. Por fin.

Me estremezo de excitación. Quiero esto. Quiero que él lo lleve mucho más lejos, ahora mismo, en este sofá, delante de todo el mundo.

Se aparta y siento el corazón martilleándome las costillas por la mirada de avidez en los ojos de Hayden. Algo se ha vuelto diferente, pero estoy demasiado concentrada en cómo me mira, aturdido y frustrado.

Respira hondo y parpadea, y se esfuma de sus ojos esa mirada.

—Creo que ya hemos practicado bastante —murmura, agarrándome por la cintura con sus enormes manos y bajándome de sus piernas.

Cada instinto de mi cuerpo grita para que vuelva a subirme, pero simplemente asiento y me aliso el pelo. Noto un cosquilleo en la cabeza por las zonas que él me ha agarrado.

—Gracias —balbuceo mientras recupero el aliento. ¿Qué coño acaba de pasar?

Coge su bebida y se la termina de un trago sin mirarme.

—No es nada.

Capítulo 27

Hayden

Cuando llegamos a casa después de la fiesta, el corazón todavía me late con fuerza en el pecho y sigo dolorosamente empalmado.

—¿Qué te ha parecido el segundo asalto? —pregunta Darcy con una sonrisa autocrítica mientras abro la puerta de casa.

En mi cabeza, no paro de pensar en ese beso. Nuestra conversación sobre el orgasmo del punto G. La forma en la que el puto Patrick Grant la miraba. Todavía siento una incontenible necesidad que no encuentra cauce y creo que voy a terminar arrancándome la piel.

Toda esta noche ha sido un ejercicio de autocontrol y estoy al límite.

Ese beso. Ese puto beso lo ha cambiado todo, y no sé qué hacer.

—Has estado genial, Dar. —Le quito el abrigo y lo cuelgo—. Sobresaliente.

Estira la preciosa boca en una sonrisa satisfecha y me inunda el recuerdo del gemido desesperado que soltó cuando me la subí al regazo.

—Debería irme a dormir. —Se muerde el labio y juega con la pulsera que le regalé—. Mañana voy temprano a una clase de yoga de Hazel. —Levanta las cejas con una sonrisa sutil—. Y tú seguramente quieras darte una ducha, ¿no?

Me quedo inmóvil.

—¿Qué?

Lo sabe. Se me tensa el estómago. Mierda. ¿Cuánto hace que lo sabe? ¿Cuánto sabe? ¿Lo sabe todo?

Tuerce la boca y pone los ojos en blanco.

—Cada vez que me tocas, vas corriendo a la ducha para quitarte mis gérmenes.

¿Eso es lo que piensa? ¿Que me da asco o algo así?

Se queda mirando mi cara de sorpresa y se ríe, pero es una risa forzada.

—Hayden, no pasa nada. —Me da una palmadita en el hombro—. Te estoy vacilando.

No, no es eso. Por el tono de su voz, sé que está dolida.

Mierda. Un dolor me desgarra el pecho. He herido sus sentimientos. Junto las cejas mientras busco la forma de explicarle la situación sin soltarlo todo.

—Buenas noches, maestro —dice por encima del hombro mientras se va a su habitación.

Yo voy tras ella dando zancadas para alcanzarla.

—Espera.

Se vuelve con mirada curiosa.

—¿Mm?

Mis pies me conducen hacia delante hasta que estoy a medio metro de ella, más cerca de lo normal.

—Quiero que sepas una cosa.

Me retumba el pulso en los oídos. ¿Qué estoy haciendo? Debería dejar que se vaya a dormir y así los dos nos olvidamos de que esta noche ha existido.

Pero no puedo.

—El sexo no solo tiene que estar bien —le digo en voz baja. Se le abren mucho los ojos conforme va recordando la conversación.

Parpadea rápido, se le entreabren los labios y mi demonio interior quiere volver a besarla.

—Y no tiene que ser predecible.

Tiene que ser como el beso que nos hemos dado, pero no sé cómo decirlo sin fastidiarlo todo.

Aunque debe saberlo. Se merece tenerlo todo. Está en esa fase en la que intenta averiguar lo que quiere.

Pues yo quiero que tenga lo que se merece.

—Se supone que tiene que absorberte. —Mi voz suena ronca y la sangre se me precipita hasta la polla al pensar en cómo me sentí con ella sentada en mi regazo—. Tan caliente que tengas la sensación de que vas a salir ardiendo. Que lo único en lo que puedas pensar es en la persona con la que estás, en cómo se siente, cómo sabe y huele, y cómo suenan sus gemidos. En hacerlo una y otra vez.

Le sube y baja el pecho con respiraciones irregulares y se le dilatan las pupilas, a punto de estallar.

—Hacer que se corra es tu único objetivo y cuando se corre quieres que ocurra otra vez. Es adictivo. Ambos se entregan con desesperación para que el otro se corra muchísimo.

El piso está en silencio, solo se oyen nuestras respiraciones agitadas.

Me inclino hacia delante y apoyo una mano en la pared junto a la cabeza de Darcy, sobresaliendo por encima de ella, y ella levanta la cara sin apartar la mirada de mis ojos.

—Y cuando ya parece imposible que el otro vuelva a correrse, te dice que no puede más, que va a correrse otra vez, y por fin sueltas el control y pierdes la cabeza por completo. No hay nada igual en el mundo. Todo se detiene y estáis solos.

Aletea los párpados y me imagino a Darcy debajo, en mi cama, tensándose mientras alcanzamos el clímax juntos.

—Es una sensación tan intensa que no puede ser real. De algún modo sobrevives y ya estás deseando volver a hacerlo. Necesitas hacerlo otra vez. —Mis labios se acercan mucho a su oreja—. Follártela se ha convertido en una necesidad que no puedes ignorar.

Yo nunca he tenido un polvo así, pero me lo imagino perfectamente. Con muchísima claridad.

La atención que me presta es adictiva, la forma en la que absorbe mis palabras, cómo le destellan los ojos con sorpresa y excitación. Estoy completamente empalmado, la deseo mucho y rezo por que no baje la mirada.

Una fuerza brutal me recorre todo el cuerpo. Qué bien sienta tomar el control así, de pie ante ella, mientras me mira con esa expresión maravillada. Está genial, por una vez, no ser considerado y majo.

Inhalo su olor profundamente y contengo un gruñido.

—Así es el sexo, Darcy. Es sudoroso, intenso y te cambia la vida.

Al límite de perder el control, inclino la boca hacia su mejilla y le doy un beso delicado, prestando atención a sus ojos, que se hacen cada vez más grandes.

—Buenas noches, Dar.

—Buenas noches —susurra.

Siento sus ojos sobre mí cuando me voy a mi habitación y cierro la puerta. Al cabo de un instante, tumbado en la cama, revivo nuestro beso con la mano alrededor de la polla, acariciándome cada vez más cerca de soltarlo todo, hasta que el placer me recorre la espalda, se me tensan los huevos y me derramo sobre el abdomen con un gruñido grave y animal que ni siquiera me molesto en reprimir.

Mientras recupero el aliento mirando por la ventana, sé que ya no puedo seguir ocultando lo que siento por ella.

Me gusta. Siempre me ha gustado. Y es algo que no va a desaparecer, por mucho que lo intente.

Y enseñarle todo lo que quiere aprender puede acabar conmigo.

Capítulo 28

Hayden

La noche siguiente, Miller y yo estamos sentados en el banquillo durante el partido, con los ojos fijos en la pista.

—¿Qué tal estás, tío? —me pregunta.

Cojo mi botella de agua y le doy un sorbo largo.

—En mi mejor momento —miento.

El beso de anoche no para de reproducirse en mi cabeza una y otra vez. Esta mañana me desperté duro como una barra de acero al pensar en el gemido delicado que se le escapó cuando le succioné la lengua.

Soy un auténtico gilipollas. Debería estar cuidándola, ayudándola, y sin embargo me pajeo pensando en ella.

Miller me mira con una incredulidad burlona.

—Pareces distraído.

Aprieto los dientes porque sé lo que están diciendo los comentaristas: «¿Por qué Tate Ward ha movido a su mejor defensa a una posición nueva solo unos meses antes de la clasificatoria? Ward lo ha puesto en la primera línea cuando parece más bien un jugador de segunda o tercera».

Desde que me cambié de posición, he conseguido acumular asistencias, pero no he marcado ningún gol. Ward no ha dicho nada, pero sé que no estoy jugando como él quiere. Cuando Volkov y yo

jugamos juntos como pareja defensiva, salió bien porque me convertí en lo que Ward pretendía.

—Te hago pases y tú los devuelves enseguida. —Miller se queda un rato mirándome—. Te estás conteniendo. Sigues jugando como defensa.

Tiene razón, estoy distraído. Lo único que oigo es: «¿Es normal que los tíos sepan provocar un orgasmo del punto G? Tuve un juguete... no me gustó. ¿Cuál es tu postura favorita?».

Darcy Andersen va a acabar conmigo. Trago y miro hacia donde está sentada con Hazel y Pippa.

—Vale. —Miller asiente tras seguir la dirección de mis ojos con una sonrisa cómplice—. Ya entiendo lo que pasa.

Se me sale todo el aire de los pulmones en una exhalación pesada.

—Ha sido una vez. Solo estaba...

—A ver si lo adivino: ¿ayudándola? —Pone una sonrisa engreída—. Porque eres su maestro.

Mi silencio es respuesta suficiente, por lo visto. Miller inclina la cabeza y entrecierra los ojos con una sonrisa cómplice.

—Tengo una idea.

—Miller, no necesito que me des consejos amorosos.

Él se ríe por lo bajo.

—Yo creo que sí, pero no es amoroso. Es de hockey. —Se me despierta el temor en la boca del estómago por la malicia de sus ojos—. Darcy está aprendiendo a ligar, ¿no?

Lo miro contrariado porque no me gusta nada hacia dónde va esto.

—Pues la variedad es estupenda. —Me sostiene la mirada, desafiante—. Y hay muchos tíos solteros en el equipo a los que les encantaría ayudar a Darcy. Ya sabes, a practicar.

Un instinto protector me retumba por dentro y lo miro con los dientes apretados con tanta fuerza que temo que se me rompan. Me está provocando. La parte racional de mi cerebro me dice que lo ignore.

Pero no puedo. Quiero a estos chavales como si fueran de mi familia, pero la idea de que toquen a Darcy, de que ella se siente encima de alguno de ellos y le acaricie el pelo mientras se comen la boca, hace que me hierva la sangre de rabia.

Miller me mira con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esa cara es nueva, Owens. Con lo contento que estás siempre.

—Sé lo que intentas —digo entre dientes.

—Genial. —Devuelve la atención al hielo con una sonrisa satisfecha y a mí me dan ganas de romper algo—. Marca un gol esta noche, o tendré que hacer alguna sugerencia la próxima vez que estemos todos en el bar. Darle alguna idea a Darcy, ¿me entiendes?

Se me tensa cada músculo del cuerpo.

—Ella no quiere eso.

—¿Y por qué no dejas que ella decida? Es una mujer adulta, Owens. Puede hablar sin ayuda de nadie.

A veces se pone nerviosa, es nueva en esto de las citas. Necesita a alguien que se tome su tiempo con ella y no le meta prisa.

Y no quiero que bese a otro tío, joder.

—Caballeros —nos dice Ward a Miller y a mí, sin darme tiempo a decirle a Miller que se relaje—, preparaos.

Con el corazón en la garganta, saltamos por encima de la valla.

—¡Un gol! —me grita Miller mientras nos colocamos para un saque.

Yo me coloco en el centro y, mientras voy a mi posición, siento una urgencia arrolladora por todo el cuerpo. Se me acelera el pulso en los oídos al pensar en cualquiera de los demás jugadores con

Darcy. El árbitro deja caer el disco y mi cuerpo se hace con la situación. Lo agarro y salgo disparado hasta la portería, con la sangre palpitante.

Esta vez mis instintos son diferentes. Al ser jugador de hockey, me han inculcado la competición desde que era muy pequeño y me dejo impulsar por eso. Pero, por una vez, en lugar de pensar en lo que necesita mi equipo, pienso en lo que yo quiero.

Y lo que más quiero ahora mismo es marcar un gol. Quiero a Darcy toda para mí.

Patino deprisa hacia la portería y veo cómo se prepara el portero. Los aficionados se han puesto de pie. Lanzo el disco hacia la portería. Pasa junto al portero. El público estalla de alegría y la sensación de victoria se extiende por mi cuerpo como un incendio. A través del cristal, Darcy me mira a los ojos con una sonrisa preciosa de orgullo. Le lanzo un guiño, sonriendo tan fuerte que me duele la cara.

Hazel y Pippa llevan la camiseta de sus parejas, pero Darcy va con un abrigo. La versión de mí que acaba de demostrar a todo el mundo cómo se marca un gol quiere verla con mi nombre en la espalda.

—¡Así se hace, joder! —grita Miller mientras salta sobre mí para celebrar el gol, y Darcy se ríe. El entusiasmo sale disparado por mi cuerpo.

En el banquillo, Ward asiente satisfecho. Efectivamente, así se hace, joder.

Capítulo 29

Darcy

Después del partido, espero a Hayden en casa, escondida detrás del sofá con el piso a oscuras. Se abre la puerta y aprieto los labios para no empezar a reírme.

—¿Dar? —Lo escucho darle una y otra vez al interruptor, pero la casa sigue a oscuras; he quitado los plomos para que no haya luz—. ¿Qué coño pasa? —murmura.

Nos besamos y no puedo pensar en otra cosa. Nos besamos y hemos estado haciendo como que no ha pasado nada. Necesito demostrarle a Hayden que no estoy incómoda, que nuestra amistad no ha cambiado.

Aunque no parezca del todo verdad.

—Hayden —digo con una voz muy aguda que da mal rollo.

Él gruñe y me pongo una mano en la boca para disimular la risa.

—Hayden, te estaba esperando.

Todavía sigue intentando encender la luz.

—Tienes que hacértelo mirar, Dar.

—Tengo hambre, Hayden.

—Voy a tener pesadillas por tu culpa y voy a tener que dormir en tu cama todas las noches. —Percibo una sonrisa en su voz—. ¿Eso es lo que quieres?

En la oscuridad, detrás del sofá, sonrío. Hayden en mi cama, calentito, adormilado y cariñoso, ¿y seguramente en calzoncillos? No

diría que no.

Enciendo la linterna y alumbro la cara regordeta y sonrojada de Daniel. Le he pegado unos ojos que se mueven para darle más dramatismo.

—Estoy hambriento de sangre... ¡tu sangre! —Tiro de la cuerda que he atado a los pies del gnomo para que Daniel se deslice hacia Hayden.

—Nop. —Oigo los pasos apresurados de Hayden hacia su habitación y me deshago en una risa.

—¡Hayden, solo quiere saludarte! —grito, todavía sacudiéndome de la risa.

Cuando enciendo las luces y escondo a Daniel en un armario, Hayden vuelve a la cocina.

—Enhorabuena otra vez por ese golazo —le digo mientras se prepara un batido. Vuelvo a reproducir en mi cabeza la imagen de Hayden patinando a toda velocidad con la concentración de un depredador y la mirada de alivio y orgullo después de marcar—. Parece que empiezas a estar más cómodo en tu nueva posición.

Hace un ruido de asentimiento y se bebe un tercio del batido del tirón.

—Sí. Supongo.

—Ha tenido que ser una pasada lo de marcar, ¿no?

Nos miramos a los ojos y, por enésima vez, pienso en nuestro beso y en cómo notaba su boca en la mía, en cuánto se empalmó solo con enrollarnos.

Es un tío muy sexual. Está acostumbrado a follar mucho. Seguramente se le ponga dura con facilidad, y no tuvo nada que ver conmigo. Los hombres se excitan muy rápido.

«Follártela se ha convertido en una necesidad que no puedes ignorar», dijo sobre el sexo.

—Sí, Darcy. —Se le mueve la nuez cuando traga y se le desliza la mirada a mi boca—. Ha sido increíble.

Le destellan los ojos con deseo, pero aparece su típica sonrisa infantil y amable.

—Gracias por venir al partido.

—No tienes que darme las gracias si me das una entrada de primera fila. Además, me gusta ver el hockey.

La energía del estadio, la velocidad con la que se mueve el partido y la competición brutal en el hielo; no hay ningún deporte como el hockey. A la parte analítica de mi cerebro le encanta encontrar patrones en la forma en que los jugadores interactúan, en los eventos que se repiten a lo largo del partido, como que un jugador utilice más un lado o que dos jugadores jueguen especialmente bien juntos. Probablemente por eso siga haciendo modelos de hockey en mi tiempo libre.

Ver la sonrisa de oreja a oreja de Hayden después de hundir el disco en la portería me iluminó como una bengala.

Se me van los ojos a su fornido pecho y desde aquí huelo su gel de baño o el desodorante. Todavía tiene el pelo húmedo de la ducha después del partido y pienso en cómo se relajó bajo mis dedos cuando lo toqué. La necesidad de darle un abrazo me atormenta, pero no quiero que piense que me estoy montando una película. Ahora que estoy soltera y que pasamos tanto tiempo juntos, hay una tensión continua entre nosotros a la que no quiero darle demasiada importancia.

Anoche, juro que oí un gemido en su habitación. Podría haber sido por cualquier cosa, seguramente alguna reacción a algo que estuviera viendo en el teléfono, pero lo oí y se me erizó todo el vello del cuerpo al imaginármelo con la mano en la polla.

¿Estaba pensando en nosotros? ¿Se puso tan cachondo como yo con el beso?

—Debería ir yéndome a la cama —digo rápidamente.

—Sí, yo también. —Me dedica una sonrisa rápida—. Tengo entrenamiento por la mañana, y tú tienes que trabajar.

—Sí. En fin, buenas noches.

—Buenas noches, Dar.

Veinte minutos después, estoy metiéndome en la cama cuando empieza a vibrar mi teléfono con una llamada. La foto de Kit brilla en la pantalla y el corazón me da un brinco hasta la garganta. No hemos hablado desde que lo dejamos.

Es tarde. Ha tenido que pasar algo.

—Ey —respondo preocupada—. ¿Estás bien? ¿Qué pasa?

—Nada, está todo bien. —La familiaridad de la voz de Kit tira de algo en mi pecho—. Es que... nada, quería ver qué tal estabas.

Se me ralentiza el pulso.

—Bien. —La reticencia en mi tono es evidente. ¿Me llama a estas horas sin que pase nada? Es medianoche en Calgary. No sé, hay algo que no me cuadra—. ¿Y tú?

Él exhala un suspiro pesado.

—Te echo de menos. Pensé mucho en ti el día de San Valentín.

La culpa me golpea como un tren de mercancías, porque, excepto en el momento del anillo de compromiso, no pensé en él en San Valentín. Estaba demasiado ocupada divirtiéndome con Hayden. Se me tensa el estómago.

No sé qué decir. Yo no lo extraño; estoy aliviada, de hecho.

—He visto una foto tuya con Hayden en una fiesta —añade Kit.

Seguramente en la del elenco de la serie.

—Ya sabes cómo es Hayden. —No digo nada de la camiseta que le regalé, que fue lo que lo empezó todo—. Lo invitan a un montón de fiestas.

—Parece que te lo estás pasando bien en Vancouver.

—Sí. —Me noto cada vez más incómoda—. Estoy conociendo a gente nueva y probando cosas distintas. —Recuerdo cuando mencioné lo del pelo morado hace años y la cara que puso—. Y me he teñido el pelo.

—¿Qué?

No debería estar provocándolo de esta forma. A lo mejor siento la necesidad de permitirle que se redima, no para volver con él, sino para poder dejar de lado mi rabia. O a lo mejor quiero borrar ese mal recuerdo con otro más agradable.

—Me he teñido el pelo de morado. —Juego con el dobladillo del edredón—. Morado pastel, como una sirena, y me flipa.

Él hace un ruido dubitativo.

—¿Por qué? Me gustaba tu pelo de siempre.

—Porque... —Busco las palabras con decepción y cabreo—. Porque me apetecía. ¿Acaso no es suficiente?

Él no responde, y yo siento un pinchazo de ira y de dolor en el centro del pecho. No es más que el color del pelo, pero él se lo está tomando como si hubiera robado un coche o algo.

Suspira.

—¿Cuándo vas a volver a casa?

Me quedo completamente muda. Estoy estupefacta. Permanezco inmóvil, parpadeando a la nada, sin saber qué decir.

—No voy a volver a casa.

—Tienes que desahogarte y yo te voy a esperar hasta que lo hagas. Cuando estés lista para volver, aquí sigue todo para ti. —

Silencio. Es como si ni siquiera hubiera escuchado lo que acabo de decir—. Sigo sin poder dormir en tu lado de la cama.

¿Desahogarme? No quiero volver a mi antigua vida. Me gusta ir de compras con Georgia y ponerme vestidos bonitos cuando salgo a cenar con Hayden y aprender a soltarme con los tíos. Hayden hace que todo sea despreocupado y divertido. Me siento muy culpable por haberle hecho daño a Kit, pero todo mi interior me grita que lo que dice está mal.

No lo quiero, no como debería, pero no sé cómo decirlo sin empeorar aún más las cosas.

—Igual deberías comprarte una cama nueva... —empiezo a decir, pero Kit me interrumpe.

—¿Quieres que nos mudemos? Nos mudamos. ¿Quieres que hagamos un viaje cuando termine la temporada? Nos vamos a donde tú quieras, siempre y cuando estemos de vuelta para la acampada de entrenamiento. Te daré todo lo que quieras, Darcy.

Respiro hondo. Lo que quiera, siempre que le convenga a él, a su horario y a su carrera. Lo que quiera, siempre y cuando yo sea la persona que él quiere que sea.

—No. —Me clavo las uñas en la palma de la mano mientras me obligo a hablar—. Lo que dije cuando lo dejamos iba en serio. No nos hacemos bien. Tienes que entenderlo. Por favor, no me esperes más. —Cierro los ojos. No voy a llorar—. No estoy lista ni para casarme contigo ni para tener hijos contigo.

—No tenemos que hacerlo enseguida. Esperaré —dice con frustración—. Esperaré todo lo que quieras.

—No. —Se me arruga la cara y me escuecen los ojos. Joder. Odio cuando no me escucha. Esta conversación es un monólogo. Diga lo que diga, va a creer lo que él quiera creer—. No voy a estar preparada nunca, porque nunca voy a querer nada de eso contigo.

Las palabras me salen más cortantes de lo que pretendía, con más fuerza, y él se queda callado un momento al otro lado del teléfono.

—Guau. —Esa palabra está tan cargada de amargura que me arde la garganta—. Tengo la sensación de que no te conozco.

Eso es culpa mía, porque le seguí la corriente y me fui marchitando a su lado. Nunca le pedí nada ni me prioricé. Procuré ser la persona que él quería en lugar de quien soy.

Joder, qué difícil es todo esto. No estaba preparada para romperle de nuevo el corazón a Kit, pero pienso en Hayden y en cómo sale con las chicas con total transparencia, sin crear falsas esperanzas.

—Estoy teniendo citas —le digo, forzando mucho las palabras—. Y creo que tú también deberías hacerlo. Es hora de que pasemos página.

Oigo su risa grave e infeliz.

—Increíble. Tengo que irme. Adiós, Darcy.

Cuelga la llamada y se me derraman las lágrimas por las mejillas. Los sollozos me estremecen. Mi almohada está empapada y tengo la cara hinchada y caliente.

Llaman a la puerta de mi habitación.

—¿Dar? ¿Estás bien?

El tono grave y amable de la voz de Hayden envía otra ola de lágrimas a mis ojos.

—Sí —alcanzo a decir, con el pánico apoderándose de mi cuerpo. Hayden no puede verme llorar—. Estoy bien. Me estaba metiendo en la cama. Buenas noches.

Él no dice nada, pero lo noto esperando al otro lado de la puerta.

—Voy a entrar.

Capítulo 30

Darcy

Cuando Hayden abre la puerta de mi habitación y me ve acurrucada en la cama, llorando, se le endurece la expresión.

—Ey, ey, ey. —La cama se hunde cuando se sienta a mi lado y empieza a acariciarme el pelo—. ¿Qué pasa?

—Me ha llamado Kit.

Detiene su mano sobre mi pelo.

—¿Qué?

Le cuento la conversación sin parar de llorar. Mientras escucha, me acaricia el pelo y me mira con preocupación. Cuando termino, se tumba a mi lado y me aprieta contra su pecho, colocándome casi encima de él.

—Cariño —murmura con la boca en mi sien y el aliento contra mi mejilla.

Con todo lo que he flipado con el beso de práctica, no deberíamos estar haciendo esto, pero es que huele muy bien. El latido de su corazón contra mi oído me relaja y emana mucho calor. Además, me gusta que me llame «cariño». Seguramente se lo diga a un montón de mujeres, pero me da igual. Voy a aprovechar toda la tranquilidad que me proporcione ahora mismo.

—¿Crees que estoy cambiando? —digo en voz baja.

Por un instante no dice nada, pero aprieta el brazo alrededor de mi espalda.

—Sí y no. Estás aprendiendo a hacer cosas buenas, y estás averiguando quién eres sin él. —Detiene la mano, cálida y pesada, sobre la parte de atrás de mi cabeza—. Pero sigues siendo la misma Darcy que todos conocemos y queremos.

—Eso creo yo. —Me seco una lágrima—. Me siento la misma persona, solo que mejorada.

Su mano acariciándome el pelo junto con los latidos firmes y lentos de su corazón bajo mi oreja me llevan a un estado de calma.

—Lo superará —murmura Hayden—. Solo necesita tiempo. Igual que tú.

Me despierto a la mañana siguiente con el sol entrando en mi habitación porque olvidé cerrar las persianas.

Tanto física como emocionalmente, me siento como nueva y con la cabeza despejada. Por vez primera en mes y medio, he descansado bien y no tengo los ojos cansados y secos. Normalmente me paso la noche dando vueltas, pero no recuerdo haberme despertado ni una vez. Es el sueño más reparador que he conseguido desde que lo dejé con Kit.

También es que estoy envuelta por Hayden, que duerme semidesnudo en mi cama.

Se me dispara el pulso y parpadeo con los ojos muy abiertos.

Seguimos en la misma posición que anoche, pero tapados con el edredón. Hayden solo lleva unos bóxers negros ajustados, y aunque yo tengo puesta una camiseta, he perdido el pantalón del pijama y estoy en ropa interior.

Él está bocarriba, acurrucándome contra su cuerpo con un brazo alrededor de mi espalda. Tengo el muslo entrelazado con el suyo, y

estoy apoyada en él con todo mi peso. Incluso me ha agarrado los pies fríos entre sus gemelos.

Hay algo en la suavidad de su expresión, en las preciosas líneas de su cara, la inclinación de su boca, hasta cuando duerme, que me toca el corazón. Cuando percibe que me muevo despacio para no despertarlo, aprieta el brazo y me arropa contra su cuerpo.

Le cambia la respiración y se le abren los ojos, empañados y adorables con la luz de la mañana. Su boca dibuja una sonrisa calmada.

Algo cambia en mi cuerpo, como si el cielo se despejara.

—Te quedaste dormida. —Tiene la voz ronca. El vello rubio dorado y perfectamente rasurado se expande por su torso atlético y baja por los abdominales hasta perderse por los calzoncillos—. No quería despertarte. —Se mira el cuerpo—. He debido quitarme la ropa dormido, perdona. Sé que doy mucho calor.

Noto perfectamente el calor que da al estar despatarrada sobre él como ahora. Se me escapa un patético ruido afirmativo, y asiento sin dejar de recorrer con la mirada cada línea y cada hendidura de su cuerpo perfecto.

Joder, qué bueno está. Qué grande es. Hayden es... demasiado. Pecho ancho, extremidades gruesas y muslos fuertes.

Me muevo otra vez. ¿Y la impresionante erección que se apretaba contra mí mientras practicábamos el beso en la fiesta de la serie? Está apretada contra mi cadera.

Nos miramos a los ojos y se me queda la mente en blanco. Se me acumula el deseo en la zona del clítoris. Siento la abrumadora necesidad de pasarle la mano por el pecho, tan amplio y robusto. Bajarle los calzoncillos y dejar que la erección se libere.

Tiraría de él hacia mis labios y me lo llevaría hasta el fondo de la boca. Siento una presión cada vez mayor entre las piernas al

imaginarme cómo sonaría su gruñido. A lo mejor me pondría la mano en la cabeza. A lo mejor me diría cuánto le gusta.

Su respiración se vuelve irregular al mirarme a la boca. Le dije a Hayden que el sexo era cálido y predecible, pero el duro acero de su excitación contra mi cadera no parece ni dulce ni relajado.

Parece que me quiero follar a mi mejor amigo.

—Dar —dice en un susurro, como una pregunta mezclada con un ruego, y la mirada caliente de sus ojos hace que mi voluntad se desmorone. Me muevo un centímetro hacia su boca...

Algo empieza a sonar en mi habitación. El despertador del teléfono que está en el suelo. Me aparto de su lado y él se incorpora en la cama para cogerlo.

—¿Es el tuyo o el mío? —pregunto, buscando mi teléfono.

—El mío. —Apaga la alarma y saca las piernas de la cama para sentarse sin mirarme. Muevo los ojos por su espalda y su cintura musculadas, pero miro a otra parte rápidamente.

Yo también sigo en ropa interior. ¿Se dará cuenta? Joder. Hayden se pone de pie y me mira mientras me tapo con el edredón.

Se da la vuelta.

—Tengo que prepararme para ir a entrenar.

—Yo también. O sea, para ir a trabajar.

Tiene los hombros tensos cuando inclina la barbilla hacia la cama.

—Perdona.

—No. —Levanto las cejas—. Ha sido cosa mía. Me dormí, tú solo intentabas ser un buen amigo.

Tensa la mandíbula y se pasa la mano por la nuca.

—Sí.

Hay una pausa incómoda.

—La próxima vez, utilizaré el pecho que me regalaste —bromeo, pero no se ríe. Seguramente esté flipando porque piensa que soy

muy dependiente y estoy pensando lo que no es—. En fin, bueno. —Sonrío con alegría para que vea que no voy a fastidiar esto—. Que tengas un buen día en el entrenamiento. ¿Nos vemos esta noche?

Él asiente sin mirarme.

—Llegaré tarde. Luego tengo pachanga con Miller.

—Guay. —Rory y él juegan a veces en el equipo de hockey de un centro cívico con un grupo de aficionados—. Lo pasaréis bien.

—Sí. Nos vemos.

—Chao.

Cierra la puerta al salir y yo me vuelvo a tumbar, soltando una respiración muy larga.

Dormir medio desnuda en la misma cama que mi compañero de piso y maestro es aproximarse a territorio peligroso, y no volveré a hacerlo, por muy agradable que sea.

Aquella noche, después del trabajo, me paro en una farmacia para comprar más pasta de dientes cuando llama mi atención una hilera de botes de colores.

Tintes capilares temporales.

«El pelo morado te quedaría increíble», me había dicho Georgia.

Me paro y cojo el morado por instinto. Esa necesidad impulsiva y traviesa se despierta en mi interior. Me apetece hacer una locura.

«¿Por qué? —me preguntó Kit anoche con desdén. Al recordarlo, siento una punzada de resentimiento en el estómago—. Me gustaba tu pelo de siempre».

La ira me sube por la garganta. Me quedo mirando el bote.

No hay un buen motivo por el que teñirme el pelo de morado. No va a hacer que avance en mi carrera, seguramente sea complicado

de mantener, y no hay ninguna garantía de que me vaya a quedar bien.

Y, aun así, siento un cosquilleo de entusiasmo que me agita el estómago. Es como con el vestido que me encontró Georgia: no sabré si me gusta hasta que me lo pruebe.

Además, creo que me hace feliz, y eso es más que suficiente.

A lo mejor ya no soy la Darcy de antes.

Capítulo 31

Hayden

El apartamento está en silencio cuando llego de la pachanga, y me fijo en la caja de mensajería que hay en la mesa junto a la entrada.

El juguete sexual que le he comprado a Darcy.

Fue un tremendo error, sobre todo después de cómo nos hemos despertado esta mañana, que casi le perforo el muslo con la polla.

No se lo pienso dar.

Suelto la bolsa en el suelo, saco la camiseta que le he comprado y la dejo sobre la encimera. Este regalo sí es apropiado para nuestra relación.

Sea cual sea nuestra relación ahora. Recuerdo lo que pasó anoche, su aspecto cuando abrí la puerta de su habitación y la vi llorando, y un dolor me retuerce el pecho.

Kit no sabía lo que tenía con Darcy Andersen. No la valoraba. No la veía, ¿y ahora se piensa que va a volver?

Estos pensamientos míos hacia ella deberían hacerme sentir culpable, pero nada más lejos de la realidad. Él nunca se la mereció, y solo puedo reprocharme haber tardado ocho años en darme cuenta de eso.

En la cocina, caliento algo de comida. Luego pongo la tele con el resumen de lo más destacado de la jornada deportiva de hoy mientras miro hacia el pasillo buscando a Darcy.

Las luces están encendidas, sus deportivas están en el armario del recibidor y sus llaves en la mesa junto a la puerta, pero todavía no ha salido a saludarme como hace siempre.

Esta mañana se cubrió con el edredón como si estuviera incómoda.

Se me encoge el estómago.

Ni de coña le doy el juguete ahora.

—¡¿Dar?! —grito por el pasillo. La puerta de su habitación está abierta pero no hay nadie, aunque veo un resquicio de luz bajo la puerta del baño.

—Hola —dice desde el otro lado de la puerta. La escucho deambular por el baño.

Pasa algo. ¿Me está evitando por lo de esta mañana?

—Vamos a ver la tele.

—Um. —Los pasos se detienen—. No, gracias. Ve tú.

Su voz suena preocupada y ausente, y yo frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—Te he traído un regalo para disculparme por lo de esta mañana.

«Mentiroso de mierda», me susurra el cerebro. Le he comprado la camiseta porque quiero ver mi nombre en su espalda.

—Déjalo en la mesa de la cocina y ahora lo veo.

Lo dice con un tono extraño, como si estuviera estresada o nerviosa.

—¿Estás mala?

—No, estoy bien.

Me llevo la mano a la nuca. ¿Será la regla?

—Hay aspirinas debajo del lavabo, y si necesitas, puedo bajar a comprarte tampones, no me importa, Dar. A los hombres de verdad no les asusta la regla —añado lo último con un poquito de coña, para intentar animarla.

Ella se ríe por lo bajo y se me relaja el pecho.

—Está bien saberlo, pero no me ha bajado la regla.

—No pienso moverme de aquí hasta que me digas qué pasa.

Una pausa larga.

—Hayden. La he cagado. No te rías, ¿vale?

—¿Reírme de...?

Abre la puerta y se me cae la mandíbula al suelo. Su pelo, anteriormente rubio pálido, ahora está de un morado intenso, artificial y horrible. Una tonalidad chirriante y fea.

Las cejas también.

Nos quedamos mirándonos un buen rato con los ojos como platos, y luego me llevo un puño a la boca para morderme los nudillos y contenerme la risa.

—¡Me has dicho que no ibas a reírte! —grita mientras me da un golpe en el brazo.

—Yo no he dicho nada —consigo decir, pero apenas puedo aguantar más. Casi me derrumbo por el alivio de que no pase nada de verdad.

—¡Hayden! ¡Parezco el Pokémon Ditto! —Se gira hacia el espejo con una expresión horrorizada.

Yo estallo en una carcajada, doblado hacia delante y con una mano en la pared. Es verdad que se parece a la masa esa morada, o a uno de los Teletubbies.

—¿Tinky-Winky? ¿Eres tú?

Hace un ruido con la garganta, pero empieza a reírse. Intenta cerrar la puerta, pero yo se lo impido e invado su espacio personal. A los dos nos cuesta respirar de la risa.

Así es como tiene que ser mi relación con Darcy, y es esto lo que no puedo fastidiar. Cuando somos solo amigos, hacemos la pareja perfecta.

Aunque cada vez siento más necesidad de besarla. Y lo ignoro.

—Hostia puta, Dar. —Cojo un mechón morado intenso. Todavía lo tiene suave como la seda, y el baño huele fresco y dulce, como los productos que usa para el pelo—. ¿Qué te has hecho?

Ella se estremece.

—Estaba tan enfadada después de la conversación con Kit que necesitaba hacer algo drástico. Quería algo suave y bonito, pero esto es demasiado intenso. Parezco...

—¿Randall, de *Monstruos S. A.*?

Intenta mirarme enfadada, pero se rompe en una carcajada de nuevo.

—¿Por qué te has teñido también las cejas? —Cojo aire con una mirada de incredulidad.

—Yo qué sé —se queja mirándose en el espejo.

—No pasa nada. —Extiendo los brazos—. Ven, anda.

Ella se acerca hacia mi abrazo, apoya la cabeza sobre mi pecho y yo apoyo la barbilla sobre su cabeza.

El corazón se me acelera al sentirla contra mí.

—No te preocupes —murmuro—, sigues siendo preciosa.

Se tensa entre mis brazos.

—Como amiga, ya sabes —añado.

—Ya lo sé —dice ella a la defensiva.

Nos quedamos así un rato y le paso la mano por la espalda para tranquilizarla.

—Supongo que Kit tenía razón. —Lo dice como si fuera una broma, pero hay un elemento añadido de vulnerabilidad que la lleva a entrecerrar los ojos.

—¿De qué hablas?

—Lo mencioné en el pasado y no le gustó la idea. —Tamborilea los dedos contra mi pecho, ligera y distraída—. Anoche volvió a salir el

tema. Me molestó mucho el tono condescendiente que tenía.

Siento una punzada de rabia en mi interior.

—Eso no me lo habías contado.

—No es para tanto.

—Sí es para tanto, Dar.

Ella me mira sorprendida por mi tono.

—Te puedes teñir el pelo del color que te dé la gana.

Se le curva la boca y veo chispas en sus ojos, y luego señala nuestro reflejo en el espejo.

—Bueno, es evidente que él tenía más idea que yo.

—Lo solucionaremos.

—Me he lavado el pelo cuatro veces ya. No sale.

—Vamos a llamar a una profesional. Mi amiga Layla te ayudará.

—¿Una amiga? —Arquea una ceja con una sonrisa provocadora.

—No ese tipo de amiga. —Le lanzo una mirada. Todas las mujeres con las que he salido son majas e interesantes, pero que Darcy conozca a una de ellas es un poco raro—. Viene a cortarme el pelo cuando no tengo tiempo durante la temporada. Seguro que lo soluciona.

Darcy se muerde el labio.

—¿Seguro?

—Afirmativo. —Saco el teléfono para mandarle un mensaje a Layla y luego abro la cámara para hacerle una foto a Darcy y su pelo ridículo.

Abre mucho los ojos cuando se da cuenta de lo que estoy haciendo, y yo rompo a reír con fuerza.

—¡No! —grita—. ¡No quiero que haya pruebas! —Intenta quitarme el teléfono, pero ya me lo he guardado otra vez.

—Yo sí. —Agito las cejas con aire de satisfacción—. No quiero olvidar esto jamás.

—¡Dámelo! —me ordena.

Yo me río otra vez.

—No.

—Pues bórrala.

—No. —Pongo una sonrisa de oreja a oreja. Ella está batiendo las manos, intentando coger el teléfono—. Eres la mitad que yo y te piensas que puedes conmigo, qué adorable.

Ella suspira y se aparta con una mirada de determinación, pero se está conteniendo una sonrisa.

—Seguro que haces camisetas o algo.

—Buena idea. Haré para todo el equipo.

—Muy gracioso. —Suelta una carcajada falsa y fría, y luego adopta una expresión de curiosidad—. ¿Qué era eso de un regalo? —En la cocina, Darcy saca la camiseta de la bolsa y la observa con una sonrisa—. ¿Es para mí?

Yo me río.

—Claro que es para ti. Para que te la pongas en los partidos. —Nos miramos a los ojos y no consigo descifrar su expresión—. Si quieres. Obviamente puedes ponértela cuando tú quieras.

Su mirada persiste sobre mí.

—¿Tú quieres que me la ponga?

Debería decir algo despreocupado y ligero, pero simplemente asiento.

Se le calienta la mirada y me sonríe con delicadeza. Joder, qué guapa es, hasta con el pelo horrible.

—Entonces yo también.

Sin parar de sonreír, se la pone. Le queda un poco grande, pero está adorable y hace que quiera cogerla y subírmela a los hombros en una extraña demostración de comportamiento cavernícola.

Carraspeo e intento no parecer demasiado contento.

—Te queda bastante bien.

—¿Sí? —Me mira con los pómulos marcados por una sonrisa.

—Mhm. —Un placer cálido se expande por mi pecho—. Y así vas a juego con Pippa y Hazel.

Supongo que me hace ilusión que termine de encajar del todo con ellas. Que me anime y me apoye de la misma forma que las hermanas Hartley lo hacen con sus parejas.

Como si estuviéramos juntos.

Debería aclararlo, pero dejo que la insinuación flote en el ambiente, como prueba.

—Gracias —dice mirando hacia abajo pero sonriendo—. Me encanta.

—No hay de qué.

—¿Puedo pagártela?

—Ni de coña.

Ella resopla una risa ligera y bate las pestañas. Por todos los dioses, qué ganas tengo de besarla.

—Ha llegado antes un paquete para ti —dice mirando la caja en la mesita de la entrada y tirando un cubo de agua helada sobre los estúpidos sentimientos que trato de ignorar.

—Ya. —Carraspeo y doy un paso atrás—. Lo he visto.

Se queda mirándome y levanto las cejas, aparentando normalidad. Pero estoy ocultando el vibrador que le he comprado.

—¿Qué es? —Me mira con la boca ligeramente curvada.

—¿Qué es qué?

—¿Qué hay en la caja?

—No lo sé.

Afila la mirada y expande su sonrisa.

—Ábrela.

—Luego la abriré.

—Hayden. —Se acerca a la caja y yo doy un par de zancadas, la cojo y me la escondo en la espalda. Se le abre la boca y se le ilumina la cara con una sonrisa cómplice y acusadora—. Lo sabía. Estás ocultando algo. ¿Qué hay en esa caja?

—Es... —Se me queda la mente en blanco—. ¿Privado?

Su sonrisa es provocativa y maravillosa.

—¿Alguno de esos artilugios sexuales que definitivamente no te gustan? —pregunta bajando la voz, agitando las cejas de forma sugerente mientras intenta no reírse.

—Sí. —Asiento—. Justo.

Ella se me queda mirando un buen rato y luego se abalanza sobre mí, pero en lugar de coger la caja, me hunde los dedos en las costillas, justo debajo de los pectorales, y empiezo a partirme de risa.

—Dime qué hay en la caja —exige también a carcajadas mientras yo intento coger aire—. O te haré cosquillas hasta que te desmayes.

—Dar. —Gruño, sacudiéndome de risa e intentando apartarle las manos—. Esto es jugar sucio.

—Exacto, maestro, soy despiadada. —Empieza a hacerme cosquillas también con la otra mano por el otro lado de las costillas, y se me cae la caja mientras intento que no la coja, sin parar de reír.

—Vale. —Doy una bocanada de aire para recuperar el aliento—. Es un vibrador.

Se le desploman las manos a los lados.

—¿Cómo?

Aprieto los labios con firmeza.

—Es que dijiste... dijiste que te abruma la cantidad de juguetes que hay y que no querías ir a una tienda, así que le pregunté a varias amigas y me dijeron que este es el mejor. —La miro a los ojos —. Es para estimular el punto G.

¿Por qué he añadido eso último?

—Ah. —¿Se está sonrojando? Parece que se está sonrojando—. Gracias. —Mira la caja un poco aturdida.

—No tienes que usarlo si no quieres —me apresuro a decir—. Es un poco inapropiado.

—No. —Ella saca la mano y yo aparto la mía para no tocarla sin querer—. No es inapropiado. Eres mi amigo. —Me mira y luego mira la caja—. Simplemente te preocupas por mí.

—Sí. —Asiento.

—Claro. —Ella asiente también y se vuelve a morder el labio distraída—. No es raro. Me muero de ganas de usarlo y tener un montón de orgasmos del punto G —añade, y empieza a reírse.

Yo gruño y cierro los ojos, y ella se ríe más. Joder, es que me lo imagino perfectamente. Ella en la cama, gimiendo y moviendo el vibrador entre sus piernas, acercándose cada vez más y más a la descarga mientras yo estoy en mi cama al otro lado de la pared.

—Sí, bueno. —Cojo la caja y se la doy—. Toma. Que lo disfrutes.

—Gracias. —Se pasa una mano por la cara ruborizada antes de coger la caja—. Me voy a la cama. —Abre mucho los ojos—. No, no voy a usarlo ni nada. Es que ha sido un día muy largo.

Yo asiento y sonrío.

—Vale. Buenas noches.

En mi habitación, me tumbo en la cama y me quedo mirando al techo.

«Owens, ¿qué cojones estás haciendo?». Respiro lentamente mientras presto atención a lo que se escucha en su dormitorio. La puerta que se cierra, los pasos mientras se mete en la cama. «¿Qué estás haciendo, joder?».

Capítulo 32

Darcy

—¡Tu pelo! —A Pippa se le ilumina la cara cuando me siento antes del partido aquella noche. Sonríe de oreja a oreja con los ojos muy abiertos y la camiseta de los Storm, y noto cómo se me pone la cara rosa.

—¿Te gusta? —Me toco un mechón de color lavanda pálido, la tonalidad que quería. Layla, la peluquera, me lo arregló mientras yo trabajaba desde casa esta mañana, y luego me puso un sérum que huele de maravilla y me ha dejado el pelo supersuave.

Pippa asiente con entusiasmo.

—¡Me flipa! Es muy tú.

Se me aprieta el corazón de felicidad.

—A mí también me encanta. —Sonrío a Hazel, que está al otro lado de Pippa, también con una camiseta del Storm—. Hola, Hazel.

—Hola, preciosa. —Me guiña un ojo—. El morado es muy tú. Te queda genial con el color de los ojos.

—Gracias a las dos.

Que le den a Kit por decirme que no me quedaría bien. Estoy increíble con el pelo morado.

—¡Y tienes una camiseta! —añade Pippa sonriendo.

Me sonrojo aún más y asiento.

—Sí. Me la ha regalado Hayden.

—¡No me digas! —Hazel sonríe como si supiera algo que yo no sé —. Qué majo.

Encojo los hombros.

—Sí. Pero así es él, siempre le hace regalos a todo el mundo.

Como el vibrador que me ha comprado y en el que llevo todo el día pensando.

—Vamos a hacernos una foto con las camisetas —dice Pippa, y saca su teléfono—. Estamos muy monas.

Me inclino hacia ella y sonrío, y Pippa hace la foto. Justo después, las luces del estadio se atenúan y los aficionados empiezan a gritar. El presentador empieza a decir los nombres de los jugadores a medida que van saliendo a la pista.

—Me alegro un montón de que vengas con nosotras a los partidos —me dice Pippa al oído por encima del ruido del estadio.

Sonrío con timidez.

—Yo también.

—«El número cuarenta y dos, ¡Hayden Owens!» —grita el presentador, y yo empiezo a aplaudir y a animar.

Hayden pasa por delante de nosotras. Primero mira mi camiseta, luego sube al pelo y me guiña un ojo. Me da un vuelco el corazón.

Cuando marca un gol en la segunda parte, me pongo en pie de un salto mientras grito. Rory y Alexei se acercan a él para celebrarlo, pero él me sonríe a mí a través del cristal.

«Mi amuleto de la suerte», vocaliza señalándome.

Después del partido, Hayden entra al palco reservado para los amigos y familiares de los jugadores, y me encuentra enseguida.

—Ey. —Se me queda mirando el pelo—. Estás preciosa. —Sacude la cabeza—. Tu pelo está precioso —dice para corregirse.

—Y no has dicho nada de mis cejas.

Retuerce la boca en una sonrisa. Layla me las ha arreglado y han vuelto a su color normal, con un tinte unos tonos más oscuros que mi rubio pálido.

—Me gustaba el morado.

—No. —Le doy un tortazo en el brazo.

Su respuesta bromista es encantadora.

—A nadie le gustaba el morado. No sé en qué estaba pensando.

—Me gusta tu camiseta. —Inclina la barbilla hacia mí—. No sé quién te la ha regalado, pero tiene pinta de ser una persona majísima. —Pone una sonrisa coqueta—. Y guapa.

Me río y pongo los ojos en blanco.

—Sí, una persona muy modesta, sobre todo.

El coqueteo se le desvanece de la sonrisa, dejando solo calidez y gratitud.

—Me ha gustado verte con ella puesta.

El corazón me da un vuelco y me toco el dobladillo de las mangas.

—A mí me ha gustado ponérmela.

Hayden se merece a alguien que lo anime. Se merece tener lo mismo que tienen Rory y Jamie, aunque no busque una pareja ni compromiso.

Se me viene a la cabeza el comentario que hizo en San Valentín sobre que no le parecía nada mal lo que implicaba una relación, y luego recuerdo la cara de decepción que puso cuando le insistí en que eso no era para él.

Los regalos, las fiestas, las citas. Sería un novio perfecto si quisiera algo así.

—Vamos a tomar algo con todos —sugiere, y se le van los ojos a las líneas de mi camiseta. A mí se me desvía la mirada a la chaqueta bómber y la imagen de la camiseta que tiene debajo.

—Espera. —Frunzo el ceño y le agarro la cremallera de la chaqueta, la bajo un poco y un ruido de horror se escapa de mi garganta, así que tengo que taparme la boca con la mano—. No vas a ir así.

Él pone una cara de confusión, pero le brillan los ojos y se le curvan los labios hacia arriba.

—¿Así cómo?

Le abro los lados de la chaqueta y me quedo mirándole la camiseta. Es una imagen mía con el pelo y las cejas moradas. Tengo los labios entreabiertos y los ojos como platos mientras me abalanzo sobre él para evitar que haga la foto.

La foto que me hizo anoche.

—¡Hayden! —La voz me suena estrangulada—. ¿De dónde has sacado esto?

—¿El qué? ¿Esto? —Se mira la camiseta como si se acabara de dar cuenta de que lleva una foto mía en el pecho—. Anda. ¿Cómo ha llegado ahí esa foto?

Me disuelvo en una carcajada mientras le agarro el dobladillo de la camiseta y se la intento quitar.

—Quítatela. Ya.

—Ey, Darcy —bromea. Me agarra por las muñecas con una sonrisa de oreja a oreja—. Espera por lo menos a que lleguemos a casa para desnudarme.

«Vibrador —me susurra el cerebro—. La enorme erección de Hayden. El gruñido al otro lado de la pared la otra noche».

—Llevas... —Sigo intentando quitarle la camiseta, pero es ridículamente fuerte comparado conmigo— ¡una maldita foto de mi cara!

—Ah, ¿no te lo había dicho? —Su voz suena muy inocente, pero le brillan los ojos como piedras preciosas—. Te he hecho una a ti

también. —Saca el teléfono para enseñarme el *e-mail* de confirmación de la otra camiseta que ha comprado, con la hora de anoche—. Está en casa. Llegaba el mismo día.

Me quedo mirando la foto con cara seria, mientras una presión delirante y burbujeante me sube por la garganta.

—Esta foto es la del calendario benéfico del año pasado.

Él sonríe.

—Te acuerdas.

Claro que me acuerdo. Como para no acordarme. Dios. Una organización benéfica hizo un calendario de los tíos más buenos de la liga profesional de hockey para recaudar fondos para la juventud LGBTQIA+, y Hayden fue el mes de enero. Kit se rio muchísimo por la foto sin camiseta sacando músculo de su mejor amigo.

A mí siempre me pareció un poco raro que todo el mundo fuera a verlo con tan poca ropa, por no hablar de la expresión engreída aunque amable de su cara.

La sonrisa engreída se supone que solo es para mí.

—¿Me has hecho una camiseta con una foto tuya? —Lo miro y levanto las cejas—. Guau. Flipo. —La presión burbujeante amenaza con escaparse y me duele la cara por aguantar una sonrisa.

Por la forma en la que él me sonríe, expectante, lo sabe.

—Te puedes reír.

—No me voy a reír.

—Parece que quieres reírte.

—No quiero. Y, si me riera, solo te estaría dando bola.

—Bueno, pues siento que odies tanto mi cuerpo. —Mira a su alrededor—. Vamos al bar.

—Hayden. —Estoy fracasando estrepitosamente en mi intento de no reírme—. Cámbiate. Ahora mismo.

Él me mira con ojos suplicantes.

—Es que quiero llevar mi camiseta nueva. —Se le suaviza la mirada y me pone esos ojos tristes e inocentes, como los de la perra de Pippa y Jamie, Daisy, cuando quiere que le den una chuche—. Porfa, Dar. —Se acerca a mí y me da un abrazo, luego me levanta. Es muy grande y cálido y huele muy bien, y mi decisión se derrite como mantequilla en una sartén caliente—. Quiero llevar mi camiseta nueva.

Me está tocando sin salir corriendo a su habitación asqueado. Es un paso.

—Bueno. —Suspiro—. Pero con la cremallera de la chaqueta cerrada.

Él sonríe y me guiña un ojo.

—Ya veremos.

Capítulo 33

Darcy

Entramos en el Filthy Flamingo y Jordan me tiene que mirar dos veces el pelo, pero luego asiente.

—Qué guay el pelo. Te queda genial.

—Gracias. —Intento contener una sonrisa. Estoy siendo muy poco *cool* y me sonrojo con cualquier mínimo cumplido.

Nos sentamos en una mesa grande y, cuando Jordan nos trae las bebidas, empiezan a hablar del partido.

—Ya no te quejas porque te hayan pasado al ataque, ¿eh? —le dice Rory a Hayden con una sonrisa orgullosa, y luego los dos me miran de reojo.

Hayden se encoge de hombros y le da un sorbo a la cerveza.

—Ward quiere más goles con las jugadas de superioridad —dice Alexei—. Dice que jugamos muy lento.

Siento un cosquilleo en la cabeza y pienso en los modelos de hockey que he diseñado hoy en mi portátil durante el almuerzo. Me dije que no los miraría más, pero es que no puedo evitarlo.

Rory se pasa una mano por el pelo con el ceño fruncido.

—No sé qué hacer. Llevamos a cabo las jugadas que hemos practicado.

—A lo mejor deberíais cambiar el equipo de las jugadas de superioridad —sugiero despacio mientras me paso un dedo por la manga de la camiseta.

La mesa se queda en silencio. Mierda. No debería haber dicho eso.

—¿En qué sentido? —pregunta Rory—. En las jugadas de superioridad usamos a los mejores del equipo.

Siento un nudo de nervios en el estómago. Cuando me equivoco, me equivoco muchísimo, con consecuencias desastrosas, pero presiento que en esto tengo razón.

—Mover a los jugadores cambia las probabilidades de marcar —digo con el pulso acelerado. Debería callarme la boca. Trago.

Jamie se inclina sobre la mesa y me mira fijamente.

—¿Y cómo lo sabes?

—Está licenciada en Estadística —dice Hayden con seguridad.

Yo le lanzo una mirada.

—Um. —No consigo respirar bien al recibir la mirada atenta de todos. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención—. Hago modelos estadísticos de hockey.

Silencio.

—Para pasar el rato —añado. Joder. Seguramente piensen que soy un bicho raro—. En fin...

—¿Tienes ahí los modelos? —pregunta Rory.

—Los tengo en el ordenador. —Me lo llevé a la oficina esta mañana porque entré más tarde, y he venido directa del trabajo.

A Hayden le brillan los ojos con interés.

—Deja que los veamos, Dar.

Esto se está poniendo serio, así que busco alguna excusa.

—No voy a sacar el portátil en un bar como si fuera una friki.

Hayden me sostiene la mirada y se lleva las manos a la cremallera de la chaqueta. Toso una risa. Él sonríe y agita las cejas. El mensaje está claro.

«Enséñanos los modelos o les enseñaré la foto tuya de mi camiseta».

—Vale —digo riéndome—. Os los enseñaré, pero no les deis demasiada importancia. No es más que un pasatiempo.

Jamie se encoge de hombros.

—Mal no nos va a venir.

Si me equivoco, sí que podría irles mal. Nadie ha revisado mi trabajo. Simplemente meto números y analizo patrones, pero no están demostrados. ¿Y si hay errores? Podría salirles el tiro por la culata. El otro equipo podría marcar. El Storm podría perder el partido. En el deporte profesional, cada tanto cuenta y todos los partidos son importantes.

Los chicos se apiñan alrededor de mi ordenador mientras abro el modelo de la jugada de superioridad.

—Vuestro porcentaje de la jugada de superioridad de esta noche es... —ajusto el modelo a las dos que han hecho en el partido— solo de un veinte por ciento. No es el peor de la liga, pero tampoco el mejor.

Los chicos me escuchan en silencio.

—En la primera línea de la jugada de superioridad está Alexei en la defensa, pero si lo cambiáis por otro defensa como Jayden, y movéis a Rory por uno de los delanteros de segunda línea, por ejemplo Dylan Lockwood —hago los cambios en el modelo y genera un nuevo número—, las probabilidades de marcar suben al veintisiete por ciento. Una de las más altas de la liga —añado, empezando a sentirme un poco cohibida—. Sé que parece increíble y seguramente esté mal, porque nadie lo ha revisado...

—¿Eres una bruja? —pregunta Rory con una sonrisa de sorpresa.

—No. —Me río por lo bajo—. Solo una friki, supongo.

—Qué fuerte. —Se inclina hacia delante para leer otra vez los resultados de la pantalla.

—¿Verdad? —Hayden asiente a Rory—. Siempre se le han dado bien estas cosas.

El corazón me da un vuelco en el pecho y una sensación cálida de felicidad burbujea por todo mi cuerpo.

Alexei me escudriña con una expresión seria.

—¿Por qué crees que el porcentaje de probabilidades de marcar sube cuando yo no participo en la jugada de superioridad?

—Porque pasas mucho tiempo en la pista durante el partido. —Se me arruga la frente al pensar en las diferentes reiteraciones que he hecho—. Los jugadores que salen menos en esa parte a veces pueden rendir mejor durante los dos minutos de una jugada de superioridad. También podría ser porque eres más bien defensa puro, ¿entiendes? Mientras que, si se mete a un defensa que también juegue un poco a la ofensiva, aumentan las probabilidades de llevar el disco hasta el campo contrario. —Me encojo de hombros —. No estoy segura. Probablemente haya una explicación más coherente, pero todavía no la he encontrado.

La mirada de impresión de todos los chicos hace que el estómago se me retuerza de emoción y orgullo. A mi lado, Hayden me guiña un ojo, sonriendo, y mi seguridad aumenta.

—También he hecho uno de penaltis, porque también es un punto débil.

Rory se siente aludido y me mira con interés, pero sonríe.

—Auch.

—Perdón. —Se me calienta la cara.

Él se ríe y me hace un gesto despreocupado.

—Enséñanoslo.

Mis dedos vuelan por el teclado mientras saco el modelo de penaltis con varias configuraciones de jugadores.

—¿Qué es esto? —Hazel se inclina en el asiento para leer por encima de mi hombro.

—Darcy nos está enseñando la magia de las matemáticas —explica Rory.

Yo me río.

—No es magia, son estadísticas. También tengo uno sobre las lesiones más comunes y la previsión del tiempo de recuperación.

Se le iluminan los ojos y sé que ya he enganchado a su parte de fisioterapeuta.

—A ver.

Les enseño todos los modelos y les explico los razonamientos y los datos.

—¿Ward sabe esto? —pregunta Jamie.

Abro mucho los ojos.

—No. Qué dices. —Pongo una mueca—. Esto no es más que un *hobby*.

Todos me miran como si estuviera hablando en otro idioma.

—No le digáis nada a Ward —añado—. Es una tontería.

—No es una tontería —interviene Hayden con el ceño fruncido—. Te dedicas a esto.

—Mi trabajo es diferente. —Me arde la cara—. Trabajamos en equipo, con miles de datos, y los modelos pasan por una comprobación exhaustiva.

Hay tan poca responsabilidad y tan poco riesgo que es casi de risa. Mis clientes son empresas. Si la cago, pagan un poco más o un poco menos, pero no hay ningún daño serio. Nadie está desprotegido.

—Esto podría ayudarnos —añade Alexei en voz baja.

Noto una puñalada de culpa, pero luego recuerdo lo devastador que resultaría propiciar que despidan a alguien, y la culpa se

desvanece.

—No es más que un juego de números. Deberíais dejar los análisis a los expertos.

—Enséñame otra vez el de la jugada de superioridad. —Rory se estira hacia el teclado para pasar a la siguiente tabla, pero cierra la ventana sin querer y...

Aparece una imagen del vibrador rosa que Hayden me compró y el corazón se me pone en la garganta. A mi lado, Hayden se tensa.

—«Usar tu nuevo G-Spot Banger es muy fácil con estos tres pasos», dice la voz de una mujer en el vídeo mientras sujeta el vibrador.

Todo el mundo observa en silencio.

—«Introduce el Banger...».

—Joder. —Cierro el portátil con la cara más caliente que la superficie del sol y todo el mundo se da cuenta de que estoy noqueada.

Rory lanza un aullido de risa y Alexei y Jamie se quedan mirando la pantalla horrorizados. Hazel aprieta la boca para esconder una sonrisa. No puedo mirar a Hayden.

—Os lo puedo explicar.

No puedo explicarlo, aquello es exactamente lo que parece. Estaba nerviosa a la hora de usar el vibrador que Hayden me regaló, y miré en la web de la empresa anoche. Pensaba que había cerrado la ventana.

Dios santo. He llevado el portátil al trabajo. Aunque habría preferido que lo vieran mis compañeros a esto, la verdad.

Rory me da un codazo.

—Hazel también lo tiene. —La mira con una mirada inquisitiva—. ¿A que sí?

Ella asiente, riéndose.

—Sí. Es el que le dije a Hayden que comprara.

¿Saben que me lo regaló Hayden? Un ruido de horror se me escapa de la garganta. Quiero que me trague la tierra.

—Nadie ha visto nada. —La voz de Hayden es fuerte y firme, y mira fijamente a todos—. ¿Verdad?

Alexei mira hacia delante.

—Yo no he visto nada. Se me han caído las lentillas. —Nos miramos a los ojos y él aparta la mirada—. Y no he oído nada tampoco. —Casi parece más incómodo que yo.

—Yo tampoco. —Rory sonríe ampliamente y le brillan los ojos—. Solo he visto tu magia matemática.

Cierro los ojos y ruego en silencio para que se abra la tierra y me trague. No puedo volver a mirarlos a la cara nunca más.

—¿Pedimos otra ronda? —pregunta Rory, y todos empiezan a levantarse y a ocupar sus respectivos asientos.

Hayden me mira con intensidad y con la boca apretada, como si intentara no reírse.

—¿Estás bien?

—No. —Todavía me arde la cara—. Me quiero morir.

Él resopla y cierra los ojos.

—No pasa nada, Dar. Puede ocurrirle a cualquiera.

Pongo una expresión de incredulidad, pero me empiezo a reír.

—¿En serio? ¿Puede ocurrirle a cualquiera?

—Sí. Es muy normal. —Se frota la mandíbula—. Pero si quieres que los despiste, puedo hacerlo. —Se lleva los dedos a la cremallera de la chaqueta y yo me tiro hacia él para agarrarle la muñeca, riéndome.

—Ni se te ocurra. —Tiene la piel cálida y le aparto la mano de la cremallera—. Ya he dejado claro que soy bastante rara. No quiero que me excluyan de la próxima salida.

Él deja caer la mano y me dedica una sonrisa cómplice.

—Por encima de mi cadáver. Eres una más, lo sabes, ¿no?

Miro alrededor. Veo a Rory y a Hazel charlando con Pippa y Jamie en la mesa de al lado; a Alexei y al resto de chicos hablando... y oigo las palabras «jugada de superioridad» en su conversación; también veo a Jordan mezclando las bebidas detrás de la barra. Me mira y me sonríe.

En Calgary no tenía un grupo de amigos así. A Kit no le gustaba salir después de los partidos. Ni siquiera cuando estábamos en Vancouver. Hayden y yo teníamos que arrastrarlo siempre. El Calgary no estaba tan unido como el Vancouver Storm.

Observo la nueva vida que estoy creando para mí y se me aprieta el corazón.

Sí, soy rara, pero tengo la sensación de que a ellos les da igual. Me gusta estar aquí y siento que por fin empiezo a encontrarme.

Capítulo 34

Hayden

En el apartamento hace un frío que pela cuando llegamos aquella noche.

—Es como si estuviera puesto el aire acondicionado. —Frunzo el ceño mirando el termostato. Hace más frío de lo normal, pero la calefacción está encendida.

Darcy se da un golpe en la frente con la mano.

—Me he dejado mi ventana abierta. Perdona, me gusta que corra el aire durante el día. Voy a cerrar.

Va hacia su habitación y yo la observo mientras se aleja, con mi nombre en su espalda escrito en letras enormes.

El orgullo se expande por mi pecho y levanto la comisura de los labios. Verla animarme, con esa sonrisa inmensa después de mi gol esta noche, compensa la forma que tiene Miller de motivarme para que sea más enérgico en la pista.

Y el modo en que se le ha iluminado la cara esta noche cuando les ha explicado a todos sus modelos de estadística... así es como quiero que hable de su trabajo. Cada vez que saco el tema, ella pone los ojos en blanco y cambia la conversación. Sé que no le hace feliz.

Pero merece ser feliz. Merece todas las cosas buenas de este mundo.

Oigo un ruido amortiguado de frustración procedente de su dormitorio.

—¿Estás bien? —le pregunto acercándome a su habitación.

—Sí. —Exclama. Cuando me paro en su puerta, la veo forcejear con la ventana para intentar cerrarla—. Está atascada. —Se aparta y la examina—. Quizá ha chocado un pájaro y se ha desencajado el marco.

Me acerco para echar un vistazo. Tiene razón. El marco está doblado y la ventana no entra en el riel. Como estamos tan arriba, las ventanas no pueden sacarse con facilidad, si no la sacaría y asunto resuelto. Pero la normativa de urbanismo lo impide.

—Puedo llamar a mantenimiento. —Saco el teléfono del bolsillo, busco el número y marco mientras sonrío a Darcy.

—¿Es una emergencia? —responde el tipo al otro lado. Hay tanto ruido de fondo que tiene que gritar.

—Eh. —Darcy me mira con una cara extraña—. ¿No?

—Estoy liado con una tubería que ha reventado en la segunda planta y está inundando cuatro pisos —dice el tipo—. Mándame un mensaje con lo que pasa y me pongo en cuanto acabe aquí.

—Vale. Gracias.

Cuelgo y le empiezo a escribir el mensaje con lo que pasa y con el piso exacto.

—Puede que tarde un rato.

—Oh. —Darcy se muerde el labio. Mira hacia la ventana y luego al reloj de su cajonera. Es casi medianoche—. Yo debería irme a la cama, que trabajo. Igual puede pasarse a arreglarlo mañana por la mañana.

La miro con el ceño fruncido.

—Aquí hace mucho frío.

—Cerraré la puerta para que no enfríe el resto del piso.

—No, Dar. —¿Se cree que lo que me preocupa es eso?—. No quiero que tengas frío.

—Me pondré la sudadera. No pasa nada.

Pongo cara de pocos amigos. No me gusta. Estamos en pleno invierno. Va a pasar frío.

—Duerme en mi cama.

—¿Qué? —Parpadea.

Ya lo he decidido.

—Duerme en mi cama y yo duermo en el sofá.

La contundencia de mis palabras me sorprende, pero la idea de Darcy en mi cama se arraiga en mi cerebro y crece, expandiéndose como un incendio y lanzándome chispas de deseo por la espalda. A la parte cavernícola de mi cerebro le gusta esa imagen.

—No hace falta —dice ella, recorriéndome la cara con los ojos.

¿Es alivio o decepción? Se me van los ojos al escritorio y veo el vibrador que le regalé, pero aparto la mirada rápido.

—Darcy, no quiero que hoy duermas en un iglú. Voy a pasarme la noche en vela preocupado por si estás pasando frío y mañana tenemos otro partido. —Le lanzo una sonrisa—. Y necesito descansar.

—Pues yo duermo en el sofá —dice—. Tú tienes que descansar.

—No. —Sacudo la cabeza sin parar de sonreír. Qué mona es, sobre todo con esta camiseta. No quiero que se la quite nunca—. Ya está decidido. Soy un caballero, ya lo sabes.

Se le curva aún más la boca.

—No he dicho que no lo fueras.

Se le mueve la garganta y me pasa los ojos por la boca, la mandíbula, el cuello. Me acuerdo del beso de práctica en la fiesta de la serie y cómo me sentí al subírmela al regazo. Cómo me sentí

cuando nos despertamos juntos, con su cabeza sobre mi pecho y su pelo derramándose por mi piel.

Se le retuerce la boca como si se lo estuviera pensando, y levanta la mirada hasta la mía.

—Has dicho que necesitas descansar.

Arqueo una ceja y ella aparta la mirada.

—No pasa nada porque durmamos los dos en tu cama —dice mientras se encoge de hombros—. Somos amigos.

Se me acelera el pulso y arrastro una respiración profunda hasta los pulmones.

Cada vez que estoy cerca de ella es casi demasiado bueno como para soportarlo, y pierdo un poco el control.

Aunque la última vez que nos despertamos juntos tuve el sueño más reparador de toda mi vida. Seguramente fuera solo una coincidencia.

Pero ¿y si no lo fue?

—A mí me parece bien si a ti te parece bien —dijo con un tono despreocupado.

—Sin problema.

La tensión estalla y cruje en el ambiente y ella se ríe.

—Voy a prepararme para dormir, entonces.

Capítulo 35

Hayden

Diez minutos después, entramos a la cama sin mirarnos. El corazón me late más fuerte conforme ella se va acomodando bajo el edredón a mi lado, se hunde en la almohada y busca la postura. Cuando la miro, me da un vuelco el corazón.

Me resulta extrañamente familiar meterme en la cama con Darcy. Como si lo hubiéramos hecho miles de veces.

—¿No vas a tener calor? —me pregunta, mirándome la camiseta y los pantalones cortos.

Me voy a asar de dentro afuera, pero no puedo meterme en la cama a su lado solo en calzoncillos, como duermo normalmente.

—No te preocupes.

Levanta una ceja.

—Hayden, sé que duermes en calzoncillos. No pasa nada.

Yo dudo.

—¿Seguro?

Ella asiente.

—Mhm. Te lo prometo. Dejaré las manos quietas.

Yo me río por lo bajo, me quito la camiseta y la tiro a la silla que hay cerca de la cama.

Me recorre el torso con ojos de interés y aparta rápido la mirada.

Me estaba... ¿fichando? El orgullo se me expande por el pecho. Me quito los pantalones y me mira los calzoncillos apretados, y luego

mira rápidamente al techo.

—Más te vale que no ronques —le digo.

Ella sonríe y me da una patada con los pies fríos.

—Hostias —siseo apartándome—, tienes los pies helados.

—Perdón. —Mueve los dedos de los pies sobre mis gemelos.

Yo aparto las piernas y me río.

—Se acabó. Vete al recibidor a dormir.

Ella se ríe otra vez y yo sonrío. Me pongo de costado para observarla.

—Es como una fiesta de pijamas —dice, moviendo los ojos por mi cara.

—No lo sé. Nunca he dormido con una mujer.

Junta las cejas con una expresión perpleja.

—Me refería a una fiesta de pijamas, como cuando éramos pequeños, pero ahora tengo muchas preguntas. —Se le curva la boca mientras me mira con atención—. ¿En serio? ¿Nunca has dormido en la misma cama con una mujer?

Yo sacudo la cabeza.

—O sea, la otra noche, después de que te llamara Kit...

—Ya. —Traga y se muerde el labio—. Pero eso fue...

—Diferente.

—Sí. —Asiente—. Diferente.

Se hace un silencio largo.

—Dormir con una mujer conlleva desayunar juntos —admito—, y eso hace que la gente se coja cariño.

Nosotros desayunamos juntos todo el tiempo, me recuerda mi cerebro. Me prepara el café todas las mañanas cuando estoy aquí. Es lo mejor del día: sentarme en la cocina con ella cuando está tan adormilada y mona, contándonos nuestros planes del día.

Ella murmura sin quitarme el ojo de encima.

—Entonces a lo mejor el que ronca eres tú.

Yo resoplo una risa.

—Lo que tú digas. No me eches la culpa a mí cuando las ventanas empiecen a temblar porque te has puesto a serrar troncos.

Se le agranda la sonrisa y doy las gracias a ese pájaro estúpido que ha chocado contra su ventana y ha provocado esta situación.

—Voy a apagar la luz —le digo, y ella asiente. Me estiro hacia el borde de la cama, apago la lámpara y la habitación se queda a oscuras. Incluso con las persianas cerradas, se cuela por las ventanas el tenue brillo de las luces de la ciudad.

Me quedo escuchando el sonido de nuestras respiraciones, pero mi cabeza vuelve a recordar el momento del bar esta noche. Lo aterrada que parecía porque el equipo utilizara sus modelos de hockey. Aparece en mi memoria un recuerdo de hace años, en el que ella hablaba muy animada de su nuevo trabajo.

Tras graduarnos en la universidad, Darcy estuvo trabajando seis meses en el departamento de agricultura de Canadá como analista de datos. Todavía recuerdo cómo sonaba su voz cuando hablaba de su trabajo, con total interés y entusiasmo.

—Oye, Dar.

—¿Mhm?

—¿Qué pasó en tu primer trabajo?

Nunca me contó por qué buscó un empleo nuevo, solo que empezó a trabajar en otro sitio, y cambió de tema. Pero nunca volví a notarle esa chispa al hablar de su trabajo.

Hasta esta noche.

—La cagué y me despidieron —dice en voz baja—. E hice que despidieran a otra persona también.

Todavía intuyo su perfil en la habitación en tinieblas, está mirando al techo.

—¿Qué pasó?

Exhala por la nariz.

—Estábamos haciendo un estudio de granjas de ámbito reducido, para ver en cuáles se podría usar el dinero de la subvención de forma más efectiva, y mi modelo estaba mal.

Nuestros ojos se encuentran antes de que ella aparte la mirada, y siento una necesidad abrumadora de llevármela al pecho y decirle que no es culpa suya, que todo irá bien.

—Mi jefa lo revisó y corrigió, pero subí uno diferente por error. La gente perdió las subvenciones del gobierno por ello, y no nos dimos cuenta hasta que nos hicieron una auditoría. —Traga.

Me duele el pecho por el dolor de su voz.

—¿Y te despidieron?

Asiente.

—Pero a mi jefa también. Y era madre soltera. —Se le arruga la cara y a mí se me tensa el cuerpo—. Era encantadora, Hayden. Era una jefa estupenda. Dedicaba mucho tiempo a formarme y a explicarme las cosas. Se notaba que le encantaba su trabajo.

Yo asiento, pero no sé qué decir. Odio verla sufrir así. Odio que esto tenga tanto peso en su vida diaria y que haga que se sienta incapaz.

—Tenías veintidós años. Acababas de salir de la universidad.

—Debería haberme fijado mejor. —Respira hondo y suelta el aire despacio—. Alguna de esas granjas tuvieron que cerrar y vender el terreno. Muchas de ellas eran negocios familiares de varias generaciones. Mucha gente salió mal parada por mi error.

Me quedo un rato callado. Simplemente la observo y me pregunto cómo sería si eso no hubiera pasado. Si siguiera en ese trabajo y le encantara lo que hace.

Joder, quiero ver a Darcy disfrutar de su trabajo otra vez. Quiero ver cómo se le ilumina la cara como esta noche.

—Todos cometemos errores.

—Sí. Todos cometemos errores, pero a veces esos errores hacen daño. Por eso ahora trabajo en seguros —admite con media sonrisa —. Nadie resulta herido. Los viejos ricos igual pierden un poco de dinero, pero nadie se queda en bancarrota y no hay despidos.

Pone una sonrisa rápida y tranquilizadora, como si estuviera apaciguando la conversación y protegiendo su vulnerabilidad. Pero las palabras se me enredan en el pecho, tiran y arañan.

Cierra los ojos y se acomoda bajo el edredón.

—Buenas noches, Hayden.

Quiero más para ella. Quiero que se sienta en la cima del mundo, que le entusiasme su trabajo y que tenga la sensación de que está haciendo algo importante. Quiero que se arriesgue y que entienda que, a veces, merece la pena hacerlo.

—Buenas noches, Dar.

Me despierto a la mañana siguiente haciendo la cucharita con Darcy. Su cuerpo está encajado contra mi pecho, suave y cálido, con todo el pelo sobre mí y su dulce aroma en la nariz. Una sensación intensa de comodidad y posesión me recorre de arriba abajo.

Encaja perfectamente en mi cuerpo, como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Mientras duerme, suspira y mueve las caderas, apretándolas más contra mí. Se me va toda la sangre a la polla y me duelen los huevos.

Se le escapa un ligero gemido y lo vuelve a hacer. Aprieto la mandíbula por lo agradable que es sentir su cuerpo contra mi polla,

lo agradable que es que me desee de esta forma. Siento la necesidad de arrancarle el pantalón del pijama y frotarme contra su coño; sin embargo, la abrazo más fuerte y la aprieto más contra mí, y dejo que mis labios se entreabran sobre la piel desnuda entre su hombro y su cuello.

No debería estar haciendo esto, pero estoy medio dormido y no pienso con claridad. Tiene la piel increíblemente suave bajo mi boca y podría pasarme horas así, provocándonos el uno al otro.

Le cambia la respiración y se tensa. Luego levanta la cabeza y se encuentran nuestras miradas. Abre mucho los ojos.

—Perdona. —Se aparta, yo quito el brazo y me pongo bocarriba.

Menos mal que entre los calzoncillos apretados y el edredón grueso no puede ver mi erección y cuánto he disfrutado lo que acaba de pasar.

En el otro lado de la cama, me sonríe avergonzada. Está asombrosamente guapa esta mañana.

—¿Has dormido bien? ¿No te he dado patadas ni me he puesto a hablar de la secuencia Fibonacci?

Yo me río y sacudo la cabeza.

—He dormido como un tronco.

La constatación me hunde el estómago: no ha sido una casualidad, realmente duermo mejor que nunca con Darcy en mi cama.

Nos quedamos un instante mirándonos.

—Yo también.

Volvemos a mirarnos a los ojos y el corazón me late con más fuerza. Quiero quedarme en la cama con ella para siempre, hablando con tranquilidad. Se me viene a la cabeza otra vez el momento de anoche en el bar.

—Me gusta que estés haciendo otra vez modelos de hockey.

Ella pone los ojos en blanco.

—Te lo pasas bien, ¿no? A lo mejor con eso basta. —Me acerco para cogerle un mechón de pelo malva y se lo pongo por encima del labio, como un bigote.

Por debajo, ella sonríe.

—Me gusta ver que te vuelves a entusiasmar por algo.

Ella hace un ruido de satisfacción.

Se me van los ojos a su boca y la necesidad de acercarla a mí y besarla me ataca de nuevo. Nos miramos a los ojos y algo brilla en los suyos. Por un momento, pienso que a lo mejor ella siente lo mismo.

—Tengo que prepararme para ir a trabajar.

—Sí. —Asiento—. Voy a llamar al de mantenimiento para lo de tu ventana. Cuando llegues está noche, ya estará arreglada.

Ella me sonríe con gratitud y se marcha. Cierra la puerta de mi habitación al salir y yo me quedo allí, escuchando los sonidos que hace mientras se prepara para ir a trabajar mientras envuelvo la mano alrededor de mi polla y hago movimientos lentos y sinuosos, provocándome hasta que oigo la puerta de casa cuando se va.

Con movimientos más rápidos y firmes, me corro a lo bestia, una luz blanca me nubla la visión y el placer me recorre el cuerpo como una corriente eléctrica por las venas mientras me derramo sobre el abdomen con un gruñido. Nunca soy capaz de correrme sin hacer ruido. La respiración me agita los pulmones y la cabeza se me llena con imágenes de Darcy, tan suave, tan dulce, tan follable. Mi Darcy.

Como siempre, el orgasmo no es suficiente. Después, la deseo más que nunca. La necesidad de tomar el control aumenta. Es la misma sensación que tuve en la pista la otra noche cuando marqué el gol.

Más tarde, de camino a la cocina, me paro en la puerta de su dormitorio y me fijo en la caja que hay en el escritorio, sin abrir más que la caja del envío.

El vibrador.

Recuerdo el vídeo de instrucciones que apareció en su ordenador anoche. No es cosa mía y no voy a entrometerme. Da igual cuánto quiera intervenir, ayudar y hacer que se sienta segura.

Hacer que se corra.

Me obligo a ir a la cocina y me aclaro la mente mientras llamo otra vez al tío de mantenimiento para que arregle la ventana.

No. Es. Mi. Problema.

Capítulo 36

Hayden

A los diez minutos de empezar el partido contra Boston, obtenemos la primera jugada de superioridad. Todos los que estuvieron en el bar la noche que Darcy les contó el modelo analítico se miran.

Ella duda, pero yo no.

—¿Y si cambiamos el equipo de la jugada de superioridad? —le sugiero a Ward en el banquillo.

Él levanta una ceja y se me queda mirando.

—¿El equipo que he seleccionado con detenimiento y con el que llevo toda la temporada entrenando?

Yo miro a Miller, cuyos ojos brillan con curiosidad, y luego asiento a Ward.

—Sí. Creo que deberíamos probar algo diferente.

A Ward se le curva la boca hacia arriba.

—Muy bien, Owens. ¿Qué quieres que hagamos?

—Podemos cambiar a Volkov por Novotny. —Jayden Novotny es el defensa de segunda línea que Darcy sugirió, el que juega más a la ofensiva que Volkov—. Y a Miller por Lockwood.

—¿Quieres que saquemos a Miller de la pista durante una jugada de superioridad?

Miller y yo intercambiamos una mirada y él agita las cejas sin ofrecer ninguna ayuda.

—Sí. —Asiento a Ward—. Así es.

—¿Miller? —Ward lo mira—. ¿Algo que añadir?

—Nop. —Miller nos sonríe—. Pero estaría bien probarlo.

Ward sacude la cabeza con un atisbo de sonrisa en la boca.

—A por ellos, muchachos.

El equipo revisado se coloca en sus posiciones para el saque, y le damos al disco. Novotny sale disparado y serpentea entre los defensas mientras el ruido de las gradas va en aumento.

Dispara a la portería, pero el portero lo bloquea. Hay un «oooh» colectivo de decepción momentánea, pero luego Lockwood vuelve a hacerse con el disco.

Quedan veinte segundos en el reloj de la jugada de superioridad.

Me pasa el disco y lo intento. Esta vez, el disco sale disparado contra la red. El estadio ruge feroz y la bocina de gol empieza a sonar mientras mis compañeros me rodean. Siento la sangre en las orejas y miro a Darcy, sentada detrás de la portería, sonriendo y animando.

«¿Ves?», le digo con la cara. Y ella sonríe más.

—Owens. —Ward se acerca a mí en el vestuario—. Buen trabajo esta noche. Me ha gustado lo que has hecho en la jugada de superioridad. —Sacude la cabeza—. No es fácil arriesgarse de esa forma, pero a veces merece la pena.

—No ha sido idea mía. Ha sido de mi... —me tambaleo ante la forma de referirme a ella—, compañera de piso, Darcy. Es actuaria y le gusta hacer modelos analíticos para pasar el rato.

—Para pasar el rato —repite Ward con una sonrisa.

Yo me río.

—Sí. Está licenciada en Estadística y le encanta hacer ese tipo de cosas.

—¿Y está buscando trabajo?

—No lo sé. —Algo se me empieza a agitar en el pecho. Darcy trabajando para el equipo. Sería increíble. Estoy seguro de que a ella le gustaría mucho más que su trabajo de ahora en los seguros. Puede que incluso venga alguna vez a algún partido fuera. La idea de que se emocione por un trabajo y que se le ilumine la cara haciendo algo que le gusta multiplica mis esperanzas—. Deberías preguntarle.

Ward pone una expresión pensativa y asiente para sí.

—Quizá lo haga.

Capítulo 37

Darcy

El fin de semana siguiente, Georgia y yo estamos otra vez de compras cuando me lleva a una tienda muy tranquila.

Es un mar de lencería. Aprieto más fuerte las bolsas que llevo en la mano. Ya me he comprado un par de tacones que dicen «fóllame», según Georgia, y un par de tops de su tienda de segunda mano favorita.

Se me van los ojos a una silla de terciopelo que hay al fondo de la tienda, cerca del probador.

—Te espero ahí. Tómate el tiempo que necesites.

—Eh, no. He visto tu ropa interior. —Me mira con lástima, haciendo referencia a la vez que me ayudó a subirme una cremallera y utilizó la frase «saco de patatas baratas» para referirse a mis bragas—. Esto es una intervención.

Yo le devuelvo una mirada dolida.

—¿Qué le pasa a mi ropa interior?

Empieza a mirar un perchero de tangas transparentes.

—¿Quieres que te responda, o prefieres sentirte guapa y buenorra? —Encuentra mi talla y me da uno antes de ponerse a rebuscar entre los sujetadores a juego.

—No necesito ropa interior cara para sentirme buenorra. —Noto la cara caliente al recordar que hace una semana me desperté en la cama de Hayden, apretada contra su tremenda erección.

Con eso que tiene ahí, no me extraña su facilidad con las mujeres. Trago.

—No. —Georgia medita mientras rebusca entre más prendas increíblemente sexis con las que yo parecería una idiota, como una niña que juega a disfrazarse—. Pero siempre ayuda.

—No sé si estoy preparada para acostarme con nadie todavía. —No digo nada de que Hayden y yo nos besamos en la fiesta de la serie, ni de que para eso sí me sentía completamente preparada.

—La lencería no tiene por qué ser para los demás. Es para ti. —Curva la boca en una sonrisa pícara—. Hay un cierto poderío en tener un secreto. A veces, cuando el ruso me está haciendo sus comentarios de mierda o me mira los pies, pienso: «Lo que llevo debajo de la ropa te derretiría los ojos». —Se queda mirando a la nada durante un momento, hasta que sale del trance y me sonríe—. Pruébate algunas cosas. Si no te gustan, no te las compres.

Buscamos por la tienda un poco más y empiezo a notar los nervios en el estómago ante la idea de ponerme alguna de estas prendas. No sé por qué; tampoco es que vaya a verlas nadie.

A lo mejor porque tengo la sensación de que es otra forma de dejar atrás a mi viejo yo.

O a lo mejor porque cada vez que me planteo llevar una de las prendas de encaje, me pregunto si a Hayden le gustaría. Me quedo mirando un liguero color crema y me imagino sus manos grandes desabrochando los clips diminutos, y siento un escalofrío por la espalda.

—Debe molar mucho tener el piso para ti sola cuando los chicos están fuera —dice Georgia.

El equipo lleva fuera cinco días, en una gira de partidos, y no, no mola nada tener el piso para mí sola.

Echo de menos a Hayden.

—Dormimos en la misma cama —suelto de repente.

Se le queda la mano paralizada entre las prendas y luego me mira con unos ojos interesados y una sonrisa en la boca.

—Continúa.

—Porque la ventana de mi habitación se rompió y no cerraba.

Ella me mira impasible.

—¿Es una broma?

—Lo digo en serio. —Me ahogo en una risa—. Mi ventana no se cerraba y hacía frío y yo quería que él descansara bien porque tenía partido al día siguiente y... —Me interrumpo porque la sonrisa de Georgia crece.

—Ajá. —Lo dice como si no se creyera nada y sonríe como una gata—. ¿Querías que descansara bien? Qué maja.

Me arde la cara. Puedo poner todas las excusas que quiera, pero la verdad es más que evidente: quería dormir en la misma cama de Hayden. Su olor a la mañana siguiente y la sensación de su cuerpo robusto y ancho envuelto alrededor del mío vuelven a ocupar mi mente y se me pone la piel de gallina.

—Y, em, nos despertamos haciendo la cucharita y él estaba empalmado y me froté contra él sin querer.

No he podido parar de pensar en esto y ahora está saliendo todo a la superficie.

—Mmm. —Asiente satisfecha—. Interesante. Quiero que me cuentes más.

Todavía no he usado el vibrador que me compró. Si lo hago, pensaré en él, y me preocupa lo que pueda pasar después. Me gustará demasiado.

En realidad me gusta él demasiado. Y a lo mejor me pasa desde hace mucho tiempo. Ya no lo tengo claro.

Nos miramos a los ojos y algo en mi cara hace que la suya se relaje.

—Es mi mejor amigo y mi maestro y hay un millón de motivos por los que no deberíamos enrollarnos.

El sonido que emite parece significar que está de acuerdo a regañadientes.

—Todavía estoy averiguando qué hacer con mi vida. —«Todavía estoy intentando encontrarme» es lo que quiero decir, pero no sé cómo hacerlo—. No quiero perder de vista eso.

Ella murmura y asiente.

—Eso no te lo puedo discutir. —Una sonrisa tensa estira su boca —. Los tíos lo fastidian todo.

Tiene un tono disgustado en la voz. Quiero saber más, pero ella me hace un gesto para que vayamos al probador.

—Deja de dar largas.

Quince minutos después, miro mi reflejo en el probador.

Es la luz cálida y favorecedora lo que hace que me vea tan bien. O la cortina de terciopelo detrás de mí. O a lo mejor es el olor fresco y tranquilizador de la tienda, de vainilla y limón.

O a lo mejor es que este es el aspecto que tengo con la lencería de lujo. Una sensación de orgullo y satisfacción me recorre el cuerpo, y respiro hondo observando cómo se eleva el escote del sujetador. El delicado color lila de las flores bordadas hace juego con mi pelo y me queda perfecto. La tela es suave y lujosa, como si alguien hubiera dedicado mucho tiempo y esfuerzo en confeccionar cada prenda. Se me expande algo en el pecho, se hincha y hace que me ponga más recta.

Creo que mis otros sujetadores no son de mi talla, porque mis tetas no tienen este aspecto.

—¡¿Soy la mejor o no?! —grita Georgia desde el otro lado de la cortina.

Aunque todavía no consigo imaginármelo, supongo que me tendré que tomar en serio lo de empezar a salir con gente en algún momento. «Un mujeriego siempre está seguro y relajado», decía la lista, y llevar algo así bajo la ropa me daría, sin duda, el empujón que tanto necesito.

«Lo que llevo debajo de la ropa te derretiría los ojos», dijo Georgia antes. Noto un subidón de entusiasmo al pensar en Hayden viéndome con esto. O simplemente en ponérmelo cuando estemos juntos, sin que él lo sepa.

No pasará nunca, pero es divertido imaginarlo.

—Sí —le respondo conteniendo una sonrisa.

Salgo del ascensor en nuestra planta justo cuando Hayden está saliendo del piso de enfrente.

—Gracias por la ayuda, tesoro —le dice Greta, una vecina anciana. Luego me ve y me sonríe con cariño—. Hayden me estaba ayudando con mis ventanas, porque yo no llego. —Lo mira y asiente orgullosa —. Se le da muy bien limpiar ventanas.

Hayden y yo nos reímos. Este tío gana millones jugando al hockey, pero el orgullo no le impide limpiarle las ventanas a nuestra vecina. Siento un calor en el pecho.

—Sí que lo es —digo con una sonrisa.

—Qué jovencito más apañado te has buscado. —Se le arrugan los ojos con una sonrisa—. Ya no los hacen así tan a menudo.

Él se mueve incómodo, y yo le sonrío.

—Ya. Vale un potosí.

—Que no se te escape. —Me guiña un ojo y cierra la puerta.

En el pasillo en silencio, Hayden y yo nos empezamos a reír.

—¿Qué tal el vuelo? —le pregunto con la puerta abierta para que pase. Ha llegado hace un rato.

—Bien. —Señala mis bolsas con la barbilla—. ¿Más compras?

—Georgia y yo hemos ido de compras después de trabajar.

Él hace un ruido de satisfacción.

—¿Qué has comprado?

—Unas cuantas camisetas, un par de zapatos. —Y una lencería increíblemente sexi que me callo.

Se sienta en uno de los taburetes de la cocina y yo suelto las bolsas.

—¿No me enseñas nada?

Aparto la bolsa de la lencería, menos mal que la bolsa de papel no tiene el nombre de la tienda, y saco las dos camisetas que me he comprado. Él me observa con interés mientras abro la caja de zapatos, pero cuando levanto uno de los tacones de terciopelo azul, su sonrisa desaparece.

—Georgia me ha convencido para que los compre. Sé que son muy diferentes de lo que suelo llevar, y son de terciopelo, por lo que aquí solo me los podré poner como dos veces al año, pero... —Me encojo de hombros—. Son bonitos para la primavera.

Y los quería. Me hacen sentir sexi, adulta y con estilo.

—Creo que se llaman zapatos «fóllame». —Hayden se queda mirando los zapatos y su voz tiene un tono severo que hace que se me ponga la piel de gallina.

El deseo se me dispara por todo el cuerpo.

—¿Sí? —Pongo una voz aguda—. No lo sabía.

Él traga, parpadea y aparta la mirada.

—¿Y qué hay en esa bolsa? —Coge la bolsa de papel blanca y me pongo nerviosa.

—No, no...

Saca un sujetador de encaje delicado, color crema con florecitas lilas bordadas en la tela, y me quedo paralizada al verlo con la lencería en sus manos tan fuertes.

Durante un momento, simplemente se queda mirándolo. Luego lo vuelve a soltar en la bolsa. Nos miramos a los ojos; se le han puesto los pómulos de un adorable tono rosado; a mí me arde la cara.

Me encojo de hombros muerta de vergüenza y sonrío.

—Georgia me ha hecho comprarlo.

—Ya. —Se pasa la mano por el pelo y se le mueve la garganta cuando traga—. Qué bien. La lencería está guay.

—Para vestir como una «hombreriega» y tal.

Se le mueve un músculo cerca de la sien y mueve los ojos hacia mí, le titilan por algo. ¿Me está imaginando con la lencería puesta?

Por supuesto que no.

Se levanta, mira la bolsa de la lencería y aparta la mirada rápidamente.

—¿Has cenado?

Sacudo la cabeza.

Le brillan los ojos y agita las cejas mirando mis tacones nuevos. La tensión se disipa y vuelvo a respirar.

—Pues vamos a darles un paseo a tus nuevos zapatos.

Capítulo 38

Hayden

—Los cerezos florecerán pronto. —Darcy mira con atención a los árboles mientras volvemos a casa después de cenar.

A mí se me va la cabeza al sujetador de encaje que saqué de la bolsa en casa. Las flores bordaras eran diminutas, delicadas y preciosas. No puedo parar de pensar en cómo estará con algo así puesto. En cómo sentiría esas flores bajo los labios mientras le doy besos por la parte baja de los pechos y la provoco.

Es justo lo que yo le habría comprado, si le comprara lencería.

Que no lo voy a hacer.

Pero es en lo que estoy pensando y en lo que llevo pensando toda la noche.

¿Qué más hay en esa bolsa blanca? ¿Unas braguitas a juego? Me la imagino estirada en mi cama, sonriéndome, con el conjunto de lencería, mientras yo decido dónde tocarle primero. Darcy con la lencería que ella ha elegido, con la que se siente sexi... es casi demasiado para soportarlo. Y luego están esos zapatos a los que llevo desviando la mirada toda la noche.

Nunca he sido fetichista de los pies, pero de pronto Darcy se pone unos taconcitos sexis como esos y uf, válgame Dios.

Tengo que alejarme de ella antes de cometer alguna estupidez. Necesito hacerme una paja. Necesito besarla de nuevo. Necesito quitármela de la cabeza, porque se me está yendo la olla.

Ella me mira expectante y vuelvo de un salto al presente.

—¿Qué?

Se ríe con los ojos verdes iluminados por la suave luz de la noche.

—Decía que echo de menos los cerezos en Vancouver.

Yo exhalo con fuerza.

—Sí. Son... muy bonitos.

Mantiene su mirada sobre mí y une las cejas con preocupación.

—Estás muy callado esta noche. ¿Va todo bien en el equipo?

—Genial. —Pongo una sonrisa segura y coqueta, pero ella estrecha los ojos como si viera mi interior.

—¿Te gusta jugar a la ofensiva?

—Sí —admito—. Aunque todavía tengo que acostumbrarme. —Pese al intento de Miller de motivarme, hay algo que no termina de encajar. Siento una incomodidad en el pecho, como un pinchazo. Al menos nos ha quitado a Ward y a mí la prensa de encima.

—Tu forma de jugar cambió en Nueva Jersey. —Inclina la cabeza cuando me mira—. Tu asistencia media bajó, pero empezaste a marcar más goles.

Sonrío con más sinceridad, porque me encanta cuando se pone a hacer cálculos mentales. Seguro que sabe el porcentaje exacto, pero se está conteniendo porque no quiere parecer una friki.

Aunque a mí me gusta cuando se pone friki. Darcy logra que las matemáticas parezcan sexis.

—¿Sí? —Arqueo una ceja para provocarla—. No sé yo.

Le destellan los ojos con determinación.

—Tu índice de asistencia bajó un veintinueve por ciento, sin embargo, el de goles aumentó un treinta y dos coma cuatro por ciento. Si sigues así la próxima temporada, serás uno de los tres máximos goleadores de la liga.

Aparece en mi cara una sonrisa de satisfacción.

—Te pillé.

Ella pone los ojos en blanco con una sonrisa.

—Me has engañado.

—Me encanta cuando me hablas de números, nena.

Resopla.

—Se supone que tienes que enseñarme cómo ligar con tíos, no a asustarlos.

—¿Qué dices?

—No puedo ponerme a hablar sobre estadísticas con otros tíos —dice, como si fuera lo más evidente—. Es aburrido y raro. Parezco un robot.

Se me tensa el estómago con lo de «otros tíos».

—Hablar de las cosas que te apasionan es sexi, Dar. Deberías hablar de estadísticas en todas las citas.

La palabra «citas» es como masticar arena. «Solo citas conmigo», me encantaría añadir.

—Tú no eres como los demás.

Algo me tira del pecho.

Ella suspira.

—La mayoría de los tíos no quieren oír hablar de esas cosas.

—¿Con la mayoría te refieres a Kit? —pregunto sin pensarlo dos veces.

Ella se encoge de hombros, y para mí ya es suficiente respuesta.

Él nunca presumió de que ella se dedicara a la estadística. Las veces que lo vi presentarla en algún evento, se refería a ella como su novia, y ya está. No decía nada de que era actuaria o que había estudiado matemáticas o que le encantaran las novelas de *romantasy* o que siempre nos ganaba a los bolos.

No la trataba como si fuera una persona independiente.

—Ey. —Dejo de andar y la agarro por la muñeca.

Se está poniendo el sol y la luz de la hora dorada resplandece sobre su pelo malva. Debajo de mi mano, se desliza entre nosotros la pulsera que le regalé. Se la pone todos los días. Siento una descarga posesiva de orgullo masculino y la necesidad de regalarle más joyas.

—Deberías hablar de estadística en las citas. Si el tío lo ve raro, es porque es un gilipollas inseguro, ¿entendido? Los hombres de verdad no se sienten amenazados por una mujer inteligente que sabe usar una calculadora gráfica.

Cierra los ojos y se ríe en silencio. Recuerdo lo suave que es su piel cuando la toco.

—Hace años que no uso una calculadora gráfica.

—Bueno, pero sabes usarla, ¿no?

Ella sonríe y pone los ojos en blanco.

—Mhm. Pues eso. ¿Quieres que te dé un consejo? Quédate con quien quiera TI-83 contigo toda la noche.

Se le mueve el pecho con una carcajada.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. —Sacudo la cabeza y suelto una respiración larga, como si estuviera cachondo. Bueno, lo estoy un poco—. Pero, joder, suena muy sexi.

—Qué raro eres —dice, y empieza a andar de nuevo.

Le suelto la muñeca y camino a su ritmo.

—Tus recomendaciones funcionaron el otro día en el partido.

Desliza la mirada hacia mí con los ojos muy abiertos, y luego sacude la cabeza, quitándole importancia.

—Tuvisteis suerte.

—No fue suerte. Es lo que tú dices con estas cosas, ¿no? No es suerte, es una circunstancia pronosticada. Tenías razón, Dar. Tus cálculos funcionaron.

Ella se muerde el labio y yo espero en silencio que cambie de opinión y se olvide de todo el pasado. «Tienes razón, soy toda una genia», dice en mi ensoñación.

Se le curva la boca en una sonrisa.

—Todavía no me has dicho qué cambió.

—Miller me dijo que si no marcaba un gol, te emparejaría con alguno de los novatos. —Todavía siento cómo aumenta esa sensación protectora en el estómago—. No en plan turbio. Iba a animarlos para que hablaran contigo en el bar.

A Darcy le brillan los ojos.

—Pero si tienen, ¿cuánto? ¿Veinte años?

—Uno tiene dieciocho.

Ella se ríe.

—¿Por qué iba a salir con un niño de dieciocho años? Sería como salir con mi hermano pequeño.

Siento un gran alivio.

—Ya, no sé por qué pensó que era buena idea.

—A ver, buena idea ha sido. —Me lanza una mirada punzante.

Ahora que lo pienso, me parece una estupidez. ¿Por qué le iba a gustar a Darcy un crío que acaba de salir del instituto? Me obligo a encogerme de hombros. Se me están calentando las orejas.

—No quería que estuvieras incómoda.

—Hayden. —Me da un codazo en las costillas. La forma en la que dice mi nombre hace que sienta la sangre caliente y densa, como miel—. A veces eres demasiado bueno, ¿lo sabes?

—No digas eso. —Se me tensa el pecho y el corazón me late con fuerza.

Ella me mira con ojos divertidos, pero cuando dice cosas así, con ese tono tan cariñoso, mirándome como si fuera algo más que una cara bonita y un buen polvo, siento esperanzas.

Es peligroso.

Abre la boca para decir algo, pero se estremece de dolor y se mira los pies.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Los zapatos. —Se agacha para tirar de la hebilla—. Me hacen daño. ¿Cómo lo hace Georgia para usarlos todos los días? Me dijo no sé qué de ponerme celo en los dedos, pero en casa no había. —Empieza a andar otra vez, pero la expresión de dolor no desaparece de su cara.

La preocupación me golpea y le agarro la muñeca para que se pare.

—No puedes andar, Dar. Te van a salir ampollas.

—Ya tengo ampollas. No pasa nada. Estamos a dos manzanas de casa.

Lanzo una mirada a los zapatos. Putos zapatos sexis que le causan dolor. Podría pedir un coche compartido, pero llegaríamos antes andando, y mis instintos me están gritando que lleve a Darcy a casa para que se pueda quitar los zapatos.

Me coloco dándole la espalda y me pongo de rodillas.

—Sube.

—¿Qué? No, estoy bien.

—No es verdad. Te duelen los pies. —Verla sufrir me provoca dolor en el pecho—. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas.

—¿Cómo es por las malas?

Me levanto, la cojo y sigo andando. Ella tiembla de risa. La gente nos mira y una anciana nos sonríe al vernos juntos.

—¡Vale, vale! —Darcy me da golpecitos en el pecho—. ¡Cooperaré!

La dejo en el suelo y me agacho. Se sube y engancho las manos bajo sus muslos cuando ella me pasa los brazos por el cuello. Su

cuerpo emana calor y me noto sonreír mientras su pelo me hace cosquillas en la nuca.

—Así me gusta.

Capítulo 39

Hayden

Unos minutos después, Darcy abre la puerta de nuestro piso y yo la llevo dentro.

—Ya puedes bajarme. —Se ríe.

La llevo al dormitorio y la dejo sobre la cama, luego me arrodillo en el suelo y muevo la mano hacia la hebilla del zapato.

—No hace falta... —empieza a decir, pero ya le he quitado el zapato y voy a por el otro.

—¿Vas a necesitar que te lo vende? —Le inspecciono el pie agarrándola por el tobillo—. No tienes sangre.

Ella sacude la cabeza con la boca torcida en una sonrisa a regañadientes pero satisfecha, y el corazón me da un vuelco.

—Qué bien me cuidas siempre.

Le guiño un ojo.

—Para eso estoy.

—Estás para más que eso. —Mueve los ojos sobre mí y se me pone la piel de gallina por la atención tan intensa—. Me gusta mucho estar contigo.

Pienso en la lencería que se compró, que se pondrá para cualquier otro tío, y siento la urgencia de meter baza.

—En fin, buenas noches. —Me levanto y le tiro el edredón encima de la cabeza.

—Son las nueve. —Se ríe mientras se aparta el edredón de encima, toda despeinada y adorable—. Es muy temprano para dormir.

Me apoyo en el marco de la puerta y me quedo mirándola. Debería irme. Mis ojos se mueven por la habitación y se detienen en la caja sobre el escritorio. Solo se ve una esquina por debajo de un montón de papeles.

Todas las noches me tumbo en la cama esperando oír el vibrador, pero todavía no ha ocurrido. No sé qué haré cuando suceda. La simple idea de ella usándolo al otro lado de la pared me manda toda la sangre a la entrepierna.

—¿Qué tal el vibrador?

¿Por qué le he preguntado eso?

Le arden los ojos por la sorpresa y los lleva a los míos, pero los vuelve a apartar enseguida.

—No lo he usado.

Hay una pausa muy larga.

—Me intimida. —Se apresura a decir sin mirarme a la cara. Se le ponen las mejillas rosas de un modo adorable—. Quiero hacerlo. Pero me pone nerviosa, supongo. Es una estupidez.

—No. —Me paso una mano por el pelo—. No es ninguna estupidez. Tienes derecho a sentirte como quieras.

Nos miramos a los ojos antes de apartar la mirada. Otro silencio largo. Me late el corazón en los oídos.

—A lo mejor podrías ayudarme —dice, y se me acelera el pulso—. No sé, con algunos consejos o algo. —Se le mueve la garganta al tragar.

Se me van los ojos al top y me quedo mirándole el escote mientras me la imagino con la lencería que vi antes.

No deberíamos. No deberíamos entrar en este territorio. Cada vez me cuesta más fingir que estoy haciendo esto por la pura bondad de mi corazón.

—¿Es lo que quieres? —Intento respirar con normalidad.

Ella asiente y los nervios y las expectativas me inundan la sangre.

—Pero me gustaría decirte algo. —Junta las cejas y baja la mirada. La vulnerabilidad en su expresión hace que quiera cogerla entre mis brazos y apretarla fuerte—. Eres mi mejor amigo.

El corazón me da un brinco en el pecho.

—Tú también eres mi mejor amiga, Dar.

—¿En serio? —Se le curva la boca con la sonrisa más dulce que he visto jamás.

No puedo evitar reírme. ¿Cómo es posible que no lo sepa? Me paso cada momento libre que tengo con ella.

—Claro que sí.

—¿No es Kit? —Pierde un poco la sonrisa y a mí me duele el pecho.

Un sentimiento feo y frío me recorre el cuerpo. Él no presumía de ella. No la valoraba. La tuvo durante años y nunca la reforzó como se merecía.

—Después de que me contaras lo que pasó en Fin de Año —admito mientras me siento a su lado en la cama—, no quiero a alguien así en mi vida.

Decirlo en voz alta es un alivio.

—En Navidad, cuando fuimos a Ontario a visitar a la familia y nos pasamos la tarde jugando a videojuegos y comiendo chocolate, ¿te acuerdas? —Le sonrío y se le curva la boca—. No le eché de menos. —Muevo un centímetro el meñique para tocar el suyo—. Pero a ti sí te habría echado de menos.

Antes, jamás podría haberlo admitido, ni siquiera era del todo consciente, porque me habría convertido en un gilipollas por tener esos pensamientos hacia la novia de mi colega.

Pero ya no es su novia.

La sorpresa inunda sus preciosos ojos verdes. Curva la boca en una sonrisa pequeña y esperanzada.

—Yo también te habría echado de menos.

Algo se me acomoda en el pecho y, durante un momento, simplemente nos quedamos mirándonos. La tensión se palpa en el aire y ella mantiene el contacto de su dedo con el mío.

—Si lo hacemos —empieza a decir, mordiéndose el labio con una mirada insegura, y a mí se me aprieta la polla—, no podemos estar raros después.

—Estoy de acuerdo. —Asiento. Eso es lo último que quiero, que la situación sea tan incómoda que se cargue nuestra amistad y ella termine mudándose y perdamos el contacto. Mi mayor pesadilla—. No será raro. —Siento la determinación por todo el cuerpo—. No lo permitiremos.

¿Mis sentimientos por Darcy? Se quedarán exactamente donde están.

—Solo voy a enseñarte a usar el vibrador. —Me quedo mirándole la boca, carnosa y preciosa—. Somos adultos.

—Totalmente. —Se le mueve la garganta y se muerde el labio.

Recuerdo lo que sentí al besar ese labio, tirar de él con mis dientes, y el gemido de placer que dio ella. La excitación me tensa todo el cuerpo.

—Antes tienes que calentarte.

—¿Calentarme? —Parece un poco aturdida.

Yo carraspeo.

—Ponerte cachonda.

—Ah. —¿Está respirando más fuerte de lo normal?—. Igual podríamos ver porno o algo. —Se le levanta la comisura de los labios y nos miramos a los ojos—. Al final no me dijiste qué te gustaba.

¿La pareja que se parece a nosotros? No puedo enseñarle eso. Se dará cuenta. Pero, aun así, saco el teléfono. ¿Por qué no iba a poder disfrutar Darcy de porno sano y seguro?

—Hay un vídeo que a lo mejor te gusta. —Inicio sesión en mi cuenta de OnlyFans. Solo estoy suscrito a un canal, así que es fácil de encontrar—. Son un matrimonio. —Deslizo por los vídeos hasta que encuentro el que estoy buscando—. En este vídeo ella no se corre, pero lo disfruta. —Solo con hablar de esto con Darcy ya me estoy empalmando—. En este vídeo ella es la protagonista. A lo mejor es una buena forma de empezar.

Respiro hondo y le analizo la cara. Está nerviosa, pero hay fuego en sus ojos.

—Vale. —Traga y se coloca el pelo detrás de las orejas.

Mi parte competitiva, provocada por el estúpido reto de Miller el otro día en la pista, se ha despertado. ¿Darcy quiere tener todas esas experiencias que se ha perdido? Voy a hacer que este sea el momento más memorable de su vida.

—No hace falta que te corras. —Mi voz suena grave y el corazón me late cada vez más fuerte cuando nos miramos a los ojos—. Puedes disfrutar, sin más. Esto es para ti.

—Claro. —Asiente—. Genial.

—Puedes cambiar de opinión en cualquier momento. Y vamos a seguir siendo siempre amigos, pase lo que pase.

Ella asiente más tranquila. Me acomodo a su lado y me apoyo en el cabecero. Pongo el teléfono entre nosotros sobre una almohada.

—¿Lista?

Ella asiente y le doy al *play*.

Capítulo 40

Darcy

En la pantalla, ella está tumbada en el colchón mientras él entierra la cabeza entre sus piernas y arrastra la lengua una y otra vez. Ella le agarra del pelo y el anillo de boda brilla bajo la luz del sol de la tarde.

—No pares. —Ella respira sin dejar de tirarle del pelo. Él gruñe y se le tensan los músculos de la espalda. El deseo se me retuerce en el abdomen. Ella se arquea y, cuando él sube la mano hasta su pecho y empieza a jugar con el pezón, siento una oleada de excitación en mi cuerpo.

Miro de reojo a Hayden, que está tumbado a mi lado, mirando el vídeo. Se parecen a nosotros. No es solo por el color del pelo de él, o porque sea un bloque cincelado como Hayden, o porque seguramente ella mida lo mismo que yo y tenga el pelo de un tono parecido al mío antes de teñírmelo.

Es porque él la toca con una facilidad tranquilizadora, posesiva pero cariñosa. Me recuerda a cómo me besó Hayden en la fiesta de la serie, como si fuera suya y me fuera a cuidar mejor que nadie.

Hayden mira el vídeo con concentración, con las manos sobre el abdomen. Tiene la respiración alterada, pero no mueve ni un músculo.

En la pantalla, ella vuelve a ahogar un grito y, aunque se me tensan los músculos íntimos y se me acumula la humedad entre las

piernas, siento un poco de envidia. Yo quiero eso, y quiero que sea Hayden el que me lo haga.

Sé usar el vibrador. El vídeo que me puse, el que se reprodujo a todo volumen en el bar, era bastante claro. Lo que pasa es que me preocupa pensar en Hayden mientras lo uso. Tengo la sensación de que utilizarlo es como dar un paso más hacia algo muy muy arriesgado y peligroso.

Casi al final del vídeo, en lugar de correrse, ella le tira de los brazos y él se coloca sobre ella y la besa con delicadeza y cariño. Es tan tierno que me duele el corazón. ¿Este es el porno que le gusta a Hayden? Pensaba que sería algo rápido, sexi y frenético.

El vídeo termina, pero no nos movemos. El deseo me palpita por el cuerpo y se acumula entre mis piernas.

—¿Hayden? —digo resoplando, sin ser capaz de apartar la mirada de la pantalla, pero siendo plenamente consciente del hombre que está a mi lado.

—Dime. —Tiene la voz ronca.

—Creo que estoy lista. —Me humedezco los labios—. Estoy cachonda.

Él asiente rápido y respira hondo.

—Vale. Sí, genial...

Nos miramos. La tensión a nuestro alrededor va a estallar, y tengo que controlarme mucho para no tirarme sobre él.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta en voz baja mientras me estudia con los ojos cargados de intención.

Yo sacudo la cabeza. A él se le oscurece la mirada.

—¿Tú quieres irte? —pregunto.

Él sacude la cabeza sin apartar los ojos de mí.

—Nop.

Se me tambalea el pulso por la intensidad de su mirada y me pregunto si a lo mejor, a lo mejor, él está deseando esto tanto como yo. Por la impresionante erección que le estira la tela de los pantalones, sé que está excitado.

Es una reacción de nuestros cuerpos, me digo. Claro que estamos excitados después de ver porno. Podemos seguir siendo amigos después. No voy a perder la cabeza por él.

Él se levanta y se acerca al escritorio. Se me acelera el corazón mientras él saca el vibrador dándome la espalda; se le mueven los músculos bajo la camiseta. Lo trae a la cama y el colchón se hunde cuando Hayden se arrodilla en él con el juguete rosa en la mano.

—Esta parte —señala un extremo— te succiona el clítoris, y esta otra —señala el otro extremo— vibra contra el punto G. —Se le mueve la garganta—. Y puedes ajustar la velocidad con estos botones.

Yo asiento y respiro hondo.

—Hazlo tú. —En el fondo de mi cabeza, mi parte racional está flipando y en pánico, preguntándose por qué estoy jugando con una caja de cerillas y una bombona de queroseno, pero la ignoro—. Igual puedes hacérmelo tú —aclaro.

Creo que él tampoco está respirando.

—¿Estás segura?

Asiento. Es lo que quiero. El deseo me invade la zona del clítoris y tengo las braguitas mojadas. Y él huele tan bien y está tan bueno y es tan guapo y amable y perfecto y lo deseo tanto. Lo deseo solo a él. Es así de simple.

Sosteniéndole la mirada, me desabrocho los vaqueros y me los bajo.

—Joder —murmura mientras se pasa la mano por el pelo y se despeina.

Se le oscurecen los ojos, como si estuviera drogado, y se le va la mirada a mis piernas y mis bragas. Me estremezco por la necesidad. Es esa mirada vidriosa y excitada en sus ojos lo que me lleva a quitarme la camiseta, y ahora estoy sentada en mi cama en bragas y sujetador, mientras los labios de Hayden se entreabren como si yo fuera la mujer más sexi del planeta.

Dejar a Hayden Owens sin palabras es una sensación muy potente.

—Tú también deberías quitarte la camiseta y los pantalones —susurro—. Estaría más cómoda así.

Se le tuerce la boca hacia arriba y asiente, luego se quita la camiseta. Observo cómo bailan todos los músculos de su torso con el movimiento, y cuando se desabrocha el cinturón con las manos fuertes, otra corriente de excitación me recorre todo el cuerpo.

—Podemos parar cuando quieras —dice mientras se quita los pantalones.

Se me van los ojos a la barra maciza que deforma el frontal de sus calzoncillos. Me imagino cómo sería agarrarla, firme y palpitante.

—Ya lo sé.

Asiento otra vez y contengo una risa. Por lo mojadas que están mis bragas y el deseo que se me acumula en el bajo vientre, lo que me preocupa más es correrme en cuanto me roce con el vibrador.

Desliza la mirada por mi cuerpo tumbado contra los cojines y seguramente con el pelo despeinado, y respira hondo.

—Qué seriote —susurro.

Él resopla y sonríe rápidamente.

Parece que el Hayden que yo conozco, el provocador, el simpático y el cariñoso, ha vuelto.

—Voy a meterte esto en las bragas —dice, sosteniéndome la mirada y acercándome el juguete. Yo separo las rodillas.

No me puedo creer que estemos haciendo esto. No me puedo creer que sea real. Engancha un dedo debajo de la pernera de mis bragas y desliza el vibrador contra mí. Instintivamente, arqueo la espalda cuando me inundan las sensaciones.

Capítulo 41

Darcy

Hayden hace una pausa con la punta del vibrador tocándome el clítoris, el centro de toda mi conciencia.

—Háblame, Dar.

—Así —consigo decir con el abdomen tenso. El clítoris me arde de lujuria. Creo que tengo los dedos de los pies curvados—. Me gusta, sí.

—¿Seguro?

—Ajá —gimo.

Me mete el otro extremo del vibrador y se me cierran los ojos, se me entreabren los labios y agarro el edredón a medida que la presión y la longitud del juguete me provocan una oleada de placer. Se me acumulan unas chispas en la parte baja del abdomen. El cacharro ni siquiera está encendido y ya percibo la descarga.

—Joder, estás empapada —susurra él con veneración, mirando fijamente entre mis piernas con la mandíbula tensa. Estoy cubierta por las braguitas, pero hay una mancha húmeda en la tela y su pecho sube y baja conforme la analiza. Mueve los ojos a los míos y siento otra palpitación de placer—. ¿Qué sientes?

—Que está apretado.

Se le escapa un gruñido desesperado y cierra los ojos un instante.

—Voy a encender la succión.

Yo asiento y, cuando le da al botón, empieza a sonar un zumbido grave. Lo noto, pero no está centrado sobre el clítoris. Frunzo el ceño.

—Creo que no está bien colocado.

Se le curva la boca.

—Ya lo sé.

Mueve la succión en un círculo lento alrededor del clítoris, sin llegar a tocar el punto de terminaciones nerviosas donde necesito que lo haga. Otra ola de deseo recorre mi cuerpo al darme cuenta de que Hayden me está provocando.

—Tienes que aprender a ser paciente. —Su voz suena áspera.

Se me pone la piel de gallina. ¿Dónde está mi Hayden dulce y divertido, y quién es esta versión suya que me dice qué tengo que hacer?

—Créeme —añade cuando nos miramos a los ojos, y una corriente eléctrica sale disparada por mi cuerpo.

No sabía que existía esta parte suya, pero me gusta mucho. Me rodea el clítoris llevándome cada vez más al límite. No sé si pedirle que usara conmigo el vibrador ha sido la peor o la mejor decisión de mi vida. La parte que vibra dentro de mí todavía no está activada, pero siento los golpecitos delicados y placenteros contra mi pared frontal. El placer se me acumula en los músculos, cada vez más tensos.

—Estás empapando el vibrador —murmura, observando con atención el juguete entre mis piernas. Con la otra mano se apoya sobre la cama.

Siento la necesidad de agarrarlo y subírmelo al pecho para que pueda tocarme por todas partes.

—Más —digo en un aliento.

Él arquea una ceja dejando salir a su parte más engreída de una forma más oscura de la que he visto jamás.

—¿Sí?

Aprieto los labios y me retuerzo contra el juguete en busca de más presión.

—Por favor.

Se le retuerce la boca en una sonrisa arrastrada.

—Creo que ya has tenido paciencia suficiente —dice con un murmullo grave, y, con un movimiento, el juguete empieza a succionarme el clítoris.

Aprieto los dientes por la intensa descarga de placer entre mis piernas.

—Dios —digo con la respiración agitada y la espalda arqueada.

—Te gusta, ¿eh? —Él sigue con esa sonrisa engreída y su mirada se desliza entre mi cara y el vibrador. Me recorre el cuerpo con los ojos: los pechos, los pezones erectos y doloridos contra la tela del sujetador, el abdomen, las bragas.

Yo asiento con violencia e intento mantener los ojos abiertos. Noto perfectamente la expresión demandante y desesperada de mi cara. Joder, es muy intenso. Nunca había sentido nada así, ni yo sola ni con Kit.

—Dime que te gusta, Darcy.

—Me gusta. —Levanto las caderas hacia el juguete y mis pensamientos se reducen a la presión cálida entre mis piernas—. Me encanta.

—Joder. —Hay una mancha húmeda en el frontal de sus calzoncillos. La idea de mojar a Hayden con esto aumenta aún más la presión dentro de mí.

Ojalá pudiera verle la polla. Ojalá pudiera tocarlo. Ojalá tuviera sus dedos dentro de mí y me lamiera el clítoris con la lengua.

Hayden me mira con los ojos brillantes y derretidos.

—Voy a encender el otro extremo.

Joder, esto va a acabar conmigo. Lo sé. Aprieta el otro botón y empieza a sonar un zumbido grave e intenso contra mi pared frontal. La presión que siento en el abdomen se multiplica por dos, por tres, se expande y se resquebraja, y hace que se me tensen y me tiemblen las piernas. Apenas puedo soportar la excitación caliente e intensa que se me acumula en la base de la espalda.

—¿Te gusta? —Tiene la voz áspera mientras me mira concentrado, con la frente empapada de sudor.

—Estoy a punto.

—¿Qué necesitas?

—Tócame —digo en un aliento—. Necesito sentir tus manos sobre mí.

Un ruido grave y encantado le resuena por el pecho, y de pronto siento su mano sobre el muslo, deslizándose por mi piel con un movimiento posesivo y ávido. Me acaricia la cadera, la barriga, por encima de la tela del sujetador y me pellizca la cumbre rígida y necesitada de los pechos. Noto un tirón entre las piernas como si una cuerda se tensara.

Encojo los dedos de los pies. El brillo caliente y fascinado de sus ojos, la forma en la que se le tensa el bíceps, el suave ronroneo de su voz, todo se junta para llevarme hasta el límite. Incluso la suavidad del edredón debajo de mi cuerpo es una sensación demasiado abrumadora ahora mismo.

Hayden me mira como si este fuera el mejor momento de su vida, como si no pudiera creerse lo que está ocurriendo. Como si fuera a recordar cada segundo.

—¿Te vas a correr en el juguete que te he comprado, cariño?

No hay ninguna duda sobre quién manda aquí y me sorprende cuánto me gusta. Asiento.

—Muy bien.

El tono engreído y dominante de su voz, junto con la mirada satisfecha en sus ojos, me lleva al precipicio y me entrego. Mis músculos se aferran al juguete y él gruñe. Una ola de placer rompe en mi interior y arqueo la espalda. Cuando estiro la mano, él entrelaza los dedos con los míos y aprieta.

—Hayden. —Mi voz suena frágil y una parte de mi conciencia se fija en lo caliente que tiene la mano, en lo agradable que es sujetarla así.

—Dios, cómo me encanta escucharte gemir mi nombre así.

Estoy derrapando y le sostengo la mirada como si fuera un salvavidas mientras todos mis nervios se disparan y unas palpitaciones urgentes y deliciosas me hacen temblar. Y cuando el clímax por fin empieza a aliviarse, le baja la velocidad al vibrador.

—Un poco más —me incita, bajando aún más la velocidad de la vibración y la succión con los últimos espasmos—. Todo lo que aguantes.

Yo asiento y aprieto los ojos mientras me saca el orgasmo con un ruido gutural satisfecho.

—Buena chica —ronronea, y el calor me hace cosquillas por todo el cuerpo. Apaga el vibrador y me lo saca con delicadeza, y yo me hundo en el edredón con un suspiro saciado.

La preocupación se aferra a mi cuerpo cuando Hayden se levanta de la cama para soltar el vibrador. Pero cuando vuelve a la cama y se tumba a mi lado, me relajo.

—Ven. —Me sujeta contra su pecho y yo inhalo el aroma delicioso y embriagador de Hayden Owens—. Bien hecho —murmura contra mi sien.

Yo me río.

—Lo has hecho todo tú.

—Creo que nuestro amigo, el G-Spot Banger, ha sido el jugador más importante de este partido.

Sonrío contra su pecho firme y me contengo para no decir la verdad: que nunca me habría corrido así si él no hubiera estado aquí, provocándome, observándome, haciéndome sentir deseada y desesperada.

No habría querido hacer esto con nadie que no fuera él. No me imagino teniendo esta experiencia con algún tío que acabara de conocer.

Me aparto un poco para mirarlo a los ojos.

—No ha sido raro, ¿verdad?

Aparece algo en su expresión que no soy capaz de interpretar, y luego sacude la cabeza.

—No, no ha sido raro —dice en voz baja. Me acaricia el pelo con la mano y, aunque lo nuestro no sea nada romántico, y no tengamos ese tipo de relación, bajo la cabeza contra su pecho y escucho los latidos del corazón.

Se me van los ojos a la impresionante erección y aparecen pensamientos sucios y depravados en mi cabeza. ¿Cómo sería tenerla entre los labios, gruñiría también de forma desesperada? ¿Me miraría y apretaría la mandíbula como hace a veces?

Le paso los dedos por el pecho y los abdominales perfectos, y se le entrecorta la respiración. Pero en cuanto me acerco a la cintura de los calzoncillos, me agarra por la muñeca con firmeza.

—Esta noche no. —Me vuelve a subir la mano al pecho—. Esta noche era para ti. —Él traga con la mirada penetrante sobre la mía. Parece que quiere decir algo más, pero solo abre la cama para que podamos taparnos, sujetándome todavía contra su pecho.

—Duérmete —susurra contra mi sien, y cierro los ojos.

El rechazo me escuece, pero es lo mejor. Si follamos, esto se convertirá en otra cosa para mí. Enamorarme de un mujeriego sería la forma perfecta de destrozarme el corazón en mil pedazos, y la idea de joder lo que tengo con Hayden es demasiado horrible como para arriesgarme.

Capítulo 42

Hayden

Cuando noto que la respiración de Darcy se ha normalizado, la aparto con cuidado de encima de mí y salgo de la cama para ir al baño de mi habitación. Cierro la puerta y me chupo el orgasmo de Darcy de los dedos, con los ojos cerrados y un gruñido que amenaza con escaparse de mi garganta.

Por todos los dioses, qué bien sabe. Estoy tan empalmado que me duele. No puedo pensar con claridad. Lo único que tengo en la cabeza son los ruidos que ha hecho, el pinchazo de agonía entre las cejas cuando se ha corrido y la forma en la que ha gemido mi nombre.

Rechazarla ha sido una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida, pero aceptarla sin decirle cómo me siento realmente, cuánto tiempo llevo sintiéndome así, no me parece lo mejor.

«No ha sido raro, ¿verdad?», me ha preguntado.

Resoplo y apoyo las manos en la encimera para recuperar el aliento. Esa experiencia acaba de cambiarme la puta vida, pero no, no ha sido raro. Todo lo contrario.

Me ha parecido más adecuado que cualquier otra cosa. Me ha parecido que deberíamos llevar años haciéndolo.

Levanto la cabeza y me miro a los ojos en el reflejo. Ya estoy dentro, y no hay forma de echarme atrás.

—Estás jodido —le susurro a mi reflejo.

Después de una ducha rápida y un orgasmo poco satisfactorio en tiempo récord, vuelvo a la habitación de Darcy. Sigue profundamente dormida y respira suavemente con el pelo esparcido por la almohada.

Debería volver a mi cama, pero me acuesto a su lado. Dormida, suspira y se acurruca contra mí, relajada, y el corazón me da dos brincos descompasados.

La relación maestro-alumna entre Darcy y yo tiene que cambiar, pero me aterra que todo se vaya al traste.

Capítulo 43

Hayden

—¡Joder, Owens, estás que te sales esta noche! —grita Miller por encima del rugido de los aficionados mientras me pasa el brazo por el cuello. Yo me río.

Con diez segundos en el marcador del partido contra Washington, acabo de marcar mi tercer gol: un *hat trick*. Se me van los ojos directamente hacia Darcy, que está sentada detrás de la portería con Pippa y Hazel, y el corazón se me pone en la garganta. Está de pie, animándome y sonriéndome.

No puedo parar de pensar en lo que hicimos anoche.

—¿Qué te ha dado esta noche? —pregunta Volkov con la boca torcida de curiosidad—. Pareces otro.

Yo me encojo de hombros y sacudo la cabeza.

—Me encuentro bien, supongo.

No solo me encuentro bien: me siento imparable. Los goles son míos. El dominio que sentí ayer me sigue rugiendo por la sangre y me afila los sentidos.

Resulta que me gusta tener el control.

—Ha pasado algo —dice Miller cuando termina el partido y salimos de la pista hacia los vestuarios.

Ya te digo si ha pasado. Mi sonrisa engreída se estira de oreja a oreja.

—No sé de qué me hablas.

Él me analiza con una sonrisa burlona.

—Entre Darcy y tú. Ha pasado algo, es evidente.

Me invade otro subidón de esa sensación potente y protectora, la misma de anoche cuando sostuve su orgasmo en la palma de la mano mientras la guiaba y la incitaba cada vez más cerca del límite, ensanchando su placer y provocándola hasta que apenas pudo aguantar más.

—¿Estáis juntos? —Volkov nos sigue hasta los vestuarios.

Tenso los hombros y la sonrisa.

—Solo nos estamos divirtiendo.

Más de lo que me he divertido en mi vida. Vivir con Darcy es mucho mejor de lo que esperaba y no pienso joderlo.

—Eso es una estupidez.

Ahora siento frustración.

—Tú no lo entiendes.

—Sí que lo entiendo. —Volkov me lanza una mirada—. Haz algo, o lo hará otro.

Lo que hay entre Darcy y yo es muy delicado, no puedo apresurarlo.

—No le interesan los novatos. Se lo conté y los llamó «críos».

Volkov y yo nos miramos fijamente. La tensión se palpa en el ambiente y se me tensan los músculos. Él aletea la nariz.

Qué gilipollas. Siempre se cree que lo sabe todo.

—¿Y si se lo pido yo? —pregunta en voz baja.

Se me tensa el pecho con la amenaza.

—¿Qué?

—Has dicho que no quiere salir con un crío —me suelta con una mirada desafiante, y mi parte competitiva levanta la cabeza—. Yo no soy un crío, y sé exactamente lo que hago.

Una necesidad protectora me recorre la sangre. La idea de los dos juntos hace que me hierva la sangre.

—Déjate de mierdas, Volkov.

—Creo que no. —Se le curva la boca, pero no con una sonrisa amable, sino intencionada y engreída, y por primera vez quiero darle una hostia—. ¿No confías en mí? —Su tono es ligero, casi bromista, pero hay algo afilado en su mirada.

—Ella jamás saldría contigo.

No le interesa Volkov. Me habría dicho algo a estas alturas.

¿Verdad?

Él me mira con arrogancia.

—¿Por qué no dejamos que lo decida ella?

Capítulo 44

Darcy

Unos días después, voy de camino al despacho de Georgia en el estadio cuando oigo mi nombre detrás de mí.

—Hola, Darcy. —El entrenador Tate Ward acelera el paso para alcanzarme. Me sonríe con amabilidad y los ojos arrugados.

—Hola. —Parpadeo y espero a que me adelante, pero se detiene frente a mí y me dirige una mirada con la que juraría que pretende hacerme sentir cómoda.

—¿Tienes un momento?

Miro por el pasillo hacia el despacho de Georgia. Llego un poco pronto.

—¿Sí?

¿Por qué sabe quién soy?

—Bien. —Me hace un gesto para que lo siga en dirección contraria —. Vamos a hablar un momento en mi despacho. —Al ver mi expresión dubitativa, me sonríe—. Seré rápido. La doctora Greene me ha dicho que habéis quedado para comer, así que no te entretendré.

Se me vienen a la cabeza los partidos de esta semana y que las jugadas de superioridad que propuse están funcionando bastante bien. Pero se supone que no iban a decir que había sido sugerencia mía. ¿Quién soy yo? Una chica cualquiera a la que le gusta tontear con el ordenador. Y ahora Ward va a ponerme en mi sitio.

Se me forma un nudo frío de preocupación en el estómago cuando lo sigo como si fuera al despacho del director.

Va a ser como cuando me despidieron. No voy a poder ir a los partidos y sentarme en la primera fila después de esto.

Él sostiene la puerta de cristal de su despacho abierta y me indica que entre.

—Eres analista de Eckhart-Foster, ¿verdad?

—Sí. —Me siento en una de las sillas al otro lado del escritorio con el corazón acelerado.

—Y estás licenciada en Estadística por la Universidad de British Columbia. —Se sienta y me mira con expresión reflexiva. En su escritorio hay una foto enmarcada de una niña muy sonriente con dos coletas—. Con honores.

Yo trago saliva. ¿Por qué sabe todo esto? ¿Va a denunciarme o algo así?

—Veo que ha investigado.

Tiene la mirada cálida.

—Ya somos dos. Cuéntame más de estos modelos analíticos.

Lo mejor es ser lo más franca posible, creo.

—Lo hago solo por pasar el rato, y se lo dije a los chicos. Es todo información pública de la web de la liga y de los datos de los partidos. No hay nada registrado. No saco beneficio ni vendo la información ni la comparto con nadie. —Me arde la cara y solo quiero que me trague la tierra—. Nunca lo hice con la intención de que se utilizara. Lo hago simplemente como un juego. Me gusta utilizar datos históricos para ver si soy capaz de predecir el futuro. Nunca pretendí que se enterara nadie. Les dije que no están comprobados.

Ward espera a que acabe.

—Lo siento mucho —añado, y bajo la mirada.

—¿Por qué?

—Porque todavía no soy una experta y estoy haciendo el idiota con la vida de la gente y no tengo la menor idea de lo que hago.

Él frunce el ceño con preocupación.

—Yo diría que sí que sabes lo que haces. De hecho, diría que eres una experta.

¿Está de coña? Nos quedamos mirándonos, él tiene una expresión que no consigo descifrar, con la boca curvada en una sonrisa divertida.

—No entiendo.

—Ven a trabajar para el equipo.

Me quedo mirándolo en silencio.

—¿Qué? —consigo preguntar al final.

Él se ríe.

—Me encantaría que te unieras al departamento analítico del Vancouver Storm.

Parpadeo otra vez.

—¿Qué?

Él sonríe.

—Darcy, no solo está claro que eres inteligente y tienes talento, sino que hacer algo así gratis y por diversión significa que le pones toda tu alma, y eso es una parte fundamental del equipo que estoy creando.

Me lo imagino durante un instante: trabajar de analista para el equipo y jugar todos los días con mis modelos de hockey. Trabajar para Ward ya me parece mucho mejor que para mi actual jefe, al que le preocupan más los beneficios que sus empleados. Ahora entiendo por qué Hayden y los demás aprecian tanto a este hombre.

Y sería divertido trabajar todos los días con estadísticas de hockey y descubrir nuevos patrones en los datos.

—Nuestro departamento analítico lo componen tres jugadores de hockey retirados —continúa Ward—. Ninguno tiene tu experiencia analítica. Aportarías un gran valor al equipo. —Levanta las cejas oscuras—. Nos vendrías muy bien. Les encantaría trabajar contigo.

—¿Yo sería la única analítica de estadísticas?

—Así es. —Me dice una cifra bastante generosa, que recibiría como salario, pero apenas la oigo.

—¿Todo el mundo dependería de mis números? —Ser la única analítica es todo lo contrario a lo que quiero. La presión se multiplicaría por diez.

Él arquea una ceja.

—El departamento analítico trabaja en equipo.

—Pero nadie comprobaría mis números. —La presión me cae sobre el pecho como una losa y me cuesta respirar bien.

Ward abre la boca para decir algo, pero yo me incorporo.

—Ya tengo un trabajo. —Mi sonrisa temblorosa es educada pero firme—. Pero muchas gracias. Me siento halagada.

Él me mira como si fuera un bicho curioso, y luego vuelve a asentir.

—Está bien. Si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy. Mi puerta siempre está abierta.

—Por supuesto —le digo, siendo plenamente consciente de que no volveré a cruzar esa puerta.

Antes de ir a comer, Georgia y yo nos pasamos por la pista de hielo, donde los chicos se están tomando un descanso del entrenamiento. Ella habla con uno de los jugadores en el banco. Hayden está charlando con Alexei y Rory en la pista. Cuando me ve, patina hacia a mí con una sonrisa tensa.

Los recuerdos de la otra noche con él y el vibrador me inundan la cabeza, y siento un escalofrío por el brazo. Nunca me he corrido tan fuerte.

Cuando intenté tocarlo después, me detuvo. Porque no estamos juntos. Él solo me estaba ayudando.

—Ey. —Se detiene ante mí en la pista y me mira con curiosidad.

No hemos hablado de lo ocurrido, pero me estoy esforzando por actuar con normalidad para demostrarle que no me he pillado por él.

—Georgia y yo vamos a comer, pero tenía que traer una receta —le explico mientras la miro a unos metros de nosotros.

—Claro. —Él asiente y vuelve a mirarme—. ¿Qué tal tu día?

—Bien. ¿Y el tuyo?

Él asiente de nuevo y me sonríe.

—Bien.

Recuerdo lo agradable que fue despertarme a su lado por la mañana y lo descansada que me sentí después de dormir junto a él toda la noche.

Me muerdo el labio.

—Ward me ha ofrecido un trabajo.

Se le abren los ojos y pone una sonrisa orgullosa.

—¿En serio? Qué guay, Dar.

—Pero no lo he aceptado, evidentemente.

—¿Por qué no? —Se apoya en la valla mirándome fijamente, y se me hunde el estómago. Su atención es embriagadora.

—Es que... —No quiero repetir los errores del pasado—. No creo que sea para mí.

Hayden entreabre los labios como si quisiera rebatirme, pero Alexei se acerca a nosotros.

—Darcy. —Hunde la barbilla en un saludo y me relajo.

—Hola. —Pongo una sonrisa rápida.

—Ya estoy. Gracias por esperarme —dice Georgia a mi lado antes de mirar a Alexei—. Anda. Otra vez tú.

Él arquea una ceja.

—¿Hay algún motivo por el que no debería venir a entrenar?

Ella se encoge de hombros.

—He imaginado que necesitarías más descanso que los demás jugadores.

Él le lanza una mirada helada y vuelve a prestarme atención a mí.

—Me gustaría hablar con Darcy en privado un momento.

A su lado, Hayden aletea la nariz. Creo que nunca lo he visto hacer eso.

—¿Por qué?

Alexei le sostiene la mirada y noto una tensión extraña entre ellos.

—Quiero pedirle una cosa.

Hayden aprieta la mandíbula.

—No sé por qué no puedes pedírselo delante de mí.

Los chicos se quedan mirándose durante lo que me parece una eternidad. Georgia y yo compartimos una mirada desconcertada.

—Muy bien. —Alexei se gira hacia mí y, aunque yo no diría que está sonriendo, sí que suaviza la expresión, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no intimidarme. Carraspea.

—Darcy, creo que deberíamos salir.

Se produce un silencio tenso y, por segunda vez hoy, me pregunto si he oído bien. Georgia suelta una risa tensa, como un ladrido, mientras Hayden le lanza puñales con los ojos a Alexei.

—¿Te refieres a una cita? —digo.

—Una cita —confirma Alexei sin apartar los ojos de mi cara.

Se me abren los labios, sorprendida, y me quedo mirándolo.

Siempre me ha gustado Alexei. En la pista es feroz y protege a sus compañeros, pero nunca he visto ni rastro de esa agresividad

masculina fuera de la pista. Su comportamiento es tranquilo, observador y fuerte, como un abeto gigante. Debajo de su gran exterior y de las líneas robustas de su cara, sé que es amable, relajado y leal a sus amigos.

Puede que le haya dicho a Georgia que Alexei estaba superbueno, pero realmente no siento nada romántico hacia él. Miro a Hayden, pero su expresión no deja entrever nada.

Una vez más, me acuerdo de lo que hicimos la otra noche y de cómo me sentí al despertarme junto a él.

«No te pilles nunca», dicen las reglas del mujeriego. Creo que yo empiezo a hacerlo, pero no quiero que Hayden lo sepa.

Además, practicar con otra gente es el siguiente paso lógico. No puedo pasarme la vida teniendo citas con mi maestro. Eso terminaría muy mal.

—No busco nada serio —le digo a Alexei mirándolo a los ojos.

—Yo tampoco.

Georgia murmura algo a mi lado, pero no lo oigo bien, y Hayden sigue quieto como una estatua sin quitarnos el ojo de encima.

—Vale. —Asiento a Alexei—. Salgamos.

Hayden se tensa y me mira.

—No tienes que salir con él si no quieres.

—Ya. —Pongo una sonrisa tranquilizadora para demostrarle que no me siento amenazada ni intimidada por Alexei—. Me apetece.

Hayden arrastra una respiración tensa y sus ojos destellan con un matiz que hace que se me acelere el corazón. Es el mismo poderío que percibí la otra noche mientras me provocaba con el vibrador.

—Que sea una cita doble —dice, y estira la espalda.

—¿Estás seguro? —le pregunta Alexei.

—Claro —dice Hayden. Mira a Georgia—. ¿Georgia? ¿Te apetece que tengamos una cita?

Alexei frunce el ceño.

—Eso supone un conflicto de intereses.

—No es mi médica —responde Hayden. Los jugadores están divididos en dos grupos de médicos—. Y tampoco es la tuya, ¿verdad, Georgia? —le pregunta Hayden—. No te supone un conflicto de intereses, porque no somos tus pacientes.

Todo el mundo se queda en silencio esperando su respuesta.

—Debería negarme a este drama —me murmura—, pero tengo la sensación de que podría ponerse interesante. —Me mira de reojo—. ¿Tú qué dices?

Dudo que tenga interés romántico en Hayden, pero siento que se me endurece el estómago ante la idea de algo así. Aunque él no es de mi propiedad.

—Podría ser divertido.

Ella me sonríe.

—Genial. —Asiente a Hayden—. Acepto, Owens.

—Fantástico. —Él me mira.

Alexei alterna la mirada entre nosotros dos con una expresión indescifrable.

—Perfecto —digo, sin saber muy bien qué acaba de pasar.

Capítulo 45

Hayden

La noche de la cita doble, apoyo una mano en el marco de la puerta del dormitorio de Darcy y la observo mientras se prepara.

Está preciosa, con el pelo suelto y peinado sobre los hombros, y con una camiseta del tono de las rosas que le compré por San Valentín. Y es para él. Se me abre la nariz.

Esta mañana, he visto la lencería que se compró colgada en el baño, secándose, pero cuando volví a pasar hace media hora, ya no estaba.

Se la ha puesto para una cita con él. Yo debería apoyarla, pero tengo náuseas y estoy cabreado.

—Ey. —Me ha visto—. Qué guapo.

—Gracias. —Vamos a un restaurante *casual* esta noche, así que llevo unos vaqueros, una camiseta y un jersey de punto del que Darcy una vez dijo:

—Ese azul hace que tus ojos se parezcan al mar. —Me sonríe.

—Ya lo sé. —Creo que no puedo respirar—. Me acuerdo.

Ella murmura y vuelve a sonreír mientras se gira hacia el espejo para pasarse los dedos por el pelo. Desde que se lo tiñó, se lo deja suelto más a menudo, como si estuviera orgullosa y quisiera presumir.

Se me van los ojos a la ropa que se ha puesto, y se me tensa un músculo en el pecho. Esos vaqueros le abrazan el culo por donde

tienen que abrazarlo. ¿Y esa camiseta roja? Se le ciñe por la cintura y el pecho, pero tiene las mangas más sueltas. Mi mano encajaría perfectamente en la curva de su cintura.

Sé lo que está haciendo Volkov. Le ha pedido una cita para ponerme celoso. No siente nada por ella. Pero cualquier tío que la vea con esta ropa sería incapaz de quitarle las manos de encima. Puede que esta noche se esfume su indiferencia hacia Darcy.

Se queda mirándome la cara.

—¿Qué?

—¿Vas a ir así?

Desaparece la sonrisa y sus ojos vuelven al espejo, inseguros, y yo me odio. Mi tono inquisitivo hace que parezca un gilipollas controlador.

—No, joder. Perdona. —Me aprieto el puente de la nariz—. No quería decirlo así. Simplemente es diferente a lo que sueles llevar. —Le señalo la camiseta—. Rojo —añado, porque soy un imbécil incapaz de pensar en más palabras.

Ella arquea una ceja mirándose al espejo.

—¿Diferente mal?

—No —me apresuro a decir—. Estás preciosa. Como siempre.

Ella sonríe y un anhelo dulce me recorre el pecho. Darcy está despampanante últimamente, como si brillara algo en su interior.

Nos miramos a los ojos y quiero decirle un millón de cosas. «No te arregles para él; arréglate para mí», para empezar. O incluso: «Es una tortura enseñarte a quedar con otros tíos».

Le vibra el teléfono y yo aparto la mirada con un sentimiento de tristeza hirviendo en mi interior. Volkov insistió en recoger aquí a Darcy en lugar de quedar en el restaurante.

—¿Diga? —responde lanzándome una sonrisa—. Hola. ¿Bajamos? —Se queda escuchando—. Vale. Ahora nos vemos.

Se guarda el teléfono en el bolsillo trasero y empieza a rebuscar por el neceser de maquillaje.

—¿Tienes... —me paso una mano por el pelo— alguna pregunta sobre esta noche? ¿Quieres algún consejo?

Ella sacude la cabeza mientras se pinta los labios del mismo color que la camiseta. Yo me concentro en el movimiento, fascinado por su manera de arrastrar el tubo sobre esos labios carnosos.

—No. Con Alexei me siento bastante cómoda. No me preocupa.

De nuevo una energía tensa y posesiva me recorre todo el cuerpo, y me cruzo de brazos para esconder los puños cerrados.

—Cómoda. Genial.

—Todas tus lecciones están mereciendo mucho la pena. —Me mira de reojo—. ¿Estás bien? Llevas toda la semana un poco raro.

Me trago los nudos que tengo en la garganta. Lo que pasa es que llevo toda la semana pensando en esta noche. Temiéndola. Dudando entre inventarme una excusa para no ir, y no tener que verla brillar toda la noche junto a Volkov; y decirme que sería mucho peor si me quedara en casa esperando y dándole vueltas a la cabeza.

Cuando no pensaba en la cita, pensaba en los sonidos que hace cuando se corre. Cómo me miró la milésima de segundo antes del orgasmo, con los labios entreabiertos y los ojos cada vez más grandes por la sorpresa, como si no pudiera creérselo. Cómo me apretó la mano, que fue la experiencia más íntima de mi vida.

—Estoy bien. —Me obligo a poner una sonrisa tranquilizadora—. He dormido regular, eso es todo.

Nos miramos a los ojos y, por su mirada difusa, me pregunto si está pensando en las veces que nos despertamos juntos. Yo tengo el sueño muy ligero, pero dormí como un tronco con ella en el pecho, rodeándola con los brazos y olfateando su aroma.

Llaman a la puerta.

—Ya ha llegado uno. —Pasa a mi lado y percibo su perfume, cálido y dulce, antes de ir tras ella.

Incluso antes de llegar al recibidor ya los oímos discutir.

—Me sorprende que puedas aguantar despierto hasta estas horas. —Escucho a Georgia decir a través de la puerta.

—Y a mí me sorprende que no le exigieras a Owens que fuera a recogerte un Bentley —le responde Volkov, tranquilo e indiferente—. O que tu chófer no te haya dejado en el restaurante.

Darcy abre la puerta y se los encuentra lanzándose dagas el uno al otro, y Georgia de alguna forma se las ha apañado para mirar por encima del hombro a Volkov, pese a que él es más alto que ella.

Vuelven al presente y se giran a la vez hacia nosotros. Georgia pone una sonrisa de oreja a oreja, y Volkov tuerce la boca en un saludo educado y asiente a Darcy, pero la tensión puede palparse entre los dos.

Volkov, además, tiene un ramo de flores enorme.

—Hola —dice Darcy contenta mientras alterna la mirada de uno al otro—. ¿Todo bien?

—De maravilla. —Georgia entra y me guiña un ojo antes de echarle un vistazo al piso con un silbido—. Qué bonito.

Volkov le da las flores a Darcy.

—Son para ti.

Se me encoge el estómago al ver su cara, contenta y sorprendida.

—¿En serio?

Volkov me mira y vuelve a tener esa expresión engreída y estúpida.

—Claro, Darcy.

Ella se queda mirando el ramo.

—Son preciosas. Gracias.

—No parecen muy frescas —digo con amargura, pero me arrepiento enseguida cuando Georgia se tapa la boca con la mano y se da la vuelta—. Deberías ponerlas en agua o se morirán enseguida.

«Cierra la puta boca», pienso, pero no puedo hacerlo. Me quedo mirando a Volkov y estiro la espalda mientras él me mira con una ceja arqueada. Estoy siendo un imbécil, pero me la pela.

Darcy me mira extrañada.

—Yo las veo muy bien. —Le coge las flores y él la sigue hasta la cocina.

Al no llegar al jarrón de la balda de arriba, instintivamente doy un paso adelante, pero el puñetero Volkov está a su lado y la ayuda a bajarlo.

—Oye —murmura Georgia con una sonrisa—, ¿para mí no hay flores?

La miro compungido y avergonzado. He estado dándole tantas vueltas a que Darcy iba a salir con Volkov que he olvidado que yo iba a salir con Georgia.

—Perdona.

Ella hace un gesto con la mano.

—No pasa nada. Somos colegas, Owens. Solo he venido por pasar el rato. —Sonríe—. Pero invitas tú.

Darcy deja las flores en la mesa de la cocina y las admira.

—Qué bonitas. Me encanta que me regalen flores.

Le pienso comprar flores todos los días durante toda la eternidad.

—Las he visto y he pensado en ti —le dice Volkov—. Hacen juego con tu pelo.

—Es verdad. Bien visto. —Darcy se inclina para oler las flores malvas.

—Pero bueno. —Le lanzo una mirada con los hombros tensos—. Estás hecho todo un casanova.

Georgia resopla y Darcy me dedica una sonrisa tensa.

—A lo mejor es Alexei el que debería enseñarme.

Volkov hace un ruido satisfecho con la garganta y una punzada afilada de celos me atraviesa el vientre.

—Parecen flores para un funeral —digo, y me odio por ello.

Parezco un gilipollas. Estoy siendo un gilipollas, pero no puedo parar. Esto está siendo un desastre.

Salimos del piso y miro cómo Darcy lleva a Volkov y a Georgia hasta el ascensor.

«Perfecto —vocaliza Georgia volviendo la cabeza y levantándome el pulgar con ironía—. No se nota nada».

Se me abre la nariz y cojo aire justo cuando se abre la puerta del ascensor y Volkov le coloca una mano a Darcy en la espalda.

Otra puñalada de celos me atraviesa.

Esta noche va a ser interminable.

Capítulo 46

Darcy

—Deberías usar el rojo más a menudo —dice Alexei mientras cenamos y, a mi lado, Hayden se tensa.

Lo de esta noche ha sido un tremendo error. Debería haberle preguntado a él antes de aceptar salir a cenar con Alexei. Es evidente que no quiere que salga con uno de sus amigos, por si al final las cosas no van bien, como ha pasado con Kit.

Pero, no sé, esta es mi cita, ha sido él quien ha querido acoplarse.

—Gracias. —Inclino la barbilla hacia Georgia—. Georgia conoce los mejores sitios donde comprar. Es divertido salir de vez en cuando de mi zona de confort.

—La doctora es una profesional en eso de gastar dinero. —Alexei se reclina hacia atrás y le mira los zapatos.

Ella pone los ojos en blanco y luego me mira.

—Tenemos que salir otra vez. Me tengo que comprar un vestido para la boda de Streicher y Pippa.

Es verdad. Queda un mes, en la semana entre el final de la temporada y la primera ronda clasificatoria.

Hayden y yo nos miramos y se le suaviza la expresión. Le pongo una sonrisa tranquilizadora para que vea que estoy bien, que me apetece mucho.

—Me encantan las bodas —dice Georgia con una cara nostálgica —. Tengo muchas ganas de ir a la de ellos.

—No me extraña. —Alexei le da un sorbo a su bebida—. ¿Un jugador de hockey y una cantante? Va a ser como un mercado de tíos ricos. Por fin te harás con uno de ellos.

—Menuda estupidez. Yo no voy a casarme nunca. —Lo mira con una sonrisa de superioridad, como si supiera sus secretos—. Pórtate bien conmigo, ruso, o no te ayudaré cuando te rompas la cadera en la pista de baile.

—No voy a ir. No me gustan las bodas. Y eres tú la que decidió dejar de ser mi médica.

—A diferencia de algunos médicos, yo no tengo complejo de Dios. Sé cuándo un paciente es una causa perdida.

—A lo mejor es que no eres una médica demasiado buena, porque yo me encuentro más fuerte que nunca.

Ella afila la mirada.

—Retíralo.

—No.

Georgia mueve la mano sobre la mesa, como si estuviera a punto de coger el cuchillo.

Se acerca el camarero a recoger los platos y la tensión entre ellos se disuelve. Yo miro a Hayden, que tiene la mandíbula apretada y los hombros rígidos, y no para de mirarnos a Alexei y a mí.

—¿Estás bien? —susurro. Me fijo en los círculos oscuros debajo de sus ojos, y siento un pinchazo de empatía en el pecho—. No pasa nada si quieres irte antes a casa.

—No pienso irme. —Le lanza una mirada a Alexei, que sonríe engreído.

—La dejaré en casa sana y salva —le dice Alexei a Hayden—. En algún momento.

—Soy tu maestro —dice Hayden, con la mirada todavía en Alexei —. Y no pienso apartarte de mi vista.

Algo me tira del pecho. Está usando el mismo tono de voz que usó la otra noche. «Un poco más —me dijo sin apartar los ojos de mí mientras recibía la ola de placer—. Todo lo que aguantes».

—Darcy —Alexei interrumpe y se inclina para estudiarme—, tienes algo en el pelo.

Me paso la mano por el pelo y Alexei me agarra por la muñeca, con delicadeza pero firme.

—Yo te lo quito —dice.

Hayden coge aire.

Mientras Alexei me quita lo que sea que tengo en el pelo, Hayden le lanza una mirada de ira con la mandíbula apretada y sin parar de agitar la rodilla.

—Vaya. —Alexei frunce el ceño—. Pensaba que era un trozo de una flor de antes. Esas que te he regalado.

—Oh. —Parpadeo—. Vale.

—Pero no era nada. —Alexei me sonríe.

Con un movimiento explosivo, Hayden se levanta y me coge la mano. Abro la boca para preguntarle qué está haciendo, pero ya me está levantando. Saca la cartera y tira un par de billetes sobre la mesa, luego me aleja de Alexei.

Alexei sonríe.

—Se acabó la cita —dice Hayden—. Nos vamos a casa.

Capítulo 47

Darcy

En la calle, Hayden sigue agarrándome la mano mientras abre la puerta del taxi que ha parado y me hace un gesto para que entre con una cara atormentada. Le dice rápidamente la dirección al taxista mientras se inclina sobre mí para ponerme el cinturón.

Yo me quedo mirándolo con la boca abierta.

—¿Piensas explicarme qué está pasando? —pregunto incrédula.

—En casa.

Yo hago un ruido de frustración.

—Hayden.

—Cuando. Estemos. En. Casa.

El trayecto a casa es corto, menos mal, y cuando subimos al ascensor noto una energía tensa que él irradia en oleadas.

Regla número siete, añado: «No salgas con los colegas de tu maestro».

Una diminuta y estúpida parte de mí quiere que él esté así porque está increíblemente celoso, pero Hayden no es celoso. Me habría enterado a estas alturas.

Cuando llegamos a casa, ni siquiera me mira. Percibo las líneas afiladas de su perfil cuando tira el abrigo sobre una de las mesas de la cocina.

—Me voy a la cama. Buenas noches —dice con un tono grave, quitándose los zapatos y ni siquiera guardándolos en el armario

como hace siempre. Luego se va a su habitación sin decir nada más.

Me quedo pasmada en el recibidor, todavía con la chaqueta y los zapatos puestos, y oigo que se cierra la puerta de su habitación.

Ni hablar. Sacudo la cabeza, cada vez más frustrada.

En cuestión de un segundo, me encuentro frente a su puerta golpeando los nudillos contra la madera.

—Hayden.

No responde.

Llamo otra vez.

—Hayden.

—Ahora no, Dar.

—Ahora sí. —Sin pensar, abro la puerta—. Entro —añado cuando la puerta ya está abierta.

Hayden está en calzoncillos y me atraviesa con la mirada. Incluso de mal humor no puede dejar de ser sexi, con esos músculos fuertes y definidos, y el pelo rubio dorado.

Joder, qué bueno está.

—¿Y tu ropa? —Me muestro indignada, como si no hubiera sido yo la que ha abierto la puerta de par en par.

Él se lleva las manos a la cadera.

—Me voy al gimnasio.

—¿Ahora? —Tiene hasta esa V que se le mete por la cintura de los calzoncillos. No me di cuenta el otro día porque estaba demasiado ocupada teniendo el orgasmo más intenso de mi vida.

—Sí.

—Pensaba que te ibas a la cama.

Él exhala un ruido ronco y empieza a deambular por la habitación, agitado.

—Tengo que hacer algo.

—Ponte a leer —le sugiero. Odio discutir así con él. No me siento bien—. O ponte un capítulo de *La espada del norte*.

Él sacude la cabeza.

—No puedo sentarme ahora mismo.

—Pues enfádate conmigo. —Lo miro fijamente—. Igual te ayuda. Es evidente que te he cabreado.

Él se cruza de brazos.

—¿Qué dices?

Se me escapa una risa de total incredulidad.

—Hayden. Mira, siento haber aceptado salir con Alexei. Ya he aprendido la lección. Pero tú te has comportado como un auténtico gilipollas tanto con él como con Georgia toda la noche. Y cuando he intentado poner en práctica lo que me has enseñado, me has sacado de allí como a una adolescente a la que se le ha pasado la hora de llegar a casa.

Se le mueve la garganta y me mira con una expresión incómoda.

—Aceptaste enseñarme, pero luego te comportas como un capullo territorial. Los amigos no hacen eso. —Lo que lleva meses molestándome emerge a la superficie de mi mente—. Y ya no me tocas —añado en voz baja.

Sus ojos me queman.

—¿Y lo de la otra noche?

Se me hunde el estómago. El vibrador, la forma en la que me apretó los pezones, estimulándome todo el cuerpo. Cómo usó el vibrador para que me corriera más fuerte. Y cómo entrelazó sus dedos fuertes entre los míos al final.

—No como la otra noche. Ni como la mañana siguiente. —Trago—. No me abrazas. No me pones el brazo por los hombros. No me... —Me siento estúpida—. No me haces cosquillas. Y te apartas para que no te toque sin querer.

El silencio cae pesado entre nosotros durante un instante. Luego él se ríe, pero no con su risa ligera y feliz. Es amarga, frustrada, como si le doliera.

—Ya no te toco. —Sacude la cabeza—. Sí, ya no te toco, Dar. No puedo.

Se le afila la mirada, la clava en mí, y da un paso adelante. Luego otro. Hasta que estamos a centímetros de distancia y puedo sentir su calor.

—¿Quieres saber por qué?

¿Para escuchar en voz alta las palabras hirientes?

—Sé por qué.

Me doy la vuelta, pero sus dedos me agarran por debajo de la barbilla y me levanta la cara hacia la suya. Siento un cosquilleo de placer por todo el cuerpo ante ese gesto dominante.

—Venga. —Me mira a los ojos, retándome—. Dilo.

—Le he roto el corazón a Kit. Le he hecho daño a una persona que te importa.

—No. —Exhala, pero no me suelta la barbilla—. No puedes estar más equivocada, Darcy. Sé que no eras feliz con él. Y después de lo que hizo, después de pedirte matrimonio cuando sabía que tú no querías, me da igual que le hayas roto el corazón. —Se le mueve la garganta mientras estudia detenidamente mi cara.

—Entonces no quieres que me haga una idea equivocada de nosotros.

—Tampoco.

El corazón me martillea en el pecho por la mirada desesperada y hambrienta de sus ojos.

—Entonces, ¿por qué?

—Deberías irte. —Baja la mirada, pero sigue concentrado en la mía—. Antes de que cometa un error.

Siento una ola de excitación por el cuerpo.

—¿Qué clase de error?

Le resplandecen los ojos con deseo, que se extiende por todo mi cuerpo y se retuerce entre mis piernas con una presión exquisita. Se le van los ojos a mis labios, como si se estuviera acordando de la sensación de tenerlos contra los suyos en la fiesta.

Joder, ojalá nos hubiéramos besado la otra noche.

—¿Quieres saber por qué no puedo tocarte? —Sus ojos azules se oscurecen—. Porque si empiezo, no podré parar.

Ahora entiendo su humor de perros de esta semana, y cuánto se cabreó cuando Alexei me pidió una cita. Cuando Alexei ha aparecido con el ramo de flores, Hayden parecía querer matarlo.

No le molesta que esté pasando página.

—Estás... —No puede ser. Va en contra de todo lo que conozco de él.

—Dilo.

Trago. Sacudo la cabeza con el corazón acelerado. Haber estado equivocada todo este tiempo va a ser muy humillante.

—Dilo.

—Celoso —suelto—. Estás celoso.

La tensión vibra entre nosotros, eléctrica.

Él inclina la cabeza con la respiración irregular.

—¿Quién no iba a estarlo, Dar?

Pero es muy sexi. Es el deportista famoso que podría estar con quien le diera la gana. Yo soy la chica a la que le gustan las matemáticas, a la que despidieron, y que nunca fue la adecuada para su ex. Parpadeo mientras busco la forma de explicar esto sin parecer patética.

—Pensaba que...

—¿Qué pensabas?

—No soy tu tipo. Eres muy... —Me sacudo para aclararme la cabeza.

—¿Muy qué?

El corazón se me va a salir por la boca y me late en los oídos.

—Puedes tener a cualquiera.

—Odio cuando dices eso —dice él en voz baja—. ¿Sabes por qué salgo con chicas que no tienen nada que ver contigo?

Sacudo la cabeza, sin palabras.

—Porque no quería que me recordaran a ti. Porque estaba intentando convencerme de que no sentía nada por ti. —La nuez le sube y le baja cuando traga, con las pupilas muy dilatadas—. Pero nunca me ha funcionado. La cabeza siempre se me iba a ti.

Me da vueltas la cabeza; estoy mareada, aturdida, los pensamientos me giran a toda velocidad en busca de algo a lo que agarrarse. Esto no tiene ningún sentido. Es una alucinación. Me he resbalado y me he dado un golpe en la cabeza a la salida del restaurante y, en cualquier momento, abriré los ojos y veré a Hayden, Alexei, Georgia y los médicos agachados sobre mí, tumbada en la acera.

—Tú eres mi tipo —dice Hayden como si le doliera—. Más que nadie. —Baja la cabeza hasta mi hombro y aspira con fuerza mientras apoya el puño en la pared junto a mi cabeza y suelta una respiración temblorosa—. Te deseo tanto que no puedo apartarme de ti. Si quieres que las cosas sigan como hasta ahora, vas a tener que irte de mi habitación ahora mismo.

Me da igual que sea mi mejor amigo. Me da igual que esto vaya a complicar muchísimo las cosas. Solo necesito que me toque, ahora, hacer algo con esta presión intensa que ha generado entre mis piernas.

Necesito ver cómo sería lo nuestro. Solo una vez.

Le coloco una mano a Hayden en el pecho y siento los latidos desbocados de su corazón. Sus ojos me queman, indefensos pero oscuros de lujuria.

—No quiero que las cosas sigan como hasta ahora —susurro, y su boca se estrella contra la mía.

Capítulo 48

Darcy

Hayden reclama mi boca con una urgencia que hace que se tambaleen todos mis pensamientos.

—Se acabaron las citas dobles —dice contra mis labios, y yo asiento.

Hunde los dedos en mi pelo, y yo los míos en el suyo. Toda la frustración que irradia de él se reconcentra en algo más afilado y caliente cuando me abre los labios y acaricia el interior, explorando y saboreando.

Me presiona contra la pared. Creo que gimo. Si esto es un error, es el mejor que he cometido en mi vida.

—Joder, por fin —gruñe cuando me succiona la punta de la lengua —. Nada de citas en general. ¿Entendido?

—Ajá.

No nos estamos enrollando para practicar o para enviar una indirecta a un actor en el que no estoy interesada. Ya no me está enseñando los entresijos, ni poniéndome a prueba para ver si beso bien.

Lo estamos haciendo porque queremos. Porque no podemos soportarlo más. Porque necesitamos saber qué pasa después. No sé qué pasará, pero soy una participante activa, y le permito a Hayden que coja lo que quiera.

Es decir: a mí, por la forma en la que su densa erección presiona mi barriga. Al ser consciente, siento un escalofrío por la espalda.

—¿Tienes frío? —murmura entre besos.

Digo que no con la cabeza y él me muerde el labio con los dientes.

—Bien.

Este beso es diferente al primero, como si se hubiera activado un interruptor dentro de Hayden. Está encendido, centrado, motivado; es ese «algo diferente» que lleva semanas hirviendo bajo su piel y que asoma la cabeza cuando marca algún gol en los partidos.

Con una mano en el dobladillo de mi camiseta, arrastra los dedos por la piel desnuda hasta los vaqueros, y toda mi concentración se va a la zona en la que me toca.

—Quítatela.

La orden de su voz enreda otra espiral de deseo en la base de mi espalda. Empiezo a bajarme la cremallera y él me saca la camiseta por la cabeza.

Se le mueve la garganta cuando me observa, me mira fijamente el pecho y mueve los ojos por el delicado sujetador de encaje.

—Llevo días pensando en esto. Esto... —engancha un dedo debajo de la tira del sujetador y deja que dé un latigazo suave contra mi piel— me ha estado volviendo completamente loco desde que lo vi.

Acaricia los bordes del encaje, por encima de mis pechos, los hombros, y siento escalofríos por toda la piel.

—¿Para quién te lo has puesto esta noche? —pregunta en voz baja.

—Para ti —susurro con el corazón acelerado. Me imaginé la reacción de Hayden mientras me lo ponía.

Se le curva la boca y noto que yo también estoy sonriendo cuando le pongo las manos con firmeza sobre el pecho.

—Así me gusta —murmura mientras baja de nuevo la boca hacia la mía.

Besar a Hayden es delicioso. Natural y necesario, como respirar. No quiero parar nunca y, por la forma en la que sus manos me recorren las caderas, los brazos, el pelo, sin pararse en ningún sitio, como si intentara memorizar mi cuerpo por el tacto, creo que él tampoco quiere parar.

Somos los mejores amigos. Somos compañeros de piso. Él es el mujeriego alma de la fiesta al que no le interesa el compromiso.

Aunque puede que no lo sea, y puede que a mí ya no me importe que esto pueda complicar las cosas.

Lo deseo, y deseo que él obtenga lo que quiere.

Me agarra con delicadeza la barbilla mientras su lengua acaricia la mía, dispersándome aún más los pensamientos y, cuando me golpeo con algo en las corvas de las rodillas, me doy cuenta de que me ha llevado hasta la cama.

Me tumba y me hundo en el edredón y su aroma me embriaga.

—Me encanta estar en tu cama —admito mientras él me desabrocha los vaqueros.

Se le calientan los ojos.

—A mí me encanta que tú estés en mi cama.

Levanto las caderas para que me pueda quitar los pantalones. Arrastra los ojos por mi ropa interior. Es una fina tela de encaje que apenas me cubre nada, y por la forma en la que se le oscurecen los ojos mientras se pasa una mano por el pelo y exhala con fuerza, a Hayden le gusta.

—Vamos a comprar más de esto —dice sin apartar la vista de las prendas.

Lo dice en plural, como si fuéramos una pareja. Debería sentir dardos de terror por todo el cuerpo, pero no. Me gusta la idea de

que compremos lencería juntos, de que sus ojos destellen de deseo cuando me vea con ella puesta.

Se coloca sobre mí y se apoya sobre los codos a ambos lados de mi cabeza. Me mira con deseo y cariño, y luego baja su boca hasta la mía. Nuestro beso es sexi, rápido y desesperado. Lenguas y dientes y labios y gemidos. Se nos olvida respirar. Su erección me presiona el abdomen y me arqueo contra ella, con las piernas separadas, para que Hayden tenga espacio y pueda acomodarse entre mis caderas. Su peso sobre mí es un lujazo. El calor de su piel me excita. Me enreda los dedos en la parte de atrás del pelo y me inclina ligeramente la cabeza; deja de besarme y me pasa la boca por la mandíbula y el cuello.

—Qué bien hueles, joder —gruñe, y se me acumula la humedad entre las piernas—. Siempre hueles genial. Y estás riquísima, muy dulce. —Me muerde en la zona más sensible detrás de la oreja y se me escapa un ruido demandante—. Necesitas más, ¿verdad?

Asiento, incapaz de pronunciar el «sí, por favor» que resuena en mi cabeza. Se le curva la boca, satisfecho y cómplice.

Encuentra con los dedos un pezón erecto y juega con él a través del fino encaje del sujetador mientras vuelve a acercar su boca a la mía. Cada tirón de sus dedos calienta mi entrepierna, aumentando la presión y el deseo. Me dejo llevar aún más por la sensación de su lengua contra la mía. Tengo la ropa interior empapada y levanto las caderas contra él en busca de más. Por fin, baja la mano de mi pecho y me acaricia por encima de las bragas.

El placer me inunda ante el contacto y los dos gruñimos al mismo tiempo.

—Qué mojada estás. —Me observa la cara fascinado mientras traza círculos firmes y amplios encima de mí, y se me cierran los ojos—. No cierres los ojos —dice con voz grave y firme. Noto un

tinte de provocación en su tono, como si fuera un juego—. Ni se te ocurra.

Los abro y aprieto los labios para contener el gemido, y él abre la boca mientras sigue acariciándome. La necesidad se me acumula en el cuerpo, tensa y caliente.

—Te gusta, ¿eh?

Asiento. Él murmura con una sonrisa oscura y vidriosa, alternando la mirada entre mi cara y la zona en la que mueve la mano entre mis piernas.

—¿Qué vamos a hacer esta noche, Dar? —Su voz es grave y vaga, y me recorre todo el cuerpo con los labios—. ¿Qué elemento vamos a tachar de tu lista?

Me aparta el sujetador, liberándome un pezón, y lo succiona. Se me tensa el abdomen y doy una bocanada de aire.

—¿Eh? —Me mira a los ojos y aparta la mano de mí. Mis caderas lo siguen, exigiendo contacto, pero él solo roza la cintura de mi tanga con los dedos, las costuras sobre las caderas, provocándome —. ¿Qué deseas?

Va a obligarme a decirlo. No sé dónde ha ido mi Hayden dulce y divertido, pero esta versión me encanta. La versión que tiene el control y se deleita con el poder.

Se me van los ojos a sus labios.

—Tu boca.

—¿SÍ? —Sonríe satisfecho—. ¿Dónde quieres esta boca, Darcy? —Me da besos sexis y mordaces por el hombro, la barriga y las caderas. Me tenso excitada—. Muéstramelo, cariño.

Que me llame «cariño» me deja completamente indefensa. Se me acelera el pulso y me llevo una mano temblorosa a las bragas.

—¿Aquí? —Hace otro círculo lento y firme por encima de la tela, y me estremezco—. Dilo, Darcy.

—Sí —digo con urgencia, vibrando con la energía acumulada—. Ahí.

Hayden me mira a la cara mientras desliza la mano bajo la tela. Al roce de sus dedos, se me entrecorta la respiración y su sonrisa traviesa crece.

—Estás empapada, joder —suspira mientras me traza círculos sobre el clítoris.

Se me ponen los ojos en blanco; sabe perfectamente lo que necesito, como si estuviera dentro de mi cabeza.

—¿Confías en mí?

—Claro. —Sé que, incluso aunque no me corra, Hayden no se va a poner de mal humor ni a la defensiva. Simplemente me recogerá entre sus brazos y me besará.

—Buena chica.

Aparta la mano y se sienta sobre los talones, de rodillas, mientras me baja las bragas. Con una mano en el interior de mis muslos, me abre las piernas. El pulso se me acelera con una sensación de vulnerabilidad, completamente abierta debajo de él sin posibilidad de esconderme. Es tan guapo que no sé a dónde mirar: ¿a su maravillosa cara, al pelo caótico, al pecho y a los hombros cincelados, al abdomen espolvoreado de vello o a los grandes muslos sobre la cama?

—Me encanta la mirada que tienes ahora mismo, desesperada por que te toque. —Hace una pausa y me observa con una expresión muy similar a la veneración.

Nadie me había mirado nunca así.

Desliza la mano entre mis piernas y me acaricia cada terminación nerviosa con la palma; se me tensan los muslos a medida que él los acaricia.

—Eres preciosa. —Se mira la mano que mueve sobre mí con los ojos vidriosos—. Tan suave y mojada.

El deseo se me acumula y me palpita entre las piernas. Cada vez que me roza el clítoris, siento una descarga eléctrica. La polla le estira los calzoncillos y siento otra palpitación demandante.

—Hayden. —Voy a agarrarla, pero él me coge por la muñeca y entrelaza los dedos con los míos.

Veo la provocación brillar tras el hambre de sus ojos.

—Paciencia.

Hago un ruido de frustración y me arqueo contra su mano en busca de más fricción, pero él se abalanza hacia delante y engancha los antebrazos sobre mis caderas, sujetándome.

—Vas a esperar —me dice, y me hierve la sangre ante la exigencia de su tono.

Es mi Hayden provocador y divertido, pero con autoridad y dominación, y me gusta mucho.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento. No quiero apresurar las cosas. —Me mira entre las piernas con una sonrisa traviesa e intensa—. Y cuanto más te haga esperar, más fuerte te correrás.

Me vuelve a acariciar el clítoris y se me escapa un sonido entre gruñido y suspiro. Él se ríe, borracho de poder y con los ojos oscuros de lujuria. Me enreda cada vez más, hasta que tengo la piel tan caliente que podría empezar a arder en cualquier momento. Diviso la descarga en el horizonte, pero él me retiene, juega conmigo y se toma su tiempo.

—¿Qué te parece si probamos un tipo diferente de orgasmo del punto G? —pregunta con una voz grave y seductora que me relaja y me tensa con excitación—. ¿Quieres?

Me humedezco los labios y él sigue el movimiento con la mirada.

—Vale.

—Va a ser intenso, ¿de acuerdo?

—Ajá. —Tengo la respiración desquiciada y estoy tan cachonda que podría arder.

Concentrado en mi cara, desliza un dedo en mi interior. Se me ponen los ojos en blanco por el ardor del placer.

—Ahí. —Su voz grave hace que me estremezca—. Justo ahí.

Yo asiento porque no soy capaz de formar palabras. Hayden parece un dios arrodillado entre mis piernas con esa expresión de poder y control. Le recorro cada línea de cada músculo con la mirada: el torso, los hombros, los brazos, hasta llegar a los antebrazos tensos mientras mueve el dedo dentro de mí.

Introduce otro dedo y la plenitud del deseo hace que vea las estrellas. Lleva los dedos hacia delante y me acaricia la pared frontal, y yo me aferro a sus ojos. El chapoteo húmedo mientras me folla con la mano me excita aún más.

No me puedo creer lo que está pasando. No me puedo creer que estemos haciendo esto. No me puedo creer lo agradable que es. El placer de sus dedos anchos y largos dentro de mí va mucho más allá de cualquier otra experiencia que haya tenido. Levanto la mirada al techo, desconcentrada y densa, mientras él alcanza partes de mí que yo no sabía que existían.

—Ey, ey, ey. —Su voz es grave y reconfortante, y vuelvo a mirarlo. Se le curva la boca con una sonrisa satisfecha—. Eso es. Muy bien. No dejes de mirarme, ¿vale?

Asiento mirándole a los ojos fascinados, y otra ola de placer me arrolla el cuerpo. Esto es mejor que el vibrador. Un millón de veces mejor. Podría morirme e ir al cielo por esta experiencia con Hayden.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño.

Me estremezco de placer y aprieto más fuerte las manos con los músculos tensos alrededor de él.

Aumenta su sonrisa.

—¿Te gusta que te llame así?

—Sí —digo en un aliento.

—Estás a punto, ¿verdad?

—Ajá.

Me lleva el pulgar al clítoris y traza círculos lentos y firmes, y con eso basta. Me caigo por el precipicio, se me nubla la visión y se me abre la boca con un gemido grave mientras todos los nervios de mi cuerpo disparan a la vez. Igual que con el vibrador, este orgasmo es diferente, más bajo, más profundo y más fuerte. El calor y el placer burbujean por mi cuerpo, derritiéndome los pensamientos, y me arqueo contra su mano mientras sigue moviéndola en mitad del orgasmo, diciendo cosas como: «eso es» y «buena chica» o «qué maravilla es mirarte, Dar, mientras te corres así en mis dedos».

—Hayden —digo en una bocanada de aire, y él gruñe.

El placer me barre todo el cuerpo y siento un crujido afilado y delicioso en la sangre cuando me aferro al recuerdo de que Hayden, mi mejor amigo, al que hace años que conozco, me está haciendo sentir así. Tiene una expresión concentrada, con una sonrisa oscura mientras cambia la atención entre mi cara y su mano enterrada dentro de mí, como si mi placer fuera el suyo. Con los dedos entrelazados, me aprieta la mano una vez, y yo hago lo mismo.

Ralentiza las caricias conforme yo me relajo, pero su sonrisa se curva cada vez más.

—Respira —dice en voz baja, mientras se coloca sobre mí y me besa. Arrastra la lengua sobre la mía, devorándome mientras los dos intentamos recuperar el aliento. Tiene la piel muy cálida y, cuando se aparta para sonreírme, siento que estoy flotando.

Entre las piernas noto su erección estirando la tela de los calzoncillos, y se me viene un pensamiento a la cabeza.

Capítulo 49

Hayden

Estar así con Darcy me acaba de cambiar la vida. No voy a olvidar nunca su gemido dulce y demandante, ni su expresión de incredulidad mientras su cuerpo se sacudía con su orgasmo.

El orgullo me inunda la sangre y ruedo de encima de ella sobre mi espalda, llevándomela conmigo para que se quede a horcajadas sobre mis caderas, con la boca a centímetros de la mía y una expresión de satisfacción en la cara.

Se acabó el estar sentado en el banquillo ayudando a Darcy a recuperar su seguridad para enviarla a los brazos de otro tío. Se acabó lo de ser su maestro. La deseo, y se lo voy a demostrar.

Le sostengo la mirada mientras succiono de mis dedos su perfecto sabor, algo en lo que llevo pensando desde el día que usé el vibrador con ella.

Curvo la boca en una sonrisa de placer.

—Me encanta cómo dices mi nombre.

Ella me mira y parpadea, con el pelo despeinado y la cara, el cuello y el pecho sonrojados. Sonrío todavía más.

—Y me encanta el aspecto que tienes ahora mismo —admito.

Ella resopla.

—¿Como si me acabara de atropellar un coche?

—¿Así te sientes? —Levanto una ceja y le acaricio la espalda antes de agarrarle el culo—. Debería volver a intentarlo, entonces.

—No. —Se ríe—. Todavía no. Necesito descansar. —Agacha la cabeza y entierra la cara en mi cuello, y se me pone la piel de gallina —. Ha sido el mejor orgasmo que he tenido en mi vida —susurra contra mi hombro.

Un ansia posesiva resuena por mi cuerpo, y la envuelvo entre mis brazos, agarrándola contra mí.

—Sabes exactamente qué decir para que me sienta como un puñetero macho.

Ella se ríe y levanta la cabeza para mirarme.

Es preciosa, joder. El color de sus ojos, cada una de las pestañas, la forma de la nariz, el arco de Cupido y la hinchazón de los labios: todas y cada una de las facciones de Darcy son perfectas. Como si la naturaleza le hubiera concedido todo lo mejor seleccionado especialmente para ella.

—Eres un ángel. —Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja —. ¿Lo sabes?

Se le enternecen los ojos y esas líneas perfectas de su boca se curvan en una sonrisa preciosa.

—A veces —dice, y luego inclina las caderas contra mi erección.

Mi cuerpo responde y se tensa con avidez, y se me escapa el aire entre los dientes.

—Joder. —Se me cierran los párpados

Ella me mira con curiosidad y se vuelve a frotar contra mi polla, y a mí se me suelta la mandíbula. El deseo se me dispara. Estoy a punto, a pocos segundos de derramarme sobre los calzoncillos. Le clavo los dedos en las caderas para que pare.

—Darcy...

—Me toca a mí —susurra. Se le caen los párpados y aprieta los labios en una línea fina mientras vuelve a hacerlo, con un delicado fruncido entre las cejas.

Después de tantos años obligándome a ignorar mis sentimientos, ver a Darcy disfrutar de frotarse contra mi polla me tiene al borde del precipicio. Se le separan los labios y me aprieta las tetas contra el pecho mientras se mueve de arriba abajo sobre mi erección palpitante. Deberíamos parar antes de que pierda el control, pero no puedo, estoy demasiado enganchado a cómo me está mirando, como si fuera suyo.

—Qué rico —susurra cerrando los ojos—. ¿Por qué hemos esperado tanto tiempo?

Se me tensan los huevos y se me abren los ojos en cuanto pierdo el control.

—Joder, Dar... —Me ahogo, agarrándola, inclinándome contra ella. El fuego me recorre la espalda—. Me voy a...

Ella baja la boca hasta mi oreja y me muerde el lóbulo, y estoy jodido.

Un calor blanco me recorre el cuerpo, corriendo por mi sangre y tensándome la entrepierna. Llega mi descarga y gimo sin remedio, con un sonido ronco y roto contra su cuello, rozándole la piel con los dientes. La estoy agarrando tan fuerte contra mi pecho que seguramente no pueda respirar, pero en mi cabeza ahora mismo solo existe la abrumadora necesidad de follármela con todas mis fuerzas y hacerla mía. Siento vagamente sus labios sobre mi sien, pero concentro mi atención en cómo se frota el coño mojado arriba y debajo de mi erección, y en los ruidos suaves y alentadores que susurra en mi oído.

Mi descarga finaliza y me quedo tumbado mirándola a los ojos, con el aire serrándome los pulmones.

Por todos los dioses. Siento una profunda vergüenza y gruño haciendo una mueca.

—¿Qué? —Darcy se ríe.

—Me he corrido en los calzoncillos como si tuviera diecisiete años. —Una forma magnífica de demostrarle que sé lo que estoy haciendo.

Ella me da mordisquitos en el cuello.

—Ha sido sexi. —Me pasa los dedos por el pelo e inhala enterrando la nariz en mi cuello—. Mañana voy a pasarme el día soñando despierta con esto.

Hundo la mano en su pelo y llevo su boca a la mía, obligándola a abrir los labios. Nuestro beso es lento, profundo e íntimo.

¿Cómo he podido dudar alguna vez de que Darcy y yo éramos perfectos el uno para el otro? Esto lo es todo. Es como si nada más existiera cuando estamos juntos.

Después de limpiarnos, nos quedamos en la cama. Darcy acurrucada contra mi pecho, explorando mi cuerpo con roces delicados y provocadores.

Le doy un beso en la sien.

—Oye, ¿recuerdas que en San Valentín me preguntaste qué tipo de porno veía y me puse un poco raro?

Ella asiente.

—No quería enseñártelo porque se parecen mucho a nosotros y es el único porno que llevo años viendo. —Levanto la cabeza para sostenerle la mirada—. Al verlos, me imagino que somos nosotros.

Se le levantan las comisuras de los labios en una sonrisa adorable.

—Ah.

—Sí. Y también dijiste que siempre me ducho cada vez que nos tocamos, como cuando nos acurrucamos y tú hacías como que tonteabas conmigo.

Ella asiente con el ceño fruncido.

—Es porque me pusiste tan cachondo, Dar, que tenía que correrme, y no soy capaz de correrme sin hacer ruido. —Pongo una sonrisa vaga—. Como ya sabes.

Ella traga con las mejillas cada vez más sonrojadas.

—Oh.

—Sí.

Hay un destello de sorpresa en sus ojos y sé que está procesando mentalmente toda esta información.

No pasa nada. Le dejaré tiempo para que lo asimile.

—Estás muy mona cuando te sonrojas.

Ella se ríe contra mi hombro y luego mira la puerta con expresión de duda.

—No vas a irte a tu cama —le digo.

A lo mejor es cosa mía, pero creo que está aliviada.

—Qué mandón.

Le doy un beso en la frente e inhalo su olor mientras le acaricio la espalda.

—¿Quieres agua?

Ella sacude la cabeza, arrastra una respiración y la suelta despacio, relajando el cuerpo contra el mío. Escucho su respiración conforme se queda dormida y se me empieza a aclarar la mente.

No pienso seguir siendo su maestro, y haré todo lo posible para convencer a Darcy de que es mía.

Necesitará tiempo para procesar esto, y lo último que quiero hacer es presionarla. Decirle que es para mí, que es la única mujer que he querido siempre, estoy seguro de que la asustará.

Así que le daré tiempo. Eliminaré la presión.

Siento un pinchazo en el corazón. ¿Y si le demuestro lo bien que podríamos estar juntos, pero sigue sin ser suficiente?

«Solo una cara bonita y un buen polvo».

Aprieto el brazo alrededor de ella. En sueños, suspira y se acurruca más en mi pecho, y entonces me invade la determinación.

Voy directo sin frenos hacia un precipicio. Mi única opción es pisar el pedal a fondo y tener la esperanza de superarlo.

Capítulo 50

Darcy

Me despierto en la cama de Hayden, envuelta entre sus brazos. Sus sábanas son más suaves que nunca y la amable luz del sol se cuela en la habitación mientras su respiración me hace cosquillas en la nuca. En su mesita de noche está nuestra foto de la universidad, la que le regalé por San Valentín. Frunzo el ceño y parpadeo, conteniendo una sonrisa. ¿Eso estaba ahí anoche?

Ha debido de notar el cambio en mi respiración, porque aprieta el brazo que reposa sobre mi pecho, empujándome hacia él.

—Buenos días —murmura contra mí, con la voz grave y áspera de sueño.

—Buenos días.

Disfruto de la comodidad de este momento durante unos cuatro segundos, luego se me llena la cabeza de preguntas.

¿Acabo de tener el sueño más guarro y vívido del mundo, o he dejado que mi mejor amigo y maestro me diera el mejor orgasmo de mi vida?

¿Disfrutó él tanto como parecía?

¿Está flipando?

¿Y yo?

¿Se arrepiente de lo que hicimos?

¿Y yo?

Me doy la vuelta para estar frente a frente, y el corazón me da un vuelco al ver su mirada adormilada.

—Tienes el pelo de recién levantado. —Me estiro para peinarlo un poco, pero los mechones vuelven a rebelarse, y me río. Tiene una sonrisa somnolienta, feliz y adorablemente infantil.

—¿Quieres desayunar?

Sacudo la cabeza. Podría quedarme aquí tumbada para siempre.

Reproduzco mentalmente lo que pasó anoche: él sacándome a rastras del restaurante, perdiendo la paciencia y besándome, la forma desesperada y demandante en que hizo que me corriera más fuerte que nunca, y todas las cosas que dijo. ¿El porno que yo pensé que se parecían a nosotros? Él también lo pensaba. Lo veía porque pensaba que se parecían a nosotros.

Siento un cosquilleo en la piel cuando vuelvo a pensar en todas las veces que nos hemos tocado o nos hemos sonreído en los últimos ocho años, y ahora veo esas interacciones con otros ojos. ¿Estos sentimientos son recientes?

Deben de serlo. Si no, lo habría sabido.

¿Verdad?

—¿Qué pasó anoche? —susurro, y empiezo a sentir la preocupación amenazándome.

Nos hemos alejado tanto de la raya de la amistad que no tiene ni gracia. Pero dónde hemos acabado, de eso no estoy segura.

Se me queda mirando un momento.

—Creo que hicimos algo que hacía mucho tiempo que queríamos hacer. —Curva la boca hacia arriba—. Dime que me equivoco.

—No. —Se me acelera el pulso. Siempre digo que solo somos amigos y que él es mi maestro, pero en los últimos meses ha sido cada vez más difícil de creer.

Pero él es un mujeriego. Hayden Owens va de mujer en mujer. Él mismo lo dijo: no le gusta el compromiso, es más fácil así.

Aunque podría cambiar de opinión. Yo podría cambiar de opinión. Pensaba que quería a Kit y me equivoqué; ¿y si Hayden y yo empezamos una relación y resulta que también me equivoco?

Es mi mejor amigo, y si nos rompemos el corazón, ya no habrá vuelta atrás posible. Nuestra amistad estaría acabada, y la idea de que Hayden no esté en mi vida me da ganas de llorar.

Trago para bajar el nudo que se me ha formado en la garganta, y él me pasa el pulgar por el entrecejo arrugado.

—¿Qué está pasando aquí dentro? —pregunta en voz baja.

—Estaba pensando.

Él sacude la cabeza ligeramente con una expresión preocupada.

—No pienses.

Sonrío, pero la duda sigue ahí.

—No quiero fastidiar las cosas entre nosotros. —Es muy raro estar aquí tumbada, hablando con tranquilidad mientras el sol entra por la ventana. Raro y totalmente normal y natural—. Hay muchos motivos por los que no deberíamos estar haciendo esto.

Hace una pausa; ahora es él quien tiene el ceño fruncido.

—Vamos a ver dónde nos lleva.

Ya sé dónde irá. O él se aburre de tener una relación, o yo me doy cuenta de que estoy en el mismo punto que el año pasado: atrapada. Hayden es muy diferente de Kit, pero puede que el problema no sea el chico con el que esté. A lo mejor soy yo.

A lo mejor me disuelvo en la vida de quien sea mi pareja en cada momento.

La idea de enamorarme de Hayden a costa de volver a diluirme me aterra. Acabo de empezar a saber quién soy. No estoy preparada

para volver a entregarme a alguien y perder todo lo que he descubierto de mí.

—Necesitas diseñar un plan, ¿a que sí? —Se le curva la boca y pone una mirada cálida y afectuosa.

Yo resoplo, porque me conoce muy bien. Odio el suspense de la incertidumbre.

—Sí. Me vendría bien tener un plan.

—Vale. La boda de Jamie y Pippa. Esperaremos hasta entonces para tomar una decisión. Iremos juntos.

Ya habíamos pensado en ir juntos a la boda, pero la idea de ir como pareja hace que me dé un vuelco el corazón. Recuerdo lo que me dijo Pippa hace unos meses: «He imaginado que irías con Hayden».

—¿Y hasta entonces?

Me coge la mano y se la lleva a la boca. Reparte una serie de besos suaves y lentos sobre la palma abierta. El roce de la barba hace que se me entrecorte la respiración.

—Hasta entonces, seguiré dándote clases. Te enseñaré todo lo que quieras experimentar y aprender. —Traga—. No tenemos que comprometernos con nada. Podemos pasarlo bien, sin más, como tú querías.

Debería sentirme aliviada por que le esté quitando toda la presión a esto; sin embargo, siento que se me tensa algo detrás de las costillas.

Hayden Owens nunca sienta cabeza. Claro. Para él soy una novedad, pero se le pasará. ¿Y lo que dijo anoche de que solo salía con mujeres que no tenían nada que ver conmigo? Estoy segura de que es verdad. Pero no cambia quién es en el fondo. Incluso ahora está controlando mis expectativas, enfatizando lo divertido y

subrayando la falta de compromiso mientras acordamos una fecha límite.

Me sostiene la mirada.

—Pero solo conmigo. Nadie más. No quiero compartirte. Te quiero para mí solo.

La determinación con la que lo dice es muy diferente a su comportamiento relajado. Siento una corriente de entusiasmo por la espalda. Me pregunto cómo sería que Hayden Owen te poseyera y te adorara en exclusiva.

Me coloca sobre él. Mis piernas caen por cada uno de sus costados, a horcajadas sobre sus caderas, y me sonríe con los ojos brillantes de interés y picardía.

—¿Qué te parece, Dar? —Se le curva la boca en una sonrisa coqueta—. ¿Quieres pasártelo bien?

Aprender a ligar ha consistido en hacer lo que me apeteciera. ¿Y qué me apetece?

Me apetece esto. Es tan tentador que casi no puedo soportarlo. Quiero tontear con Hayden y echar los mejores polvos de mi vida y despertarme a su lado. Puedo pasármelo bien sin pillarme. Estoy explorando quién soy, y puede que esto sea justo lo que necesito. Solo será un mes; no voy a enamorarme de él.

No lo haré.

Retuerzo la boca en una sonrisa irónica.

—Vale.

Se me acelera el pulso y una sonrisa satisfecha estira las facciones de Hayden cuando asiento.

—Genial. —Se le calientan los ojos—. Esperaba que dijeras eso.

Cuando empieza el partido aquella noche, hay algo diferente en Hayden. Nada más caer el disco, empieza a abrirse camino a toda velocidad hacia la portería del Filadelfia.

A mi alrededor, el público empieza a gritar, y me pongo de pie, observando con fascinación cómo patina con fuerza con dos defensas siguiéndole los talones.

Dispara el disco y, cuando golpea con la red, el estadio estalla.

—¡Es un animal! —le grita un tío detrás de mí a su amigo mientras los jugadores del Vancouver rodean a Hayden en la pista a unos metros de distancia.

Yo sonrío porque Hayden irradia orgullo. Se da la vuelta para mirarme y se me hunde el estómago al ver su sonrisa.

—Ese gol ha sido para ti —me dice Hazel al oído con una sonrisa vacilona.

Pongo los ojos en blanco.

—Venga ya.

Hayden se acerca y mira mi camiseta, y su sonrisa se vuelve satisfecha y posesiva. Recuerdo sus manos en mis caderas esta mañana, recorriéndome el cuerpo como si fuera suyo, y siento un escalofrío.

Él me guiña un ojo; yo me sonrojo de placer.

«Mi amuleto de la suerte», vocaliza a través del cristal antes de alejarse y chocar los guantes con el resto del equipo.

—¿Hay algo que quieras compartir con la clase? —me pregunta Hazel cuando ve mi sonrisa cada vez más grande. Pippa sonríe, encantada y curiosa.

—Nop —digo sonriendo de oreja a oreja, y ellas me devuelven la sonrisa.

«Solo nos estamos divirtiendo», me digo.

Después, en el palco, Hayden me ve nada más cruzar la puerta. Se me curva la boca en una sonrisa cuando se acerca a mí. Camina con esa concentración resuelta que hace que la gente se aparte. Alguien lo llama, pero sus ojos no se separan de los míos.

—Hola... —empiezo a decir, pero me agarra por detrás de la cabeza y choca la boca con la mía en un beso embriagador y demandante que hace que se me tambaleen los pensamientos.

Me derrito contra él y le dejo que tome lo que quiera. Su mano se enreda en mi pelo y tira con delicadeza para abrirme más la boca, y suelta un gruñido grave y satisfecho.

Se aparta para mirarme a los ojos y, en su mirada, el deseo brilla divertido por la expresión que ha visto en mi cara.

Empieza a sonreír.

—Hola.

Las tres neuronas que me quedan me ayudan a parpadear.

—Hola.

Él sonríe más.

—Qué guapa estás, joder. —Pero no me suelta. Estamos en mitad del palco, rodeados por el resto del equipo, y siento un cosquilleo en la piel por el peso de sus miradas.

—Nos está viendo todo el mundo —susurro.

—Mhm. —Me da un abrazo y un beso tierno en la sien.

Al otro lado del palco, Hazel, Rory y Alexei nos miran. Hazel agita las cejas con una sonrisa. Rory está sonriendo de oreja a oreja, e incluso la expresión de Alexei parece más cálida de lo normal.

Se me retuerce la boca en una sonrisa seductora mientras deslizo la mano por el culo de Hayden y aprieto; él inclina la cabeza hacia atrás con una carcajada.

Capítulo 51

Hayden

—¿Seguro que vas a estar bien sola? —le pregunto a Darcy mientras para el coche en la puerta de salidas del aeropuerto.

Son los últimos partidos fuera de la temporada y no quiero dejarla.

—Te lo prometo. —Lanza una sonrisa rápida—. No soy una niña pequeña. Sé cuidarme solita.

—Ya lo sé. —Pero a mí me gusta cuidarla, y me gusta comprobar que tenga comida suficiente en la nevera—. Puedes llamarme o escribirme cuando quieras. O llama a mis padres si necesitas ayuda con algo.

Ella asiente con la mirada sobre mí, y algo se me tensa en el pecho. Las cosas por fin están bien encaminadas entre nosotros, y marcharme ahora no me parece lo mejor. Pero sé que tomarnos las cosas con calma y darle tiempo para procesarlo nos vendrá bien. El último con el que estuvo la presionó y no quiero terminar como él.

Entonces me acuerdo del mensaje sin responder que hay en mi teléfono. Volverá a Vancouver para un partido en unas semanas y quiere que quedemos para tomar algo y ponernos al día.

No quiero verlo. Por lo que a mí respecta, está fuera de nuestras vidas; pero una parte de mí quiere echarle en cara todo lo que hizo.

—Que tengas buen viaje. —Darcy sonríe con timidez y mueve los ojos por mi cara. Últimamente lo hace más, esto de mirarme

abiertamente y contemplarme.

Me gusta tener toda su atención.

Se me acumula el deseo en la entrepierna y bajo mi boca hacia la suya para morderle el labio. Ella suspira contra mí, me apoya una mano en el pecho y me acaricia por encima de la camiseta que me regaló en San Valentín. Mi camiseta favorita, lo más valioso que tengo.

Mi cuerpo está frustrado y, por la forma en la que me clava las uñas, ella también lo está. «Por favor», me susurró esta mañana mientras se acurrucaba contra mí. Tuve que hacer un esfuerzo titánico para no hundir la polla dentro de ella.

«No la presiones», me recuerdo mientras reclamo su boca. Le estoy dando tiempo para que se ajuste a esta nueva dinámica entre nosotros, una dinámica que quiero que sea permanente. Y eso significa que nada de sexo todavía.

Da igual cuánto lo deseemos los dos.

—Vas a perder el avión —susurra ella entre besos.

—Me da igual.

Ella se ríe. Joder, es que es preciosa. Se me retuerce el corazón y le agarro la muñeca para deslizar los dedos sobre la pulsera, algo que parece que hago siempre que la tengo cerca. Le doy otro beso y consigo arrancarle un gemido suave y dulce.

—El asiento de atrás es bastante grande, por si cambias de opinión —bromea, casi sin aliento entre los besos, y yo me río—. Los cristales están tintados.

Me cago en todo. Es que quiero escucharla correrse otra vez. Me aparto antes de dejarme llevar.

—Voy a echarte de menos —admito mirándola a los ojos. Nunca le he dicho eso a una mujer. Debería hacerme sentir incómodo, pero no.

—Yo también.

Se muerde el labio y le doy otro beso mientras maldigo entre dientes, inhalando su aroma y pasándole los dedos por el pelo.

—Uno más.

Ella se ríe contra mi boca y enmarco su cara perfecta entre mis manos.

—No hagas nada mientras no estoy, ¿vale? —Bajo mis labios, ella sonríe—. Resérvalo para cuando llegue a casa y así nos volvemos dos salvajes juntos.

—Trato hecho —susurra.

Si no me bajo ya del coche, no lo voy a hacer nunca. Le doy un último beso en la boca antes de salir, justo cuando Volkov sale del coche que hay detrás del nuestro.

Me asiente y yo cojo aire. No hemos vuelto a hablar desde la cita doble de la semana pasada. Se agacha para mirar en el coche y saluda a Darcy.

Ella baja la ventanilla y le devuelve el saludo.

—Hola, Alexei.

—Hola. —Nos mira a los dos y luego le arquea una ceja a Darcy—. ¿Quieres que volvamos a salir?

Ella se ríe, pero a mí no me hace ninguna gracia y se me tensa la mandíbula. Sé que él lo hace para joderme, Darcy sabe que él lo hace para joderme, pero aun así. En lo que respecta a Darcy saliendo con otros tíos, soy incapaz de pensar con claridad.

—No —suelto, y Volkov retuerce la boca en una sonrisa—. Está ocupada. —Me agacho para mirarla a los ojos y se me relaja la expresión—. Adiós. Gracias por traerme.

Ella sonríe.

—Adiós.

Volkov y yo miramos cómo se marcha. Ya estoy deseando volver a casa con ella.

—De nada —dice Volkov mirándome de reojo mientras entramos en el aeropuerto.

Aprieto los dientes.

—¿Por qué?

—Por darte un empujón.

—Que te den por culo.

Él se ríe. El muy gilipollas se ríe. Me quedo mirándolo impactado. Creo que nunca lo había visto reírse. Enseñamos el carnet de identidad para entrar en la zona de seguridad y el chico nos indica que entremos.

—Sabes que tengo razón. —Deja su bolsa en la cinta para el escáner y pone una expresión seria—. Me gusta verte feliz.

—Siempre estoy feliz.

—No como ahora.

El corazón me da varios golpes, porque tiene razón. Me he pasado años diciéndome que soy el típico tío con el que las mujeres se lo pasan bien, pero con el que nunca quieren nada serio.

Darcy hace que sienta que soy algo más, y a lo mejor lo soy.

Volkov y yo nos sentamos en nuestros sitios y, unos minutos más tarde, entra Miller en el avión, me ve y suelta un graznido de victoria.

—¡Ahí está mi colega! —Me sacude los hombros con una sonrisa de oreja a oreja—. El señor Darcy Andersen en persona.

Yo lo empujo, pero con una sonrisa y una sensación de orgullo expandiéndose por mi pecho. Él se arrodilla en el asiento delante de nosotros.

—A ver, entonces, ¿qué? ¿Estáis juntos?

Me encojo de hombros intentando no sonreír demasiado.

—Simplemente estamos fluyendo.

Casi me río por lo poco sinceras que son esas palabras. Claro que estamos juntos. No pienso dejarla escapar.

En el pasillo, Streicher coloca su mochila en el compartimento superior y me mira como diciendo: «¿Estás de coña?», y yo levanto las manos.

—No quiero presionarla. —Miro por la ventanilla y pienso en los envíos de flores que he encargado para cada día que yo esté fuera. Una sonrisa satisfecha me estira la boca—. Solo nos estamos divirtiendo.

Volkov y Miller intercambian una mirada, y a Miller le brillan los ojos.

—Estaré pendiente para cuando anuncies la fecha —dice Miller, y se da la vuelta para sentarse.

Yo sonrío mirando por la ventana, imaginándomelo, y luego busco una foto de Darcy en la fiesta de la serie y me la pongo de fondo de pantalla.

Cuando nos entregan las carpetas con los itinerarios de la gira, abro la mía y me encuentro una foto instantánea del maldito gnomo en mi *jacuzzi*, con las gafas de sol de Darcy.

«No paro de pensar en ti. Besos, Daniel», está escrito con la letra de Darcy.

Volkov mira la foto.

—Sois muy raros.

Estoy sonriendo tanto que me duele la cara.

—Ya lo sé.

No querría que fuera de ninguna otra forma.

Capítulo 52

Darcy

Estoy haciendo algo que no debería estar haciendo en absoluto: ver la grabación de un partido y recogiendo datos, cuando el teléfono me vibra con el timbre de la puerta. Se me pone una sonrisa en la cara y unos sentimientos cálidos y eufóricos me dan vueltas en el pecho, porque creo saber de qué se trata.

—¿Hola?

—Una entrega para Darcy Andersen.

Lo sabía.

—Sube.

Le abro y, al cabo de unos minutos, el repartidor llama a la puerta.

—Es la tercera esta semana. —Sonríe detrás del enorme ramo de rosas, y a mí se me pone la cara roja.

Esos sentimientos eufóricos se dan de la mano y saltan formando un círculo enorme, hasta que se desploman y suspiran. El primer ramo fue de flores naranjas y amarillas, el de ayer de varios tonos de morado, y el de hoy es de tonos rosas suaves y femeninos.

—O alguien la ha cagado muchísimo, o está enamorado.

Toso una risa seca y firmo la entrega.

—No está enamorado.

Solo nos estamos divirtiendo. Hayden Owens no se enamora.

—Lo que tú digas. —Se despide con la mano—. Nos vemos pronto, seguro.

Me río por lo bajo y le doy las gracias. Cierro la puerta y saco el teléfono. Hayden responde la videollamada en el segundo tono.

—¿Otro? —Muevo la cámara hacia el enorme ramo de flores sobre la encimera de la cocina—. ¿Qué pretendes?

—¿Cómo que qué pretendo? —Sonríe, apoyado sobre el cabecero de la cama del hotel.

Paso los dedos por los pétalos delicados de una preciosa rosa rosa.

—Me estás mimando demasiado.

—¿Y?

Suelto un suspiro sin dejar de sonreír como una idiota. Hayden me ha enviado un ramos de flores cada día desde que se marchó. Yo puedo comprarme flores, pero no lo hago, y he de admitir que es diferente cuando te las regalan. Más tierno y significativo.

—Pues que te estás pasando.

—¿Te incomoda que te envíe flores? —Su voz grave hace que se me erice la nuca.

—No —admito.

—¿Estás cambiando de opinión sobre lo que hablamos?

Se me sube el corazón a la garganta.

—No, para nada.

—Vale. —Pone una mirada tierna—. Yo tampoco.

Se me retuerce el estómago. Lo echo muchísimo de menos y me muero de ganas de que vuelva a casa para tirarlo al suelo, subirme a horcajadas sobre él y frotarme contra su cuerpo hasta que sus ojos tengan esa mirada oscura y borrosa que tanto me pone.

Pero las flores me parecen algo bastante serio. Las flores se regalan en una relación. No quiero que me destroce el corazón justo cuando estoy empezando a volver a sentirme yo misma.

—Dijimos que nos lo íbamos a pasar bien —le digo en voz baja.

—Comprarte flores es divertido. Me gusta gastarme dinero en ti, Dar. ¿Te supone un problema?

Por el tono de su voz, exigente pero bromista, me tengo que contener una sonrisa.

—No.

—Bien. ¿Qué vas a hacer esta noche?

Se me van los ojos a la pantalla del portátil. No voy a aceptar el trabajo que me ha ofrecido Ward, debería dejar los análisis a los profesionales.

—Dar —dice Hayden al ver la culpa en mi cara—. ¿En qué problema te has metido?

Yo me río.

—En nada. —Cojo aire—. Vale. Estaba viendo el partido de la otra noche.

—¿Sí?

Pongo una mirada extraña.

—Claro. Y me puse tu camiseta, obviamente.

Le brillan los ojos con orgullo.

—No lo sabía.

—¿Por qué te sorprende? Me encanta verte jugar. En fin, el partido. Ward sigue emparejando a Alexei con nuevos defensas y no está funcionando.

Vuelvo a tener esa sensación, la que me llevó a comprobar los números de las configuraciones de las jugadas de superioridad y de los penaltis.

—Hay un tío que juega al hockey en la liga universitaria, Luca Walker. —Se me acelera el pulso—. Creo que jugaría bien con Alexei.

Hayden levanta las cejas.

—¿Sí?

—Jugó un partido de la NHL el año pasado y no le fue bien, pero creo que fue algo puntual. —Sacudo la cabeza con el ceño fruncido —. Fue solo un partido y hay muchos motivos por los que no juega bien. Es joven, pero tiene muchas características parecidas a las tuyas. —Luca Walker es un poco torpe, pero tiene talento—. Ward tiene un equipo con jugadores con mucha experiencia, pero si echamos un vistazo a los equipos en, no sé, los últimos cinco años, tienen más jugadores jóvenes a los que están continuamente formando. Ahora mismo en el equipo hay pocos jugadores jóvenes. Muchos tienen veinticinco o más.

—¿Crees que el Storm debería fichar a ese chaval?

—Merece la pena intentarlo para ver si Alexei juega bien con él. —La temporada de fichajes va a terminar pronto, y después el equipo tendrá que seguir como está para el resto de la temporada y las clasificatorias. Probablemente los Storm consigan llegar a las clasificatorias, pero no hay ninguna garantía. Si yo no me equivoco, un cambio así podría suponer un giro de ciento ochenta grados—. Deberías decirle algo a Ward.

Él arquea una ceja.

—Deberías decírselo tú.

Recuerdo la oferta de trabajo que me llegó al *e-mail* ayer por la mañana. «Por si cambias de opinión», escribió Ward.

El miedo me retiene y me odio por ello. Me da pánico que mis datos no se sostengan y que el Storm no llegue a las clasificatorias. Hay carreras en juego. Alguien podría terminar mal parado. El equipo quiere ganar las clasificatorias y jamás me lo perdonaría si no lo hacen por mi culpa.

Y ahora Hayden se ha convertido en otro de los elementos por los que no puedo aceptar el trabajo. Estaría trabajando con él. Seguramente viajaría con el equipo. Esto que tenemos, sea lo que

sea, con los besos en el cuello y durmiendo en la misma cama todas las noches, tiene fecha de caducidad.

Y luego tendría que verlo tirar ficha a otras chicas, deslumbrarlas con su sonrisa y subírselas al regazo.

No puedo ver eso. No puedo aceptar el trabajo.

Miro los ojos curiosos de Hayden y sacudo la cabeza con una sonrisa.

—Va a saber que es idea tuya —dice.

—Dile que te lo ha dicho una pitonisa.

Él sonríe y sacude la cabeza.

—Vale. Le diré algo, pero estoy seguro de que va a ser tan sutil como una bolsa llena de piedras. —Se me queda mirando un rato—. ¿Por qué no aceptas el trabajo, Darcy? —Le brillan los ojos—. Sería divertido, ¿no? Trabajaríamos juntos. Ward siempre trae analistas de gira. Podríamos hacer fiestas de pijama.

En contra de mi voluntad, sonrío al imaginármelo. Ver películas juntos en el avión. Colarnos en la habitación del otro de madrugada, enredar las sábanas y dormirnos juntos, agotados.

Molaría que me volviera a gustar mi trabajo y utilizar mis habilidades para algo guay en lugar de malgastarlas en algo que me da exactamente igual.

—Alexei se va a retirar en unos años, quiera o no. ¿Y si yo soy el motivo por el que no llega a una segunda ronda de clasificatorias?

«Me da miedo», es lo que no digo.

Él me analiza con una expresión seria.

—Pero ¿y si tú eres el motivo por el que el equipo llega a las clasificatorias? ¿Y si puedes ayudarnos? El riesgo es compartido, Dar. Nadie va a señalarte a ti por una jugada que hagamos nosotros. Hay muchos motivos por los que las jugadas no salen bien. El futuro del

equipo no está en tu mano. —Se le curva la boca—. Además, sabes lo que haces. El error aquel lo cometiste hace años.

Yo murmuro y asiento, luego aparto la mirada. Tengo la sensación de que fue ayer.

—Ojalá no te hubiera pasado nunca —murmura él con un suspiro —. Eres brillante, Andersen. Todo el mundo lo sabe, menos tú. Y te mereces tener la vida que quieras.

Se coloca de costado, apoya la cabeza en el codo y coloca el teléfono contra la almohada. Mientras lo hace, veo algo en la mesita de noche detrás de él.

—Oye. —Me acerco a la pantalla con los ojos entrecerrados y siento un chisporroteo en el pecho—. ¿Qué tienes en la mesita de noche? —pregunto, aunque lo veo perfectamente.

Se le queda la cara inmóvil y ni siquiera mira hacia atrás.

—La foto que me regalaste —dice con una mueca de culpabilidad, como si hubiera hecho algo malo.

El corazón me late con más fuerza.

—¿Te la has llevado?

Se frota la barbilla y aparta la mirada.

—Siempre me la llevo de gira.

Joder. Qué tierno. No hay ninguna relación en mi vida como la que tengo con Hayden. Se me llenan los ojos de emoción. Si jodemos esto de «divertirnos», no me perdonaré jamás perderlo como amigo.

—Anoche dormí en tu cama —admito. Y la noche anterior. Y seguramente duerma en su cama esta noche.

No me voy a pillar, de verdad, pero duermo mejor en su cama, con su olor. No espero que dure para siempre.

Se le curva la boca en una sonrisa satisfecha.

—¿En serio?

—Mhm. —Se me calienta la cara—. ¿Te parece bien?

—Sí. —Agranda la sonrisa—. Más que bien. Me encanta la idea de que estés en mi cama, esperándome. —Cierra los ojos y suspira—. Joder, estoy cachondísimo.

Se me escapa una sonrisa de sorpresa.

—Hayden.

—Perdona. —Él sonríe, pero hay una cierta agonía en su expresión que hace que se me retuerza el estómago—. Es que te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

Hay un momento de silencio en el que simplemente nos miramos. Joder, ojalá estuviéramos juntos ahora mismo. Ojalá pudiera hundirle los dedos en el pelo y ayudarlo a relajarse.

—Deberíamos ir a comprar muebles este fin de semana —dice.

Yo le pongo una cara divertida. Tiene el piso entero lleno de muebles.

—No hace falta nada.

—Ya, pero... —Se encoge de hombros y sonríe—. Son muebles que ya tenía antes de que te mudaras. Debería parecer nuestra casa, ¿no? Quiero que parezca que tú también vives ahí.

«¿Y qué pasa con la boda de Jamie y Pippa?», quiero preguntar. Si volvemos a ser solo amigos, no podré volver a dormir en mi cama y hacer como que no ha pasado nada.

—¿Es por la lista? —pregunto—. ¿Por lo de tener la casa de alguien que liga mucho?

Parece que hace años de esa lista. La idea de invitar a un tío cualquiera a nuestra casa me revuelve el estómago.

Se le tensa la mandíbula.

—No. —Aparta la mirada y se despeja la tensión de su cara—. Todo lo que hay me lo compró un diseñador, pero quiero algo que

sea nuestro. —Se le curva la boca—. Quiero que parezca nuestra casa.

Siento un tirón cálido en el pecho y me trago las emociones. Ir a elegir muebles con él me resulta sospechosamente parecido a algo que haría una pareja. Debería establecer unos límites más evidentes, pero cuando me lo imagino, me encanta la idea de tener una casa que Hayden y yo hemos personalizado juntos.

—Yo también quiero eso. —Nos quedamos un buen rato simplemente mirándonos—. Llegas a casa el jueves por la noche, ¿no?

Él asiente con los ojos sobre mí y una sonrisa.

—Te iré a recoger al aeropuerto.

—No hace falta. Puedo pillarme un taxi.

—Quiero hacerlo. —Otra cosa típica de pareja que no debería estar haciendo. Se me ocurre una cosa y me golpeo la frente con la mano—. Espera. No puedo. Tengo el evento de mujeres científicas el jueves por la noche. La recaudación de fondos en la discoteca de patinaje. —Me hundo con decepción. Hayden hace muchísimo por mí, y que lo dejara en el aeropuerto a principios de semana le hizo mucha ilusión.

—No te preocupes. —Hace un gesto con la mano—. ¿Es lo de los años setenta?

Yo asiento.

—Vamos a recaudar dinero para el fondo de matrículas, para que las chicas de familias con pocos ingresos puedan ir a la universidad. Qué pena que no puedas venir. —Tuerzo la boca—. Te encantaría.

—Puedes proponerme que nos probemos unos dientes falsos que hayamos encontrado en la playa y probablemente me lo pase genial, siempre y cuando estés tú, Dar.

Me atraganto y él se ríe.

«Está enamorado», me dijo el repartidor. «Ese gol ha sido para ti», dijo Hazel. Y se lleva de gira nuestra foto enmarcada. El corazón me late con más fuerza en el pecho.

—He comprado más lencería —digo de pronto.

Él levanta las cejas.

—¿Ah, sí? —Se le oscurece la mirada y la fuerte línea de su garganta se mueve al tragar—. ¿Para mí?

—Para mí —le digo con una sonrisa provocadora—. Pero sí, también para ti.

—Enséñamela.

Me sonrojo, pero estoy encantada.

—No.

Él se sienta en la cama y mira fijamente la pantalla con fascinación.

—Por favor.

Me río.

—Tendrás que esperar a verla cuando llegues a casa.

Echa la cabeza hacia atrás con un gruñido.

—Dar, cuando llegue a casa me vas a enseñar mucho más que la nueva lencería.

Siento una corriente de entusiasmo y contengo una risa excitada mientras en mi cabeza no paran de aparecer imágenes subidas de tono.

—Lo estoy deseando.

Capítulo 53

Darcy

—¿Darcy? —Me llama Carmelita en el evento de Mujeres en la Ciencia de Vancouver el jueves.

Por los altavoces suena ABBA y hay una bola de discoteca colgada sobre la pista donde los miembros de la organización patinan con chicas de los colegios públicos y sus padres, muchos de ellos con disfraces ridículos de los años setenta.

—Phoebe necesita ayuda en la recepción —dice—. ¿Puedes ir un rato a ayudarla?

—Claro. No te preocupes.

Ella me aprieta el brazo.

—Gracias, cielo.

Miro a la pista y veo a Georgia hablando con un grupo de adolescentes sobre su trabajo. La observan completamente fascinadas y, aunque no oigo lo que Georgia les está diciendo, se nota que su entusiasmo por su trabajo es muy contagioso.

Insistió en acudir al evento para tener poder usar las botas a la altura de las rodillas que se compró como un capricho el año pasado, pero creo que eso no era más que una tapadera. Le encanta su trabajo. Y a Carmelita también, que se encarga de diseñar tanques de combustible para vehículos impulsados por hidrógeno. A muchas de las mujeres que hay aquí se les ilumina la cara hablando de su trabajo. Es el objetivo principal de organizar eventos

como este en colegios e institutos: enseñar a las chicas las posibilidades que tienen y ayudarlas a seguir el camino que más les guste. Al finalizar el evento, Carmelita otorgará una beca, que esperamos que ayude a alguna chica a emprender la carrera que más le apasione.

Se me acomoda en el pecho un sentimiento extraño de anhelo. A todas les encanta su trabajo, menos a mí, por lo visto.

El Storm no ha fichado a Luca Walker. He estado pidiéndole a Hayden que me cuente novedades prácticamente a diario, pero todavía nada.

El avión debería estar a punto de llegar. Siento la excitación en el estómago y, aunque me lo estoy pasando muy bien aquí, tengo muchísimas ganas de volver a casa y trepar por el cuerpo sexi de mi jugador de hockey como si fuera un árbol.

O sea, no mi jugador de hockey. Solo temporalmente mío, supongo.

Ayer llegó un paquete, un conjunto de lencería verde menta muy delicado, suave y precioso. «Con cariño, Hayden», decía la tarjeta, que dejé sobre su mesita de noche y que miré sonriendo mientras me dormía.

Ahora mismo tengo puesta esa lencería. Miro otra vez el reloj. Espero que el vuelo llegue puntual y poder verlo antes de dormirme.

¿A quién quiero engañar? Me quedaría despierta hasta el amanecer para verlo. Así lo añoro.

—Ey —dice una voz grave y familiar detrás de mí—. ¿Me ayudas a atarme los patines?

Siento unas chispas estallar por todo mi cuerpo y me doy la vuelta. Casi me caigo de culo cuando veo a Hayden Owens con una camisa de flores espantosa, pantalones campana y unas gafas de sol naranjas enormes. Tiene una sonrisa gigante y sujeta un par de

patines. Se ha dejado un bigote. No es justo que esté tan sexi, incluso así.

—Joder, qué ganas tenía de verte —murmura. Se acerca a mí y se sujeta a la barandilla a mi lado, encajándome—. Estás monísima. Lo bastante rica para comerte. —Me da un beso en la comisura de los labios y me tambalea el pulso, borracho y desorientado.

—Has llegado. —Parpadeo incrédula.

Le hundo las manos en el pelo y él entrecierra los ojos antes de que tire de su boca hacia la mía. Gruñe y yo inhalo su olor y lo beso, demostrándole cuánto lo he echado de menos mientras él reclama mi boca. Me rodea con los brazos y yo me hundo en su robusta calidez.

Alguien nos silba, pero me da igual. Solo quiero a Hayden.

—Tenemos que calmarnos, Dar —dice contra mí, sonriendo—. Estos pantalones ya son muy ajustados, y hay niños.

Resoplo una risa y me aparto para mirar la ropa que lleva.

—Pareces Austin Powers. —Si a Austin Powers lo interpretara un muñeco Ken de tamaño real con unos dientes perfectos.

Me guiña un ojo.

—Compórtate, por favor.

—Tendrías que estar en un avión. —Miro detrás de él y suelto una carcajada—. ¿Ese es Rory?

Rory lleva un mono de Elvis con una peluca negra y gafas de aviador, y se está haciendo una foto con un grupo de chicas adolescentes.

Hayden sonríe.

—Sip.

Está aquí todo el equipo, todos disfrazados en mayor o menor medida. Incluso Alexei se ha puesto unas gafas de sol enormes y brillantes, seguramente obligado.

Siento como que estoy llena de aire caliente y podría empezar a flotar en cualquier momento.

—Pero ¿el avión no llegaba ahora?

—Darcy, deberías haber visto al plasta este en el hotel esta mañana —dice Rory cuando pasa por nuestro lado, empujando a Hayden—. Parecía un sargento, llamando a las puertas para despertarnos a todos al amanecer.

Hayden pone los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

Rory finge una tos y sonríe a Hayden.

—Creo que esta noche va a necesitar un poco de atención extra. Está malito. «De amor» —vocaliza.

Hayden le da un empujón y me sonríe. Yo me sonrojo y no puedo parar de sonreír.

—No le hagas caso —murmura Hayden—. Le dan muchos golpes en la cabeza.

Me río, pero se me va la atención a Alexei, que está firmando una camiseta con Carmelita. Hayden sigue mi mirada.

—Hemos traído *merchandising* para que lo subastéis.

—¿Carmelita? —La llama Rory con el teléfono levantado—. ¿Me envías el enlace para las donaciones? Quiero publicarlo en mis redes sociales.

Hayden me envuelve con los brazos y su olor me golpea la nariz.

—¿Te puedo robar un momentito?

Parece que todo el mundo está ocupado, así que asiento y agarro la mano estirada de Hayden. Él me lleva a un banco.

—Yo te ayudo —dice cuando me agacho a mis patines. Luego se arrodilla delante de mí, me guiña un ojo y me aprieta los cordones.

En la pista de patinaje, rodamos juntos mientras escuchamos música disco ridícula y nos intercambiamos sonrisas íntimas. Soy un

poco patosa con los patines, pero él me da la mano. Sé que si me caigo, él me agarrará. Empieza a sonar una canción que le encanta y se le ilumina la cara. Baila mientras patina por toda la pista con alegría y una energía bobalicona. Al cabo de un instante, todo el mundo está haciendo el tonto y yo me río por los movimientos de baile disco de Hayden.

Hace un movimiento de caderas y yo le devuelvo una mirada provocadora.

—Ten cuidado con eso —digo, mirándole la entrepierna—. Sé lo que manejas.

—Andersen. —Pone una cara escandalizada—. Que estamos en un evento familiar.

—Entonces, seguramente no debería hacer esto, ¿verdad? —Me bajo un poco el cuello del vestido y a Hayden se le van los ojos a la tira delicada de encaje del sujetador que me envió.

Le destellan los ojos con deseo y pone una mueca de dolor lanzando un gruñido.

—Eso es jugar sucio.

Yo me deshago en una risa.

—Estoy muy contenta de que hayas venido —admito.

Se le calientan los ojos con afecto.

—Yo también. —Me da un beso, luego me coge la mano y me hace girar.

Kit nunca venía a este tipo de eventos. Si no era porque tenía algún partido, era porque prefería quedarse descansando o se iba a jugar al golf. Todo giraba a su alrededor.

Hayden es completamente diferente. No sé por qué no me he dado cuenta hasta que me he ido a vivir con él y hemos empezado lo que quiera que sea esto. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que siempre estaba deseando quedar con él cuando veníamos a

Vancouver, mucho más de lo que debería una mujer que mantiene una relación con otra persona.

Si me lo permitiera, podría enamorarme de Hayden más que de cualquier otro. Patinar con él y hablar con él por teléfono antes de dormir y compartir las estadísticas con él me resulta muy natural.

Cuando pase la boda de Jamie y Pippa y lo que sea que estemos haciendo Hayden y yo acabe, voy a intentar recordar esta sensación. Esto es lo que me he perdido durante años por estar con el tío equivocado.

Capítulo 54

Darcy

—Dios, cuánto te he echado de menos. —Hayden me empuja contra la pared en el ascensor y me lame el cuello—. No he parado de pensar en ti.

Me arde la piel y me arqueo contra él como una gata mientras un cosquilleo me recorre el cuerpo.

—He usado el vibrador en tu cama.

Se queda quieto y baja la cabeza contra mi hombro con un gruñido torturado. Yo me río. Se abre la puerta del ascensor y, con una sonrisa, se agacha y me carga por encima del hombro.

«Cásate con él», me susurró Carmelita después de que Hayden donara cien mil dólares al fondo para la beca de Mujeres en la Ciencia.

—Esto no es necesario —me río bocabajo mientras él me lleva hasta la puerta de casa y la abre—. Nos van a ver.

—Pues que nos vean. —Dentro, se quita los zapatos de una patada agarrándome por la parte trasera de los muslos para que no me caiga—. Así sabrán que vamos a estar bastante ocupados el resto de la noche.

El deseo se me acumula entre las piernas.

—¿No vas a decirme que vayamos más despacio?

—No. —Suelta la bolsa y va hacia su habitación—. Esa siempre fue una idea estúpida.

En su habitación, me deja con cuidado en el suelo. No pasa ni un segundo antes de que su boca esté presionada contra la mía. Luego lleva las manos al dobladillo del vestido y me lo quita. Cuando ve la lencería que me compró, se le oscurece la mirada y echa la cabeza hacia atrás.

—¿Estás bien? —me río.

—No. —Gruñe con el ceño fruncido sin apartar los ojos de la lencería—. Estoy tan empalmado que me duele.

Yo hago un ruido grave y empático y, sosteniéndole la mirada, llevo la mano a la parte delantera de los pantalones, y agarro bien. Separa los labios cuando aprieto la dura erección.

—Pobre Hayden. —Muevo los dedos de arriba abajo, provocándolo.

Él asiente, palpitando contra mi mano.

—Sí. Pobre yo.

Me río y él sonríe. Luego le desabotono la camisa, se la quito y le bajo los pantalones.

Joder, es guapísimo. Me tomo un minuto solo para mirarlo mientras me sonríe. Me lleva las manos al pelo y me besa la mejilla, la mandíbula, el cuello.

—¿En qué pensabas cuando usaste el vibrador?

—En ti.

—Sé más específica. —Me succiona la piel detrás de la oreja y se me cierran los ojos mientras la humedad se precipita entre mis piernas.

—¿Recuerdas el vídeo que me enseñaste? Cuando él, ehm... —Aprieto los labios con vergüenza. No estoy acostumbrada a coger lo que quiero, y mucho menos en situaciones sexuales—. Cuando él tenía la cabeza entre sus piernas. —La voz me sale chillona.

Él se ríe contra mi piel.

—Sí. Lo he visto varias veces.

—¿Cuántas son varias?

—Unas cien.

Me río.

—Hala.

Él me lleva de espaldas hasta que me choco con la cama y me sienta, luego se sube encima de mí. Me reclino contra los cojines, hipnotizada por cómo me mira, como si no supiera por dónde empezar.

Desliza la mirada hacia la mía, ligera y provocadora, mientras con los dedos recorre el encaje del sujetador.

—¿Qué pasa con ese vídeo?

—Igual podrías... hacer eso. —Observo cómo explora, pasando los dedos por la tira de encaje. Tengo los pechos duros y algo doloridos, desesperados de atención.

—Quieres que baje.

Sus dedos encuentran un pezón erecto a través de la tela, yo me muerdo el labio y asiento.

Él aparta el sujetador y me mira a la cara mientras juega con los labios fruncidos. Un deseo derretido me recorre todo el cuerpo y se acumula entre los muslos.

—Que te coma el coño.

—Hayden. —Me sonrojo.

Él baja la cabeza hacia mis pechos y lleva los labios alrededor del pezón. Un ruido ahogado se me escapa por el tirón embriagador de sus labios, y la caricia caliente de su lengua.

—Que te corras en mi cara gracias a mi boca —murmura contra mí.

Yo me río, intentando concentrarme en la conversación.

—No seas tímida. —Lleva las manos hacia atrás, me desabrocha el sujetador y me lo quita—. No sabes cuántas veces me he follado a mi mano pensando en comerte.

Otra ola de excitación me inunda las bragas y, cuando pasa los dedos por encima, coge aire.

—Ya estás mojada.

Hace un círculo firme y el placer me desgarra. Me cuesta respirar mientras veo cómo disfruta de mi cuerpo. Me mira con una sonrisa oscura y traviesa, y desliza los dedos bajo la tela.

Gruñimos juntos ante la sensación divina de sus dedos sobre mi clítoris.

—¿Alguna vez consiguió que te corrieras así? ¿Con la boca?

Sacudo la cabeza. La presión se me acumula a medida que él traza una fricción deliciosa sobre los nervios sensibles. Yo le clavo las uñas en los hombros.

Me quita las bragas y me deja completamente desnuda. Una parte de mí quiere sentirse tímida y vergonzosa, pero la mirada hambrienta de sus ojos diluye la cohibición.

Hayden me desea, y yo quiero que me tome.

—¿Darcy?

Es verdad. La pregunta.

—Lo intentó. —Se me juntan las cejas al recordarlo—. Hace mucho, todavía en la universidad. Pero no lo consiguió.

Hace un ruido grave y descontento con la garganta, mirándome el coño mientras vuelve a mover los dedos, retorciéndome de placer cada vez más.

—Y luego se rindió.

Parpadeo, sin saber muy bien qué decir. Sí, eso fue lo que pasó.

—Yo también me rendí.

—Pues yo no pienso permitir que te rindas. Vamos a quedarnos aquí hasta que te quedes satisfecha, independientemente de que te corras o no. Tú disfruta, ¿vale?

Asiento.

Se coloca entre mis piernas, agarrándome por la parte interior de los muslos para separarlos. Se me acelera el pulso. Esto va a pasar de verdad. Hayden está a punto de comerme.

Cuando su lengua caliente se arrastra por mis zonas sensibles, el placer sale disparado por mi cuerpo. Arqueo las caderas hacia arriba. Él vuelve la cara hacia el muslo y me da un beso firme, inhalando con fuerza y soltando el aire con un gruñido agonizante.

—Hostia puta —murmura contra mi piel antes de volver a arrastrarme la lengua por el coño.

Curvo los dedos de los pies. Me agarro al edredón. Empiezan las chispas en el centro de mi espalda.

—¿Sabes qué hice antes de usar juntos el vibrador, Dar?

Es extrañamente sexi escucharlo decir la abreviatura de mi nombre, que lleva años usando, mientras me excita cada vez más. Dos mundos chocan y me sorprende lo bien que encajan.

—¿El qué? —grazno.

Él me explora con tranquilidad, hundiendo, succionando y tirando con los labios. Disfruto. Todas. Y. Cada. Una. De. Las. Sensaciones.

—Me has empapado la mano —dice en voz baja. Traza un círculo sobre el clítoris con la lengua y se me nubla la visión. Nunca me han atendido de esta forma, pero por la forma en la que parece saborearme, se diría que esto es un asunto serio para él.

Y eso es muy muy sexi.

—Me chupé tu sabor de mis dedos, Darcy —murmura antes de meterme la lengua.

Gimo, y el placer se acumula dentro de mí al imaginarme a Hayden chupándose los dedos para saborearme.

—Estabas dulcísima. Como ahora.

Otro lametón largo y lento. Intento coger aire y Hayden me agarra la mano y se la lleva a la cabeza.

Tiene una sonrisa que es puro pecado.

—Tírame del pelo cuando te corras, amor.

Agarro los mechones también con la otra mano, hundiendo los dedos entre su pelo. Intento reírme por su chulería, pero me sale un suspiro. Me levanta los muslos para apoyarlos sobre sus robustos hombros. Más contacto con su piel es justo lo que no sabía que quería. Sus manos permanecen sobre mis muslos, me aprietan y me acarician para tranquilizarme.

Con un ritmo perezoso y sin prisas, con los labios, la lengua y los dientes, me explora. Juega conmigo. Me provoca. Me excita y me lleva lejos. Me da igual si me corro o no. Podría quedarme aquí para siempre debajo de Hayden mientras me come el coño como una fiera.

Vuelve a subir hacia el clítoris y se lo lleva a los labios mientras me mira a los ojos fascinados y succiona con fuerza. Pongo los ojos en blanco y me quedo sin aire en los pulmones dando una bocanada de aire ahogada. Y en lo más bajo de mi cuerpo, mis nervios empiezan a desquiciarse.

Estoy bastante segura de que me voy a correr.

Él hace un ruido de placer por mi reacción y repite, volviendo a succionar la vulva apretada. Yo parpadeo mil veces seguidas mientras las chispas estallan en mi visión.

—Qué gusto, joder —gimo, como si el deseo engreído de sus ojos no me estuviera diciendo que sabe perfectamente lo que siento.

Desliza la mano entre mis piernas y, un instante más tarde, introduce unos dedos fuertes dentro de mí.

—Hayden —digo casi sin aliento. La plenitud de sus dedos me mata de la forma más deliciosa. Estoy empezando a dar vueltas y mis nervios están cada vez más tirantes. Con los talones clavados en su espalda, le tiro del pelo y él gruñe como agradecimiento.

El orgasmo se abre camino dentro de mí.

—¿Qué pasa, Dar? —dice, pero yo le vuelvo a tirar con delicadeza del pelo y se calla con un murmullo satisfecho.

—Esto era lo que quería hacer la semana pasada —dice contra mi coño, moviendo los dedos, acariciándome la pared frontal como hizo el vibrador—. Así es como quería conseguir que te corrieras.

Se agarra al clítoris y mueve la lengua con destreza. La succión y la fricción combinadas con sus dedos llenándome, excitándome, me llevan al límite.

El placer se tensa por mi cuerpo y levanto las caderas contra la boca devoradora de Hayden mientras me corro con fuerza. Ola tras ola de deseo y sensaciones chocan por todo mi cuerpo. Se me evaporan los pensamientos; no soy más que una colección de nervios disparados mientras él gime entre mis piernas y me guía por el orgasmo con unos ruidos graves de ánimo. Mis músculos se sacuden alrededor de sus dedos y estoy mareada por la pérdida de control, por la alegría abrumadora y el zumbido de la sangre por mis venas.

Igual que la última vez, me lo saca todo mientras me mira la cara y ralentiza los movimientos, calmándome lentamente hasta que no soy más que un charco sin aliento.

—Dios santo —digo suspirando mientras él se coloca a mi lado y me acurruca contra él. La sangre me sigue latiendo en los oídos,

pero tengo una sensación majestuosa, saciada y densa por todo el cuerpo.

—Se te da de maravilla. —Trago y cierro los ojos—. No sabía que podía ser así.

Sus labios encuentran mi sien y me da un beso en el nacimiento del pelo. Tiene la voz grave contra mi oído y me hace cosquillas.

—Créeme, el placer ha sido todo mío.

Siento su erección apretada contra mi cadera. Su calor corporal me atraviesa por la tela de los calzoncillos. Estoy harta de esperar. Quiero hacerlo sentir como él me acaba de hacer sentir a mí.

En el fondo, en la parte más secreta de mi consciencia, mi corazón tiembla al saber que todo esto acabará, esta dinámica fácil, sin esfuerzo y entusiasta; y nunca volveré a encontrar nada parecido.

Lo que significa que tengo que hacer que merezca la pena mientras dure.

Con una sonrisa pícara, llevo la mano a su erección. Se le separan los labios con sorpresa y el deseo le arde en los ojos.

Ahora me toca a mí.

Capítulo 55

Hayden

—Ni se te ocurra decir que esta noche no. —Le brillan los ojos con interés y curiosidad, mientras su mirada permanece sobre mi polla y me aprieta con firmeza.

Se me tensan las pelotas con avidez.

—Joder.

—Quiero verte. —Pasa el dedo arriba y abajo de mi polla.

Como la última vez, noto cómo se acumula la presión alrededor de la base de mi espalda y el deseo pesado en los huevos. Tontear con Darcy hace que me ponga así diez veces más rápido.

—Ya estoy a punto, joder.

—Demuéstramelo.

Dejo escapar una risa tensa por su expresión resuelta y provocadora.

—Me vas a matar, ¿lo sabes?

Tuerce la preciosa boca en una sonrisa y me quito los calzoncillos. Aparece mi polla erecta, dura y derramando líquido, y al primer roce de sus dedos contra la piel desnuda consigue que levante la cadera de la cama.

—Joder —dice ella con un susurro mirándola fijamente, con una veneración que debería darme vergüenza pero que, en realidad, hace que me circule más rápido la sangre por las venas—. Sabía que estabas bien proporcionado, pero... —Ella me analiza la polla y pasa

los dedos por la base. A mí me cuesta respirar, es la mejor sensación que he tenido en mi vida.

—¿Pero?

—Va a sonar muy cliché.

—Dilo. —Apenas consigo que me salgan las palabras.

—La tienes enorme, y me encantaría que me hubieras follado. —Curva la boca—. ¿Contento?

Me palpita la polla en su mano y se me aprietan los huevos. Este momento con ella, mientras me palpita la polla entre sus manos y me mira con interés, es de lo mejor que me ha pasado nunca.

—Sí, Darcy. Estoy contento.

Ella explora y juega con mi erección, y yo le paso un brazo por encima para encajarla cerca de mí.

—¿Está bien así? —pregunta—. Que... vaya despacio.

—Es increíble —digo con la voz ronca mientras ella me lleva cada vez más cerca del éxtasis—. ¿Me besas?

Ella asiente y acaricia mis labios con los suyos. Se me tensa el pulso con la sensación de este beso lento, y la forma tranquila y cariñosa con la que me toca me derrite el cerebro, borrando cualquier pensamiento que no sea sobre ella y este momento.

Con Darcy es muy diferente. Un millón de capas de novedad. Siento cómo cambia nuestra relación y noto cómo cambio yo.

Esto. Exactamente esto: los dos juntos en la cama, disfrutando del placer del otro, es muy superior a cualquier otra cosa que haya experimentado. Y no vamos a volver a lo de antes.

La excitación me desquicia y estoy derramándole líquido por la mano mientras mi descarga se acumula en la base de mi espalda. No para de besarme. La intimidad poco familiar de este momento debería asustarme, pero no lo hace.

Hundo la mano en su pelo y la beso con más fuerza cuando ella aprieta más la mano alrededor de mi polla, y gime contra mi boca. Me duelen los huevos; inclino las caderas hacia su mano.

—¿Así? —susurra.

Yo asiento, con el corazón acelerado y la cabeza dando vueltas. Es como si estuviera borracho.

—Sigue así. Estoy a punto —murmuro con una voz ronca y grave.

—No he parado de pensar en qué aspecto tendrías cuando te corres —susurra entre besos, y la idea de Darcy fantaseando conmigo me lanza una corriente eléctrica por el cuerpo.

La presión se me acumula en la base de la espalda, y muevo los labios contra los suyos con movimientos torpes y descontrolados.

—Me voy a correr —advierto mientras observo su cara preciosa y mi mundo empieza a desmoronarse.

El corazón me late con fuerza contra las costillas, se me nublan los pensamientos y se me entreabren los labios contra los suyos. Se me escapa un gruñido quebrado cuando se me tensan las pelotas en éxtasis y me corro por nuestras manos y mi abdomen.

Llevo años soñando con Darcy haciéndome una paja así, pero es mucho mejor de lo que pensaba que podría ser.

—Por Cristo bendito —digo con la respiración entrecortada mientras ella sigue moviendo la mano con más lentitud. Con interés y deseo, su mirada se desliza entre mi cara y mi polla, con los ojos muy abiertos mientras vacío mi descarga. Termino con un gruñido grave, mareado y exhausto.

Darcy sonríe contra mi hombro.

—¿Estás satisfecha, Andersen?

Ella arquea una ceja y curva aún más la boca.

—Mucho.

Tiene la mano impregnada de mi descarga, y una necesidad oscura y posesiva sale disparada por mi cuerpo. Le recorro el cuerpo con la mirada, sobre las curvas delicadas de su pecho, y me imagino corriéndome por encima de ella.

Haciéndola mía.

Le llevo la mano a boca.

—Abre.

Sin apartar la mirada de mis ojos, separa los labios y arrastra la lengua rosácea por mi piel, probando mi descarga. Se le mueve la garganta al tragársela, y me quedo con la cabeza completamente en blanco. Los sentimientos de posesión me arrollan, y la sangre se me va de nuevo a la entrepierna.

Me estoy empalmando otra vez.

Se muerde el labio con una sonrisa engreída. Me tiene completamente loco.

Me tengo que levantar para limpiarme, pero mi cuerpo está más relajado y pesado que nunca.

—Creo que no me puedo levantar —admito con una sonrisa vergonzosa, todavía jadeando mientras recupero el aliento.

Ella se ríe.

—¿Eso es bueno?

—Sí, amor. —Bajo los labios a los suyos y le doy un beso delicado —. Es muy bueno.

Capítulo 56

Darcy

Hayden y yo estamos volviendo a casa después de desayunar en un bar grasiento cerca del ático cuando me señala un escaparate.

—Eso te quedaría superbién.

Me paro. Es parecido al vestido que me compré el año pasado, el naranja que estuvo colgado en mi armario con la etiqueta puesta hasta que lo doné.

El que Kit dijo que era demasiado llamativo.

Del que deseaba no haberme desprendido nunca. Regalándolo sin ni siquiera haberlo estrenado, conseguí que él ganara.

—Es muy intenso —dije, como si pudiera dejar de mirarlo. Como si no sintiera un pellizco en el pecho al verlo.

—Pruébatelo.

—No sabría cuándo ponérmelo. —No sé por qué me opongo tanto a esto. Es un puñetero vestido.

«No es un puñetero vestido —dice una voz en mi cabeza—. Es mucho más. Es esa parte de ti que nunca fue suficiente para él».

—Puedes ponértelo en la boda de Jamie y Pippa.

Sí que necesito un vestido para la boda. Si Georgia estuviera aquí, ya me habría arrastrado a la tienda.

Hayden ni siquiera sabe la historia del vestido que me compré y doné sin estrenar; eso querrá decir algo, ¿no?

—Vale. —Asiento decidida—. Me lo probaré.

—Estás preciosa. —Es lo primero que dice Hayden cuando salgo del probador. Se apoya contra la pared, me recorre de arriba abajo con los ojos y pone cara de pasmarote.

Me siento preciosa. Igual que con el vestido que me probé con Georgia aquella otra vez, me queda perfecto, como si lo hubieran diseñado a medida para mí.

Pero es más que eso. Ponerme este vestido es como una victoria. Como si estuviera un poco más cerca de lo que quería ser hace meses, cuando me fui de Calgary, perdida y confusa.

—¿No es demasiado...? —Intento no atragantarme con la palabra —. ¿Llamativo?

Él pone una cara como si lo que acabara de decir fuese una estupidez.

—Para nada. Además, ¿qué más da si lo es? Estás preciosa. ¿Qué tiene de malo destacar?

—Es para una boda. —Contemplo mi reflejo y me da un vuelco entusiasmado el estómago por la forma en la que el vestido me abraza el cuerpo—. No quiero destacar demasiado y robarles protagonismo.

—Mientras no te subas a la mesa e intentes quitártelo, creo que no habrá ningún problema. A Pippa le da igual lo de ser el centro de atención, solo le interesa tocar su música. Además —suaviza la mirada y me sonríe con dulzura—, me gusta cuando te pones colores fuertes. Da la sensación de que ya no intentas esconderte.

Con este vestido, ya no me siento la chica que nunca era suficiente para Kit, ni la chica que hizo que la despidieran junto con su jefa. Me siento como Darcy Andersen, la mujer que ama las novelas románticas de fantasía, la que disfruta haciendo que el

mundo sea mejor con el uso de las matemáticas y la que adora reírse con su mejor amigo, Hayden. La mujer que se ha creado una nueva vida de la nada en Vancouver.

Con este vestido, me siento yo misma.

Hayden me recorre con la mirada, traga saliva y se mueve contra la pared.

Una sonrisa me curva los labios.

—¿Estás bien?

—No. —Se ríe y aparta la mirada, pero inmediatamente la devuelve a mi cuerpo y le destellan los ojos de deseo.

Me acerco despacio y vuelve a arrastrar los ojos sobre mí. Se humedece los labios y se le sonrojan las mejillas.

Me coloco el pelo detrás de los hombros y se le van los ojos a mis clavículas.

—¿Te estoy poniendo nervioso?

—Sí. —Me coge por la cintura y me tira hacia él mientras yo me sacudo de risa—. Y si no paras, voy a tener que entrar contigo en el probador. —Me acaricia con los labios por la oreja y me estremezco de placer.

—Quién iba a decir que te pondrías así por un vestido.

—No es el vestido, Dar. —Su aliento cálido recorre mi cuello—. Eres tú.

En el probador, casi me atraganto al ver la etiqueta.

Es carísimo. Como dos meses de alquiler, si pagara alquiler.

Pero no lo pago. Y gracias a la insistencia de Hayden de que no pague nada, he ahorrado un poco más de lo habitual en los últimos meses. Nunca me he gastado esta cantidad de dinero en una prenda

de ropa, pero no es una prenda de ropa: es algo que me hace sentir preciosa y especial y única. Me hace sentir yo misma.

—Te lo llevo a la caja —dice Hayden a través de la cortina, y yo le doy la percha.

Cuando llego a la caja, él está esperando con una bolsa de papel y una caja dentro.

—Qué raro —dice, sacudiendo la cabeza con el ceño fruncido, pero le brillan los ojos—. Nos lo han dado gratis.

Detrás de él, la dependienta finge estar ocupada, pero nos mira de reojo de vez en cuando, sonriendo para sí.

Yo suspiro y sonrío también.

—Hayden.

Me agarra por la espalda y me saca de la tienda.

—Se han puesto en plan: por favor, alteza, llévese el vestido. Nos está haciendo un favor.

—No han dicho eso y desde luego no te han llamado alteza. Lo has comprado.

—Y yo he dicho: por favor, déjenme pagarlo; pero han insistido. —Me coge de la mano y nos vamos a casa.

Me estoy riendo. Intento ponerme seria, pero no puedo parar de reírme.

—Te lo voy a devolver. No puedes dejar que viva contigo gratis y encima comprarme vestidos exageradamente caros. No es justo. Ya estoy en deuda contigo.

—Oye. —Deja de andar y arruga las cejas—. No digas eso, ¿entendido? No me debes nada. Deja que te lo regale. —Pone una sonrisa paciente y divertida—. Considéralo un regalo de cumpleaños adelantado.

Es verdad, quedan dos semanas. Se me retuercen los nervios en el estómago. Se supone que debo tenerlo todo resuelto para

entonces. Entre mis preocupaciones cada vez mayores con Hayden y con la oferta de trabajo en la que pienso, al menos, cuatro veces al día, me abruma la sensación de que no he resuelto nada. Nada termina de encajar.

—Sabes que voy a hacer que tengas un cumpleaños muy especial, ¿verdad? —Hayden pone una sonrisa provocadora—. Lo vamos a celebrar en condiciones.

—No hace falta que hagamos nada.

—Pero quiero hacerlo. Quiero que sea un día especial para ti. —Me da un beso rápido en la sien y me pasa el brazo por encima del hombro, acoplándome a su cuerpo.

El corazón se me estrecha y me acurruco contra él, sonriendo. No debería dejarme llevar así, pero cada vez me cuesta más ser comedida.

Quizá un cumpleaños memorable con Hayden no le haga daño a nadie.

Capítulo 57

Darcy

Estoy deambulando sin parar por la alfombra del salón cuando Hayden llega a casa del entrenamiento.

—¿Y bien?

—Estás... ¿preciosa? —Frunce el ceño con confusión.

—Hayden. —Lo miro exasperada y él empieza a reírse. Tengo unas mallas y su sudadera, y el pelo recogido en un moño despeinado.

—¿Qué? —Me agarra por las caderas y me lleva hacia atrás hasta que estoy contra la pared, me da un beso en el cuello y me estremezco—. Me gusta que te pongas mi sudadera. Te queda muy bien.

—A mí me gusta ponérmela. —Se me entrecorta la respiración cuando me da un mordisquito en el lóbulo de la oreja—. Es suave y huele a ti.

Él me succiona la piel sensible de la oreja y se me entreabren los labios.

Desde que empezamos a enrollarnos, he aprendido que Hayden es mucho más cariñoso de lo que imaginaba. ¿Pensaba que era muy tocón cuando éramos amigos? No. Eso eran cariños en modo suave. Cuando estamos en la misma habitación, no me quita las manos de encima: me toca el pelo, la cintura, el muslo. O, si estamos andando, siempre me coge de la mano.

Y, aun así, no permite que nos vayamos al dormitorio. Estoy que me subo por las paredes. Mientras me presiona los labios en el cuello y mete los dedos por debajo de la sudadera para jugar con la cintura de las mallas, el deseo se me acumula entre las piernas. Su olor me arrolla, limpio y fresco por la ducha después del entrenamiento, y suspiro.

Espera.

—Deja de distraerme. El último día de fichajes es mañana. ¿Ha fichado Ward a Luca Walker?

Saca el teléfono para mirar el *e-mail*. Ward envía una circular a todos cada vez que alguien se une al equipo.

—Todavía no.

Hago un ruido de frustración. Sé que Hayden ya se lo ha comentado a Ward.

—Le he escrito a Alexei también, pero no me ha contestado. —Me muerdo el labio con un millón de nudos en el estómago. He estado viendo más partidos de Walker en la universidad, y la sensación de que le podría ir muy bien en el Storm es cada vez más fuerte.

El curso está acabando. Es el momento perfecto para ficharlo, antes de que lo haga otro equipo.

Miro la hora. Seguramente Ward siga en el estadio. Se me expanden los pulmones con una respiración profunda antes de mirar la expresión atenta de Hayden.

—Tengo que ir al estadio —le digo, cerrando el portátil y metiéndolo en el bolso.

—¿Ahora?

—Ahora.

Él sonríe.

—Muy bien. Pues vamos.

La recepcionista ya ha terminado su jornada, así que menos mal que está Hayden para colarme en los despachos, bastante tranquilos a esa hora. Se sienta en el rellano privado de los despachos corporativos y me guiña un ojo.

—Yo te espero aquí. Ve a por ellos.

Yo asiento, con el corazón en la garganta. No me puedo creer que vaya a hacer esto.

La puerta del despacho de Ward está abierta y llamo mientras entro.

—Hola —digo, más fuerte de lo que pretendía, y él levanta la mirada. Carraspeo y bajo el volumen hasta lograr uno socialmente aceptable—. Perdona. Hola.

Muestra una mirada de interés.

—Hola, Darcy.

No parece sorprendido de verme.

—Tienes que fichar a Luca Walker. —Dejo el portátil en la mesa para que vea la pantalla y luego me pongo a su lado—. Estos son mis datos. —Le enseño el modelo—. He revisado todos los partidos suyos que he podido encontrar. ¿Recuerdas la corazonada que tuve con el Storm y las jugadas de superioridad y los penaltis? Pues siento lo mismo con este chico. —Señalo con urgencia la pantalla; el corazón me late en los oídos. No me reconozco ahora mismo. La antigua Darcy se habría olvidado de todo esto y se habría enfadado en secreto con Ward para siempre, haciéndome creer que no pasaba nada.

No sé dónde está esa versión de mí, pero la persona que soy ahora sabe que tiene razón.

—Tienes que traerlo antes de que lo fiche otro equipo.

Ward se me queda mirando fijamente un rato largo y yo aguanto la respiración.

—Ya lo sé —dice por fin.

—¿Lo sabes? —Sacudo la cabeza—. ¿Y entonces? ¿A qué viene este retraso? ¿Es por dinero?

Él se reclina sobre la silla.

—Ven a trabajar para mí.

Estoy a punto de quejarme, pero él sacude la cabeza.

—No entiendo qué te lo impide. Es evidente que estás hecha para esto.

«¿Verdad?», chilla algo en mi pecho. Recuerdo entonces el evento de Mujeres en la Ciencia, recuerdo a Georgia, a los chicos del Storm. Todas esas personas adoran su trabajo.

¿Por qué no puedo tener yo algo así? ¿Por qué no me merezco dejar el pasado atrás, aprender y avanzar? Estoy agotada de permitir que el pasado me frene.

Tomo asiento a este lado del escritorio y me cojo las manos sobre el regazo.

—Es mucha presión.

Él asiente.

—Sí.

—Hay muchos ojos pendientes del equipo. —Sobre todo esta temporada, porque están logrando las mejores puntuaciones de los últimos años. Los hinchas están muy emocionados.

—Sin duda.

Se hace el silencio entre nosotros y pienso en mi tedioso trabajo. La idea de quedarme allí otros veinte, treinta años me provoca un vacío en el estómago.

¿Me arrepentiré al mirar atrás por no haber tenido el coraje de hacer las cosas de otra forma? ¿Me arrepentiré de no aceptar un

trabajo que me entusiasma?

—Somos un equipo —dice Ward con calma—. Nunca vas a hacer nada sola. Ganamos juntos, perdemos juntos.

Me da mucho miedo volver a fracasar, pero ¿qué pasa con las cosas que me podría perder? ¿Y si es el mejor trabajo de mi vida y es justo donde tengo que estar? Podría ayudar a la gente con este trabajo.

Se me ocurre algo y miro de pronto a Ward a los ojos. Algo que podría acabar con todo esto.

—Tengo un conflicto de intereses.

Entrecierra los ojos.

—Cuéntame.

Busco las palabras para explicarle lo que está ocurriendo entre Hayden y yo, pero no se me ocurre nada.

—Hayden Owens.

Él asiente con un ruido mientras contempla la ciudad por las ventanas del despacho. Por fin, se vuelve a girar hacia mí y se encoge de hombros.

—No me preocupa. Tenemos otros tres analistas que controlan los conflictos y se lo comentaré al propietario y al equipo legal, pero a no ser que seas muy aficionada a las apuestas deportivas...

—No lo soy. —Me apresuro a decir.

Ward se ríe.

—Me lo he imaginado. —Agita las cejas oscuras y la cuestión de fondo sigue flotando en el ambiente—: Arriésgate, Darcy.

En el rellano, Hayden se pone de pie cuando aparezco corriendo.

—¿Qué tal ha ido?

—He aceptado el trabajo.

Él se ríe sorprendido y me coge cuando salto a sus brazos.

—He aceptado el trabajo de analista del equipo.

La sonrisa de orgullo de Hayden es devastadoramente preciosa.

—¿En serio?

—Ajá. —Siento que estoy volando, que el corazón está a punto de explotarme en una nube de chispas.

—¡Así me gusta! —Me da un abrazo y yo grito de sorpresa cuando empieza a girarme hasta que me arrincona contra la pared. Estrella la boca contra la mía. Somos una maraña de besos y gemidos y dientes, mis manos en su pelo, mis piernas alrededor de su cintura.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice entre besos.

Me siento liberada, como si por fin remontara el vuelo tras años en una jaula.

Alguien carraspea y nos quedamos paralizados. Ward está a unos metros de nosotros, con las cejas muy levantadas y mi portátil en las manos.

—Te has dejado esto.

Siento como si se me estuviera derritiendo la cara.

—Gracias —digo.

Ward se ríe y sacude la cabeza. En cuanto dobla la esquina, Hayden y yo nos miramos y estallamos en una carcajada.

Capítulo 58

Darcy

—Voy subiendo —me dice Erik, otro de los analistas, en el vestíbulo del estadio. Se refiere a un palco privado solo para el propietario y los analistas, un lugar tranquilo en el que podemos ver el partido, pasar datos en tiempo real y coordinarnos con los entrenadores en el banquillo.

Le sonrío y señalo el pasillo hacia los vestuarios.

—Enseguida voy.

No he visto a Hayden desde esta mañana cuando me vine a trabajar. Llevo su camiseta y quiero que lo sepa antes de empezar el partido. Que siempre va a haber alguien animándolo.

Erik me hace un gesto con la mano y desaparece.

Hace menos de una semana que empecé a trabajar como analista con el Storm, pero ya me siento como en casa. Los otros analistas, Erik, Craig y Jerome, me llevaron a comer el primer día para celebrar mi llegada al equipo, y nos hemos pasado toda la semana o bien encerrados en la sala de juntas para enseñarles mis modelos, analizando grabaciones de partidos o viendo los entrenamientos. Son todos jugadores retirados, pero con lo entusiasmados que parecen por trabajar conmigo en algunos problemas, tengo la sensación de que somos un equipo. No me siento para nada una extraña.

Está siendo divertidísimo. No tenía ni idea de que trabajar podía ser así.

Un joven jugador pasa junto a mí vestido de traje, hacia el vestuario, pero se me queda mirando y se para.

Luca Walker llegó el lunes por la mañana y ha estado toda la semana entrenando con Alexei, aprendiendo las jugadas defensivas.

Solo lo he visto en la pista, practicando, normalmente con un casco, pero de cerca parece mucho más joven. Es alto y ancho, como Hayden, pero con el pelo rizado y oscuro, y unas facciones delicadas y pícaras. Tiene las mejillas de un rosa natural y los ojos grises brillantes. Me recuerda a un príncipe de algunas de mis novelas de *romantasy*: infantil, engreído e injustamente guapo.

Se fija en mi pelo lila.

—¿Darcy Andersen? —Arquea una ceja oscura y se le curva la boca en una sonrisa.

—La misma.

—Entonces es a ti a quien tengo que darle las gracias.

Siento un calor por todo el cuerpo y me río.

—No me lo agradezcas todavía, vamos a ver cómo juegas.

Se lleva la mano al pecho como si se sintiera herido, pero su mirada delata que en realidad se divierte.

—Vale, a ver cómo va. Me encantan los retos. —Algo destella en sus ojos. Vulnerabilidad quizá, y se mete las manos en los bolsillos —. Pero lo digo en serio. Gracias. No sé qué viste en mí, pero te lo agradezco. Después de ese partido a principios de año... —aparta la mirada con una sonrisa tensa—, no tenía esperanzas de que lo fuera a conseguir.

Si me quedara alguna duda de que este trabajo es para mí, se disuelve de inmediato. Lo que hago es importante, y Luca es una prueba de ello.

El riesgo merece la pena.

—De nada.

Le brillan los ojos con interés y sonríe aún más.

—¿Qué haces después del partido? Vamos a tomar algo.

Quiero decir que tengo novio, pero dudo mucho que Hayden nos haya puesto esa etiqueta.

—Eres un poco joven para mí.

Su sonrisa es pura seducción al mirarme la boca.

—Para mí no es un problema si no lo es para ti. —Me guiña un ojo —. Siempre me han atraído las chicas inteligentes.

Es divertido y adorable, pero como lo sería un hermano pequeño.

—Le molesta —suelta Hayden, que aparece de pronto a mi lado con el atuendo de antes de los partidos. No lo he oído llegar. Alexei está a su lado, mirando mal a Luca—. No se liga con las analistas.

La risa me sacude el pecho.

—Hola. —Sonrío a Hayden, que está mortalmente guapo.

—Hola. —Se le suaviza la mirada—. Estás muy mona con esa camiseta, Andersen.

—¿Qué te he dicho esta mañana? —le dice Alexei a Luca—. Céntrate en el partido. Dalo todo.

—¿Me vas a estar soltando la chapa así lo que queda de temporada? —pregunta Luca mientras van hacia el vestuario.

—Sí. Necesitas una rutina prepartido sólida, y eso no incluye ligar.

Luca suspira.

—Joder, estas obsesionado con la puñetera rutina prepartido. —Sonríe a Alexei, que se muestra impasible ante este comportamiento adolescente—. ¿Te has dado cuenta de que casi podrías ser mi padre?

Alexei refunfuña algo mientras entran en el vestuario, y Hayden se queda mirándolos con la mandíbula apretada.

—Putos novatos engreídos.

—Tú fuiste un novato engreído.

—Pero no era así.

Toso una risa.

—Sí, sí que lo eras. Exactamente igual.

Una sonrisa infantil le ilumina la cara.

—Era mejor. Más encantador.

—Eso no lo sé. —Suspiro y miro detrás de Luca como si estuviera obnubilada—. Es bastante encantador. Y guapo.

Hayden hace un ruido gutural y me pone la mano en la espalda.

—¿Acabas de gruñir?

Vuelve a sonreír y nos miramos.

—¿Lista para esta noche?

—Creo que sí. —Los nervios me agitan el estómago—. Estaré arriba viendo el partido con los demás analistas. —Arrugo la nariz—. Me da pena no poder sentarme en mi sitio de siempre con Hazel y Pippa.

No podría trabajar ahí. Necesito estar con el ordenador en una zona silenciosa para poder concentrarme y hacer recomendaciones en tiempo real con el resto de analistas. Tanto nuestros datos como nuestras decisiones son confidenciales, además, nuestro espacio de trabajo debe estar protegido. Destacaría demasiado con un portátil en la primera fila de las gradas.

—No me digas que estás nerviosa, Dar.

—Un poco. —Es mi primer partido como analista, al fin y al cabo.

—Oye. —Se agacha hasta que tiene la boca a centímetros de mi oreja—. Vas a hacerlo genial, ¿vale? —Me mira con los ojos brillantes.

Cuando lo dice así, me lo creo.

—Igual así esta noche me dejas de una vez ponerme traviesa contigo.

Todavía no hemos follado. Cuando tonteamos, se empalma tanto que debe dolerle, pero solo me permite pajearlo. Debería sentirme afortunada por lo considerado que está siendo, pero tengo muchísimas ganas de follarme a Hayden.

—¿Ponerte traviesa? —Se muerde el labio y se le calientan los ojos —. ¿Qué tienes pensado? ¿Tartas? ¿Trucos eróticos de magia? ¿Cosquillas sexis?

—¿Cosquillas sexis? —repito con horror—. Estaba pensando más bien en tirarte a la cama y cabalgarte la polla hasta que nos corramos los dos como nunca.

Él se me queda mirando, sin palabras, y siento un temblor de vergüenza. Yo nunca digo este tipo de cosas. La antigua Darcy no decía este tipo de cosas, al menos. Arrugo la nariz dubitativa mientras observo la reacción estupefacta de Hayden.

—Joder. —Apoya la frente contra la mía como si le doliera algo—. Por favor, no me pongas cachondo que tengo que cambiarme delante de un montón de tíos.

—¡Pensaba que habías dicho que no se liga con las analistas! —grita Luca desde el fondo del pasillo, y me disuelvo en una carcajada contra el pecho de Hayden. Hayden se ríe contra mi cuello y luego me da una serie de besos rápidos y urgentes por el cuello y la mandíbula, hasta que llega a la boca.

—Nos vemos luego —murmura contra mis labios.

—Hasta luego.

Capítulo 59

Darcy

—¡Mierda! —susurro cuando el otro equipo vuelve a marcar.

El partido está siendo un desastre y ninguno de los datos que aportamos está sirviendo de nada.

El defensa contrario golpea con fuerza a Hayden contra los cristales y me levanto, con las manos en la boca y los ojos muy abiertos. Eso tendría que haber sido penalti, pero el árbitro no lo pita. Tras el cristal, los aficionados se ponen de pie y gritan cabreados al árbitro. El Storm empieza otra jugada que hemos recomendado, pero el equipo rival les roba el disco y marcan de nuevo. El estadio se desinfla. Dos goles en menos de treinta segundos.

—Se acabó esa jugada —murmura Erik, de pie a mi lado.

Los aficionados se marchan en tropel y van dejando las gradas vacías, y en el ambiente se respira decepción y resentimiento como una nube densa y tóxica.

Tengo los pulmones tan apretados que no consigo respirar bien. Está volviendo a pasar. La he jodido, es todo culpa mía. Desde aquí arriba no le veo la cara a Ward, así que busco entre las pantallas de televisión hasta que lo encuentro en el banquillo. Su expresión no me dice nada, tiene la misma mirada atenta, paciente y serena de siempre.

Pero seguro que está enfadado. Acaba de contratar a una nueva analista y en este partido ha salido todo rematadamente mal.

Cuando termina el partido, estoy abajo, fuera del vestuario del Storm, esperando a que Ward termine la reunión pospartido, clavándome las uñas en la palma de la mano.

Pensaba que mis números estaban bien, pero la he cagado.

Pensaba que esta vez sería diferente, pero no lo ha sido.

Pensaba que podía hacer esto, pero quizá no pueda.

Se abre la puerta y aparece Ward. Me aparto de la pared con el corazón en la garganta.

—¿Tienes un momento?

—Para ti siempre, Darcy. —Me sonríe rápido y se me vuelve a tensar algo por dentro—. Acompáñame.

Recorremos el pasillo y él ralentiza el paso gentilmente, así yo no tengo que correr para seguir el ritmo de sus largas zancadas.

—Esta noche no ha funcionado ninguna jugada y quiero pedirte disculpas. Haré una revisión exhaustiva del partido para ver qué ha salido mal. Llegaré al fondo del asunto antes del próximo partido.

«Por favor, no me despidas», le ruego en silencio.

Tengo la duda y la preocupación escritas en la cara, lo sé, pero no estoy preparada para renunciar al trabajo. Acabo de llegar.

Ward exhala una respiración larga y profunda cuando llegamos a la esquina.

—Volkov está lesionado y no nos lo ha dicho.

Me quedo boquiabierta y con los ojos muy abiertos.

—¿Qué tipo de lesión?

—Del ligamento cruzado anterior. Parece ser que lleva toda la semana dándole problemas.

El año pasado le operaron de eso. Parpadeo unas doce veces, calibrando la situación. Esto altera las jugadas, lo tengo muy claro.

—El equipo de analistas tendría que haber hecho otras recomendaciones —le digo a Ward—. No pretendo ponerme a la defensiva, pero...

—Lo sé. Y Walker ha decidido ir a su bola en lugar de hacer las jugadas que practicamos.

Eso no lo he visto, pero seguramente me llamaría la atención al revisar la grabación del partido. La irritación me empieza a subir por el pecho. El puto novato engreído.

—No te preocupes, ya les he echado la bronca. Esos dos van a tener que aprender a jugar juntos aunque termine matándolos. —Curva la boca como si estuviera deseando llegar a ese extremo, y luego me mira con ojos pacientes—. Estabais trabajando con datos erróneos. No es culpa vuestra.

No ha sido mi culpa. No la he cagado. He hecho lo que he podido con la información que tenía. Siento una ola de alivio y mi tensión desciende hasta un nivel normal.

—Ha sido un mal partido, Darcy. —Ward se encoge de hombros—. Aprendemos de los errores y hacemos lo que podemos, pero no vamos a permitir que una noche nos derrote. Así es como un mal partido se convierte en una mala racha. —Me sostiene la mirada—. Si nos caemos, nos volvemos a levantar y lo intentamos de nuevo mañana. ¿Entendido?

Algo en sus palabras y en su forma de creer no solo en el equipo, sino también en mí, me da un subidón.

—Entendido.

—Bien. —Señala hacia el final del pasillo—. Me esperan en la rueda de prensa.

Se despide de mí y yo me quedo allí plantada reproduciendo mentalmente la conversación. No ha sido mi culpa. Yo he hecho mi trabajo. Perder no es el fin del mundo. Nadie ha salido mal parado, y no se ha terminado ninguna carrera.

—Darcy.

Levanto la mirada y veo a Alexei con una expresión seria, casi de arrepentimiento.

La irritación de antes vuelve.

—Ward me ha dicho que estás lesionado.

Él gruñe y mi irritación se multiplica. Mueve la mandíbula y mira a su alrededor, luego dice en voz baja:

—La rodilla. Una antigua lesión.

Lo más probable es que no haya esperado el tiempo suficiente para curarse y su lesión se ha terminado convirtiendo en un problema más grave. Su forma de jugar durante el partido ahora tiene más sentido.

—No puedo hacer mi trabajo si no tengo datos precisos. Podría haberte ayudado. ¿Por qué no has dicho nada?

Él duda y suelta una respiración larga sin mirarme a los ojos.

Con treinta y tantos, es uno de los jugadores más veteranos de la liga, y lo han emparejado con Luca, un novato joven, lleno de energía y sin lesiones. Además, no paran de difundirse rumores sobre su inminente retirada.

No quiere que los entrenadores sepan que está lesionado porque lo cambiarían o, peor aún, no le renovarían el contrato. Para un jugador veterano como él, es una sentencia de muerte para su carrera.

—Quieres retirarte con tus propias condiciones. Quieres que sea elección tuya. —Lo entiendo.

—Siento no habértelo dicho. —Asiente y empieza a alejarse cojeando un poco.

—A lo mejor puedo investigarlo.

Él se para y se da la vuelta con el ceño fruncido.

—Uso los datos para encontrar soluciones. —La cabeza me da vueltas con todas las opciones posibles de ajustar las jugadas.

Durante un instante, parece que va a decir que no, pero luego relaja las facciones.

—Eso sería genial. Gracias. —Asiente y levanta el brazo como si estuviera a punto de darme una palmada en el hombro. Cuando nos miramos a los ojos, frunce el ceño y aparta la mano.

Yo me aguanto la risa.

—Somos amigos. —Me encojo de hombros y sonrío—. Para eso estamos.

Él hunde la mandíbula.

—Amigos. —Se da la vuelta y dice—: Oye, lo de la cita doble...

—Sé que solo me pediste una cita para poner celoso a Hayden.

Él me mira de reojo con culpabilidad.

—Necesitaba un empujón.

Aunque estoy completamente satisfecha con lo que ocurrió como consecuencia de la cita doble, pongo los ojos en blanco.

—Los chicos tienen razón. Te crees que sabes más que nadie.

Él hace un ruido grave que podría ser una risa.

—Es que sé más que nadie.

—Sí, sí. —Sonrío—. Lo que tú digas.

Aparece Hayden al otro extremo del pasillo y viene hacia nosotros.

—¿Nos vemos en el bar? —pregunta Alexei.

Asiento.

—Sí, ahora nos vemos.

Cuando pasa al lado de Hayden, Alexei le da una palmada en el hombro y a Hayden se le tensa la cara.

—Ey. —Me pongo de puntillas para darle un beso—. Un partido complicado.

Hayden suspira. Se me tensa el corazón porque sé cuánto se está esforzando para que no le afecte demasiado la derrota.

—Sí. Pero vamos al Filthy Flamingo a celebrar la primera noche de Walker con el equipo. Así nos relajamos un poco.

—Me parece bien.

Empezamos a caminar por el largo pasillo hasta la salida. Me inclino contra su hombro y noto que se estremece en silencio y coge aire.

—¿Qué pasa?

Sacude la cabeza.

—Nada.

Le recorro el cuerpo con los ojos y advierto la tensión de sus hombros.

—Te duele. —Dejo de andar—. Por el golpe en la tercera parte.

Me hace un gesto despreocupado y me tira de la mano para que siga andando.

—Estoy bien. Vamos a divertirnos un poco.

Le clavo el dedo en el hombro y se tensa con un gruñido de dolor.

—¿Ves? Hayden, tienes que irte a casa a descansar.

—Ya descansaré luego. —Guiña un ojo, pero lo noto un poco forzado—. Ha sido el primer partido de Walker. Tenemos que celebrarlo, no puedo perdérmelo. El equipo necesita que esté con ellos.

—El equipo necesita que te cuides.

Aprieta la boca y mira hacia el final del pasillo, de donde venimos, mientras los jugadores salen del vestuario charlando y riéndose.

Él siempre es el alma de la fiesta y procura que los demás se lo pasen bien. Recuerdo cómo hemos estado tonteando hasta ahora: Hayden siempre complaciéndome y dejando sus necesidades aparte.

—Nos vamos a casa y te vas a meter en la cama —le digo, sorprendiéndome a mí misma por la firmeza de mi tono—. Y te voy a cuidar.

La fuerte línea de su garganta se mueve cuando traga y me mira a los ojos, soltando una respiración pesada y larga.

—¿Por favor? —añado.

Él asiente.

—Está bien.

El alivio suaviza un poco la preocupación en mi pecho y me pongo de puntillas para tocarle con cuidado el hombro y darle un beso en la mejilla. Tiene la piel cálida y rasposa por su barba incipiente.

—Gracias —susurro—. Vámonos a casa.

Capítulo 60

Darcy

En su habitación, Hayden se quita con cuidado la camiseta y la arroja a la silla. Se lleva las manos al cinturón.

—Yo te lo quito. —Le aparto las manos y él exhala mientras me observa con el deseo destellando tras el agotamiento de sus ojos.

Le desabrocho el cinturón y se me expande la emoción por el pecho. Deslizo los dedos por la cintura de los calzoncillos. Cuando los bajo, su erección se libera y se me hace la boca agua.

La polla de Hayden es preciosa. Es larga y gruesa, bastante más de lo habitual, y por eso me intimida un poco, pero los músculos entre mis piernas se tensan ante las expectativas.

La tomo con una mano y se le entrecorta la respiración. Bajo mis dedos, aquella enormidad se pone dura como el acero.

—Qué caliente estás. —Llevo la otra mano a los huevos y él suelta una exhalación larga.

—Dar. —Coge mi mano e interrumpe mis movimientos.

—¿Quieres que pare?

—No, joder. —Nos miramos a los ojos y veo emerger una pregunta en los suyos.

No está acostumbrado a ser el protagonista. Lleva muchos años entregado a los demás y asegurándose de que se lo pasen bien.

—Deja que te lo haga yo a ti primero —dice.

Sacudo la cabeza.

—Esta noche no.

Pongo una sonrisa alentadora y le aprieto un poco más la polla. Se le cierran los párpados de placer.

—Por favor.

Se ríe, seguramente porque está entendiendo a la vez que yo que lo desarmo cuando uso esas dos palabras.

—Vale. Si te apetece.

—Me apetece. —Muevo la mano hasta abajo del todo y se le entrecorta la respiración—. Me apetece mucho.

—¿Te importa quitarte la camiseta?

Se me curva la boca.

—¿Qué pasa, no te gusta?

Resopla una risa tensa.

—Sí me gusta. Me gusta muchísimo, pero... —Se pasa una mano por el pelo, dudando—. Me gustan más tus tetas. Me he pasado mucho tiempo imaginándomelas. —Traga con las pupilas cada vez más dilatadas—. Años.

El pulso me palpita en la entrepierna y la cabeza me da vueltas por el subidón de que Hayden me desee tanto. Despacio, me quito la camiseta del Storm, luego el jersey y la camiseta que llevo debajo. Me quito los pantalones a un ritmo criminalmente lento, con un cosquilleo por la mirada torturada y desesperada de Hayden al verme en lencería: de color burdeos oscuro y lo suficientemente transparente para que se me vean los pezones erectos. Tiene un pequeño lazo bordado entre los pechos y, cuando lo ve, sé que quiere tirar de él con los dientes.

—¿Qué tal? —susurro.

Él solo traga, mirando fijamente mi cuerpo con cara de sufrimiento. Se le mueve la polla contra el abdomen, perlada por la humedad.

Levanta los ojos hacia los míos, oscuros y embriagados, y vuelve a tragar.

—¿Es nuevo?

Sonrío.

—Sí. Me lo has comprado tú. —Hace un par de días, me dejó una tarjeta regalo para lencería en la encimera de la cocina.

Aprieta la mandíbula, trazando las líneas del sujetador sobre mi pecho y mis hombros, luego baja a la cadera y los muslos. Tiene la respiración entrecortada e irregular, y el pecho ancho y cincelado sube y baja con rapidez.

—¿Te gusta? —Me paso los dedos sobre el lacito del sujetador.

Él sigue mi movimiento, asiente, y me muerdo el labio. Me encanta jugar así con él.

—¿Quieres venir conmigo a la tienda alguna vez y ayudarme a elegir algunas prendas?

Vuelve a asentir y yo intento no reírme por cómo le palpita la erección. Nos imagino comprando lencería, a Hayden abriendo la cortina de terciopelo del probador y metiéndome los dedos por las bragas, susurrándome que esté callada para que no me oigan correrme.

—¿Crees que podías sentarte quietecito en el probador mientras yo me pruebo lencería de encaje?

Sacude la cabeza con una expresión desamparada. Yo me río.

Se le tuerce la boca con una sonrisa infantil y traviesa.

—Quítatelo, por favor.

La mirada de Hayden sigue cada movimiento que hago mientras me quito el sujetador y el tanga, hasta que me quedo completamente desnuda para él, con la piel de gallina ante su mirada de adoración.

Ojalá pudiéramos hacer esto para siempre, pero sé que no. Él no es así, no es lo que él quiere.

Pero me encantaría que las cosas fueran diferentes.

—Eres preciosa, Darcy, joder —dice como si fuera una maldición y una plegaria—. Lo he pensado siempre.

Se me sonroja la piel y bajo la mirada a su amplio pecho. Le está empezando a salir un moratón rojo y morado en el hombro, y la preocupación se me acumula en la garganta. Cuando se meta en la cama, no pienso dejar que se levante. Tendrá que dormir, como mínimo, doce horas.

Pero antes voy a hacer que se corra hasta desmayarse. Tanto que lo recuerde durante años, hasta muchísimo después de que lo nuestro se acabe. Me arrodillo en el suelo y él murmura: «Dios». Yo sonrío. Es el momento de que Hayden reciba la atención que merece.

Con ritmo tranquilo, le paso los labios por toda la polla, mirándolo a través de las pestañas. Tiene la piel caliente y suave como el terciopelo. Su polla está tan dura que mi ego recibe un impulso permanente. Y cuando saco la lengua para saborear la gota de humedad de la punta, un gemido le rasga el pecho.

La mirada de incredulidad que tiene ahora mismo, como si esto fuera lo mejor que le ha pasado nunca, es embriagadora.

Me la meto entre los labios y deslizo la lengua por toda su dimensión. Se le cierran los párpados con una exhalación apresurada. Dejo que me golpee el fondo de la garganta y él gruñe, grave y demandante, antes de que yo añada la succión. A los lados, aprieta los puños. Yo le cojo una mano y me la coloco sobre la cabeza.

Le arde todavía más la mirada. Me coloca la otra mano en la nuca y el deseo agita mi cuerpo. Me encanta esta posición, de rodillas

ante él, haciéndole saber cuánto lo deseo y lo especial e importante que es para mí. Me retiro y succiono el glande hinchado, él se retuerce como si el placer lo sobrepasara. Sonrío alrededor de la gruesa circunferencia.

Esto acaba de empezar.

Envuelvo la mano en la base y despacio, muy despacio, le succiono la polla a Hayden. Tiene las cejas empapadas en sudor. La respiración le rasga el pecho y se le tensan los dedos contra mi cabeza mientras se esfuerza por mantener los ojos abiertos y fijos en mí. Si esto es mínimamente parecido a cuando Hayden me come el coño a mí, entiendo a la perfección que dijera «tu placer es mi placer».

—Dios, tu boca es el paraíso —gime con un hambre torturada en los ojos.

Añado más succión y arrastro la lengua por la zona sensible de abajo, y noto cómo se le tensan los músculos.

Me quema con la mirada cuando vuelvo a metérmela hasta el fondo de la garganta. Aprieta la mandíbula y el contacto visual entre los dos es como una corriente eléctrica chisporroteando por todo mi cuerpo.

Mueve las caderas para hundirse todavía más en mi boca mientras yo me muevo arriba y abajo por su erección. En un momento dado, él se hace con el control y empieza a follarse mi boca lenta y firmemente, con la mandíbula apretada y los ojos oscuros, mientras hace unos ruidos cada vez más obscenos y demandantes. Cada gemido suyo me moja más y más la entrepierna y, si bajara la mano y me tocara, me correría de inmediato.

Me tira un poco más del pelo; tiene la respiración irregular y, durante un instante, levanta la mirada al techo como si estuviera rezando.

—Estoy a punto —dice—. Me voy a correr, joder.
Así que bajo el ritmo.

Capítulo 61

Hayden

Creo que me voy a morir.

Nunca me han comido la polla así, con tanta calma pero tan intensamente al mismo tiempo, de forma tan cariñosa e íntima. Estoy a punto de correrme, pero Darcy no me deja. Se contiene y me deja en el límite, abrasando cada pensamiento con la lujuria que me recorre todo el cuerpo. Se me acumula el placer en la base de la espalda, caliente y tenso.

Solo la veo a ella.

Darcy está preciosa, como un ángel, arrodillada delante de mí, regalándome toda la atención y el placer. Nunca ha sido así. Nunca se me va a pasar el subidón de este momento, no voy a olvidar jamás lo perfecta que está, lo suave y dulce que es.

Mueve la mano con firmeza, añadiendo una sensación abrumadora. Le agarro el pelo con el puño con cuidado, no para tirar, pero con firmeza suficiente para sujetarle la cabeza mientras acelero las caderas. Tengo muchísimo cuidado con ella. Alrededor de mi polla, ella gime con los ojos cerrados, como si le estuviera encantando, y tiene todos los vellos de los brazos erizados.

Es lo único que necesito para tambalearme cada vez más cerca del borde. Se me sacude el cuerpo, se me tensan los músculos y me late el corazón en los oídos.

—Me corro —digo atragantado, incapaz de controlar el movimiento de mis caderas mientras le sujeto la cabeza—. Me quiero correr en tu boca —digo suspirando y con las pelotas apretadas—. ¿Puedo?

—Mhm —murmura alrededor de mi polla con calidez y cariño en los ojos, y pierdo el último hilo de control.

Tiene la boca demasiado perfecta, demasiado cálida y suave y húmeda, y la forma en la que mueve la lengua por la cabeza de mi polla me derrite el cerebro. Se me cae la cabeza hacia atrás conforme me corro, con los ojos apretados y una presión cálida subiéndome por las piernas y apretándome la base de la espalda como un puño cerrado. Levanto la cabeza justo a tiempo para verla tragándose mi descarga, sin apartar la vista de mí, y deslizando la lengua por toda la polla. Es un orgasmo que dura y dura mientras me succiona, me arrastra hasta el límite de la cordura con esa boca perfecta.

—Joder, qué bien lo haces. —No puedo apartar los ojos de ella—. Buena chica.

Ella vuelve a murmurar, bajando el ritmo, mientras mi cerebro intenta recobrar el sentido.

Se me llenan los ojos de lágrimas y no sé si es por lo fuerte que me he corrido, o porque la atención delicada y cariñosa que me ha dado Darcy hace que me sienta pleno por primera vez en mi vida.

—Ven aquí. —La levanto y me la acerco al pecho, todavía recuperando el aliento contra su sien, inhalando su olor dulce. ¿Sentirá los latidos de mi corazón? ¿Verá su nombre grabado en él con su letra redonda y femenina? La aprieto fuerte entre mis brazos.

—Gracias —susurro contra su cabeza. Me parece muy poco adecuado, pero ella se pone de puntillas y me captura la boca entre sus labios.

—Ha sido un placer.

El calor y la presión aumentan en mi pecho, demandando más atención.

—Ha sido el analgésico más efectivo que he probado en mi vida. —Ya ni siquiera me duele el hombro.

—He supuesto que te vendría bien. —Marca los dientes contra mi pecho con una sonrisa traviesa—. Ahora métete en la cama —dice cariñosamente, con las manos en mi cintura para empujarme hacia atrás. Me siento sobre el colchón y la agarro por la cintura, luego llevo la boca a la curva bajo sus pechos y le doy besos rápidos.

Ella me mete las manos en el pelo y las arrastra; siento un cosquilleo por la espalda.

—Esta noche no. —Se aparta hasta donde no puedo tocarla, aparta el edredón y me hace un gesto para que me meta en la cama. Al ver mi mirada alarmada e intrigada, como diciendo: no pensará dormir en su cama, ¿verdad?, sonríe otra vez—. Voy a traerte un poco de hielo y analgésicos. Mañana me lo agradecerás.

Mis instintos protestan, porque nunca he terminado un encuentro íntimo sin asegurarme de que mi compañera está plenamente satisfecha, pero ella vuelve a sonreír.

—Esta noche era para ti —dice.

Me hundo en la almohada y la miro confundido.

—¿Segura?

—Mhm. —Tiene los ojos cálidos y suaves, le cae el pelo sobre los hombros y se me tensa el corazón.

Que me prioricen es algo nuevo para mí. Que no espere que rinda. Deseo hacer feliz a Darcy, pero hay una parte enterrada y rota de mí a la que le aterra no tener otra virtud.

Pero quizá Darcy es diferente. Si alguien lo es, sin duda es ella.

Se va a la cocina y me quedo tumbado en la cama, recomponiéndome, escuchando los latidos del corazón en las orejas

y los suaves sonidos de Darcy llenando un vaso de agua, abriendo y cerrando el congelador antes de volver. Me pone el hielo envuelto en un paño sobre el hombro, y me da los analgésicos y el vaso de agua, vigilando que me lo tome con una expresión protectora y preocupada.

—Estoy bien —le digo con una pequeña sonrisa—. No es la primera vez que me dan un golpe. Son gajes del oficio.

Se le mueve la garganta y se sube a la cama a mi lado, con cuidado de no tocarme, pero yo tiro de ella hacia mí.

—Ya lo sé, pero eso no significa que me guste verlo. Y tampoco que no vaya a cuidarte.

Apoya la cabeza en la almohada y me llevo su mano a la boca para darle un beso en los dedos. Cuando la suelto, me acaricia el pecho por la parte que no está lesionada con movimientos relajantes y se me tranquilizan los pensamientos.

—¿Esto es para mí o para ti? —le pregunto, y ella se ríe.

—Calla —murmura.

Me doy cuenta de que la quiero. Hace años que la quiero. Puede que desde que entró en la clase de Literatura la primera semana de universidad, o desde la primera conversación que tuvimos sobre *La espada del norte*, o desde la primera vez que abrí las persianas y grité al ver al gnomo mirando por la ventana mientras ella se derrumbaba en mi cama muerta de risa.

O a lo mejor me iba enamorando un poco más de ella cada vez que la veía, cada vez que nos reíamos juntos o nos escribíamos o nos abrazábamos, hasta que me vi pillado hasta las trancas.

Cuando apareció en Vancouver cuando lo acababa de dejar con Kit y estaba ansiosa por empezar de cero, yo no tenía ninguna opción. Entonces, hasta pensé que podría fingir que mis sentimientos no existían o que éramos solo amigos. Qué tonto.

Siempre ha sido mi chica.

Recuerdo el mensaje que me mandó Kit.

—La semana que viene jugamos contra Calgary. —Es el último partido de la temporada.

Deja los dedos quietos sobre mi pecho.

—Ya.

—Kit quiere que nos tomemos algo y nos pongamos al día la noche antes.

Ella levanta la cabeza y me mira a los ojos con preocupación.

—¿Y tú qué quieres hacer?

Pausa larga.

—Quiero ser sincero con él y contarle lo nuestro.

Se me queda mirando con incertidumbre, hasta que asiente.

—Vale.

Apoya la cabeza contra mi pecho y cierra los ojos.

Ahora mismo tengo mis prioridades claras. Kit puede que sea el pasado de Darcy, pero yo soy su futuro.

Capítulo 62

Darcy

La mañana de mi cumpleaños, Hayden me despierta con besos lentos y perezosos por el cuerpo, para luego robarme una descarga con la cabeza entre mis piernas.

—¿Quieres tu regalo ahora o más tarde? —me pregunta después, tumbado en la cama a mi lado, como un dios griego bajo la luz de la mañana.

—¿Es que por fin vamos a echar un polvo?

Él se ríe.

—No, aún no.

Gruño con frustración. Sentir su lengua en el clítoris me lleva al paraíso, pero necesito mucho más. Quiero sentirme conectada con él de forma definitiva. Una pequeña parte de mí está enfadada: ¿se ha acostado con todas las tías de la ciudad y conmigo no?

¿Qué pasa?

Ignoro esos pensamientos.

—Me gustaría que me dieras mi regalo ahora, por favor.

Él se acerca a mí y me da un beso entre los pechos, mordisqueando la piel sensible.

—¿Estás segura?

Me río y me aparto un poco de él.

—Sí, ya.

—Vale, vale. —Baja de la cama y me quedo admirando su magnífico culo mientras va al armario. Vuelve con un paquete pequeño.

—¿Qué será? —bromeo, y lo miro con los ojos entrecerrados mientras él se acomoda contra el cabecero y meto el dedo por debajo del celo—. Un libro, claramente. *Consejos de citas para pringados*, ¿quizá?

Su mirada es firme y cálida.

—No eres una pringada.

—¿*Cómo elegir chicos, llevarlos a casa y follártelos hasta volarles la cabeza*?

Él sonríe más.

—No te cuesta nada en absoluto llevarme a la cama.

Me río y termino de romper el papel de regalo.

—¿*Kama Sutra*, a lo me...? Oh.

Se me abre la boca. *La reina Esmeralda*, de A. R. Haddington. Es el próximo libro de *La espada del norte*, que sale un poco más adelante.

No puede ser.

—¿Cómo has...? —Miro a Hayden con intriga, pero él solo sonríe más—. Hayden. ¿Cómo?

Es imposible conseguir una copia por adelantado. La editorial de A. R. Haddington no envía copias antes de la salida oficial para evitar *spoilers*. Y las entradas para las fiestas de lanzamiento a medianoche de sus libros se agotan en el mismo día.

—¿A quién has matado para conseguirlo?

Él se ríe y algo en su cara llama mi atención, como si estuviera nervioso.

—¿Me he pasado?

—No. —Sacudo la cabeza—. Me encanta. —Abro la portada para ver la fecha de impresión, y se me para el corazón cuando veo la dedicatoria escrita a mano en la página del título—. Venga ya.

Para Darcy, valiente como la Espada del Norte.

A. R. Haddington

Parpadeo conmocionada.

—Hayden. —Mi voz suena rara. La escritora es muy huraña. No tiene redes sociales, no hace apariciones en público. Nadie sabe qué aspecto tiene, qué significan sus iniciales, ni siquiera en qué país vive y, desde luego, no firma libros—. En serio, ¿cómo lo has conseguido?

Se encoge de hombros con una sonrisa satisfecha.

—He movido algunos hilos.

—Esto es mover hilos al estilo *El diablo viste de Prada*. ¿Qué has hecho?

—Pedí a los de relaciones públicas del equipo que contactaran con la editorial. Le hablé de ti.

—¿A quién?

Él señala el libro con la barbilla.

—A. R. Haddington.

—No.

Se ríe.

—Sí. Le conté cómo nos conocimos en la universidad y que nos hicimos amigos gracias a los libros. Le dije que por fin habías dejado tu trabajo aburrido en la agencia de seguros para aceptar uno de analista en el Storm y que eres la única mujer en el equipo, pero que eres valiente e inteligente y apasionada. —Aparta la mirada y tengo la sensación de que hay algo que no me está contando—. También hice una donación a su organización benéfica favorita.

—¿Cuánto?

Él se encoge de hombros y sonríe.

—Hayden. —Me inclino hacia delante y lo miro mal, pero no puedo parar de sonreír—. ¿Cuánto?

Él pone una mueca.

—No me acuerdo.

—Qué mentiroso eres —susurro con el corazón fuera del pecho por el cariño y los fuertes sentimientos hacia Hayden Owens.

Intento decir algo, pero no encuentro palabras. El corazón me martillea el pecho al pasar los dedos por la firma.

Es el mejor regalo que me han hecho nunca. Es el mejor regalo que me podría haber imaginado. Solo Hayden me regalaría algo así, algo que yo ni siquiera sabía que anhelaba.

Solo Hayden me sabe leer así.

—Gracias. —Consigo decir al final y, de pronto, me escuecen los ojos—. Perdona. —Aparto la mirada y parpadeo para hacer desaparecer las lágrimas.

Él se acerca a mí de inmediato y me gira hacia él con sus manos fuertes.

—Ey, ey. —Tiene una voz amable, relajante, lo que lo empeora todo mucho—. No pasa nada. Ven.

Tira de mí hacia su pecho, y su olor tranquilizador y la piel cálida de su torso inundan mis sentidos. Me acaricia despacio la espalda.

—Entiendo que te ha gustado, ¿no?

Resoplo una risa.

—Sí, Hayden. Me ha gustado. Creo que me gusta más que cualquier otra cosa que tenga. —Me miro la muñeca, a la pulsera que solo me quito para ducharme—. Casi tanto como la pulsera.

Un ruido satisfecho le resuena en el pecho.

—Bien.

Nos quedamos tumbados un buen rato, mirando por la ventana en un silencio cómodo.

—Esta noche salimos a cenar —dice—, pero ¿qué quieres hacer el resto del día?

—Estar contigo.

Él hace un ruido de satisfacción y me da un beso en la frente.

—Esperaba que dijeras eso.

—Y con Daniel, claro.

—Cómo no. Llenaré una bolsa de piedras y podremos ir a que se dé un baño en el mar.

Nos reímos y siento su sonrisa contra mi pelo. Mis labios permanecen un instante sobre su barba incipiente antes de darle besos por la mandíbula, el cuello y las clavículas. Se le entrecorta la respiración y, un instante después, enreda la mano en mi pelo.

—¿Qué estás tramando, Andersen? —pregunta con una voz grave y provocadora.

Yo sonrío y me coloco a horcajadas sobre sus caderas. Su erección me presiona entre las piernas y se le oscurecen los ojos. Empiezo a darle besos por el pecho y el abdomen, y se le acelera aún más la respiración.

—Quiero darte las gracias como te mereces.

Capítulo 63

Darcy

—Aquí es donde quería traerte en la universidad —dice Hayden desde el otro lado de la mesa diminuta del pequeño restaurante familiar italiano donde cenamos. Hay una vela entre los dos, que proyecta una luz cálida sobre las preciosas líneas de su cara, y no aparta su mirada amable de mí. Llevo un vestido rosa claro que me recuerda a los cerezos en flor que hemos visto hoy.

—¿A qué te refieres?

Él sonríe nervioso, y yo inclino la cabeza intrigada.

—El primer fin de semana de universidad quise pedirte salir. Planeé pedírtelo en la fiesta de bienvenida de ese finde —dice mientras se pasa una mano por la nuca.

Se me entreabren los labios. Aquel primer fin de semana de universidad yo estaba deseando volver a clase y ver a Hayden, mi nuevo amigo al que le encantaba *La espada del norte*, que tenía unos músculos cincelados en piedra y una sonrisa abierta y cariñosa. Pese a lo guapo y popular que era, y que todo el mundo parecía ya conocerlo, seguramente del hockey, y a sabiendas de que estaba completamente fuera de mi alcance, me sentí muy cómoda con él desde el principio.

—La fiesta de hockey.

Él asiente.

Yo tenía la esperanza de que me pidiera salir aquel fin de semana. Pensé que Kit me invitó a la fiesta como amiga, pero cuando llegué allí, dio a entender que éramos algo más, y yo no lo contradije. A Hayden pareció darle igual; se pasó toda la noche charlando con otras chicas y, aunque me decepcioné un poco, tampoco le di demasiada importancia.

Durante estos años, he pensado muchísimas veces en aquella noche, pero siempre me he dicho que simplemente yo no era el tipo de Hayden.

—Yo pensaba que ibas a pedirme salir. —Bajé la mirada y recordé —. Esperaba que lo hicieras. Supongo que podría haberlo hecho yo, pero estabas tan fuera de mi alcance que me pareció que solo te daría en bandeja la oportunidad de rechazarme. —Tuerzo la boca—. Y habría hecho que estuviéramos incómodos al compartir las mismas clases todo el semestre.

Él se inclina hacia delante y me coge la mano.

—Nunca estuve fuera del tu alcance. Todo lo contrario.

—Yo era la friki de las matemáticas y tú el jugador de hockey buenorro que podía tirarse a quien le diera la gana.

—Yo no opino lo mismo.

Se me sube el corazón a la garganta y me dejo llevar por las sensaciones de felicidad e ingravidez. Me encanta cómo me mira, como si lo fuera todo para él.

Quiero decir algo como: «Al final, todo salió bien», pero quizá sea imprudente. Para él esto no es más que una prueba.

¿Y si soy la chica que siempre se le escapaba pero, ahora que me tiene, la idea que se hizo de mí era mejor que la realidad?

Él sonríe y me sostiene la mirada. La camarera aparece con mi postre. Hay una vela en medio de la tarta de chocolate, bailando y titilando.

—Feliz cumpleaños, Darcy —dice Hayden, observándome con una sonrisa y pasándome el pulgar por el dorso de la mano—. Pide un deseo.

Cierro los ojos, pienso en los últimos meses con Hayden, y deseo que, al final, todo salga bien.

—¿Te he dicho lo preciosa que eres? —me pregunta Hayden mientras volvemos a casa andando, cogidos de la mano.

Yo me río.

—Alguna vez.

—¿Solo alguna? —Se le curva la boca, pero su expresión se vuelve atenta y seria—. ¿Cómo te sientes?

Es verdad. Recuerdo mi objetivo de tenerlo todo resuelto para mi cumpleaños.

—Genial, sorprendentemente. —Respiro hondo y ordeno los pensamientos—. Creo que siempre temía mi cumpleaños porque, en el fondo, sabía que estaba en el camino equivocado. El trabajo equivocado, el chico equivocado.

No lo tengo todo resuelto, y mucho menos con Hayden, pero siento que mi vida va mucho mejor que el año pasado por esta época.

—Ojalá pudiera ver de nuevo a mi yo de hace unos meses, darle un abrazo y decirle que todo irá bien. —Le doy un codazo con una pequeña sonrisa—. Aunque, bueno, ya lo hiciste tú.

—¿Y no me creías? —Le brillan los ojos.

—No estaba segura. Tenía que demostrármelo a mí misma.

—Y lo has hecho.

Lanzo un murmullo de satisfacción y observo atentamente al hombre que me acompaña. Se me encoge el corazón con calidez e

intensidad.

—Sí. Lo he hecho. Soy muy afortunada por tenerte.

Él deja de andar, me sostiene la mirada y traga. Parece que quiere decir algo, pero mira detrás de mí.

Oh. Estamos en la entrada del pequeño callejón del Filthy Flamingo.

—Vamos a tomar algo, cumpleañera.

Yo asiento con una sonrisa.

—Claro. Vamos a saludar a Jordan.

Hayden saca su teléfono y envía un mensaje rápido, luego me coge de la mano y me lleva por el callejón. Cuando llegamos al bar con la puerta sin señalizar, la abre, pero dentro está todo oscuro. Yo dudo un instante en el quicio.

—Creo que está cerrado. —¿Un viernes por la noche? Qué raro. El bar no tiene ventanas, así que no veo nada—. ¿Se le ha olvidado a Jordan cerrar la puerta? Deberíamos llamarla.

—Encended las puñeteras luces —gruñe alguien en la oscuridad, y doy un brinco. Parece Alexei...

Se encienden las luces y me quedo boquiabierta al ver el bar lleno de gente y de globos.

Capítulo 64

Darcy

—¡Felicidades! —gritan todos, y Hayden me envuelve por detrás con los brazos, arrimándome hacia él.

Me quedo pasmada y parpadeo. Todo el Vancouver Storm y sus parejas llenan el bar, y todos están disfrazados.

—Íbamos a hacer la fiesta la semana que viene, cuando todos tuvieran tiempo libre. —Sueno aturdida y un poco sin aliento.

Hayden se encoge de hombros y sonríe.

—No habría sido una sorpresa, ¿no?

La mayoría de las mujeres van con vestidos medievales, menos Hazel, que parece Robin Hood con una espada en la espalda y una cicatriz dibujada en la mejilla. Pippa me sonríe con el pelo largo pintado de blanco y las pestañas cubiertas de hielo. Tiene unas pequeñas plumas en el pelo. Georgia lleva una capa larga de color verde esmeralda y el pelo recogido en lo alto de la cabeza con una diadema. En medio de la diadema, brilla un rubí.

Un momento. Este disfraz lo conozco.

—¿Es una fiesta de disfraces de *La estrella del norte*? —le pregunto a Hayden con los ojos cada vez más abiertos.

Georgia está disfrazada de la Reina Amatista, el personaje principal de *La Reina Esmeralda*. Hazel es claramente Ren, la princesa raptada. Rory lleva unos pantalones negros ajustados y una camisa negra, abierta por la mitad, con unos tatuajes en el pecho,

en el cuello y a un lado de la cara: Weston, el rival y secuestrador lacónico de Ren, que termina siendo su pareja predestinada después de que ella le apuñale en un intento de huida. Alexei va con una máscara negra sobre los ojos y un arnés de cuero con cuchillos: Piers, el guerrero. El disfraz de caballero de Jamie es Torsten, el hermano responsable y estirado de Ren. Y Pippa es Magnolia, la solitaria reina con el corazón helado.

Incluso Jordan, detrás de la barra, lleva unas orejas puntiagudas que seguramente alguien le ha obligado a ponerse. Es Carrot, creo, el camarero irónico que todo lo ve.

—¿Y bien? —Georgia se señala el disfraz con una mano en la cadera—. ¿Lo hemos clavado o no?

Se me entreabren los labios y hago un ruido sordo sin perder la sonrisa. Algunos se ríen.

—Yo no tengo disfraz —digo con una voz estúpida, pero Hayden sonríe y coge una bolsa de tela de la que saca una corona que se pone en la cabeza.

—Tú eres el príncipe Cadius. —Sueno abrumada mientras lo miro con fascinación. La corona le queda perfecta.

Es justo como me había imaginado el personaje cuando leí los libros, antes de que le dieran el papel a Patrick Grant. Rubio dorado, más guapo de lo que yo creía posible, y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mhm. —Se pone una capa roja sobre los hombros. Vuelve a rebuscar en la bolsa y saca una capa de seda plateada.

Yo me quedó mirándolo embobada mientras me la coloca.

—Y tú... —saca otra corona, esta más delicada, con gemas brillantes— eres Aurora. —Me la coloca sobre la cabeza; pesa mucho menos de lo que pensaba.

Aurora, la Reina Secreta. La doncella leal y valiente que rescata a su princesa secuestrada. A la que todo el mundo subestima. El orgullo se aferra a mi pecho al encarnar a mi personaje favorito.

Su corona, su capa, mi capa.

—Todo el atrezo parece superauténtico.

—Escribí al elenco y me colaron en el departamento de vestuario.

—¡Venga ya! —Me llevo las manos a la corona sobre mi cabeza—. ¿Todo esto es lo que se ponen de verdad en la serie? Venga ya.

Se rumorea que A. R. Haddington trabajó directamente con el departamento de atrezo para diseñarlo.

—Menos lo que lleva Volkov. —Georgia sonríe señalando el arnés de cuero—. Se lo ha comprado para su colección personal.

Él le lanza una mirada y luego me mira a mí.

—También es atrezo. Feliz cumpleaños.

Pongo los ojos en blanco para no reírme. Todos los fans de la serie están deseando que la reina Amatista y Piers se líen de una vez en *La Reina Esmeralda.*

—Estáis todos increíbles. Muchas gracias. No... —Se me cortan las palabras y me atraganto—. No me lo esperaba.

Alguien vuelve a poner la música y, conforme se retoman las conversaciones y las risas, observo a todas las personas reunidas en el bar para mi cumpleaños. He construido una vida en Vancouver. Tengo gente. Hayden me besa en la mejilla y sonríe contra mi piel, y yo me apoyo contra su pecho, con una sonrisa radiante.

Se abre la puerta y nos volvemos.

Aparece Luca con una camiseta del Storm y una peluca morada que le llega hasta la cintura. Todo el mundo se queda callado y lo mira.

—Perdón por llegar tarde. —Me mira rápidamente y me sonríe—. Problemas de chicas. —Levanta la mirada a la corona y sonríe más

—. Corona de cumpleaños. Me mola. Feliz cumpleaños, Darcy.

—Gracias, Luca. —Me tapo la boca para ocultar la risa por su creciente confusión mientras se va fijando en los disfraces de los demás.

—¿De qué vas disfrazado? —pregunta Alexei.

Luca se señala la peluca.

—Soy Darcy. Mira. —Se da la vuelta y su nombre está impreso en su camiseta, tapado con cinta adhesiva y OWENS escrito con rotulador permanente negro.

Alexei se queda mirándolo.

—¿Por qué?

—Me dijiste que nos teníamos que disfrazar de Darcy.

—Dije que nos teníamos que disfrazar de *la serie favorita de Darcy*.

Georgia se ríe tan fuerte que tiene que agarrarme el brazo para no caerse.

—Walker, pareces una sirena.

Luca me mira y me sonríe, en absoluto avergonzado.

—Perdona.

Sacudo la cabeza riéndome.

—No te preocupes, Luca. Estás muy guapo.

—¿Verdad? —Mueve la cabeza para mover la peluca—. Me está molando esto del pelo largo.

Hayden me lleva a la barra para pillar algo de beber y me fijo en la pizarra con el especial del día. Hay un cóctel rosa dibujado con una sonrisa y algo escrito encima.

«El Darcy: intenso, dulce, burbujeante ¡y sorprendentemente fuerte!».

Se me ensancha el corazón.

—¿Una bebida especial? ¿Para mí? —Sonrío mirando la pizarra y luego miro a Hayden con sorpresa. Él sonríe y me guiña un ojo—. ¿En serio?

—Fue idea de Georgia —dice Jordan con una pequeña sonrisa mientras llena la coctelera.

Se me calienta el corazón con cariño y miro otra vez la pizarra.

—¿Qué es lo que hay junto a la sombrilla?

—Una bengala —dice con un tono un poco a la defensiva, como si no fuera la primera vez que se lo han preguntado. Pone algo en el borde de mi vaso, enciende un mechero y aparta la mano rápido en cuanto empiezan a salir las chispas de la bebida. Seguramente me brillen los ojos.

—¿Te gusta? —pregunta Jordan con una mueca irónica.

Me apoyo contra Hayden con una sonrisa tan grande que me duelen las mejillas, y él me da un beso en el cuello.

—Me encanta.

Más tarde, me siento con Hayden en la barra y observamos a nuestros amigos disfrutar de la fiesta. Cada vez que Rory desafía a alguien a un duelo de espadas falsas, se desabrocha un botón de la camisa para que Hazel ponga los ojos en blanco y se ría. Pippa está sentada en el regazo de Jamie en una esquina, y él le dice algo al oído. Georgia y Alexei están cada uno a un lado de la barra.

Es el mejor cumpleaños de mi vida.

—Tengo la sensación de estar hecha de arcoíris —le digo a Hayden.

Él se sacude con una risa.

—Pensaba que solo te habías tomado dos cócteles.

—Solo me he tomado dos. No estoy borracha. —Me encojo de hombros y pongo lo que seguramente sea una sonrisa bobalicona, memorizando este momento—. Es que estoy muy contenta, nada

más. Gracias. —Me acerco más para que nuestros muslos se rocen, luego coloco la mano sobre el suyo.

—¿Qué te hace pensar que yo he tenido algo que ver? —Arquea una ceja y yo pongo los ojos en blanco, y sonrío todavía más.

Con los dedos por debajo de la barbilla, me inclina la boca hacia la suya y me da un beso tan suave y tan delicado que me hace vibrar el corazón.

—Feliz cumpleaños, Darcy —dice contra mis labios.

Capítulo 65

Hayden

La noche siguiente, entro en el tranquilo bar cerca del hotel donde se hospeda Kit con la adrenalina ya disparada. Echo un vistazo por todas las mesas hasta que lo veo.

Tiene mal aspecto. Con ojeras oscuras bajo los ojos y la mirada hundida. El camarero le pone una cerveza y Kit se bebe la mitad de un trago.

No está teniendo su mejor temporada. Su contrato con el Calgary termina este año y, más que nunca, necesita mantener altas sus estadísticas, pero no lo están. Y la noticia que voy a darle no va a ayudar, estoy seguro, pero al recordar la cara devastada de Darcy la noche que la llamó, o lo que me contó que hizo en Fin de Año, hace que sienta una nueva ola de furia y protección.

Cuando llego, se endereza.

—Ey.

—Hola. —Me siento frente a él y dejo el teléfono sobre la mesa. Él me pasa la carta y yo sacudo la cabeza.

—No voy a quedarme mucho rato.

Él frunce el ceño.

—Pensaba que íbamos a tomar algo.

—Darcy y yo estamos juntos. —No tiene sentido alargar más el momento.

Se le afloja la mandíbula y se me queda mirando un instante, hasta que suelta una risa afilada.

—Perdona, pensaba que habías dicho que Darcy y tú estáis juntos.

—Eso he dicho. Darcy y yo estamos juntos. Vamos en serio.

Se me forma un nudo en la garganta. Quiero pasar el resto de mi vida con ella. A. R. Haddington me envió la copia firmada porque le dije que estaba enamorado de Darcy, que la quería desde hacía años. En una nota privada, me deseaba suerte.

Kit lanza una risa amargada y nada cómica.

—Pues va a ser un puñetero desastre. Qué pasa, ¿te has cansado ya de las *groupies*?

Noto un subidón de adrenalina que me recorre la sangre y aprieto los dientes.

—¿Ya te has tirado a todas las tías de Vancouver y te has puesto a tontear con Darcy? —Sacude la cabeza y traga—. ¿Es por ego o algo así? ¿Te follas a mi chica solo para demostrar que puedes hacerlo?

El remordimiento se endurece dentro de mi cuerpo, pero me recuerdo que no soy así. Está herido y enfadado, pero en mi cabeza resuenan todas las cosas que ha hecho, todas las veces que la ha hecho sentir que no era suficiente, y tengo ganas de darle un puñetazo.

Pero no lo voy a hacer, porque, como le ocurre a Darcy, él ya es cosa de mi pasado.

—Ya no es tu chica. —Me rechinan los dientes—. Y no es eso.

—Venga ya. —Curva la boca—. Claro que lo es. Te doy como mucho una semana más con ella.

El dolor me palpita en el pecho.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que a lo mejor esto es lo que quiere Darcy? ¿Es que no te das cuenta, joder? —Sacudo la cabeza—. Le va muchísimo mejor ahora que te ha sacado de su

vida. De hecho, ahora le gusta su vida. Es analista del Storm y disfruta de su trabajo.

Se le retuerce la cara.

—Estás de coña.

La ira se apodera de mi cuerpo. Nunca creyó en ella.

—Tiene los estudios y la experiencia que el trabajo requiere, y le encanta. El equipo tiene mucha suerte de tenerla. Yo tengo mucha suerte de tenerla. Tú nunca te sentiste así, ¿me equivoco? Siempre pensaste que le estabas haciendo un favor.

La tensión se palpa en el ambiente. Él aparta la mirada y mueve la mandíbula.

—La diferencia entre tú y yo —le digo— es que yo haría lo que fuera con tal de verla feliz.

Kit suelta una carcajada de incredulidad mientras sacude la cabeza.

—Eres un puto rastrero. Siempre has estado pillado por ella. Solo estabas esperando el momento de intervenir. Me sorprende que no lo hayas hecho antes.

Ese insulto me hiere: yo jamás intentaría tener nada con la novia de un amigo; pero está dolido y enfadado y solo busca cabrearme.

La quiero. La revelación que tuve el otro día resuena con más fuerza que nunca, pero no me parece bien decírselo a él antes que a Darcy.

—Tuviste tu oportunidad y la cagaste. —Mi voz suena grave y firme—. Sabías que no quería casarse contigo, y aun así se lo pediste delante de todos. —Me inclino hacia delante con el pulso acelerado—. La presionaste para conseguir algo que ella no quería.

Kit abre las fosas nasales.

—Uy, sí, habría tenido una vida durísima. —Su tono desprende sarcasmo y amargura—. La mujer de un jugador de hockey que

gana millones al año, con una casa preciosa y la boda de sus sueños. Pobre Darcy.

La ira aumenta, porque incluso ahora, después de haber roto con él varias veces y decirle que no quería esa vida, él no lo entiende. Nunca lo hará.

—Sé lo duro que ha debido de ser para ti perderla, pero tienes que pasar página.

Tuerce la boca con una sonrisa amarga.

—Supongo que piensas que ahora te toca a ti o algo así.

—No. —Trago—. Ahora le toca a Darcy. Nunca la viste. Nunca presumiste de ella. No sabías lo que tenías a tu lado.

Él se ríe y sacude la cabeza.

—Y te crees que saldrá bien. Increíble.

Su tono me araña y se me tensan los músculos mientras intento recordar el día que me metió en la cama y me puso hielo en el hombro, quitándomelo al cabo de veinte minutos mientras me dormía profundamente, cuidándome.

Le importo. Lo sé. Solo necesita tiempo y me ha demostrado que soy más que el tío que todos creen que soy.

Después de decir lo que he venido a decir, me levanto.

—Nos vemos mañana en el partido.

No me dice nada cuando me voy.

La noche siguiente, vamos ganando por tres goles, porque Kit está más concentrado en soltar su frustración conmigo que en defender al Calgary.

Intenta darme con el *stick* en la espinilla, pero Walker lo aparta de un empujón. Ese golpe habría sido un penalti, pero el árbitro no lo

pita. Un minuto después, vuelve. Volkov lo bloquea y lo tira al suelo, y el público vitorea.

Que un jugador sea el blanco del partido suele ocurrir cuando un equipo quiere acabar con la estrella del contrario. Pero, en este caso, no es para evitar que yo marque goles.

Esto es personal.

—¿Qué cojones estás haciendo? —le pregunta uno del Calgary a Kit. En el banquillo, el entrenador sacude la cabeza con el ceño fruncido.

—Dilo —murmura Volkov lanzándole una mirada furiosa a Kit, con la cara muy tensa.

Volkov es el *enforcer* del Storm. Es un término no oficial que se le otorga al jugador que restaura el equilibrio en el equipo y protege a los jugadores a los que ataca el equipo contrario.

Pero esta no es su pelea. Es la mía.

—¿Vamos a poner a este puto payaso en su sitio o qué? —pregunta Miller mientras se acerca.

Levanto la mirada al palco donde sé que Darcy y los demás analistas están viendo el partido.

Las peleas son habituales en el hockey. Es una forma de equilibrar el partido cuando un equipo juega sucio y los árbitros no pitan los penaltis. Se me tensan los músculos con furia. Crepita la energía; quiero acabar con esto.

Aunque a ella le va a molestar.

Miro a Kit, que la ha perdido por idiota.

Yo lo tengo todo, y él no tiene nada. Me da lástima. Está herido y dolido y confuso, y no sabe cómo gestionarlo.

—Ignóralo. El árbitro terminará pitando penalti.

Volvemos a sacar y, un minuto después, mientras intento coger el disco, me golpean contra las vallas.

Me arde el labio. La rabia me ruge por las costillas, cada vez más y más fuerte. Respiro hondo y me levanto. De mi cara brota sangre que cae al hielo. El ruido estalla a mi alrededor: los aficionados están golpeando con los puños en el cristal, enfurecidos, mis compañeros de equipo protestan a gritos y suena el silbato.

El estadio se está volviendo loco cuando miro a Kit a los ojos. Está rodeado por los jugadores del Vancouver, árbitros y jueces de línea, pero fija la atención en mí.

Le arde la mirada; este no es el chaval con el que crecí, mi mejor amigo de la universidad. Es otra persona.

—Eres una puta vergüenza —escupo.

—¿Te crees que no va a hacerte lo mismo que me hizo a mí? —Curva los labios en una sonrisa retorcida—. ¿Por qué iba a terminar contigo?

Con un juez de línea entre ellos, Volkov intenta empujar a Kit.

—Cierra el pico.

La tensión aumenta en la pista mientras los árbitros revisan la jugada en las pantallas. Los jugadores se rodean los unos a los otros. Al final, el árbitro patina hasta el centro de la pista y el estadio se queda en silencio mientras enciende el micrófono.

—Penalti grave por abordaje.

El estadio estalla en vítores y Kit vuelve a mirarme mal por encima del hombro mientras lo llevan al banquillo de penalti.

Intento sentir empatía por él, pero no voy a fingir que soy la misma persona de hace dos meses.

Darcy es mía. Tiene que aceptarlo.

Se reanuda el partido y hacemos una jugada que Darcy y los otros analistas le han recomendado a Ward. Miller me pasa el disco, yo lo disparo y llega al fondo de la red. El estadio estalla en una ovación,

suena la bocina de gol y parpadean las luces mientras Miller, Volkov, Walker y nuestros demás delanteros me rodean para celebrarlo.

—¡Me encanta demostrar que ella tiene razón! —le grito a Volkov por encima del ruido, con una sonrisa de oreja a oreja.

Miro a los ojos a Kit, sentado en el banquillo de penalti, y abre la nariz. Estiro la espalda, pongo los hombros rectos y lo enfrento con una mirada desafiante.

«Yo gano —dicen mis ojos—. Tú has perdido y estás acabado».

En un parpadeo, se levanta del banquillo y carga contra mí. Oigo a los aficionados ahogar gritos. Todavía le quedan cuarenta segundos de castigo.

—¡¿Estás de coña?! —grita Walker, riéndose—. Este chaval tiene impulsos suicidas. Owens, ¿qué le has hecho?

Ni siquiera hemos retomado el partido y el árbitro empieza a soplar el silbato, pero a Kit le da igual y viene a toda velocidad hacia mí. El resto del Calgary observa con temor.

Volkov le murmura algo a Walker, escucho algo de «el ex de Darcy»; y Kit se acerca mientras echa el puño hacia atrás, pero los dos defensas del Storm lo bloquean y lo empujan al hielo. Los aficionados vuelven a gritar, suena el silbato a la derecha y la izquierda, e incluso los jugadores del Calgary están gritando a Kit.

—¡Penalti por mala conducta! —grita el árbitro al micrófono, y el público ovaciona. El árbitro apaga el micrófono y le grita algo a Kit. Los demás jugadores del Calgary lo sacan de la pista y él se resiste, todavía intentando llegar hasta mí, y los aficionados rugen. El defensa del Calgary le da un empujón con fuerza a Kit y lo saca del banquillo hacia el pasillo.

—¡Driedger, eres un mierda! —rugen los aficionados mientras desaparece hacia el vestuario.

—Espero que la tal Darcy merezca la pena —dice Walker sacudiendo la cabeza.

Merece muchísimo la pena. Es mi mundo entero.

Y esta noche voy a demostrárselo.

No puedo aguantar más.

Capítulo 66

Darcy

Por la noche, Hayden abre a tientas la puerta sin apartar los labios de mi boca ni una sola vez. Se quita la chaqueta apresuradamente y la tira al suelo.

Nos estamos besando desde el vestíbulo del edificio. El haber jugado contra Kit ha desencadenado algo en Hayden. No debería sentir esta emoción por cómo me posee, pero no puedo evitarlo.

—¿Qué le dijiste a Kit para cabrearlo tanto? —le pregunté después del partido.

—La verdad —respondió.

O sea, que le dijo que lo nuestro es temporal. El pecho se me retuerce de dolor. Cada vez me cuesta más aceptar la realidad, que esto es solo para pasar el rato y que solo quedan unos días.

La lengua de Hayden se desliza contra mí, y todos mis pensamientos y preocupaciones se derriten. Aquí, ahora. Es lo único que importa.

No voy a preocuparme por el futuro mientras pueda disfrutar del presente con Hayden.

Él me quita la chaqueta y apenas puedo respirar de lo rápido que nos estamos besando. Me gusta esta faceta suya en la que persigue lo que quiere, ya sea en la pista de hielo o ahora, mientras me está devorando.

—¿Esta noche? —Doy una bocanada de aire, y los dos sabemos a qué me refiero.

Algo ha cambiado y no parece que Hayden quiera seguir esperando.

Me lleva hasta que me choco contra la pared. Luego hunde la cabeza y me besa con más fuerza. Me tiemblan las rodillas al sentir su lengua contra la mía. Si no me tuviera sujeta contra la pared, me estaría cayendo al suelo. Se aparta con la respiración entrecortada y apoya la frente en la mía, con los ojos ardientes de deseo.

—Esta noche.

La promesa contenida en esas dos palabras hace que se me acumule el deseo en el bajo vientre. Cierro los ojos y disfruto de la sensación de los labios de Hayden por toda la piel, de cómo me aparta el cuello de la camiseta por el hombro. Con las manos traza el dobladillo de la camiseta y lo levanta.

—Desnúdate. Ya.

En esta casa ya no se usan frases largas. Levanto los brazos y él me saca la camiseta. Luego le quito yo la suya, desvelando su pecho robusto y su piel cálida. Baja la tela del sujetador para poder envolverme con los labios la punta tensa de mis pechos, y yo le intento quitar el cinturón mientras él hace lo propio con el sujetador. La embriagadora destreza de sus labios sobre mi pezón hace que eche la cabeza hacia atrás contra la pared y cierre los ojos. Me palpita el pulso en la entrepierna.

Lanza un ruido grave y frustrado de impaciencia, y luego vuelve a unir su boca a la mía y desliza la lengua entre mis labios, como si no pudiera dejar que pasara ni un minuto entre un beso y el siguiente.

—Me encanta verte así. —Resoplo una risa cuando él se frustra cada vez más con mi sujetador y termina rompiendo el broche—. ¿Lo acabas de romper?

—Seguramente. —Su cara dibuja una sonrisa rápida. Está sonrojado y le cuesta respirar—. Ya te compraré más.

Se quita los pantalones y los calzoncillos, y con la polla ya rígida, saca un condón de la cartera y se lo pone. Baja la boca otra vez hacia la mía y me besa con fuerza hasta dejarme sin aliento.

—Ni siquiera te has parado a admirar el regalo que me hiciste.

—La próxima vez. —Me desabrocha los pantalones y los tira junto a las bragas. Yo me distraigo con su olor tan fresco, masculino y familiar.

Chillo por la sorpresa cuando me levanta como si no pesara nada, e instintivamente envuelvo las piernas alrededor de sus caderas. Le paso los brazos por el cuello, pero me sujeta con firmeza, agarrándome el culo y apoyando el largo de su polla contra el clítoris. Ante su firme presión contra mi zona erógena, me arrolla la necesidad.

Él da un paso adelante para que mi espalda repose contra la pared y abro mucho los ojos.

—¿Así? —Casi no puedo respirar y miro en torno al recibidor.

La espontaneidad de echar un polvo en el apartamento a oscuras, con tan solo las luces de la ciudad brillando por las ventanas, hace que se me encoja el estómago de excitación.

—Así. —Curva la boca en una sonrisa oscura y seductora que me tensa los músculos íntimos. Dios, esto va a ser increíble—. Esto era lo que querías, ¿no? Es lo que dijiste aquella noche en el bar, que querías que te empotraran fuerte contra la pared.

Se me nublan los pensamientos con el subidón de deseo, y asiento. Joder, sí, es lo que quiero.

—Sí, por favor. —Bajo la mirada y repaso con los ojos los músculos marcados de su pecho, el vello dorado que lleva hasta la polla.

Aparece una sonrisa viciosa en su cara.

—No tienes que pedírmelo por favor, pero me gusta mucho que lo hagas.

Con una mano me sujeta, haciendo fuerza con el brazo en una fascinante demostración de masculinidad. Olvídate de las espectaculares líneas de mármol del *David* de Miguel Ángel. Hayden Owens es la perfecta representación de la belleza masculina. Pero el tren de mi admiración descarrila cuando me agarra el pecho. Nuestros labios se vuelven a encontrar y juega con mis pezones, haciendo brotar un dulce deseo desde lo más profundo de mi ser como si hubiera una cuerda conectada con mi centro. Mueve las caderas y desliza la polla sobre mi humedad. Gimo cuando su dureza abrasadora se frota contra el clítoris. Un deseo líquido se retuerce dentro de mí.

—Debería bajar un poco la intensidad —dice, deslizando la mano entre mis piernas y frotando con el dedo sobre mi excitación, pendiente de mi cara, fascinado.

Sacudo la cabeza y le tiro del pelo. Le arden todavía más los ojos.

—No.

Mueve el dedo en círculos firmes sobre mi centro, encendiendo cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Se me cae la cabeza hacia atrás en la pared y él observa mi cara con veneración máxima. La excitación se tensa en la cima de mis muslos y me inunda la necesidad.

—Hayden —gimo. Me late con tanta fuerza el corazón que me sorprende que él no lo oiga—. No puedo esperar. Necesito más.

Suelta una respiración y asiente mientras se alinea en mi entrada. Empuja hacia dentro y me arrolla un placer agudo, incluso aunque mis músculos protesten por lo grueso que es. Me aferro a él y dejo que me arrastren las sensaciones.

—Respira —dice, con amabilidad pero con firmeza.

Es demasiado grande para mí y se me abren los labios mientras le sostengo la mirada preocupada. Incluso en este momento está siendo cariñoso y delicado conmigo.

—Dios santo. —Apoya la frente contra la mía y me mira a los ojos —. Eres muy estrecha, joder.

—Y tú eres muy grande. —Mi voz suena fina y desesperada, y me da igual que parezca un cliché. Toda mi atención se reduce a la zona en la que mi cuerpo se esfuerza por ajustarse a él. Cualquier incomodidad queda disuelta a medida que la electricidad recorre mis venas—. No pares.

Él aprieta más hasta que nuestras caderas se encuentran y estoy a punto de perder la cabeza por su plenitud ardiente y deliciosa. Ya empiezo a notar la descarga despertarse y retorciéndose en mis extremidades.

—¿Bien? —susurra.

Yo asiento contra él con una respiración temblorosa.

—Me encanta —susurro—. Llevo una eternidad esperando este momento.

Se le mueve la garganta. Bajo mi mano sobre su nuca, tiene la piel caliente y húmeda por el esfuerzo. Se le frunce el ceño con frustración y agonía. Parece que está sufriendo por contenerse para no hacerme daño. Le muerdo el labio y el ruido áspero y satisfecho que le sale de la garganta me lanza una descarga cálida por el cuerpo.

—Noto cómo te agarras a mí —gruñe—. Hace años que espero esto, Darcy, y no sé cómo, pero es mejor de lo que pensaba.

Me retuerzo aún más, ardiendo ante el hecho de que Hayden y yo conectemos tanto, como si fuera inevitable. Al final, lo iba a terminar viendo; el asunto era cuándo.

Mientras mi cuerpo se ajusta a su descomunal tamaño, me pasa una mano por encima como si no tuviera suficiente, hasta que, al final, me mira a los ojos.

—¿Me puedo mover? —me suplica con los ojos vidriosos y con la respiración entrecortada.

Tiene el pelo despeinado por mis manos y los ojos desesperados mientras se agarra a su último resquicio de control. Yo asiento y él sale de mí, con la mirada inclinada a donde nuestros cuerpos se encuentran, antes de volver a entrar despacio mirándome la cara en busca de cualquier mínima señal de incomodidad.

Pero lo único que siento es placer, el pulso se me acelera.

—Dios —gimo.

Él vuelve a balancearse dentro de mí y puedo sentir cada centímetro.

—No sabes cuántas veces he pensado en esto. —Cierra los ojos con una expresión dislocada y traga—. Nos he imaginado en todas las posiciones posibles, en todas las superficies de este piso. De todos los pisos en los que he vivido.

El deseo se retuerce entre mis piernas y la presión aumenta.

Me folla con más fuerza y yo me excito todavía más. El cuadro que compramos la semana pasada y colgamos en la pared se sacude al ritmo de sus embestidas y es probable que mañana yo amanezca con moratones por donde me está agarrando el culo. Pero me da igual. Quiero más.

Me lleva la mano al clítoris y lo frota con firmeza.

—Hayden. —Mi descarga toma forma y le tiro del pelo, mirándole a los ojos. Siento su expresión desesperada en cada centímetro de la cara.

Él pone una sonrisa oscura y dominante.

—Cómo me gusta cuando gimes así, Darcy. Me encanta cómo se te tensa el coñito a mi alrededor. —Me da besos febriles por toda la piel mientras la presión en mi interior empieza a expandirse y se me empieza a nublar la vista—. Qué buena chica, cómo te mojas para mí y me dejas que te folle duro contra la pared, como queríamos los dos.

Le clavo las uñas en el hombro y se le curva la boca.

—¿Te vas a correr para mí, cariño?

—Mhm. —Asiento una y otra vez. Se me empiezan a crispar los nervios y no existe nada más que nosotros, aquí y ahora.

—A ver —exige, agarrándome cuando me tenso aún más—. Enséñame cuánto te gusta.

La presión se derrama y tiemblo. Se me crispan los dedos de los pies. El deseo me recorre todo el cuerpo mientras se me contraen los músculos alrededor de él. Intento coger aire mientras gimo su nombre y le ruego que no pare a medida que se me acelera el pulso más y más. Cuando creo que he llegado al clímax, sigo ardiendo, sigue aumentando, tanto que creo que me voy a morir. Él me embiste una y otra vez, y me sujeta con fuerza, como si fuera lo más valioso del mundo.

Es todo a la vez: íntimo, intenso, sexi, desesperado, hambriento y todo lo que siempre he necesitado.

Mi descarga se empieza a apagar, pero por la mandíbula apretada de Hayden y su expresión torturada, a él le queda poco. Me muerde el labio y gruñe con un ruido grave y hambriento. Se le sonrojan los pómulos por el esfuerzo. Tiene el flequillo desparramado sobre los ojos. Está devastadoramente guapo mientras disfruta todo lo que quiere al límite de su control.

—No puedo aguantar mucho más.

—Suéltalo. —Estoy ansiosa por ver a Hayden perder la cabeza con la polla dentro de mí—. Córrete dentro de mí.

Vuelve a llevar la mano entre mis piernas y, con unos cuantos círculos rápidos y firmes, me golpea una segunda descarga. Suelto un sollozo de placer confuso y sorprendido contra su piel, temblando con el orgasmo conforme más olas de deseo irradian por mis venas, y me aferro a su erección. Es impresionante lo bien que se le da leer mi cuerpo y saber exactamente lo que quiero.

Pero llega su perdición, porque el ruido áspero y roto que le sale de la garganta es puro placer. Con los brazos fuertes, me agarra contra su pecho. Hayden me entierra la cara en el cuello, gime contra mi piel y palpita dentro de mí. Un sentimiento intenso de protección me recorre todo el cuerpo mientras él repite mi nombre contra mi piel.

Se me disuelven los pensamientos hasta que solo queda uno: ojalá pudiéramos hacer esto para siempre. Ojalá Hayden quisiera lo que yo quiero.

Al cabo de un rato, se aparta con una expresión de incredulidad. El único ruido en el piso es el latido del corazón en mis orejas y el de los dos intentando recuperar el aliento.

—¿Quieres matarme? —me pregunta, y nos reímos.

Le trazo la línea del labio con el dedo, pero él hunde la cabeza para capturar de nuevo mi boca.

—Todo lo contrario.

Capítulo 67

Hayden

—¿Y esta? —Darcy señala una silla en la tienda de muebles a la que la he traído después de desayunar.

En mi cabeza no paran de reproducirse las imágenes de nosotros dos juntos: sus gemidos cuando estaba a punto de correrse, lo tranquila que parecía antes de que la despertara esta mañana, y el ligero suspiro de placer cuando le he lavado el pelo en la ducha. La sensación de estar enterrado en lo más profundo de su coño apretado, caliente y húmedo, y la forma en la que se le abrió la boca con sorpresa y gozó con el primer empujón.

—¿Hayden?

Me quedo mirando la silla.

—Solo puedo pensar en follarte en esa silla. —Se sentaría encima de mí, mirándome y cabalgándome la polla mientras yo le chupo el cuello y deslizo los dedos por ese apretado núcleo de placer haciéndola perder la cabeza.

Se ríe con sorpresa y le brillan los ojos.

—¿Tienes agujetas? —pregunto, tirando de ella hacia mí y pasándole los labios por la sien. Huele increíble. ¿Cómo he podido controlarme durante ocho años? Ahora apenas puedo estar cinco minutos sin tocarla.

Se le tuerce la boca.

—Un poco.

Yo hago un ruido grave y le paso una mano por el pelo.

—Lo siento.

—No. —Sacude la cabeza con las mejillas del mismo tono rosado que cuando está a punto de correrse—. Me gusta. —Me mira con deseo y se muerde el labio—. ¿Es raro?

Suelto una respiración y sonrío mientras le paso un brazo sobre los hombros.

—A mí también me gusta.

Con cada momento que paso con ella, Darcy se enreda cada vez más en mi ADN. Es cada vez un poco más mía.

Dios, espero que ella sienta lo mismo. Cada vez me cuesta más contener lo que siento.

La llama uno de los analistas. Vocaliza «un momento» y sale de la tienda.

Yo le sonrío por el escaparate. Está hablando rapidísimo y le brillan los ojos. El Storm ha conseguido entrar en las clasificatorias y los analistas están trabajando horas extra, pero Darcy no podía estar más encantada. Es todo lo que siempre he querido para ella: que por fin le guste su trabajo, que se emocione al ir a trabajar cada mañana.

La boda de Jamie y Pippa es en un par de días y la preocupación me tensa el pecho. Darcy parece más feliz que nunca, pero no puedo dar por hecho nada. Ya me he equivocado en el pasado con ella. Nunca supe lo infeliz que era con Kit.

—¿Hayden?

Al sonido de mi nombre, me doy la vuelta y se me cae el estómago a los pies.

—Jess. —Seguramente yo tenga la cara de alguien que acaba de ver un fantasma. Parpadeo sorprendido, pero me recupero y compongo una sonrisa temblorosa—. Hola. ¿Qué tal?

Jessica Haley, mi novia del instituto, me sonríe encantada.

—Mejor ahora. Qué casualidad que nos hayamos encontrado aquí.

Se me acelera el pulso y la inseguridad navega por mi estómago.

—Sí. Cosas de la vida.

—Acabo de volver a Vancouver de Saskatoon —dice con una sonrisa y la atención sobre mi pecho y mis brazos—. Qué bien te veo. —Sube y baja la mirada por mi cuerpo y una sensación incómoda se instala en mi interior—. ¿Qué te cuentas?

—Lo de siempre. Hockey.

Miro por el escaparate a Darcy, que sigue hablando por teléfono. Acabo de empezar a deshacerme del estereotipo de mujeriego con ella y no quiero que mire y piense que, en cuanto se da la vuelta, me pongo a ligar con otras. Intento demostrarle que puedo ser un buen novio.

Nunca veo a otras mujeres.

Jess asiente y mueve los ojos sobre mí con admiración.

—Sí, te he visto en la tele, con el Storm. —Se ríe para sí—. Todas mis amigas saben que perdí la virginidad con Hayden Owens.

Algo desagradable me tira del estómago y me esfuerzo por no poner una expresión de asco.

—Ah. Sí.

Somos diez años más mayores, pero me siento como si volviera a tener diecisiete y tratara de parecer despreocupado e impasible mientras ella me dice que se lo pasó bien conmigo, pero que prefiere que otro sea su novio.

Entra en mi espacio personal y baja la voz con una sonrisa sigilosa.

—Se me había olvidado lo grande que eres.

Carraspeo y doy un paso atrás de forma involuntaria.

—Eh. Sí. Siempre he sido muy alto. —Me paso la mano por el pelo.

El tono de su voz no deja lugar a equívocos: está interesada. Busco a Darcy, pero ya no está fuera.

—Deberíamos darnos los números —dice Jess con una sonrisa.

—Oye, Jess, no quiero ser maleducado, pero...

—Hola. —La mano de Darcy se desliza en la mía y se inclina contra mí, mirándome con una sonrisa preciosa.

Me relajo de inmediato.

Ni siquiera mira a Jess, deja la mirada cariñosa fija en mí.

—Te he echado de menos, cariño —dice con una voz suave.

¿«Cariño»? La mente empieza a darme vueltas, vadeando a través de sentimientos cálidos y perezosos. La miro y sonrío, seguramente con cara de idiota.

—Yo también te he echado de menos —digo.

¿Qué está pasando? No estoy seguro, y me da completamente igual. Solo quiero que Darcy vuelva a llamarme «cariño».

Darcy se gira y mira a Jess a los ojos.

—Hola. —Extiende la mano—. Soy Darcy, la novia de Hayden.

La confusión me arrolla, pero todavía estoy sonriendo y cuando me doy cuenta de que la sonrisa de Darcy es falsa, caigo en la cuenta.

Está marcando territorio. Está celosa. Me invade una sensación divertida y sonrío con el vello de la nuca erizado. Resoplo la necesidad de reírme. Por fin sabe lo que siento al ver que alguien le tira ficha. Le muevo la mano a mi otra palma y le paso el brazo por los hombros, acoplándola a mi pecho.

—Soy Jess. —Extiende la mano para darle un apretón a Darcy y nos mira a los dos. Se le salen los ojos—. ¿Tú tienes novia? —me dice.

Contra mi cuerpo, Darcy se tensa y siento náuseas. Este es el momento en el que Darcy se va a girar hacia mí para mirarme con otros ojos y decir: «Sí, tienes razón, Jess, ¿por qué me iba a comprometer a nada con el tío este?».

Sin embargo, sonríe a Jess y creo notar algo depredador en su mirada.

—Estamos buscando cosas para nuestro piso. —Le sostiene la mirada a Jess—. Donde vivimos. Juntos. Y compartimos cama.

El nudo de mi pecho se afloja con alivio. No está enfadada, no ha cambiado de idea con respecto a nosotros, simplemente se ha puesto territorial como no la había visto nunca. Me gusta esta faceta suya. Se me ensancha la sonrisa al mirarla. Menuda tigresa.

—Vale —dice Jess con una expresión rara, mirándonos—. No pensaba que fueses de los que se echan novia.

—Lo soy. —Respiro hondo y le aprieto la mano a Darcy.

—O sea, sé que en tu imaginación lo eras —empieza a decir Jess con una leve risa—. Pero ¿un tío como tú? —Mueve los ojos por encima de mí, animados, y mira a Darcy con una sonrisa brillante—. En fin, puede que la gente sí que cambie, al fin y al cabo.

Las náuseas se me acumulan en el estómago y trago con fuerza.

Darcy me mira y me sonríe, inocente como un gatito, pero con una rabia protectora en los ojos.

—Deberíamos ir tirando, cariño.

Otra vez esa palabra. Trago mi sensación extraña y asiento.

—Sí. —Le lanzo a Jess una sonrisa tensa—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo. —Jess se nos queda mirando con una expresión pasmada mientras Darcy se despide con la mano, luego agarra la mía y me saca de la tienda.

—¿Novia? —le pregunto en la acera.

Ella se encoge de brazos como si no fuera nada importante, pero no me suelta la mano.

—No me ha gustado cómo te hablaba.

Un calor me invade todo el cuerpo.

—Qué celosilla —bromeo.

Desliza los ojos hacia mí.

—¿Y qué pasa si lo soy?

Levanto las cejas y curvo aún más la sonrisa.

—Pensaba que solo nos lo estábamos pasando bien, Dar.

Se le ponen las mejillas rosas y aparta la mirada, pero la agarro por la barbilla y le inclino la cara hacia arriba para que me mire a los ojos.

—Gracias —le digo—. Nadie había sido nunca tan protector conmigo. —Sonrío—. Me ha gustado. Podría acostumbrarme.

Ella me estudia durante un buen rato y aumenta la tristeza en sus ojos.

—Te lo mereces, Hayden. —Mira la tienda de muebles, a unos metros de nosotros—. ¿Quién era? ¿Y qué quería decir con eso de que no eras de los que se echan novia?

Siento un tirón en el pecho, pero me pasa la mano por encima y la mirada en sus ojos es tan cariñosa y curiosa que me duele el corazón.

Es el momento de decirle la verdad.

Capítulo 68

Darcy

—Jess era mi novia del instituto.

Parpadeo con la cabeza a mil por hora. Novia. ¿Novia? Nunca me ha hablado de ella. Kit tampoco la mencionó nunca.

—No sabía que hubieras tenido una novia en el instituto.

—Sí. —Se muerde el labio—. O eso creía yo. Cuando perdimos la virginidad, perdió el interés en mí. Aunque le resultaba lo bastante divertido como para hablar de mí con sus amigas. —Pone una cara irónica—. Quería hacerlo bien, pero resultó que lo hice... —traga— demasiado bien, supongo. Soy el tío para echar un polvo, no el novio.

Me quedo parada en la acera en silencio, procesando esta información mientras le estudio la cara.

—Eso fue hace mucho tiempo. Eras un adolescente.

Él sacude la cabeza.

—No, Dar, ¿no te das cuenta? Pensaba que podía dejarlo atrás, pero la reputación me siguió hasta la universidad.

Casi parece que le molesta. Como si no hubiera querido nunca tener esa reputación.

—Siempre has dicho que lo cortas antes de que sea nada serio. Siempre les dices a las mujeres que no te interesa tener una relación.

—Prefiero ser claro desde el principio antes de hacerme ilusiones.

«Mierda». Las reglas son para él, no para las mujeres con las que sale. Se me encoge el corazón.

Un sentimiento feroz de protección me recorre todo el cuerpo ante la idea de todas esas mujeres haciéndole daño a Hayden, haciéndole sentir que no es más que un polvo.

Hayden es espectacular. Lo tiene todo: amabilidad, sentido del humor y apariencia. ¿Cómo puede alguien no verlo?

—Y tú me ves como todas las demás —dice en voz baja.

Siento un dolor agudo alrededor del pecho que se tensa cada vez más, y sacudo la cabeza.

—No, Hayden, no es verdad.

—Claro que sí —dice con más fuerza, con una mirada penetrante y vulnerable—. Lo viste nada más conocerme. ¿Te acuerdas de la fiesta la primera semana de clase?

La fiesta de hockey.

—Kit dijo que yo era el mayor mujeriego que él conocía y tú estuviste de acuerdo. Dijiste que tenía pinta de eso. —Se cruza de brazos y aparta la mirada.

—Me acuerdo —digo con la voz suave, apenas por encima de un susurro, mientras vuelvo a reproducir el recuerdo mentalmente—. Me acuerdo de hablar con él sobre lo fácil que lo tienes con las mujeres.

Era muy guapo, divertido y simpático, y me pasé toda la semana esperando a que me pidiera salir. Pero no lo hizo y quedé decepcionada. Cuando Kit me dijo que Hayden era un mujeriego, lo vi claro. No eran imaginaciones mías: él era así.

Hace unos meses, lo llamé el «rey de los mujeriegos». «Pareces su líder», dije. Cuando tanteó el terreno y dijo que tener novia no le parecía tan horrible, yo básicamente le respondí que no estaba hecho para ello.

—Lo siento —susurro—. Es que pensaba... —Sacudo la cabeza—. Perdona.

—No pasa nada. —Tiene la voz tensa.

Claro que pasa. ¿Cómo no he podido darme cuenta? Hace años que conozco a Hayden.

He visto lo que yo he querido ver, porque era mucho más fácil de ese modo. Recuerdo entonces el partido contra Calgary y lo furioso que estaba Kit.

—¿Qué le dijiste a Kit? —La última vez que le pregunté, me dijo que le había dicho la verdad, pero estábamos muy distraídos follando contra la pared como para pedirle que desarrollara la respuesta.

Hayden me mira a los ojos y arrastra una respiración tensa.

—Que iba en serio contigo. Que haré lo que haga falta para hacerte feliz.

Se me pone la piel de gallina. ¿Cómo he podido equivocarme tanto con Hayden? Todos estos años solo he visto lo mismo que veían todos los demás.

Me voy a pasar la noche dándole vueltas a esta información. Años, seguramente. Qué equivocada estaba. Pero ahora mismo tengo que solucionar lo ocurrido.

Me coloco ante él y le pongo las manos sobre el pecho mientras le miro los ojos azul océano. Él me mira confundido.

—Hola. —Le dedico una sonrisa delicada y amable—. Eres Hayden, ¿verdad?

Inclina la boca con una expresión confundida, pero asiente.

—Soy Darcy. —Me acerco más, hasta que casi estoy apretada contra su cuerpo—. Estoy colada por ti desde el primer instante en que te vi en clase.

Curva la boca y algo titubea en sus ojos. Me agarra los codos y me sujeta.

—¿Así es como te presentas normalmente, Darcy?

Sacudo la cabeza.

—Solo contigo. No creas que puedes confundirme con esa apariencia perfecta, Hayden Owens.

Se le iluminan los ojos.

—¿No?

—No. Puede que seas el tío más bueno que he visto en mi vida, pero se nota que eres majo y divertido, y que tienes buen corazón. Eres un jugador de hockey increíble, no solo por lo rápido y fuerte que eres, sino porque tu equipo te importa y quieres que el entrenador esté orgulloso. Y apuesto a que te gusta el *romantasy*, ¿a que sí?

—Pues mira, sí. —Sonríe todavía más y siento el pecho mucho más ligero—. Qué fuerte que sepas todo esto de mí, si nos acabamos de conocer.

Sonrío.

—Y seguro que siempre haces que todo el mundo se sienta incluido en fiestas y todo eso.

—Mi madre dice que la gente siempre recuerda cómo la haces sentir —añade en voz baja, pasándome el pulgar por el dorso de la mano.

—La forma en la que la gente te trata es un reflejo de ellos, no de ti. —Se me agarran las emociones a la garganta: ira de que Hayden se haya sentido así durante tanto tiempo; culpa porque yo haya contribuido a ello; y la necesidad abrumadora de arreglarlo—. ¿Me dirías alguna vez que me merecía que Kit me tratase como lo hizo?

—Jamás —dice con el ceño fruncido—. Eso fue culpa suya, Dar. Es un gilipollas que no te merecía.

Lo miro con paciencia. «¿Ves?», dice mi expresión.

Algo se le instala en la mirada. Me cree, o eso parece. Se me ensancha el corazón, y me inclino hacia delante para darle un beso.

—A lo mejor hay gente que piensa que eres un mujeriego —susurro contra sus labios—, pero yo sé la verdad. Eres mucho más.

Capítulo 69

Hayden

Aquella tarde, paseamos por una zona del parque en la que los árboles bordean cada lado de la acera, con una explosión de pétalos en tonos blancos y rosas.

No hay demasiada gente: varias personas haciendo fotos de los cerezos en flor, alguien que le lanza una pelota a su perro, una pareja sentada en el césped con una manta y una cesta. Algunos niños jugando al hockey.

Una brisa barre las flores de los árboles y revolotean a nuestro a alrededor. Ella se para y mira al cielo con una sonrisa serena, observando cómo planean. Le caen algunas en el pelo y hago una foto mental. Quiero recordar este momento para siempre.

—Eres preciosa, Darcy. ¿Te lo he dicho alguna vez?

Darcy se gira y me mira a los ojos con una sonrisa. Nunca me he sentido tan conectado con alguien.

—Alguna que otra vez. Vamos a sentarnos —dice con calma, y señala un banco vacío. Nos sentamos sobre el metal helado.

«Eres mucho más», me ha dicho esta mañana, y el corazón me da un vuelco.

No me puedo creer que le haya contado todo eso, pero estoy extrañamente aliviado por haberlo hecho. Siento un subidón urgente e insistente.

—No quiero que esto se acabe, Dar. —La adrenalina me recorre las venas mientras le abro mi corazón—. No quiero que volvamos a ser simplemente amigos después de la boda. No hay nadie como tú, y nunca he tenido nada así... —Hago un gesto que nos incluye a los dos y trago—. Con nadie. ¿Tú sí?

Saca la lengua para humedecerse el labio y sacude la cabeza. Tiene preocupación en la mirada.

—No te estoy diciendo que nos casemos ni que tengamos hijos ni que nos comprometamos a nada para lo que no estés preparada. Tú marcarás siempre el ritmo. Solo quiero que sigas viviendo en el piso y que duermas en mi cama y que me dejes que te invite a cenar. —Pongo una sonrisa de broma, aunque el corazón me martillea en el pecho—. Y quiero que sigas usando lencería.

Ella se ríe por lo bajo.

—Tú tienes la última palabra. —Él nunca le dio ninguna opción, pero yo no soy él—. Conmigo siempre la tendrás, Darcy. Te lo prometo.

Tengo en la punta de la lengua las dos palabras que quiero decir, pero las retengo.

Y ahí está mi corazón, en la palma de su mano. Podría aplastarme. Podría apartarme y romperme por la mitad con tan solo unas palabras o un gesto. Pero merece la pena arriesgarse.

Le estoy pidiendo que sea valiente, así que yo también tengo que serlo. Tengo que confiar en que mi mejor amiga y la mujer a la que quiero me vea como algo más que un buen rato, un buen polvo y una cara bonita. Que no solo soy el alma de la fiesta para Darcy; soy el tío con el que quiere despertarse cada día, el tío en el que confía cuando le digo que puede hacer lo que se proponga. El tío con el que se muere de ganas de hablar de libros y compartir modelos de hockey.

—¿Y si cambias de idea? —Juega con las uñas y su voz suena tan pequeña y asustada que quiero agarrarla y no soltarla nunca.

Se me vacía todo el aire de los pulmones con una risa de incredulidad.

—No lo haré. Sé que no lo haré.

Ella traga sin dejar de mirarse las manos.

«Eres la mujer de mi vida», quiero decirle, pero es demasiada presión para ella.

—Vamos a arriesgarnos juntos —digo.

—Perdona —un niño nos interrumpe, de pie delante de nosotros con un grupo de amigos, y los dos levantamos la cabeza. Tendrán unos nueve o diez años, y tienen *sticks* de hockey—. ¿Eres Hayden Owens?

—Ya te digo. ¿Estáis jugando al hockey?

El niño asiente y parece que quiere decir algo más.

—Díselo —le susurra otro de los niños, dándole un codazo.

—¿Quieres jugar al hockey con nosotros? —me pregunta el crío.

Tenso el brazo alrededor de Darcy. En cualquier otro momento habría dicho que sí, pero con ella bajo mi brazo, sentados en un entorno tan bonito, no quiero moverme nunca.

—No sé si soy lo bastante bueno como para seguiros el ritmo —le digo, y miro a Darcy.

Ella me sonríe.

—Ve a jugar.

Uno de los niños aplaude emocionado, incapaz de contenerse.

—¿Seguro?

Ella asiente y ensancha la sonrisa.

—Quiero verte jugar. Seré tu animadora.

Me da la sensación de que necesita unos minutos para procesar lo que le acabo de contar. Darcy es así; necesita tiempo para averiguar

cómo se siente sobre algo.

Le doy un beso rápido en la mejilla.

—No tardo.

—Tómate tu tiempo. —Ella se acomoda en el banco—. Yo estoy bien aquí viéndoos jugar.

Sigo a los niños hasta donde han montado las porterías.

—No me peguéis, ¿vale? —les digo, y oigo la risa de Darcy detrás de mí—. No soy tan fuerte como parece.

Capítulo 70

Darcy

Me quedo sentada en el banco del parque bajo los cerezos en flor, y miro a Hayden jugar al hockey con un grupo de niños. Es muy majo con ellos, los anima y vitorea cuando marca alguno.

Me lo imagino perfectamente a él con sus hijos, enseñándoles a jugar al hockey, puede que entrenando a sus equipos y llevándolos a comer helado después, ganen o pierdan. Me imagino a Hayden con dos hijas, diciéndoles que son inteligentes y preciosas y que pueden hacer lo que se propongan. Luego me lo imagino con dos hijos, enseñándoles a ser amables e inclusivos con los demás.

La amenaza de no aparecer en esas imágenes con él hace que me duela el corazón. Pienso en la posibilidad de no estar en la vida del otro como estamos ahora, con el contacto limitado a la llamada de teléfono ocasional o a las visitas anuales, y me inunda una tristeza profunda.

Él no quiere que esto acabe. No hay nadie como yo, ha dicho, y nunca ha tenido algo así con nadie. La decisión es mía.

No es un mujeriego, ahora lo sé. Nunca lo ha sido. Siempre ha querido más, simplemente no pensaba que pudiera tenerlo.

Podría tener más conmigo, si yo lo permito.

¿Cuál es la alternativa? ¿Volver a intentar ser una picaflor? Mis tristes intentos de serlo me dan risa. Lo mejor de aprender a ligar ha sido pasar tanto tiempo con Hayden.

Quería sentirme libre y empoderada. Hayden siempre parecía controlar la situación y quería algo así para mí. Lo he conseguido gracias a él.

En mi cumpleaños deseé que esto con Hayden no acabara nunca. ¿Por qué no puedo convertir mi deseo en realidad? He convertido mi vida en algo de lo que estoy orgullosa. Algo con lo que he soñado siempre.

¿Qué clase de insensata sería si dejara pasar a un tío como Hayden? Me diría una y otra vez que era lo correcto, que lo estaba protegiendo a él, o protegiéndome a mí, pero un día me despertaría arrepintiéndome de no haber sido más valiente.

¿Y ese miedo de volver a perderme, como hice con Kit? Recuerdo la fiesta que me organizó, en la que todo el mundo se disfrazó con disfraces idiotas y divertidos. Eso fue para mí, y me hizo muy feliz.

Hayden nunca me permitiría ser otra persona más que yo misma.

Pasa a uno de los niños, sonriendo y gritando palabras de ánimo, y se me retuerce el corazón.

La idea de los niños me resulta muy lejana, pero me lo imagino teniendo un hijo con otra mujer, cogiendo a su hijo con una sonrisa bobalicona, y quiero llorar y arrancar este banco del suelo.

A lo mejor no tiene por qué terminarse. Después de lo que me contó de Jess, que lo empujó hacia un estereotipo y una reputación que nunca quiso, a lo mejor lo nuestro podría funcionar.

—Vamos a marcar uno para Darcy, ¿vale? —les dice Hayden a los niños.

Prepara la jugada y, cuando uno de los niños marca, levanta las manos para chocar los cinco con todos, brillando con su luz entusiasta y divertida, y haciéndolos sentir especiales.

«Arriésgate», me dijo Ward cuando dudaba sobre si aceptar o no el trabajo de analista, y mira adónde me está llevando.

Pero las apuestas con Hayden están mucho más altas.

Este es mi patrón habitual: me asusto, así que me quedo quieta. Hayden se merece mucho más que mi inseguridad, la verdad.

Cuando termina de jugar, Hayden firma autógrafos y se hace fotos con los niños y los padres. Luego viene corriendo al banco y se sienta a mi lado.

—Ha sido divertido. —Sonríe con los pómulos sonrojados y los ojos brillantes. Le han caído unos pétalos en el pelo.

—Has marcado un gol para mí.

Me pasa el brazo por los hombros y me sujeta contra su pecho cálido y robusto y, cuando vuelve a sonreírme, se le suaviza la expresión.

—Son todos para ti, Darcy.

Se me agita el corazón. A lo mejor no me lo rompe.

Me mira el pelo y retuerce la boca divertido.

—¿Qué?

Agranda la sonrisa.

—Tienes flores de cerezo en el pelo.

Me río.

—Tú también.

Parece magia, los dos aquí sentados bajo el cerezo en flor y la delicada luz del sol. Como si todo estuviera colocándose en su sitio y en el momento oportuno.

No quiero seguir asustada. Quiero todas las cosas buenas que llegan cuando se toman decisiones complicadas.

A lo lejos suena la canción de un carrito de helados, y sonrío. La primavera por fin ha eclosionado y casi no me reconozco en la persona que llegó a Vancouver este invierno.

—¿Hayden? —Los nervios me revolotean por todo el cuerpo, pero los ignoro.

Él frunce el ceño con preocupación.

—¿Qué pasa?

Se me seca la boca, pero me concentro en la inmensidad de sus ojos azules.

—Yo tampoco quiero que dejemos esto.

Levanta las cejas.

—No quiero que lo que estamos haciendo acabe. —Arrastro una respiración profunda mientras le miro a los ojos, y el corazón me da un vuelco por el cariño que muestra su expresión—. Me estoy enamorando de ti.

Nunca le he dicho nada así a un tío, y me pregunto si él lo habrá escuchado alguna vez.

Aparece una sonrisa tierna en su cara.

—Tenía la esperanza de que dijeras eso.

Capítulo 71

Hayden

—¿Dar? —me quito los zapatos en el recibidor aquella noche, con las bolsas de comida tailandesa.

—¡Estoy en el baño! —grita desde dentro del piso con un toque coqueto en la voz.

La lujuria me recorre el cuerpo y me apresuro al baño, medio empalmado por la imagen mental de ella húmeda, desnuda y esperándome. Me quito la camiseta por el pasillo y la tiro al suelo. Huelo el dulce aroma a vainilla y naranja de sus sales de baño.

Abro la puerta del baño y pongo cara de asco.

—Puaj.

Daniel el gnomo está en la bañera, rodeado de espuma, mirándome con esos ojos sin alma.

—No —gruño.

Darcy está detrás de la puerta, completamente vestida y doblada por la risa.

—¿Por qué me torturas así?

—Solo quiere relajarse después de un día duro. —Apenas puede hablar por la risa, y tiene los ojos llorosos.

—Estás enferma, ¿lo sabías? —Me río y sacudo la cabeza—. ¿Cuánto llevas aquí esperando?

—Unos diez minutos.

Saco al estúpido gnomo de la bañera y lo dejo en el suelo, luego me giro hacia Darcy, con una sonrisa malvada. Se le iluminan los ojos y da un paso atrás.

Lo que me ha dicho antes me resuena en la cabeza. «Yo sé la verdad. Eres mucho más».

A lo mejor tiene razón. A lo mejor no soy el tío que todos dicen que soy. A lo mejor soy como Streicher y como Miller, y puedo hacer feliz a una pareja.

—Te vas a enterar. —La agarro y ella chilla de risa.

A lo mejor puedo hacer feliz a Darcy.

Joder, cuánto me gustaría ser ese tío.

—No. —Se ríe mientras la llevo hasta la bañera con toda la ropa puesta—. Por favor. —Se agarra a mi cuello, sacudida por la risa, y la bajo hasta dejarla a medio centímetro del agua. Se está riendo tanto que no puede respirar—. Por favor —vuelve a suplicarme.

El gnomo da un repelús que te cagas, pero me encanta verla a ella así, más feliz que nunca. No quiero que esto acabe jamás.

—¿Qué dices?

—Perdona. —Da una bocanada de aire, se agarra más fuerte a mí e intenta apartarse del agua—. Lo siento.

—¿Y qué más?

—Daniel también lo siente —dice, con los ojos brillantes, pero chilla cuando la bajo un poco más y le mojo el culo—. ¡Hayden!

Capítulo 72

Darcy

El sábado, entro en la zona principal de la habitación que Hayden ha reservado en el lujoso hotel Whistler con mi vestido naranja. Ha contratado a una peluquera y una maquilladora para que se pasen por aquí esta mañana, así que tengo el pelo medio recogido con ondas sueltas y fluidas, y mi maquillaje me realza como jamás habría podido conseguir yo sola. Llevo en la muñeca mi pulsera favorita.

Siento que soy mi mejor versión, mi versión más auténtica, sin necesidad de ocultarme ni de fingir que soy otra persona.

Hayden está en el salón y, con sus facciones perfectas, el corte afilado del traje sobre su forma robusta y el fondo del lago con las montañas y el infinito cielo azul, la imagen parece una foto de revista. O de una película. Como si no pudiera ser real.

Levanta la cabeza del teléfono y se queda boquiabierto.

—¿Qué te parece? —Le dedico una pequeña sonrisa.

Se me queda mirando fijamente.

—Eh.

—¿Qué? —Miro hacia abajo con el ceño fruncido, buscando alguna mancha de maquillaje en el vestido.

Hayden sigue mirándome con una expresión aturdida.

—Estás increíble, Dar. —Traga mientras baja y sube los ojos por mi cuerpo. Cuando sus ojos llegan a mi cara, se le suaviza la mirada—.

Tan guapa que duele. Nunca había visto nada igual.

Se me hincha el corazón. «No quiero que esto acabe nunca», me dijo. «Yo tampoco quiero que esto acabe».

Casi me resulta demasiado bueno para ser real, que una chica como yo termine con un chico como él. Aunque aquí, con este vestido, con este peinado, con lo que he conseguido en los últimos meses, ya no me siento como esa chica rarita y friki que era antes.

Una sensación tierna y brillante me hincha el pecho y fluye por mi cuerpo, y estiro la espalda. Me siento merecedora de la mirada en los ojos de Hayden ahora mismo.

Se levanta y se mete una mano en el bolsillo. Cuando la saca, tiene una cajita de terciopelo rosa pálido.

—Te he comprado un regalo.

—Me estás malcriando.

Se le calientan los ojos.

—Es mi actividad favorita. —Abre la caja y me la da: un par de pendientes brillantes, con unas gemas de color pálido, las mismas que las de la pulsera.

—Son preciosos.

Hayden me mira con una sonrisa, de pie detrás de mí con las manos sobre mis caderas mientras me los pongo y admiro mi reflejo en el espejo del recibidor.

—Te mereces lo mejor, y comprarte regalos empieza a ser una adicción para mí.

Me río y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias, cariño.

Hace un ruido grave y satisfecho, y me pasa los labios por la barbilla. Se me entrecorta la respiración.

—Me encanta cuando me llamas cariño —murmura.

Me muerdo el labio. A mí me encanta cuando usa ese tono de voz conmigo, como si estuviera a punto de volver a tirarme en la cama.

—Deberíamos ir saliendo —susurro.

En la puerta, cojo los tacones pero él me los quita.

—Yo te los pongo.

Me siento y Hayden se arrodilla ante mí. Me desliza el pie en el zapato, con un adorable gesto de concentración entre las cejas mientras ata la delicada correa con sus manos enormes. Me estira la pierna, me mira a los ojos con una sonrisa insolente y me da un beso en el tobillo. Luego el gemelo. El interior de la rodilla. Levanta el dobladillo del vestido y me besa el interior del muslo.

—Vamos a llegar tarde. —Me río con el pulso tambaleante.

Pensaba que me hacía una idea aproximada del apetito sexual de Hayden, pero también estaba equivocada en eso.

No tiene simplemente un impulso sexual fuerte. Hayden es insaciable. Nunca me he corrido tantas veces al día: en la cama nada más despertar, en la ducha, apoyada contra la encimera de la cocina después de desayunar, en plena noche, cuando me despierta con la lengua lamiéndome hasta que me excito. No creía que mi cuerpo fuera capaz de algo así. Incluso ahora, la necesidad se me tensa entre las piernas y puedo sentir cómo se me humedecen las bragas.

Si es con Hayden, puede que yo también sea insaciable.

—Tienes razón. —Exhala con fuerza contra el interior de mi muslo, como si le doliera algo—. Tenemos que irnos ya, o no nos iremos nunca.

En la puerta se detiene, me vuelve a recorrer con la mirada y se le mueve la nuez al tragar.

—¿Qué pasa?

Deja escapar una ligera risa mientras sacude la cabeza.

—Nada, solo estaba pensando en lo afortunado que soy por tenerte agarrada a mi brazo, Dar.

—Qué curioso. —Le doy un tirón de la corbata para acercarme a su boca—. Yo pienso lo mismo de ti.

Capítulo 73

Hayden

Vemos a nuestros amigos Jamie Streicher y Pippa Hartley casarse, y bajo la mirada hacia Darcy, que está a mi lado, arrebatadoramente guapa.

Me sonríe y, cuando vuelve a mirar a los novios, sus pendientes nuevos capturan la luz. Su expresión fascinada, tan contenta y sorprendida, lo único que hace es alimentar mi adicción.

Voy a casarme con esta mujer. Esa idea ya me llegó hace ocho años, durante una conversación antes de clase en la primera semana de universidad. Avergonzado por el pensamiento, lo enterré igual de rápido que surgió. Tenía dieciocho años, por el amor de Dios.

Pero lo supe. En tan solo unas cuantas conversaciones con Darcy Andersen, supe que era la mujer de mi vida.

Ella vuelve a mirarme con una expresión provocadora y el ceño fruncido, y luego mira al frente. «No tienes que mirarme a mí», vocaliza; yo sonrío y levanto un hombro. «Es que me gustas», vocalizo yo.

«Te quiero», es lo que necesito decirle.

Ella pone los ojos en blanco y me obligo a centrar mi atención en el motivo por el que estamos aquí.

Pippa lleva un vestido largo y blanco que, según Darcy, es de estilo «boho». Streicher se ha puesto un traje de chaqueta gris oscuro, y la perrita, Daisy, está sentada entre los dos con un

pequeño lacito blanco en el collar. Levanta la mirada con los ojos atentos, esperando alguna otra chuche de las que Streicher ha estado dándole durante la ceremonia.

Todos los miembros del Vancouver Storm, menos Volkov, están aquí. También Ward. Hazel y Miller están en el frente, como dama de honor y padrino. Llevan toda la ceremonia intercambiando sonrisas privadas, probablemente pensando en su propia boda.

La madre de Streicher, Donna, y los padres de Pippa, Ken y Maureen, están sentados en la primera fila, sonriendo a la pareja.

Cuando Pippa y Jamie dicen sus votos, me escuecen los ojos y se me hincha el pecho con una sensación cálida, no solo porque me alegro de que mis amigos hayan dado el siguiente paso en su vida y su relación, sino porque yo también quiero algo así, y por fin, por primera vez en mi vida, está a mi alcance.

A mi lado, Darcy lleva el vestido naranja y está tan preciosa y feliz que me duele el corazón.

«Me estoy enamorando de ti», me dijo en el banco del parque bajo los cerezos.

Miro a todos los seres queridos de Jamie y Pippa, y es lo que anhelo para nosotros. Quiero a mi Darcy en un vestido blanco que la haga sentir preciosa, que la gente importante para nosotros nos mire con sonrisas y lágrimas en los ojos, y una fiesta enorme y ruidosa después para celebrarlo.

Sorbo por la nariz.

—¿Estás llorando? —susurra Darcy mientras me coge de la mano.

—No —susurro.

Se le curva la boca y le brillan los ojos.

—No pasa nada si estás llorando.

—Pero no estoy llorando —insisto con una sonrisa—. Y, aunque lo estuviera, todo el mundo está llorando.

Ella vuelve a sonreír y me aprieta la mano, luego me apoya la cabeza en el hombro durante el resto de la ceremonia.

—¿Alexei no ha aparecido? —me pregunta Darcy al oído cuando vamos de camino al banquete al lado del lago.

Sacudo la cabeza y miro a mi alrededor.

—Pensaba que a lo mejor cambiaba de opinión en el último minuto, pero... —Me encojo de hombros—. Parece que no.

Ella murmura y retuerce la boca con preocupación.

—Estuvo prometido —admito con una mueca—. No le gusta hablar del tema.

Mientras comemos, los invitados y los padres pronuncian discursos.

—La primera impresión que da mi amigo —dice Miller al micrófono —, mi amigo hosco y serio, es la de ser un gilipollas.

Mira a Pippa para que se lo confirme, y ella asiente con fuerza. Todo el mundo se ríe, incluso Streicher sonríe.

—Pero quienes lo conocemos de verdad sabemos que haría lo que fuera por la gente a la que quiere. Pippa —Miller le sonríe—, con tu fuerza y valentía, tu ética laboral y tu creatividad y amabilidad, todos los aquí presentes entendemos que te quiera más que a su propia vida. Daisy —Miller mira alrededor de la mesa, donde Daisy está sentada a los pies de Donna, que le acaricia la cabeza—, tú lo cambiaste todo cuando seguiste a Streicher a casa aquel día.

Daisy suelta un ladrido y todo el mundo se vuelve a reír.

Hazel mira a Streicher con los ojos entrecerrados durante su discurso.

—No estaba del todo segura contigo, Jamie, pero me conquistaste cuando animaste a Pippa, cuando la reforzaste al máximo y le dijiste

que podía hacer lo que se propusiera. —Pone una expresión cálida —. Harías cualquier cosa por mi hermanita, y por eso te quiero. Para mí es un orgullo llamarte cuñado.

Mira a Pippa, y le brillan los ojos con amor.

—Una vez te dije que ojalá supieras lo increíble que eras, porque serías imparable. —Se le mueve la garganta y parpadea con fuerza —. Ahora ya lo sabes y, efectivamente, eres imparable. Te quiero. Estoy increíblemente orgullosa de todo lo que has conseguido y de la persona en la que te has convertido, y le doy gracias al universo todos los días por que seamos hermanas.

Me escuecen los ojos, porque Hazel normalmente no muestra demasiado sus emociones.

—¿Otra vez estás llorando? —susurra Darcy con una sonrisa provocadora.

—Que no estoy llorando —susurro mientras parpadeo rápido.

Ella me pasa una mano por el muslo con un movimiento tranquilizador, y yo la agarro y aprieto.

—Estoy llorando un poco —admito.

—No pasa nada. —Se inclina hacia mí y me besa en la mejilla—. Me gusta que seas un romántico ñoño en secreto.

Resoplo una risa avergonzada. Supongo que sí lo soy. Supongo que lo he sido siempre.

—Jamie, formas parte de la familia Hartley desde aquella primera Navidad que viniste a casa —dice Ken, el padre de Pippa, con orgullo, sacando pecho. Maureen está sentada a su lado y sonríe—. Todo el mundo dice que Jamie y Pippa son los afortunados, pero somos Maureen y yo quienes tenemos una suerte increíble, y no solo porque recibamos a dos miembros del Storm en nuestras vacaciones familiares.

Todo el mundo se ríe. Además de ser un tío simpático y honesto, Ken es un gran forofo del hockey.

—Eres un buen hombre, Jamie. Donna hizo un trabajo increíble contigo —les dice a Streicher y a Donna, y Streicher se inclina hacia delante con los codos sobre las rodillas. Se le mueve la garganta. Donna se toca con cuidado los ojos—. Pippa eligió muy bien cuando te eligió a ti.

—Supe que le gustabas a Jamie —le dice Donna a Pippa con una sonrisa cuando llega su turno—, cuando le pregunté si eras guapa y no me miró a los ojos.

Pippa se ríe y Jamie sonríe mientras sacude la cabeza.

Después de la cena, Pippa toca la canción que le escribió a Streicher con la guitarra que él le regaló las primeras Navidades que pasaron juntos, y cuando veo la mirada que intercambian, él tan orgulloso de ella, y ella tan abiertamente cariñosa, aprieto el brazo sobre los hombros de Darcy.

Después, bailamos canciones de amor y la agarro con fuerza, aspirando su aroma dulce y familiar.

La quiero, y cada vez me cuesta más contenerme. Cada día me pregunto si estará preparada para asumir la profundidad de lo que siento por ella.

—¿Quieres volver a la habitación, Andersen?

Ella me sostiene la mirada y asiente, y yo la cojo de la mano y la llevo hacia la puerta.

Capítulo 74

Darcy

En el ascensor, subiendo a nuestra habitación, Hayden me sonríe y luego mira nuestras manos juntas. Tiene una sonrisa tan suave y anhelante, y está tan arrebatadoramente guapo con este traje gris, que no consigo arrastrar una respiración completa.

Cuando el ascensor se detiene en nuestra planta, me lleva a nuestra habitación, abre la puerta y la sujeta para mí. Entramos en la habitación con vistas al lago; es demasiado grande y lujosa, pero cuando se lo dije al llegar, me llevó hasta la cama y me besó hasta que perdí el habla.

Se arrodilla para ayudarme a quitarme los zapatos, y sonrío mientras me sujeto apoyándole la mano en el hombro. Tiene mucho cuidado con la tira alrededor del tobillo y el corazón se me enternece ante un gesto tan delicado.

Recuerdo todos los regalos de cumpleaños que me ha hecho a lo largo de los años. Todas las veces que me ha sonreído y su mirada ha permanecido sobre mí un poco más que la del resto de las personas.

Las bodas despiertan emociones en la gente. Lo sé. Y también sé que Hayden y yo solo acabamos de empezar.

Observando a Jamie y a Pippa casarse, pensé que éramos Hayden y yo los que estábamos ahí arriba.

—¿Por qué aceptaste ser mi maestro? —le pregunto, apenas en un susurro.

Él se echa un poco para atrás y me mira, apoyando la mano cálida sobre mi gemelo.

—Porque él nunca te dio opciones. —Frunce el ceño como si lo recordara—. ¿Cómo te iba a decir que no? —Se le mueve la garganta—. Accedí a ser tu maestro y a enseñarte a ligar porque quería que tuvieras opciones y control. Quería que te sintieras fuerte y tomaras decisiones por ti misma. —Resopla—. Aunque me matara verte salir con otros tíos.

Se me tensa la garganta de emoción. Por primera vez, me siento vista de verdad. Pase lo que pase, Hayden me cuida. Siempre lo ha hecho.

Es muy generoso. El universo utilizó los mejores ingredientes para crear a Hayden Owens.

Se levanta y se sienta a mi lado. Me da un beso en la frente y me agarra la barbilla.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Me da un vuelco el corazón—. Todo está mejor que nunca. Es demasiado bonito para ser verdad, creo.

Curva la boca en una sonrisa.

—Sé a qué te refieres.

—Me convencí de que eras un mujeriego y de que no querías tener novia, ni comprometerte con nadie porque, si quisieras esas cosas, serías perfecto. —Se me acelera el corazón bajo su mirada, escuchándome atentamente y jugando ausente con mi pelo—. Y entonces no tendría ningún motivo para no sentir todas las cosas que siento por ti.

—¿Cómo qué?

Le coloco las manos en el pecho y juego con las costuras de la camisa.

—Me he dado cuenta de lo amable y cariñoso que eres, cómo iluminas cada habitación con tu sentido del humor y tu sonrisa. Que eres mucho más que una cara bonita y un buen polvo. —Se me retuerce el estómago por la rabia de que alguien hubiera tenido el valor de decirle algo así—. La gente te importa y haces que todo el mundo se sienta visto y especial. Me diste confianza y me ayudaste a encontrarme cuando yo no sabía hacerlo.

Si él quisiera tener lo que tienen Jamie y Rory, un noviazgo y una vida estable, haría deliciosamente feliz a alguien.

El anhelo me tira del pecho. Quiero ser ese alguien.

Lo quiero.

Curva la boca en una sonrisa amable y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ver cómo te conviertes en quien quieres ser, Darcy, ha sido la mejor experiencia de mi vida.

Parpadeo y se me agita el pulso. Dios. Quiero a Hayden. Claro que lo quiero.

¿Cómo podría no quererlo? Es maravilloso. Es amable, cariñoso, divertido, optimista y trabajador. Pero es mucho más que eso. Es que nos gustan las mismas cosas. Es que me encanta cuando se estremece cada vez que le escondo ese estúpido gnomo por el piso. Es que me hace los regalos perfectos que yo ni siquiera sabía que quería.

Arrastro otra respiración profunda para intentar que se apacigüe el ritmo de mi corazón, e inhalo el olor de Hayden. Siento un cosquilleo por donde me está tocando el pelo, metiéndomelo detrás de las orejas y colocándomelo detrás de los hombros. Me siento inundada por la impaciencia. No quiero pasar un segundo más aquí hablando.

No estoy preparada para decirle cómo me siento, pero se lo puedo demostrar.

Deslizo mi mano en la suya y lo llevo al dormitorio.

Capítulo 75

Hayden

Me quiere. Darcy ve más allá de las ideas que la gente me ha metido en la cabeza sobre quién soy, y me quiere. No me lo ha dicho, pero sé cómo se siente.

Tiene mi corazón en la palma de su mano delicada.

En el dormitorio, le doy besos suaves por el cuello y dejo que su dulce olor me embriague. Está intentado desabrocharme los botones de la camisa, pero le succiono en la piel delicada tras la oreja y le bailan los dedos.

—No puedo pensar cuando haces eso —murmura, así que lo vuelvo a hacer y ella gime.

Nuestros labios se encuentran y acaricio su lengua con la mía, saboreándola, persuadiéndola, reclamándola. Darcy es para mí; se lo digo con cada caricia de mi lengua contra la suya, con cada roce de mis dedos contra su piel, con cada aliento que compartimos. Me muerde el labio y me empuja hacia ella, y se me acelera el pulso.

Llevo los dedos a la cremallera y la bajo.

—Me encanta cómo te queda este vestido, pero ya es hora de que te lo quites.

Ella se ríe en voz baja y se concentra en desabotonarme la camisa.

—A mí me encanta cómo te queda este traje, pero también es hora de que te lo quites. —Una sonrisa traviesa le tira de la boca,

que capturo con la mía.

El vestido cae al suelo alrededor de sus tobillos y se queda con el corsé sin tirantes con flores muy pequeñas y un tanga de hilo.

Se me hace la boca agua.

—Nunca me cansaré de verte con algo que te compré yo y que te hace sentir preciosa.

Ella me dedica una íntima sonrisa. Mi camisa cae al suelo y ella lleva las manos al cinturón para desabrochármelo. Cada roce de sus manos contra mi polla me la pone cada vez más dura, estirándose contra la cremallera hasta que por fin me baja los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas.

Abro mucho los ojos.

—Espera... Dios.

Se mete la polla en la boca y me mira con una sonrisa diabólica, y en mi cabeza no hay más pensamientos que «sí», «Darcy» y «más». Puede que esté gimiendo esas palabras en voz alta mientras me succiona, pasando la lengua por mi zona sensible. Se me acumula la presión en la base de la espalda. Ella murmura, cierra los ojos como si le estuviera encantando, y la excitación me arrolla.

—Espera, cariño. —Salgo de su boca—. Si sigues así, vamos a terminar muy rápido. —La levanto y la atraigo contra mi pecho—. Tu boca es muy agradable, no voy a durar nada.

Ella se ríe y yo le desabrocho el corsé, lo tiro al suelo y me pongo de rodillas, envolviendo con los labios uno de sus maravillosos pechos.

Le sonrío, dándole toda la atención a las tetas mientras me arrodillo a sus pies.

—Tienes las tetas a la altura perfecta para esto.

—Será el destino —dice suspirando, pero se le entrecortan las palabras cuando uno de mis dedos encuentra el otro pezón, jugando

y provocándola. Succiono y rodeo el pezón con la lengua, provocando que dé bocanadas de aire. Le cojo la mano y me la pongo en la cabeza, y gruño con tranquilidad y placer cuando me arrastra los dedos por el pelo.

La provoco hasta el límite de la cordura, le paso los labios por el elástico de las bragas, presionando y rozándole la piel suave, dándole pequeños mordiscos y besándola hasta que inclina las caderas hacia mí y yo introduzco un dedo bajo el lazo.

Tiene la entrepierna húmeda y suave como la seda. Retuerzo el dedo y se le entrecierran los ojos con la mirada fija en mí.

—Qué suave, joder. —Siento su sonrisa pícara en mi cara. El orgullo palpita por mi cuerpo al ver su expresión de placer. Soy yo quien está provocando eso. Soy yo el que está haciendo que se sienta así de bien—. Estás empapada para mí.

Ella asiente con la respiración entrecortada.

Le bajo las bragas y la desnudo para mí. Hundo los dedos y los dos gemimos. Arrastro fuera los dedos, asimilando la expresión impresionada de su cara mientras me mira, y luego bajo la mirada a ese punto entre sus piernas para volver a hundir los dedos en su perfección estrecha y húmeda.

—Dios, qué bonito es esto —le digo, y luego arrastro la lengua por su entrepierna. El sabor de su humedad hace que se me moje la polla y me duelan las pelotas por la necesidad de follármela. Pero esto está demasiado bien, no puedo parar—. Y estás riquísima. —Un ruido involuntario de disfrute ruge por mi pecho cuando vuelvo a pasarle la lengua, una y otra vez.

Ella echa la cabeza hacia atrás, pero yo le agarro la nuca y se la levanto. Abre los párpados. Tiene los ojos vidriosos por la necesidad y la cara sonrojada de la forma más bonita.

Mi Darcy perfecta.

—No cierres los ojos, cariño.

Ella asiente, sin aliento, y noto más adrenalina en la sangre. El subidón de poseer a Darcy no tiene igual.

Le doy un beso profundo en el clítoris y rozo el punto rugoso y sensible dentro de ella hasta llevarla al límite, y ella me tira tan fuerte del pelo que se me humedecen los ojos.

—Hayden —suspira.

Me aprieta la mano sobre el hombro. Me clava el talón en la espalda. Se aferra a mis dedos, moviendo el coño contra mí para tener más fricción. Hace unos ruidos adictivos y demandantes, como los que hace siempre que está a punto de caerse por el precipicio.

Me encanta cuando pierde así la cabeza, y me encanta ser el responsable de ello.

—Me voy a correr. —Su voz es fina y desesperada, y yo soy un hombre poseído—. Vas a hacer que me corra.

No hay palabras más bonitas. Los músculos de Darcy palpitan bajo mis dedos conforme ella gime y repite mi nombre una y otra vez. Yo le succiono la vulva, dejo la lengua encima y chupo cada gota de su sabor. El corazón me late muy rápido cuando se agarra así a mí, temblando. Prolongo el orgasmo todo lo que puedo, todo lo que ella soporte. Lo bastante como para inundar cada centímetro de su cuerpo de placer y hacer que todo se esfume de su cabeza menos yo.

Cuando se relaja, me levanto y tiro de ella hacia mi pecho. Ella inclina la cabeza para mirarme, observándome la boca, pidiéndome un beso. Aprieto mis labios en los suyos de inmediato. Le daría cualquier cosa que quisiera o necesitara.

Ella me succiona la lengua y se me derrite el cerebro. Entre nosotros, mi polla palpita con lujuria. La necesidad corre por mis venas, pesada y potente.

—Joder. —La cojo y la tumbo en la cama. La sangre me ruge en los oídos cuando me coloco sobre ella y le beso el cuello—. Necesito estar dentro de ti, Darcy, no puedo esperar.

Capítulo 76

Hayden

Ella asiente rápido y cojo mi cartera de la mesita de noche, pero ella me sujeta el brazo y me detiene. Una pregunta enciende su mirada.

—¿Y si no...? —Busca mis ojos y el rubor de sus mejillas es tan adorable que me duele el corazón.

—¿Que no usemos condón? —Frunzo el ceño.

Ella asiente y el deseo me baja por la espalda. La idea primitiva de correrme dentro de Darcy inunda mi cuerpo con una electricidad chisporroteante.

—Nunca lo he hecho sin condón.

—Yo tampoco —susurra—. Tomo la píldora, empecé el mes pasado.

La respiración se me altera.

—¿Estás segura?

Ella asiente y se muerde el labio con una sonrisa tímida y remilgada.

—Es lo que quiero, Hayden. Lo he estado pensando.

—Dios santo. —Entierro la cabeza en el hueco de su cuello, soltando una risa seca. ¿Fantasea con que me corra dentro de ella? No voy a aguantar más de dos segundos.

—Ya hemos tenido muchas primeras veces juntos —dice jugueteando con mi pelo, y yo sonrío y asiento.

Todas las importantes han sido con Darcy y ninguna antes de ella cuentan.

Tanteo su entrada cálida. Tiene los ojos eléctricos y le cuesta respirar. Cuando empujo dentro de ella, me siento como en casa.

—Dios santo —susurra ella, cerrando los ojos—. Nunca voy a acostumbrarme a lo grande que eres.

El placer me sube por la espalda en un cosquilleo tenso. No creo que debiera disfrutar tanto escuchando esas palabras, pero lo hago. Paro un momento sin salir para que pueda ajustarse.

—¿Estás bien? —digo con los dientes apretados.

—Mhm. —Ella suspira y pone los ojos en blanco—. Me encanta. —Le palpita el coño a mi alrededor y pierdo un poco el control.

Se me escapa un ruido ronco y me sube el placer a la cara. La sensación de Darcy a mi alrededor, apretándome, tan cálida y suave y húmeda, hace que se me quede la cabeza completamente en blanco. Estoy actuando por necesidad pura, y por amor puro hacia ella.

—Qué apretada estás. —Ya noto la presión acumulándose en la base de la espalda—. No voy a durar mucho más.

—¿Quieres que saque a Daniel?

Suelto una carcajada y me derrumbo con la cabeza contra su cuello.

—Eres una puñetera pervertida, lo sabes, ¿verdad?

Ella se ríe y levanto la cabeza para sonreírle mientras le aparto el pelo de la frente.

—Admítelo. —Aprieta los labios con la sonrisa más bonita que he visto nunca—. Pensar en él te ayuda.

La risa me sacude. La quiero. La quiero tanto que quizá se me pare el corazón.

Pero antes, quiero conseguir que vuelva a correrse. Me mira con mucha confianza y amor, y se me ocurre una idea.

—¿Quieres que probemos algo nuevo esta noche?

Tiene los párpados pesados, pero veo que los ojos le destellan con interés.

—Vale.

Deslizo la mano por debajo de ella y rozo con el dedo el pliegue de su culo perfecto hasta que encuentro la puerta de atrás. Se le entrecorta la respiración.

—Quiero tocarte aquí —le susurro al oído—. Quiero que te guste.

Hunde los dientes en el labio y una ligera desconfianza le inunda la mirada.

—No quiero que me duela.

Se me agitan las venas con la necesidad de protegerla, de cubrirla de placer y amor, y de enseñarle todo lo que nunca ha tenido.

—¿Confías en mí?

Ella asiente.

—Iré despacio. No te dolerá. Te va a encantar, lo prometo. Mucho más de lo que puedas imaginarte. Voy a tener muchísimo cuidado, Dar.

—Lo sé. —Vuelve a parpadear, suelta aire despacio y asiente—. Vale.

Su confianza en mí es embriagadora. Le capturo la boca y le muerdo el labio; le doy un beso, me chupo el dedo y lo vuelvo a bajar a su apretado orificio trasero, empujando con delicadeza, milímetro a milímetro.

—¿Te gusta? —Observo su cara como un halcón.

—Sí. —Arrastra una respiración y parpadea con los ojos muy abiertos mientras muevo el dedo dentro de ella, excitándola cada vez más—. Joder, sí.

La satisfacción me corre por las venas.

—¿Qué te había dicho?

Cierra los ojos y se le entreabren los labios, luego se tensa alrededor de mi dedo, alrededor de mi polla.

—Que me iba a gustar.

—Dime que tengo razón, preciosa.

—Tienes razón. —Se le ponen los ojos en blanco. Empieza a temblar—. Tienes muchísima razón. Joder, ¿Hayden?

Aprieto las muelas mientras arrastro una respiración profunda por la nariz.

—¿Mmm?

Los ojos vidriosos le brillan con picardía.

—Fóllame.

Cuando me pide eso, con esa voz, con ese coqueteo, vuelvo a empujar y gruño por cómo se agarra el coño a mi polla, cómo su culo perfecto me aprieta el dedo. Le cuesta respirar, tiene una arruga adorable de placer en la frente mientras entro y salgo sin apartarle los ojos de la cara.

La electricidad me arquea las piernas. Estoy muy cerca. Muevo el ángulo y le levanto las piernas para entrar más hondo. Se le abren los ojos en el momento en el que mi embestida empieza a rozarle el clítoris. Me clava las uñas en el hombro y tiene esa mirada perdida que me avisa de que está a punto.

—Uno más —le ruego—. Por favor, cariño. Uno más. Córrete para mí como una buena chica.

Ella asiente y a mí me abruma el orgullo. A los dos nos cuesta respirar cuando se tensa a mi alrededor como un puño. Se me nubla la visión, jamás me voy a recuperar de este placer tan intenso, ni quiero hacerlo.

—Más fuerte —me dice, tensa como un arco—. Dame más fuerte.

—Buena chica, Darcy. —Me dejo llevar por la dominación y, debajo de mí, ella se derrite aún más—. Córrete alrededor de la polla de tu mejor amigo.

Se le aprietan los labios y se le cierran los ojos mientras aprieta mi erección con tanta fuerza que ya no puedo soportarlo más. Un fuego me corre por el cuerpo. Le apoyo la cabeza en el hombro y repito su nombre. No puedo pensar, no puedo hablar, simplemente tiemblo. Es un orgasmo que no termina nunca, que nos suspende en el tiempo y en el espacio. El resto del mundo desaparece. Cada pensamiento, cada latido, cada célula de mi cuerpo existe única y exclusivamente por Darcy.

Nos derrumbamos y respiramos con dificultad el uno sobre el otro. Aprieto los labios contra la sien y la abrazo con fuerza. Después de limpiarnos, me la traigo al pecho, de donde nunca debería moverse.

—Tengo la sensación de que contigo me ha tocado un premio —le confieso como si fuera un secreto.

Ella murmura con una sonrisa, y me pasa los dedos por el abdomen.

—Yo pienso igual.

Capítulo 77

Darcy

Me despierto la mañana siguiente con una vista espectacular de Hayden durmiendo, con el pecho desnudo, la piel dorada y una expresión suave en la cara. Duerme profundamente y el torso le sube y le baja, con los labios un poco entreabiertos. A través de la enorme ventana de la habitación, las montañas se elevan sobre el lago y me inunda una sensación abrumadora de paz. Tengo mucho cuidado de no despertarlo cuando salgo de la cama para preparar un café en la pequeña cocina de la habitación.

Es todo perfecto, hasta que miro mi teléfono.

En la encimera detrás de mí, la máquina de café empieza a gotear mientras yo me quedo mirando la pantalla del móvil mientras me froto el sueño de los ojos. Solo llevo una de las camisetas de Hayden, tengo el pelo hecho un desastre y estoy descalza; pero mi calma adormilada desaparece como si me hubieran sumergido en agua helada.

Tengo muchas notificaciones. No sé por dónde empezar. Se me va a salir el corazón. Hay un nuevo grupo con Georgia, Hazel, Pippa, Jamie, Rory y Alexei. Hayden también está, pero todavía no ha dicho nada, evidentemente. Tengo mensajes directos de Georgia, Hazel, Pippa y Alexei. Mensajes de mis padres, de un montón de antiguos compañeros de trabajo y de los actuales. Dos llamadas perdidas de

Georgia, una de anoche y otra de esta mañana. Otra llamada perdida de Alexei. Una llamada de Ward.

Pusimos los móviles en «no molestar» durante la boda y, cuando volvimos a la habitación, no se nos pasó por la cabeza mirarlos.

«Tranquila —me escribió anoche Georgia—. Lo estamos gestionando».

¿Gestionando el qué? Me asusto todavía más, con el pulso a mil por hora y un millón de nudos en el estómago. «Vamos a solucionarlo», me escribió Alexei sobre medianoche.

¿De qué narices están hablando? Echo un vistazo al chat grupal: están todos muy cabreados por una entrevista. Preguntan en qué habitación estamos. Aparece el nombre de Kit y se me abren mucho los ojos con el corazón en la boca. Busco en Google «Kit Driedger», y el primer vídeo es una entrevista de ayer, después del primer partido de las clasificatorias del Calgary.

La cara de Kit aparece en el vídeo con el logo del equipo detrás.

—El delantero del Vancouver Storm, Hayden Owens, y tú sois amigos de hace mucho tiempo —dice el periodista—. Sin embargo, durante el partido de la semana pasada contra el Vancouver, parecía que ibas a por él. Los aficionados están especulando que ese comportamiento se debía a que Owens está demostrando estar en su mejor momento mientras tu temporada está siendo algo floja. ¿Es cierto o no son más que habladurías?

Kit se cruza los brazos y frunce el ceño.

—No, eso no es cierto. Hayden me importa una mierda. —Traga—. Y estoy seguro de que es mucho más fácil tener una buena temporada cuando la nueva analista de datos del equipo te da un trato preferente, no sé si me explico. —Levanta las cejas y su insinuación queda muy clara.

Hay una pausa, un silencio largo, y luego todos los periodistas empiezan a hacer preguntas a la vez. No escucho qué dicen después porque solo escucho los latidos de mi corazón en los oídos.

Algo se me arruga en el pecho.

En un instante, se ha cargado todo mi trabajo con el equipo, todo mi esfuerzo y la pasión por lo que hago. Me ha pegado una pegatina enorme de «poco profesional» en la cara. Emerge la vergüenza, que se acumula y me hunde el estómago, y me escuecen los ojos.

¿Cómo es posible que me haya podido equivocar tanto con respecto a alguien?

—¿Dar?

Levanto la cabeza de golpe. Hayden viene hacia mí con el ceño fruncido, sin camiseta, solo con los calzoncillos negros. Ojalá fuera completamente consciente de lo adorable que es recién despierto, aún medio dormido, sin embargo estoy atacada, con la cabeza dando vueltas y sin saber qué decir.

Le enseño mi teléfono sin pronunciar ni una palabra y le doy a *play*. Aprieta cada vez más la mandíbula a medida que se reproduce el vídeo, se le tensan los músculos.

—¿Qué coño es esto?

Me quedo mirando la pantalla con incredulidad máxima.

—¿Cómo ha podido hacerme esto?

¿Qué he hecho para mecerme algo así? ¿De verdad estuve con esta persona durante ocho años?

—Dar. —Hayden deja el teléfono en la encimera, me agarra por los hombros y me da la vuelta para que lo mire—. Yo me encargo.

Leo el resto de los mensajes y hay uno que llama mi atención. «Llámame», es de Ward.

Lo llamo, pero salta el contestador. Hayden hace una llamada mientras yo miro por la ventana. Dudo que Ward vaya a despedirme

por esto. No he hecho nada malo, pero que el equipo destaque de esta forma no es lo mejor. Conocí al propietario, un hombre de sesenta y tantos años, muy agradable y con una cordial sonrisa. Aunque tiene aspecto de ser un hombre paciente como me imagino a Ward en un futuro, no creo que esté muy contento con esto.

Se me va la cabeza a hace cuatro años, cuando me senté en el despacho de mi jefe mientras me despedía por el error que había cometido. Estaba tan centrada en no repetir el pasado que ni siquiera vi venir esto. He estado mirando en la dirección equivocada todo el rato.

El dolor de arrastrar a alguien conmigo resuena fuerte y claro como si hubiera sido ayer. Hayden ha demostrado ser un delantero increíble sin mi ayuda, pero ahora que la prensa se ha enterado de nuestra relación, jamás le concederán el mérito que se merece.

—Sí. De acuerdo —dice Hayden al teléfono—. En dos horas estoy allí. —Se despide y cuelga, luego se gira hacia mí.

—Tengo que hablar con Ward —le digo.

—Ya está en su despacho. —Hayden se pasa una mano por el pelo —. Ha debido marcharse esta noche para lidiar con todo esto.

Mientras todo el mundo estaba gestionando mi cagada, yo estaba envuelta en los brazos de Hayden, ajena en nuestra pequeña burbuja.

—Vámonos. —Trago y miro la habitación del hotel. Habíamos pensado pasar el día en la cama y volver mañana, pero no puedo seguir escondiéndome.

Sé lo que tengo que hacer. Esta vez, no voy a arrastrar a nadie conmigo.

Capítulo 78

Hayden

Llegamos al estadio en tiempo récord. Apenas hablamos durante el viaje, cada uno sumido en sus pensamientos, pero en la puerta del despacho de Ward, me paro y le toco el brazo.

—¿Te importa esperar fuera? —le pregunto.

Tiene la mandíbula apretada.

—No, quiero hablar con Ward.

—Deja que hable con él yo primero. —Trago a través de los cuchillos que me atraviesan la garganta, incapaz de mantener la compostura. Estoy cabreadísimo con Kit, pero más que nada, necesito proteger a Darcy—. Por favor.

—No. —Le destellan los ojos con determinación.

Suspiro. Puede ser muy cabezota cuando quiere algo, y me parece un rasgo muy mono, incluso cuando resulta inconveniente.

—Pues entramos juntos.

Llamamos y oímos un «Adelante» desde el otro lado de la puerta. Abrimos y vemos a Ward, con la mirada agotada, detrás de su escritorio.

Nos hace un gesto para que entremos.

—Resolvamos esto.

Nos sentamos, apoyo los codos sobre las rodillas y lo miro. Esto es culpa mía. He cabreado a Kit. Le oculté durante años lo que sentía por Darcy. Se está vengando de mí y ella es el daño colateral.

La quiero, y pienso protegerla para siempre. No quiero hacer esto, pero no veo de qué otra forma solucionar la situación.

—Cuando acaben las clasificatorias, me encantaría solicitar formalmente un traslado.

Los traslados se permiten en cuanto terminan las clasificatorias. Ella se ha esforzado mucho por conseguir su sueño, y no pienso ser el motivo por el que se acabe. No voy a poner en peligro su felicidad.

—¿Qué? —Darcy se inclina hacia delante para mirarme con la boca abierta y los ojos rabiando de ira—. Ni hablar.

Detrás del escritorio, Ward levanta las cejas con sorpresa.

—Sí —le digo, y vuelvo a mirar a Ward—. Véndeme. Iré adonde sea, y me da igual jugar en defensa o en ataque.

No es toda la verdad. Me he acostumbrado a jugar en ataque y se me da bien. En los últimos meses, ha cambiado por completo mi forma de jugar, al igual que mi vida personal, pero aceptaré lo que me ofrezcan sin quejarme. Así, Darcy puede continuar en el trabajo de sus sueños.

No estoy pensando en lo perfecto que era todo hasta esta mañana. No voy a obsesionarme en cómo podrían haber sido las cosas. En que podía haber sido para siempre.

—Puedes anunciarlo hoy —añado, pero Darcy está sacudiendo la cabeza—. Darcy podrá mantener su trabajo. No hay ningún conflicto de intereses y todo esto quedará en el olvido.

Cada parte de mi cuerpo se retuerce ante la idea de mudarme, de dejarla, de no verla durante largos periodos de tiempo durante la temporada, pero no veo otra solución.

—No. —Nunca he oído a Darcy hablar de forma tan contundente y severa. Mira fijamente a Ward—. Despídeme.

Ahora soy yo el que la mira impactado. Ward empieza a decir algo, pero lo interrumpo.

—¿Esa es tu solución, Darcy? ¿Dejar un trabajo para el que eres perfecta, después de haberte pasado años odiando lo que hacías?

—Puedo encontrar otro trabajo en Vancouver sin problema —le dice a Ward, ignorándome—. La mierda mediática se olvida y puedes contratar a otro analista. Somos muchos.

Me quedo mirándola, furioso. ¿Cómo se le ha podido pasar por la cabeza que esto era una opción? Jamás estaré de acuerdo.

—Vuelves a ser feliz, por fin.

—Tú también —me responde.

Ward carraspea.

—¿Puedo...?

—Pero ¡es gracias a ti! —Mi voz suena con urgencia y frustración —. Por fin soy feliz porque estamos juntos, y haría lo que fuera por ti.

Cuando nos miramos a los ojos, me mira con tanto amor y cariño que se me parte en dos el corazón.

—Adoras este equipo. Adoras vivir aquí. Por fin has encontrado tu lugar. Jamás permitiré que te vayas a otro equipo por mi culpa.

—Estaría dispuesto a ello. Por ti, Darcy, haría cualquier cosa.

—Ya lo sé. —Aprieta los labios y arrastra una respiración tensa—. Por eso no puedo dejar que lo hagas. Puedo encontrar otro trabajo en Vancouver y así podemos seguir juntos, pero si te trasladas... —traga con fuerza y frunce el ceño mirándose las manos—, es una sentencia de muerte para lo nuestro.

—No lo es.

—Sí. Sería muy complicado, Hayden. ¿Ocho meses separados y con los horarios que tenemos? Apenas tendríamos tiempo para hablar por teléfono ni escribirnos mensajes, no digamos ya vernos.

—Está muy triste. Quiero matar a Kit por lo que ha hecho—. A ti te quedan muchos años de carrera, Hayden. ¿Cuánto tiempo crees que podríamos aguantar así?

Cuando pronuncia esas palabras, entiendo lo que quiere preguntar en realidad. Todo lo que ha visto en la boda de Streicher y Pippa, la vida en común que queremos, todo eso quedaría a la espera hasta que pudiéramos estar juntos otra vez.

Algunos, como Volkov, juegan hasta los treinta y muchos. No es lo más frecuente, pero pasa. No puedo pedirle que espere hasta entonces. Que me espere a mí. En el pecho, algo se me retuerce de dolor.

Odio las dos opciones. Las dos nos quitan algo.

—No sé qué hacer —admito, y me froto la cara con una mano.

Ward suspira.

—De momento, callaos los dos un poco —dice, sin sonar antipático—. Los dos habéis tomado decisiones, pero no depende de vosotros. —Nos mira a los dos—. De ninguno de los dos.

A Darcy se le pone la cara roja y yo aprieto los dientes mientras me reclino en la silla.

—Ninguno va a ir a ninguna parte. —Se cruza de brazos—. Y si me hubierais dejado hablar un segundo cuando habéis entrado en mi despacho, os lo habría dicho. —Ward curva la boca como si se lo estuviera pasando bien.

Darcy y yo nos miramos, cada vez con más esperanza en los ojos.

—Soy muy selectivo y evalúo muy bien a quién contratar —continúa—, y solo contrato a los mejores, incluido a un departamento de relaciones públicas estelar, que se ha puesto a solucionar este entuerto desde el momento en que Driedger abrió la boca e insultó a uno de los nuestros. —Mira a Darcy con las cejas

levantadas—. Este trabajo es tu vocación, ¿verdad? No es solo un trabajo, es mucho más.

Ella asiente.

—Sí. Por fin tengo la sensación de que estoy donde tengo que estar.

—Lo sé. —Ward coge un mando de televisor y enciende la pantalla en la pared opuesta. Se reproduce un resumen deportivo sin sonido y Ward avanza rápido hacia delante hasta que encuentra lo que busca.

—Esto se emitió hace veinte minutos. —Le da a *play* y el periodista deportivo empieza a hablar.

—«El entrenador Tate Ward ha hecho unas declaraciones con respecto a las insinuaciones de un posible conflicto de intereses ante la nueva analista de datos del Storm, Darcy Andersen: "Darcy Andersen es una analista de datos estadísticos increíble que desempeña su función con una profesionalidad envidiable. Es un miembro muy valioso de la familia Storm y cualquier comentario con la intención de desacreditarla basándose en su relación personal con Hayden Owens es machista y degradante, un problema al que se enfrentan a diario las mujeres en el mundo de la ciencia. En nombre de la señorita Andersen, el Vancouver Storm donará cien mil dólares a la sucursal de Vancouver de Mujeres en la Ciencia, y esta organización benéfica se convierte, a partir de ahora, en una de nuestras causas oficiales"».

El periodista mira a su compañero en la mesa con las cejas levantadas.

—«Creo que el mensaje para Driedger queda muy claro».

Tengo el corazón en la garganta cuando Ward apaga el televisor y se reclina en su silla sin quitarnos los ojos de encima.

—El equipo ha hecho una publicación en tu apoyo en las redes sociales. Tus antiguos compañeros de Eckhar-Foster han hablado de tu profesionalidad y talento como analista. El grupo de Mujeres en la Ciencia, evidentemente, te apoya y, joder, hasta tus antiguos profesores de universidad han comentado algo. —Mira a Darcy—. No dejes que un gilipollas amargado por algo personal te arrastre con él. No te vas a ningún sitio. —Se gira hacia mí con una mirada seria —. Y tú tampoco. —Nos mira a los dos—. ¿Queda claro?

Darcy y yo nos quedamos sorprendidos. No me voy, ella no se va, y el futuro que queríamos juntos ya no está en peligro. Nos miramos. Ella empieza a sonreír y a mí se me curva la boca a medida que una ola de alivio me recorre el cuerpo.

—Queda claro —le digo a Ward, sonriendo a Darcy.

—Claro como el agua. —Darcy también sonríe con alivio.

—Estupendo. Ahora, por favor, largaos de aquí. —Asiente—. Nos vemos el lunes.

Me levanto y le extiendo la mano a Darcy. Cuando la coge, tiro de ella para sacarla del despacho.

Cuando por fin salimos del estadio, caminando por el parque bajo los cerezos en flor, Darcy deja de andar y se gira con una expresión consternada.

—Tengo que decirte algo.

Capítulo 79

Darcy

—Te quiero —le digo a Hayden bajo los cerezos, mientras el sol de abril brilla sobre nosotros, reluciendo sobre su pelo y haciendo que sus ojos tengan un azul más profundo que el mar—. Debería habértelo dicho anoche, pero el miedo me paralizó. No confiaba en mí. Temía hacerte daño o diluirme arrastrada por tu vida.

Él me mira con una pequeña sonrisa, escuchándome con paciencia, y le coloco la mano en el pecho. Debajo de las palmas, le late el corazón con un ritmo firme. Una brisa le levanta un mechón de pelo que le ha caído sobre la frente y salen volando varios pétalos de los árboles.

El amor florece a nuestro alrededor y ahora lo veo claro.

¿Cómo he podido pensar que me perdería arrastrada por este hombre? Te has vuelto a equivocar, Darcy. Él jamás permitiría algo así. Ha pretendido renunciar a todo solo para que yo pueda mantener un trabajo que me encanta.

—Pero tú no dejarías que eso pasara —le digo—. Contigo, soy la mejor versión de mí misma.

Por encima de mi hombro, veo que hay un banco vacío, el mismo en el que nos sentamos hace un par de semanas.

—Cuando me senté bajo los cerezos y te vi jugar con esos niños, me di cuenta de que mi vida era innegablemente mejor contigo en

ella. —Me falta el aliento por la emoción cuando vuelvo a levantar la mirada.

Espero que él sienta lo mismo con cada fibra de mi ser.

Le destellan los ojos con anhelo y amor puro.

—Yo también te quiero, Darcy. Siempre te he querido. Te quiero más de lo que pensaba que era posible. Haces que me sienta como la persona que quiero ser. —Se ríe para sí—. Por eso A. R. Haddington me envió el libro, creo. Le conté nuestra historia, que conectamos gracias a sus libros, pero le dije que te quería, y además desde hace mucho. Ya sabemos que es una romántica.

Hayden me envuelve con los brazos y tira de mí contra él. Yo le apoyo la cabeza en su pecho y escucho los latidos de su corazón. Me da un beso en la sien.

—¿Siempre? —Me da un vuelco el corazón y me aparto para mirarlo. El hombre de mis sueños, que siempre he tenido delante.

—Siempre. Nunca te he querido como a una amiga, Darcy. Simplemente he tardado un poco en darme cuenta.

—Me pasa lo mismo —susurro.

Me desliza la mano por el pelo y me inclina la cabeza para darme un beso en los labios. Es un beso suave, dulce y delicado, pero me agarra el labio entre los dientes y me arrastra un dedo por la nuca, provocándome un escalofrío ante la promesa de más cuando lleguemos a casa.

La cabeza me da vueltas cuando se aparta para hacerme un guiño.

—Vamos.

Mientras caminamos bajo los cerezos, lo miro con una pregunta en los ojos.

—Te he dicho cuándo me enamoré de ti. ¿Y tú qué?

Curva la boca con una sonrisa traviesa.

—¿Te acuerdas de la noche que me lesioné?

—¿Cuando te estamparon contra la valla?

Él asiente.

—Espera. —Me río—. ¿Te enamoraste de mí por una mamada?

Una carcajada sacude a Hayden.

—Siempre te he querido, pero en ese momento me di cuenta. —Respira hondo, sin parar de sonreírme, con una alegría que le irradia de los ojos, de la piel, del aire que lo rodea—. Nadie me ha cuidado así, Darcy. Si no estaba enamorado de ti entonces, eso fue lo que dio el último empujón.

Me duele el corazón por la ternura de sus palabras.

—¿Hayden?

—Dime, Darcy.

—Vámonos a casa. —Sacudo las cejas con picardía, sin dejar lugar a dudas sobre lo que voy a hacerle.

Se le iluminan los ojos, se agacha y me levanta para cargarme en los hombros. Yo chillo sorprendida y me río mientras él empieza a correr.

Epílogo

Darcy

Una mañana a principios de septiembre, Hayden y yo estamos en la cama, recuperando el aliento después de una ronda muy entusiasta de sexo mañanero.

—¿Estás preparado para la pretemporada? —pregunto.

—Mhm. —Apoyado contra el cabecero, sonríe para sí como si acabara de pensar algo—. Antes temía el final del verano. Quizá porque significaba que no iba a verte tan a menudo.

Yo murmuro y apoyo la barbilla sobre él.

—Yo también. Siempre te echaba mucho de menos durante la temporada.

Me acaricia la espalda y juega con mi pelo, provocándome un escalofrío por la espalda.

Al final de la temporada pasada, al Storm lo eliminaron en la segunda ronda de las clasificatorias, mucho más tarde de lo que lo habían hecho en años. Los chicos se decepcionaron, pero Ward los tranquilizó diciéndoles que la forma de conseguirlo era despacio y con buena letra, y que la siguiente temporada lo harían aún mejor. Les dijo que estaba orgulloso de cómo habían jugado y que era un honor ser su entrenador.

Miró a Hayden cuando dijo eso, y yo no pude evitar sentir cómo el orgullo se me expandía por el pecho.

Ward nos dio tanto a los analistas como a los jugadores todo el verano libre, pero yo me paso el día en el portátil, trasteando con los modelos, revisando las grabaciones de los partidos, siguiendo los datos y buscando patrones. Hayden me raptó para un viaje a Hawái con Jamie, Pippa, Rory, Hazel, Alexei y Georgia, que siguen sin hablarse excepto para hacerse comentarios sarcásticos. Los fines de semana, sacamos el barco que nos hemos comprado y navegamos por las islas del Golfo mientras el sol brilla sobre la superficie del agua.

Tras el escándalo mediático, aumentaron los rumores de que Kit ya no se llevaba bien con sus compañeros de equipo al terminar su contrato sin renovación. Ahora está libre de cara a nuevas contrataciones, pero ningún equipo lo ha fichado. Él solito se lo ha buscado, pero no puedo evitar sentir un poco de pena por él. Hayden y yo lo tenemos todo, sin embargo la vida de Kit es un auténtico desastre.

Que acabe el verano supone que volvemos a la vida real, pero con Hayden, nuestra «vida real» es mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

Llevo semanas queriendo decirle una cosa. Me concentro mucho en repasar con los dedos las líneas de su pecho.

—Estoy preparada para un anillo. Si quieres, vamos. O cuando tú estés preparado para dármelo.

Le brillan los ojos, pero luego los entrecierra, como si estuviera confuso.

—¿A qué te refieres?

—Pues... —Arrastro una respiración—. Que cuando estés preparado para regalarme un anillo y dar el siguiente paso, yo diré que sí.

Se pasa la mano por la cabeza y pone cara de confusión.

—¿Lo que hablamos al final de la temporada? —Abro mucho los ojos y hago un gesto que nos incluye a los dos—. ¿Eso que me ponía muy nerviosa en el pasado, pero ya no porque te quiero y quiero estar contigo para siempre?

—¿Quieres que adoptemos un perro?

—¡Pídeme que me case contigo! —suelto—. ¡Llevo todo el verano esperando!

Él se dobla hacia delante con una carcajada, y yo me quedo boquiabierta, pero no puedo evitar reírme también.

—Hayden. Lo estás haciendo a propósito.

Le tiembla el pecho y la sonrisa que me pone me calienta de los pies a la cabeza.

—Sí, cariño, sé a qué clase de anillo te refieres. Lo compré hace meses.

Se me para el corazón.

—¿En serio?

Tiene una mirada suave, paciente y amable.

—Mhm.

—¿Dónde está? —Intento salir de la cama, pero él me aprieta contra su cuerpo.

—No te importa.

—¿Me lo das ahora?

—No. —Suelta una carcajada—. Puedes esperar.

—Pero te he dicho que ya estoy lista. —Hago un movimiento de «¡date prisa!»—. Venga.

Él se vuelve a reír.

—No voy a pedirte matrimonio aquí, Dar. Tiene que ser especial. Te mereces algo memorable y especial. —Se pasa otra vez la mano por el pelo—. Además, quería ver si preferías elegirlo tú. Podemos ir

a una joyería. Puedes pedir que te diseñen algo. O elegir el que más te guste...

—Quiero el que me hayas comprado tú. —Una vez al mes, Hayden me compra algo de joyería. Ha demostrado que tiene un gusto increíble y siempre selecciona piezas especiales y respetuosas con el medio ambiente. Le he dicho un millón de veces que no hace falta y que me está mimando demasiado, pero no piensa parar.

Mimarme parece hacer muy muy feliz a Hayden, la verdad, y verlo conseguir lo que quiere me hace feliz a mí, así que ganamos todos.

Me coge un mechón de pelo.

—¿Quieres un café?

Me quedo mirándolo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Acabamos de tener una conversación importantísima.

—Para mí no es importantísima, Dar. Yo llevo mucho tiempo preparado. —Sale de la cama y me da un azote en el culo.

Yo lo observo salir de la habitación sin apartar los ojos de ese trasero suyo tan tonificado.

—¿De verdad me vas a hacer esperar?

—Es frustrante, ¿a que sí? —dice en el quicio de la puerta con un tono bromista—. Ocho años, nena. Eso es lo que te he esperado yo a ti.

Me sale un ruido grave de impaciencia y me vuelvo a tumbar en la cama.

Hayden simplemente se ríe y sacude la cabeza con los ojos iluminados.

—Y ha merecido la pena.

En las siguientes dos semanas, Hayden se agacha, al menos, una docena de veces a atarse los zapatos: en mitad de la calle, junto a la mesa después de cenar, en el puente del riachuelo, incluso en la ducha.

—Esos no tienen cordones —digo cuando se para a mirarse las deportivas con cierre de velcro.

Pone una cara inocente.

—Pensaba que tenía una piedra.

Al final de la semana, cuando se pone sobre una rodilla en el parque, bajo los árboles con las hojas de otoño, ni siquiera dejo de andar. Él corretea detrás de mí riéndose y yo pongo los ojos en blanco y escondo una sonrisa.

—¿Te asusta que vaya a decir que no? —pregunto una mañana mientras me lava el pelo en la ducha y me masajea con el acondicionador en el cuero cabelludo, derritiéndome el cerebro—. ¿Por eso me estás torturando?

—No sé a qué te refieres.

—Probablemente diga que sí.

—¿Probablemente? —Hayden sonríe y me mira el pecho mientras el agua me baja por la piel—. Es una broma, ¿verdad?

—Yo también sé jugar contigo.

Por fin, casi a finales de septiembre, Hayden y yo estamos paseando por nuestro parque favorito bajo el frío sol de otoño. Nos acercamos al banco en el que nos sentamos siempre y me agarra con su mano cálida para llevarme hacia él.

—Vamos a sentarnos —dice.

Me dejo caer en el banco. Pero Hayden no se sienta. Hayden se mete la mano en el bolsillo. Se me acelera el pulso, pero no es la

primera vez que ha intentado engañarme.

—Ja, ja. —Lanzo una sonrisa indulgente—. ¿Ahora te metes la mano en el bolsillo? Te estás currando más la broma. —Miro con los ojos entrecerrados a mi alrededor—. Hmm. ¿Dónde se esconde el fotógrafo?

Hayden sonríe.

—Está a unos treinta metros.

—Muy gracioso.

Clava una rodilla al suelo y mi seguridad se tambalea. La forma en la que me sonríe hace que me falle la respiración.

—Estás llevando la bromita muy lejos hoy —susurro, sosteniéndole la mirada. Debo tener los ojos como platos, parece que se me va a salir el corazón del pecho y el estómago me da un vuelco de emoción.

Él vuelve a sonreírme.

—Hoy no es broma.

Estoy sonriendo, asintiendo y cogiendo aire.

—¿Por fin lo vas a hacer? ¿Me vas a sacar de mi miseria?

Se ríe.

—Sí. ¿Estás lista?

Es respetuoso incluso para esto. Le sostengo la mirada con seguridad y asiento.

Se le suaviza la expresión y se le calientan los ojos mientras me coge la mano.

—Darcy Andersen, la mujer de mis sueños, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —digo sin dudar, con una sonrisa—. Será un honor.

—Ni siquiera has visto el anillo.

—No hace falta.

Memorizo este momento: la forma en la que el sol me toca la piel, el sonido de los pájaros cantando y los niños jugando en el parque, la brisa levantándole el pelo a Hayden y el azul cielo de sus ojos. Mi mano dentro de la suya.

—Estoy segura, Hayden, y nada podrá hacerme cambiar de opinión.

Arquea una ceja y abre la caja del anillo.

Me quedo boquiabierta.

—Ostras. —Me quedo mirando la piedra preciosa, rosa pálido, rodeada de pequeñas piedras blancas. Parece sacado de un cuento de hadas, como si fuera atrezo de *La espada del norte*.

Y va a ser mío. Voy a poder mirarlo todos los días y pensar en Hayden.

—¿Te gusta?

Sin palabras, asiento, y él sonríe aún más. No soy muy de ponerme joyas, pero Hayden está cambiando eso poco a poco.

—Son todos diamantes de laboratorio, con oro blanco reciclado para la alianza.

—Es perfecto. —Levanto la mirada a sus ojos—. Tú eres perfecto, y me muero de ganas de pasar el resto de mi vida contigo.

Me desliza el anillo en el dedo y los dos nos sonreímos. Luego se levanta y me besa.

Aquella noche, abrimos la puerta del Filthy Flamingo y nos encontramos con un coro de vítores y aplausos.

—¡Enhorabuena, tortolitos! —dice Rory sonriendo y entregándonos unas copas de champán.

Están todos aquí: nuestros amigos, nuestros padres, el equipo, mis compañeros de trabajo, incluso Ward. Hay una foto ampliada nuestra en el parque que alguien debió hacer. Hayden de rodillas delante de mí, con el anillo en las manos mientras yo lo miro

sorprendida. Detrás de la barra, Jordan me guiña un ojo mientras agita la coctelera, y en la pizarra de los especiales hay un nuevo cóctel.

«El Maestro: fuerte, dulce y descarado. ¡La bebida que no sabías que necesitabas!».

Después de que todos nos feliciten, Georgia me lleva a un lado para ver el anillo.

—Ha quedado precioso. —Tiene una sonrisa melancólica y me mueve la mano de un lado a otro para que los diamantes brillen bajo las luces del bar—. Precioso.

Luego resopla.

—Cómo no. Han ayudado todos. Hasta el ruso antipático. —Mira al otro lado del bar. Hayden está hablando con Rory, Jamie y Alexei, quien nos mira con el ceño fruncido y aparta la vista rápidamente.

Georgia suelta un suspiro feliz y me aprieta la mano, con una sonrisa que le suaviza las facciones.

—Me alegro mucho por ti.

—Gracias, amiga. Seguramente tenga que agradecerte a ti todo esto. A ti y a tu obsesión por la lencería.

Se le curva la boca, engreída y burlona.

—Los dos necesitabais un empujoncito.

Sacudo la cabeza sin parar de sonreír. No puedo enfadarme.

—¿Sabes quién dice eso también? Alexei.

Hace como que le da una arcada y bebe un sorbo de su bebida. Entonces veo que le destella algo en el dedo.

Abro mucho los ojos. Tiene un anillo en el dedo anular izquierdo.

—Espera. —Le cojo la mano y miro la alianza—. ¿Qué es esto?

Normalmente no lleva anillos, y mucho menos en ese dedo.

Ella se encoge de hombros.

—¿Esto? —Carraspea, mirando al otro lado del bar.

—Sí, esto.

Se pasa la lengua por el labio.

—Me he casado —dice como si nada.

—¿Que te has casado? —Se me abre la boca—. ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¡Ni siquiera sabía que tenías novio!

«No pienso casarme nunca», dijo el año pasado en la cita doble.

Su pálida garganta se le mueve al tragar y, por fin, me mira a los ojos.

—Con Volkov.

Hayden y yo volvemos andando a casa cogidos de la mano, vibrando de felicidad con la promesa de lo que se avecina. Probablemente también por todos los cócteles de El Maestro que hemos tomado.

—Parece que no se me da bien eso de ligar, ¿no?

Él se ríe.

—No, la verdad, pero me alegro. —Curva todavía más la boca cuando me mira—. A mí tampoco. Siempre he estado colado por ti.

—Me parece bien. —Choco el hombro contra él—. Al final ha salido bien. Estoy deseando casarme con mi mejor amigo, Hayden Owens.

La emoción le ilumina los ojos.

—Estoy deseando casarme con mi mejor amiga, Darcy Andersen. —Deja de andar y, con la mano bajo mi barbilla para levantarme la cara, me da un beso delicado—. Te quiero.

—Yo también te quiero y, aunque se me haya dado fatal, pedirte que me enseñaras a ligar ha sido lo más inteligente que he hecho en mi vida.

Se ríe contra mis labios.

Me pongo de puntillas para devolverle el beso, con el corazón repleto de amor hacia Hayden Owens.

Agradecimientos

¡Gracias por leer *Cómplices*! Como todos mis anteriores libros, he escrito este con muchísima ayuda, guía y apoyo, y tengo mucho que agradecer.

Jane Miao, gracias por decirme todo lo que te gusta de ser actuaria. Tu entusiasmo por tu trabajo me iluminó el cerebro como una bengala. Gracias por no hacer ningún comentario sobre mi obsesión con los actuarios. Si hay algún error en el retrato de la ciencia actuaria es culpa mía, no de Jane.

Becca Hansley Mysoor, gracias por tu guía inteligente, combustible para la trama y entusiasmo por Hayden y Darcy. Trabajar contigo es increíblemente gratificante.

Chloe Quinn, gracias por ilustrar otra portada asombrosamente preciosa, y gracias, Echo Grayce, por unirlo todo. Muchas gracias a Beth, de VB Edits, y a Brooklyn, de Brazen Hearts, por vuestros excelentes ojos editores.

Un agradecimiento gigantesco a mis lectores beta: Esther, Marcie, Wren, Ycelsa, Jess, Brett, Nicole y Cal. Gracias por vuestros comentarios divertidísimos y esclarecedores, y por hacer que este libro fuera muchísimo mejor.

A mis agentes, Flavia Viotti y Meire Dias, gracias por creer en mí y en mis libros, y por vuestro apoyo y guía incondicional.

Rhea Kaurien, Ellie Nightingale y el resto del equipo Orion: gracias por apostar por mí. Trabajar con vosotros ha sido un sueño hecho realidad.

A Lauren, mi asistente, gracias por ayudarme a mantener la mente estable durante este año tan caótico. Siento haberte tomado el pelo con los pájaros. Lo hago con amor.

Sarah Clarke, gracias por tu sabio consejo sobre cómo fastidiarle el pelo a Darcy.

En cada libro, la lista de amigas escritoras a las que mostrar gratitud crece, y me parece un problema fantástico. Gracias a todas estas escritoras por el apoyo, cariño, mensajes de voz sobre la trama, regalos raros, libros y risas: Grace Reilly, Olivia Hayle, Lily Gold (a la que se le ocurrió el nombre del G-Spot Banger), Penn Cole, Brittany Kelley, Ursa Dax, Bruce, Sophia Travers, Kyra Parsi, Samantha Leigh, Helen Camisa y Maggie North. Hacerme amiga de todas vosotras ha sido lo más gratificante de esta carrera.

Aimee Cox, pienso en ti cada día, en lo valiente, divertida, inteligente y especial que eras. Me siento muy afortunada porque nuestros caminos se cruzaran y te echo de menos.

A mi Tim, porque los mejores amigos son los mejores maridos. Te quiero muchísimo y estoy deseando ver cómo te conviertes en papá. Asustémonos juntos.

Por último, gracias a mis increíbles lectores. No exagero si digo que tengo a los lectores más divertidos y majos de todo el mundo editorial, y estoy increíblemente agradecida. Gracias por permitir que me gane la vida con mi sueño de escribir novelas románticas.

Hasta la próxima,

STEPH

Cómplices
Stephanie Archer

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

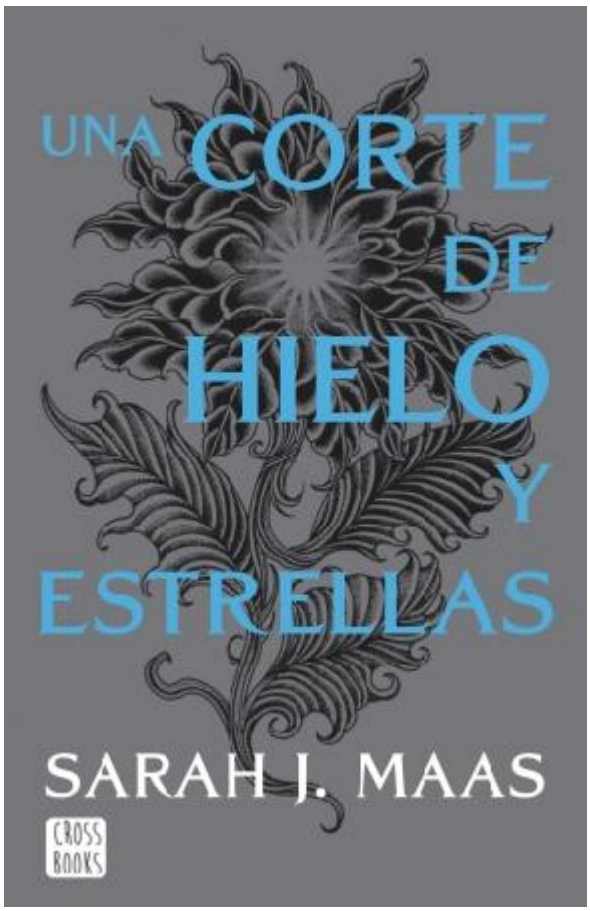
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Wingman*
© del texto: Stephanie Archer, 2025
Publicado de acuerdo con Triada US Literary Agency a través de IMC, Agencia Literaria S.L.
© de la traducción: María Cárcamo, 2025
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2025

ISBN: 978-84-08-30565-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Una corte de hielo y estrellas (Edición española)

Maas, Sarah J.

9788408210207

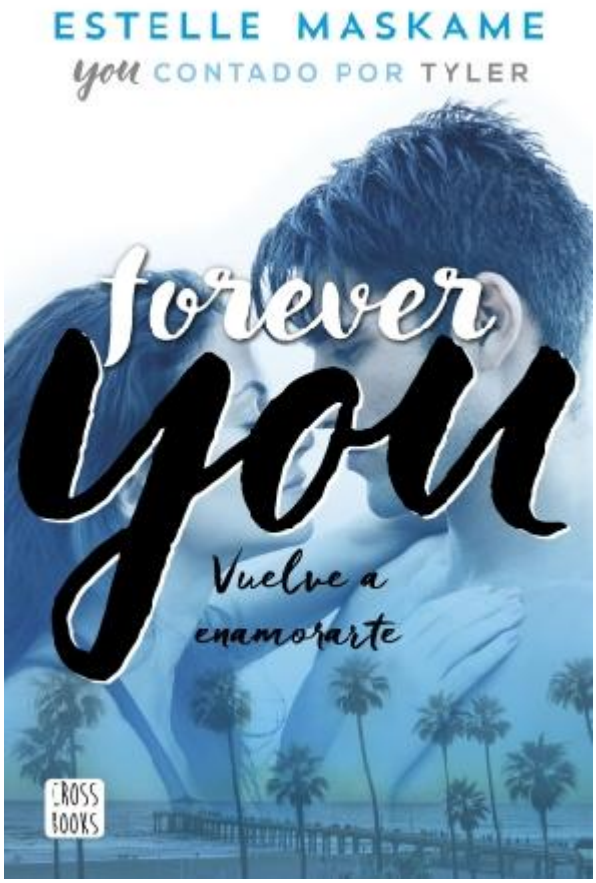
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un cuento de hadas nunca había sido tan *sexy*. ¡Déjate seducir por la saga del momento! (Libro 4)

Feyre, Rhys y su círculo más íntimo de amigos están muy ocupados reconstruyendo la Corte Noche y el vasto mundo que la rodea. Pero el
solsticio de invierno finalmente se acerca, y con él, parece que llegará
cierto alivio ganado con mucho esfuerzo. No obstante, esta atmósfera
alegre y festiva no conseguirá detener las sombras del pasado que acechan
sin dar tregua.
Mientras Feyre está a punto de vivir su primer solsticio de invierno como alta lady, descubre que sus seres queridos tienen más heridas de
las que había imaginado: cicatrices que marcarán de manera irrefrenable
en el futuro de su corte… Una corte que sufre las consecuencias de una guerra devastadora.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Forever You

Maskame, Estelle

9788408204718

544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La gente cree que Tyler lo tiene todo... aunque él sabe que no tiene nada.
Una novia alucinante, un coche imponente, una vida llena de fiestas y admiración: parece que no le falta ni un detalle para una vida

deslumbrante. Pero Tyler se siente roto, y sólo él sabe el motivo. Una realidad dramática que oculta a todo el mundo, aunque esté destrozándole por dentro. Hasta que Eden aparece y todo estalla en mil pedazos. Ella es la única capaz de ver más allá de las apariencias, de atravesar la imagen de chico malo, de descubrir su vulnerabilidad. Y eso es algo que Tyler no se puede permitir...

Descubre los secretos más profundos de Tyler. Emociónate de nuevo con You.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Heartstopper 4. Más que palabras. Edición especial

Oseman, Alice

9788408245070

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Únete al fenómeno que ha inspirado la serie de Netflix.

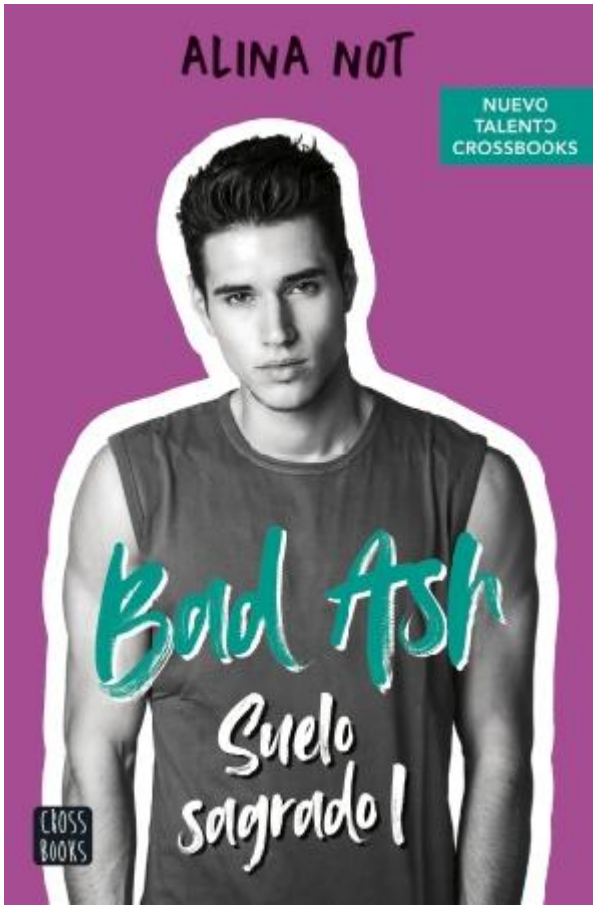
Edición especial con material inédito

Charlie nunca pensó que podría gustarle a Nick, pero resulta que ahora son **pareja**. De forma oficial. Pero no solo eso, también cree que está preparado para decirle esas dos palabras que le provocan vértigo: **te quiero**.

Nick siente lo mismo que Charlie, pero también tiene un montón de pensamientos rondándole la cabeza: además de plantearse decirle a su padre que tiene novio, cree que Charlie tiene un **trastorno de la alimentación**.

Las semanas pasan y, en este nuevo curso escolar, Charlie y Nick están a punto de aprender **qué significa el amor**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Bad Ash 4. Suelo sagrado 1

Not, Alina

9788408263227

448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Únete al fenómeno romántico hace que salten chispas. ¡La historia sigue 4 años después!

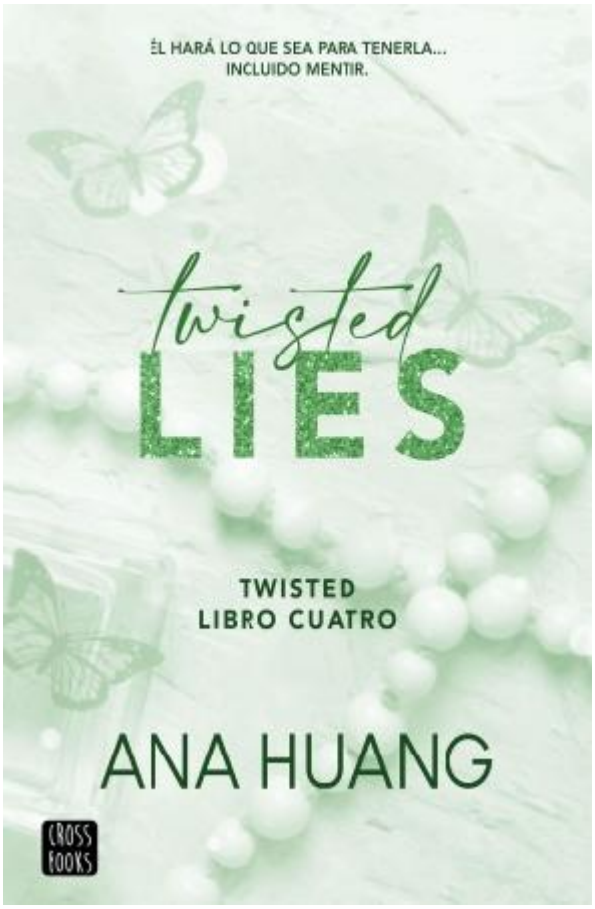
Ashley y Cam se habían hecho mil promesas antes de irse a la universidad. Y, aunque todo el mundo decía que una relación a distancia no funcionaría, ellos confiaban en que su amor podría con todo, porque... de eso va el amor, ¿no?

Ahora, cuatro años más tarde, una única promesa sigue vigente entre los dos: la de olvidarse el uno del otro.

Cuando una reunión de viejos amigos hace que sus caminos vuelvan a cruzarse, será el momento de demostrar si las promesas siguen teniendo valor... o si no fueron capaces de cumplir ni una sola.

Y, a lo mejor, encontrarán respuesta a la pregunta que siempre marcó sus vidas: ¿realmente el amor puede con todo?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Twisted 4. Twisted Lies

Huang, Ana

9788408285519

672

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Déjate seducir por la saga MÁS EXPLOSIVA.

Más de 3 millones de lectoras ya han caído en la tentación de Ana Huang.

Él hará lo que sea para tenerla… incluido mentir.

Encantador, peligroso y lo suficientemente inteligente como para ocultarlo, a Christian Harper le resulta poco útil la moral y aún menos el amor, pero no puede negar la extraña atracción que siente hacia la mujer que vive justo un piso debajo de él. Ella es el objeto de sus deseos más oscuros, el único rompecabezas que no puede resolver. Y cuando surge la oportunidad de acercarse a ella, rompe sus propias reglas para ofrecerle un trato imposible de rechazar. Todos tenemos un punto débil. Ella es el suyo.

Su obsesión.

Su adicción.

Su única excepción.

Dulce, tímida e introvertida a pesar de su fama en las redes sociales, Stella Alonso es una romántica que mantiene su corazón a buen recaudo. Entre sus dos trabajos, tiene poco tiempo y ninguna gana de iniciar una relación. Pero cuando una amenaza del pasado la lleva a los brazos (y a la casa) del hombre más peligroso que jamás haya conocido, caerá en la tentación de permitirse sentir algo por primera vez en mucho tiempo. Porque, a pesar de la naturaleza fría de Christian, él la hace sentir completa cuando están juntos.

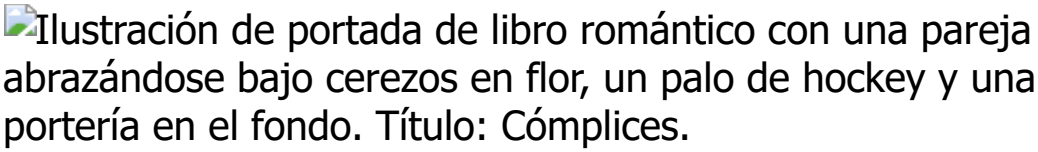
Apasionada.

Protegida.

Anhelada.

El suyo es un amor amenazado por mentiras y secretos... y cuando las verdades por fin salgan a la luz, podrían destrozarlo todo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Ilustración de portada de libro romántico con una pareja abrazándose bajo cerezos en flor, un palo de hockey y una portería en el fondo. Título: Cómplices.